



R. DE LA CRUZ





RAMON DE LA CRUZ.

SAINETES

DE

D. RAMÓN DE LA CRUZ

ILUSTRACIÓN

DE

JOSÉ LLOBERA

TOMO I

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
E. DOMENECH Y C.ª—*Ausias March*, 95
1882



IMPRENTA DE F. GIRÓ.

DON RAMON DE LA CRUZ

Y

SUS SAINETES.

I.

CONTADOS son en la historia moderna, los períodos cuya síntesis, con relación á un determinado ramo de la actividad social, se encuentre en un solo hombre. Casi diríamos en absoluto, si se aviniese con nuestro corto saber una afirmación tan rotunda, que no existe en el libro de nuestra edad contemporánea, una página en la cual, excepción hecha de la política, se descubra el relieve de una sola figura sobre la superficie que forman la organización y la manera de conducirse de cada sociedad. Las inteligencias viven hoy en vela constante y una misma senda se halla expedita á todos los anhelos; el ideal del espíritu se ofrece á todo el que lo comprenda, con más fácil acceso, y por esto es lo común y lógico que sobre el nivel vulgar se eleven, no una, sino distintas cabezas, disputándose y repartiéndose la influencia privilegiada que cada tiempo concede á sus escogidos.

En el ramo de las letras, cuyo suelo tuvo siempre mayor poder de fecundidad, cuyo influjo se propaga con más rápida y más intensa fuerza que ningún otro, el caso que hemos mentado es todavía menos frecuente, tanto, que con dificultad podría citársenos una época en que el privilegio de pensar, de concebir, de tocar á la inteligencia y al corazón de los contemporáneos, haya residido en un solo sujeto.

Una no más acertamos nosotros á descubrir en lo que va pasado de la moderna edad en que vivimos, y esa es la época

en que brilló y floreció el autor ilustre de los Sainetes, cuya colección escogida ofrece hoy á sus suscritores la Biblioteca de *Arte* y *Letras*.

Don Ramón de la Cruz es el único escritor moderno, que resume en sí y ofrece exclusivamente retratados en su personalidad literaria, los tiempos en que vivió.

Entre la mudez que durante el primero y segundo tercio del siglo XVIII guardaron las letras españolas,—como postradas de su exuberante florecimiento del siglo anterior,—el acento único del insigne sainetero fué el que se hizo oir para dar testimonio de que el genio de nuestra patria no había perecido; y su pluma solitaria, la que pobló los yermos de nuestra escena, de tipos vivientes, animados de pura arrogancia española, producidos por este suelo poderoso y jamás estéril, dotados de la savia vigorosa de nuestra raza y herederos legítimos de aquellos personajes, pobladores de nuestras tablas, cuyas bizarrías y espléndidos alientos franquearon tan ancho campo á los dramaturgos inmortales del siglo de oro. Y téngase en cuenta—para apreciar lo que encierre de notable el hecho que mencionamos,—cual era el carácter especial de confusión y marasmo que dominaba entonces sobre los elementos de nuestra sociedad; jamás ha sido necesario un tino mayor de observación, jamás una facultad de percibir tan exquisita, jamás un ánimo tan dispuesto al goce de crear y describir, como en aquellos días de revuelta social,—tanto ménos lúcida, cuanto más pacífica iba operándose,—en que el instinto y el genio artístico de Cruz supieron escrutar el fondo de la sociedad española, descubriendo allí los elementos vivos de nacionalidad.

Así como no hay árbol que, por bién que se ingerte, pierda del todo la naturaleza propia con que brotó de la tierra donde tiene enclavadas sus raices, así tampoco hay sociedad que pierda totalmente su carácter primitivo, por mucho que se le ingiera el espíritu de sus contemporáneas. Los moldes en que se ha fundido la organización moral, y aun quizás la política; de un pueblo, rarísima vez, ó nunca, sirven á propósito para modelar el estado psíquico de otro pueblo, con tal precisión, que este no salga hecho sino un puro y exacto ejemplar del primero; antes bién, como la materia fundible de inclinaciones, costumbres, cultura y tradición, ha de venir en la matriz, ó muy holgada ó muy henchida, y jamás én proporción justa y conveniente, lo que se consigue es un distinto y original producto, en cuyas formas tal vez se afecte con más ó menos pro-

ximidad, la modelación del objeto que se quiso reproducir, pero que de ningún modo admitirá confusión con él, ni podrá comparársele más que salvando muy hondas y muy sustanciales diferencias.

Así sucedió, pese á todo lo que en contrario se haya dicho, en el siglo XVIII y en nuestra España. Si á juzgar fuéramos, como otros muchos, por las mortales apariencias que en la vida y en las prácticas sociales de aquel siglo se mostraban, era indudable que habíamos de concluir por considerar muertos y olvidados los caracteres de nuestra nacionalidad. Nada de esta subsistía á los ojos del frívolo observador ó del filósofo asustadizo cuyos recelos le ponían más lejos de la justa realidad. Vivía, en efecto, el pueblo español confundido en una niebla de innovaciones y reformas extensivas á todos los puntos serios y fértiles de su existencia, y desaparecían sus originales rasgos bajo una capa tan bién mentida de imitación, que el ánimo preocupado de aquellos coetáneos y el genio dormido de sus escritores hubieron de creerse reducidos al ocio forzado, y exhaustos de ideales en que buscar inspiración y aliento. Teníase á sí misma aquella, perturbada España de Carlos III y Carlos IV, por un mero y ruín trasunto de la sociedad francesa, sin otra movilidad, sin otra vida, ni otro papel más airoso, —aquí, en este ámbito lleno de antiguas é inolvidables glorias —que el triste, servil y miserable de la imagen que se produce en el fondo del espejo, sujeta á repetir con la izquierda, lo que hace con la derecha el personaje viviente que se asoma al cristal. Y si los que hoy vivimos, ya á conveniente distancia para obtener foco, tuviéramos que guiarnos por los lamentos y juicios de los críticos medrosos ó atribulados que nos precedieron, la vida de aquellos ascendientes nuestros, contemporáneos de los tres Luises, hubo de reducirse á la pasiva reproducción de cuanto hacían, decían y pensaban sus vecinos de allende el Pirineo. Este espacio de nuestra tierra, tan bién iluminado por un sol generador, tan gratamente recorrido de brisas despertadoras, con tanto exceso sembrado de gérmenes poderosos y ricos de originalidad, había de haber perdido todas sus virtudes fertilizantes; y la atmósfera serena, radiante y clara que nos circunda, no hubiera sido más que una ancha luna en cuya superficie azogada se reflejaban los gestos, las cortesías, los trajes, los minuetes y todas las futilidades de los cortesanos de las Tullerías.

No cabe, después de todo, negar que así sucedía, bien que

tales hechos se combinaban con otros que les quitaban, á nuestro ver, todo lo que tuvieran de lamentables. Era verdad, que la postración de los espíritus en este país, tenía en cierta manera agotada la fuerza de iniciativa, y que los usos extraños hallaban abiertas de par en par las puertas de aquella sociedad; pero hay que establecer, para salvar aquellos tiempos de la crítica desdeñosa ó severa con que los juzgaríamos, que aquella docilidad rendida y aquel estado tributario, lo mismo existían para lo fútil ó dañoso, que para lo bueno é interesante. Si en la maravillosa é inexplicable lucidez con que la historia se desarrolla abandonada á sus propias leyes, supiéramos nosotros descubrir algo como un designio claro, algo que pudiéramos calificar de propósito inteligente, quizás nos pareciera efecto de algún inspirado acuerdo, la suspensión de alientos y el sueño de la arrogancia española, durante una época en que no ménos era necesario para que en la naturaleza de un pueblo se infiltrase el espíritu moderno, cuyos desperezamientos, cuyas primeras voces se producían entre los bullicios y galanterías cortesanas de los palaciegos franceses. Porque en España, lo mismo que en otros paises caídos en igual marasmo y dominados por iguales influencias, se operaba en medio del general descuido, y tal vez gracias al común aturdimiento, la mudanza que había de borrar los rastros del pasado y abrir los ánimos á los rayos del sol moderno; no fué la decadencia de aquellos años, otra cosa sino la membrana en que se envuelve la ninfa para dormir el letargo cuyo despertar ha de ser el libre vuelo, á merced de doradas alas y al esplendor de encantadoras luces. Cierto que, superficialmente considerados, aquellos ascendientes nuestros, no hacían otra cosa más que remedar lo que á sus modelos placía dictarles; pero en el mismo aire que traía el polvo con que nuestros petimetres emblanquecían sus cabellos, y en el que más tarde los desempolvaba y hacía caer en rizadas guedejas y mechones, llegaban envueltos tal cual principio de reforma, tal cual semilla de mejoramiento; y á cada caja de pebetes y esencias que se destapaba, difundíase el olorcillo de alguna idea nueva; y de esta suerte, preocupadas las gentes en esas trivialidades de la moda y sin percatarse de otros asuntos, iban dando ascenso al influjo que finalmente les había de envolver, nada sospechosos de que algo más se venía por entonces á paso largo, que no eran vanos pelitriques y floripondios de figurín, futilidades de la danza y aspavientos de cortesía.

Mas precindamos ya de estas apreciaciones, que por lo mismo que entonces no eran advertidas, sólo de paso han de ser mentadas cuando nos dirigimos á estudiar el estado consciente de la sociedad de aquel siglo. Ello era, que ajenos sus contemporáneos á esas influencias trascendentes y olvidados de las herencias de grandezas que recibieron de sus mayores, languidecían en una esfera sin ideales, sacrificaban sin defenderlo el carácter español que siempre se había mantenido lozano, y consagrados al culto exagerado de la puerilidad y la etiqueta, se engolfaban más y más en aquella existencia desvanecida, cuyos ministros más importantes eran el sastre y el maestro de danza.

Razones sobradas eran estas para creer muerto y sepultado el genio nativo de nuestra tierra, y para juzgar vencido el aliento bizarro del tipo característico español. Sobre todo, este había de ser el concepto que de su época tuvieran los que la vivían, tanto porque á esto les llevaba su inclinación desdeñosa con cuanto no fuera copia servil de los usos franceses, como porque no ha habido jamás tiempos tan ilustrados, que supieran juzgarse y conocerse á sí propios con exactitud y justicia.

La poesía, y en particular la dramática,—que es sensitiva de exquisita susceptibilidad y veleta que gira fácilmente al soplo de las primeras brisas,—hubo de sentirse alcanzada por la influencia letárgica que dominaba sobre todos los elementos de que recibe la vida. No salta la chispa, productora de la luz mientras el eslabon permanece alejado del pedernal. Entre aquellas apariencias constantes de muerte propia y de imitación extraña, entre aquel bullicio de inanes entretenimientos, dentro de aquella atmósfera henchida de emanaciones palúdicas, ante aquellos temperamentos decaídos y aquella locura sin arrebatos, ¿qué mision tenía que descubrir el arte, qué objeto digno la literatura, y el teatro qué escenas, qué rasgos, qué tipos merecedores de ser reproducidos y perpetuados? Para penetrar hasta el fondo de aquella turbia laguna, para beber y ofrecer limpias las aguas que recorrían el suelo de España, era preciso un destilador de habilidad suma y de ciencia aún mayor, de iluminación intensa ó talento clarísimo, que adivinase primero y manifestase después las virtudes que se contenían en las corrientes adulteradas. He aquí lo que á nuestro entender constituye la primera razón de las muchas que recomiendan al aprecio de la historia, el nombre de don Ramón de la Cruz.

El clasicismo enteco y desustanciado que privaba y ejercía fiero dominio en las tablas del teatro francés, cayó también sobre España acompañando á los otros usos y mudanzas que sumisamente se recibieron; y cerrando cón puerta de hierro los umbrales de nuestro Parnaso, desplegó aquí su tiranía con mano y poder más firmes aún que en su propia tierra nativa. El yugo opresor de las tres unidades vino á pesar sobre los autores que se conformaban con dejarse uncir para la inútil tarea de trabajar en terreno pedregoso, y en el espacio antes feraz y espléndido de nuestra escena secáronse flores y frutos, sin que brillara en toda su extensión desolada, más que alguna que otra flor de invierno, nacida á fuerza de artificios, en el menguado pegujal que formaba el todo de nuestra pobre hacienda.

Extinguido el genio en España, ó comprimido y asustado hasta el extremo de no atreverse á erguir la valerosa frente, bien pronto se convirtió en ley durísima é ineludible, la de la imitación servil y desdichada de aquel género francés. Y sucedió esto con todo el accesorio de circunstancias agravantes; que no se contentaron los secuaces de la escuela extranjera, con prestar su ciega obediencia á la ley importada, rindiendo á su dura pesadumbre la independencia de su juicio y de sus concepciones; sino que también influídos por los novísimos, enervantes y pedantescos preceptos, se dieron á menospreciar á los poetas creadores del verdadero teatro español, maestros gloriosísimos que á la distancia de todo un siglo guiaban con su ejemplo á los mismos patrocinadores franceses del género que les proscribía. Lope, Calderón, Rojas, Fragoso, Alarcón, Tirso y demás poetas de la florida y opulenta era en que la escena de nuestra patria ganó para siempre el título de primera del mundo, ya no fueron para los criticastros y literatones de la nueva secta, otra cosa que ingenios despreciables y escritores zarramplines, que no supieron encerrar el mundo de sus creaciones inmortales en el círculo férreo de absurdas reglas, ni convertir la libre y viva inspiración que les iluminaba, en otra víctima de Procusto, para encajarla sin faltas ni sobras, en el lecho de una mezquina y trabajosa confección.

Dictáronse á este propósito medidas airadas,—que á tanto llegaron el empeño y los rigores de aquel culto profano,—y hubo censura oficial, á cuyas mesas debía llegar toda producción recien nacida, en demanda de carta tracturia para llegar

á la representación pública, hecha ante un auditorio soñoliento y por cómicos reglamentados á la usanza. Y allí, en aquella oficina de resguardo, eran mutiladas implacablemente las obras del teatro antiguo, para que se acomodasen á las exigencias del gusto nuevo; ¡y qué mutilaciones, las que se hacían, qué de sacrilegios literarios, qué de torpísimos ensañamientos! Forzoso era que así fuese, dadas las proporciones colosales de los frutos del genio de toda una época, y la mezquindad y estrechez del palenque á donde se las admitía con estúpida desconfianza y desdén. Imagínese á un caudillo dedicado á formar su ejército de enanos y acortando cuchillo en mano, la talla de un gigante que ha acudido á alistarse.

Pero no era ese todavía el límite del enconado rigor con que se defendía y afianzaba la supremacía, ó más bien el imperio absoluto de la bandera del clasicismo. En las esferas de la crítica rodaba sin cesar el trueno de la reprobación, sobre toda cabeza erguida que osase concebir lo que no la daban ya concebido, y encaminar sus ideas, por otros senderos que no fuesen los trillados y monótonos que los preceptos extraños adornaban de vejetación artificial. ¡Ay del que levantara el pié más alto de lo preceptuado, para buscar un peldaño desde el cual hacerse escuchar! ¡Ay del poeta que, acordándose de que tenía alas, turbara con el ruido del más ligero aleteó, la gravedad pesadísima de los diálogos en que príncipes y magnates se referían sus desventuras entre los bastidores de una decoracion inmóvil y durante el bravísimo transcurso de un tiempo que apenas corría! ¡Ay del que rebajase la categoría de sus héroes un punto más de los escalones de un trono ó de la silla del caballo de batalla, y negara al imprescindible confidente el derecho de escuchar y poseer la retahila de sus extravagantes secretos! ¡Ay del que pusiera en boca de tales héroes más que expresiones hinchadas é imágenes algo más que tibias, deslavazadas en los rituales é imprescindibles versos de arte mayor! La naturalidad era abominación y el sentimiento humano se hallaba proscrito en remoto ostracismo; pedir formas de expresión á la realidad de la vida, teníase por descompostura heterodoxa, y sacar de los tiempos en que se vivía, la acción y los caracteres para las tablas, reputábase vulgaridad y ausencia de alientos. Así moría antes de probar la vida, cualquier ingenio que pudiera haber amenizado tan monótona uniformidad; así se retenían los impulsos, dando en el arrepentimiento antes del pecado; y así se

alejó de la mente de los autores, hasta el recuerdo de que para dar á las letras frutos de valía, es requisito primero el de la individualidad emancipada. Los sostenedores del arte exótico no descansaban en su predicación, y ya no quedó literato que al oirles no se encogiera dentro de su concha. Ellos eran entonces los únicos escuchados, en ellos residía la autoridad del oráculo y el influjo de la convicción,—pues la abrigaban; por éllos gemían las prensas y no tenía la opinión otros consuetas que la apuntasen, y de este modo lograron imponer aquel ritual literario que convirtió las animadas y pintorescas funciones de nuestros corrales, en solemnidades académicas, de las cuales nadie sacaba ni enseñanza útil, ni diversión.

Extinguiéronse las débiles luces que, como reflejos del esplendor pasado, mantenía la vena medrosa de Cañizares y Zamora. Corneille y Racine, ya traducidos con empalagoso esmero, ya imitados con todo su empaque original, plantaron sus reales en el proscenio español; el propio Molière, con sus eficaces pinturas y humana filosofía, y á pesar de su carta de naturaleza francesa, no la obtenía de adopción española, hasta que más tarde Moratín se la alcanzó, prestándole el aliño de formas que no le eran propias; y hé aquí cómo en aquella primera mitad del siglo XVIII, el teatro se redujo en España á un pobrísimo resto del pasado y perdió el poderoso atractivo que le hizo antes y ha vuelto á hacerle después un espectáculo popular.

Y la explicación es obvia, ahora sobre todo que la época á que nos referimos ofrece todos sus rasgos y fenómenos históricos deslindados entre sí, ajenos á la pasión del momento y adecuados para un detenido estudio. El teatro es, sin duda alguna, la más fehaciente y espontánea manifestación de los sentimientos de un pueblo. Para que este guste de aquel, y lo fomente con su asistencia, su aplauso y su afición, es necesario que entre ambos exista un lazo íntimo, que sólo se produce y estrecha siendo la escena una reproducción viva del espíritu de los coetáneos. El teatro—esta es su misión y esta su fuerza—ha de ser un compendio de la existencia social con todos los accidentes que la distinguen; el actor ha de presentarse al público, valido de títulos que le hagan reconocer en el personaje que representa; el suelo de las tablas que pisa, debe ser suelo de la patria, susceptible de dilatarse ó reducirse según represente el campo de nuéstras victorias, la pla-

za de nuestro comercio diario, ó el hogar recogido de nuestra familia. Allí el público ha de escuchar el lenguaje de sus ideas y sus afectos, allí se ha de ver halagado en sus virtudes y reprendido en sus vicios, y allí ha de poder llevar su manera de ser completa, sin tener que despojarse de un átomo de su integridad social ni privada, para asentir ú oponerse á lo que le dicen los personajes fingidos, cuya ficción no debe advertir. No hay espectáculo, ni diversión que lo sean de verdad, si no se compadecen con el ánimo del que ha de gozarlos; y este es axioma que rige y se demuestra, no ya tratándose del teatro, institución la más importante para el solaz de los pueblos, sino refiriéndonos á la más simple forma de regocijo de las que el hombre ha inventado. Ahora bien, desde el momento en que el teatro deja de ser un lugar de esparcimiento y en que sale de él ahuyentado el espíritu que lo informa; desde el punto en que la acción y los personajes son desconocidos para el espectador y no le inspiran el interés de cosa propia; desde el instante en que por torpe deliberación ó por error se divorcia el sentimiento popular del sentimiento artístico; en una palabra, desde que la representación escénica se convierte en grave ceremonia, revestida de hinchadas formas y de exóticos ritos, ¿á quién puede sorprender que el público se enfríe, y el teatro se despueble, y la poesía dramática fenezca? Pués ni más ni ménos sucedió en España, donde las representaciones teatrales apenas conservaron otra vida que la de los salones particulares, en los que se juntaba el mundo petimetre á celebrar, sin entenderlas, la interminable exposición, la imprecación solemne, la catástrofe metódica y prevenida de la tragedia clásica.

Y ¿cuál es la explicación de ese desvío? ¿cuál, la de ese silencio mortal en que quedó envuelto el espacio donde mayor animación y estrépito habían reinado? No la tendría ciertamente, si fueran realidad las apariencias que antes hemos pretendido destruir. A ser cierto que en la España del siglo XVIII se había extinguido el espíritu genuíno de su nacionalidad, para ceder paso franco y victorioso al de la imitación francesa, había de ser lógico efecto que también á la literatura de nuestros vecinos se dispensara acogida grata y se le ofreciera vida lozana, al lado de los demás elementos enseñoreados del país. Pero es que esto no era verdad; es que, según hemos dicho, el carácter y la genialidad distintiva no se habían perdido en nuestra tierra; es que lo que había ganado fuerza y prestigio para

imponerse en lo superficial, jamás pudo llegar á filtrarse en lo sustancial, en lo hondo, en lo que constituye la esencia que los pueblos guardan en el recóndito centro de sus entrañas.

Otros y muy distintos son los tiempos que hoy alcanzamos, otra y más compleja la frecuentación de los pueblos entre sí, y más íntimo el trato que sostienen, otro el comercio de las ideas, el desarrollo de la actividad social, y sin embargo, los términos característicos de nuestra nación se mantienen incólumes en su parte esencial, y sentimos como españoles, como españoles procedemos, guardamos cualidades y defectos de que nadie ni nada puede jamás despojarnos, y en el fondo del moderno cosmopolitismo que nos rodea, siempre sigue agitándose el espíritu impulsor de nuestras grandezas y de nuestras caídas, siempre está presidiendo á la marcha y á la quietud de nuestro progreso, la ley imprescriptible de nuestro nacimiento, de nuestra raza, de nuestras tradiciones y de nuestro suelo. Condición y fenómeno son estos de todos los pueblos á los cuales ha dotado la naturaleza de vida propia. Tiéndase la mirada por el mundo, y en el círculo de las naciones estrechamente unidas por los intereses del adelanto actual, nunca dejará de observarse la diversidad de fisonomías y la oposición de ingénitas tendencias, que han de imprimir variado curso á las conquistas que los pueblos se repartan.

Y si esto sucede hoy, cuando, según hemos dicho, las relaciones de pueblo á pueblo son más estrechas y frecuentes, y cuando las inteligencias, más vigorosas, saben aprovechar mejor los elementos y los caminos que se les ofrecen para alejarse del común orígen, ¿cómo no había de suceder mayormente en una época cual la que estudiamos, de ignorancia casi general, de aislamiento poco interrumpido, y cuyos hijos nada ponían de su parte para que las influencias que llegaban á dominarles, obtuvieran el vigor necesario para vencer y desterrar las antiguas? Por esto hemos afirmado y los hechos nos dicen que, á despecho de todos los indicios, el espíritu nacional se conservó íntegro en medio del revoltillo de importaciones extranjeras.

Fijémonos sino, en las prácticas y estilos de aquella sociedad desbarajustada, contemplemos sus genialidades, sus disposiciones, sus detalles más leves de todos los momentos, y lo que dure la contemplación durará nuestra sonrisa: esa sonrisa peculiar, mitad de duelo y mitad de complacencia, que á nuestros labios acude cuando nos ponemos á considerar el

tipo indígena de nuestra tierra, con su colorido brillante, sus toques enérgicos, sus entusiasmos ingenuos, sus arranques inmotivados, sus alborozos locos, sus descaecimientos culpables, su lógica enrevesada, sus rebeldías insensatas, sus méritos seductores y sus defectos irremediables.

Vino la invasión de modas y novedades, desplomóse por la parte acá del Pirineo el alud de principios y figurines, de etiquetas y máximas filosóficas, de cortesías refinadas y libros enciclopedistas, de afeminamientos y de energías, y en medio de aquella confusión magna, de aquel cándido embeleso, de aquel atolondramiento inocentón, grandes y chicos, damas y caballeros, dignatarios y menestrales, quedáronse tan españoles como nacieron, tan apegados á sus inclinaciones y gustos como lo aprendieron de sus chapados abuelos. Nada naufragó. La devoción asidua que llenaba los templos y henchía los cepillos; la fe, no ya enemiga, pero ni aun sospechosa de las herejías del libre examen; el humor zaragatero, con sus fiestas de tradición, sus giras al campo, sus romerías y sus verbenas; la reclusión y el recato guardados trás de celosías por cuyos interticios á menudo se evaporaban; la visita cumplimentera, sazonada con agasajo de chocolate; la tertulia honesta donde no se pecaba más que murmurando y que el toque de *Angelus* descomponía; el baile de candil y las escapatorias nocturnas en busca de tentaciones; el farolillo y la dueña; la guitarra y la reja; la seguidilla y el floreo; la cultísima forma y el reñir ensañado; todo se conservó envuelto en el remolino que lo venteaba, todo resistió á la inundación con tal fuerza natural de rebeldía, que jamás llegó á adulterarse, ni á perder su color distintivo; antes bién era tal el arraigo de su inveterado influjo, que gran parte de las costumbres traídas recibieron aquí tono y sabor de españolas, y muchas de las innovaciones se modificaron al naturalizarse, de suerte que no las admitieran en Francia por propias, si allí volvieran en busca de sus originarias fuentes.

Sin embargo,—ya lo hemos dicho,—aunque no se hubiese evaporado esa esencia nacional, difícil se hacía el distinguirla entre el torbellino en que se envolvieron aquellos predecesores nuestros. El apego á lo que por su exclusiva fuerza se perpetuaba, estaba muerto, y cada cual daba ingerencia en sus actos al carácter indígena, sin deliberarlo y sin sentirlo. El concepto de su total desaparición estaba, por lo demás, en todas las mentes; de donde provenía que nadie lo busca-

se. Era, en verdad, punto de rarísima percepción. Por más que esa forma pasiva le mantuviese en vida latente, era lo cierto que al manifestarse no podía hacerlo con aquella pureza y vigor que son propios de los rasgos típicos de toda nación, y muy particularmente de la nuestra. Vivir á la española, no era entonces cosa que de propósito se hiciese entre las clases visibles de la sociedad afrancesada, y así resultaron amalgamados los hábitos que se acogían, con los que se negaban por sí propios á desarraigarse, produciendo un conjunto abigarrado, incapaz de atraerse la atención ni de despertar entusiasmos.

Empero sucede con esas influencias morales de los pueblos, que, no pudiendo perecer, buscan uno ú otro refugio en el cual se ampare su genuina pureza. Así como las bandas de gorriones que acuden á cantar á las arboledas, aprenden con su sagaz instinto á ponerse en las ramas tanto más altas cuanto menos amigas se les muestran las gentes de cada comarca, así en orden contrario; el espíritu de un país va descendiendo en busca de seguridad, á medida que se vicia y enrarece el aire de que se mantenía en las alturas. Siguiendo esta ley de naturaleza, el genio típico español, en toda su integridad, con toda su delineación acentuada, fué emigrando de las regiones elevadas y, haciendo corto descanso en las intermedias, vino á ampararse en las más bajas, en las hundidas, y allí á trueque de su descanso, consiguió mantenerse incólume, sin miedo á los embates de la irrupción extranjera. Y aconteció, que mientras en las capas elevadas y medias de la sociedad se amortiguaba el calor y se vaporizaba el aliento de raza, en las ínfimas, en aquellas hacia las cuales jamás hubiera pensado en volver la mirada el observador ganoso de impresiones, adquiría mayor poder que nunca tuvo, la genuína esencia española, como si realmente allí estuviera concentrada.

Nació el tipo gentil de la manola desenvuelta y ocurrente, altiva y retadora, cuya figura basta á llenar el cuadro de todo el siglo; nació junto á ella el majo emprendedor y bravatero, decidor también y orgulloso, con su vestido puramente español, su traza española y sus gustos arreglados á los términos de la más auténtica nacionalidad. A los piés, por decirlo así, de estos dos tipos salientes de aquel cuadro, pulularon en seguida otros, aun de más baja estofa, como chisperos, guapos, granujas, busconas y mendigos, los cuales recibieron de

aquellos el mogate y entono con que cooperaron á la formación de tan singular é incomparable estado. Entre ellos, el ánimo inquieto de nuestra raza histórica satisfizo el anhelo de aventura que siempre le acució; entre ellos, el instinto de pendencia tuvo ocasiones de espaciarse en lances de navaja y plazuela, á falta de más honrados empeños y más noble palenque; en ellos se perpetuó gallardamente aquella pasada afición al discreteo, de las gradas de San Felipe y los salones del Buen Retiro, conservando en medio de la bajeza en que viniera á caer, casi todo su abolorio de agudeza y finura, y ya que no la culta expresión, sí la punzante sátira y agresivo intento. En tabernas y merenderos, en los patios de vecindad, en las plazuelas y en las esquinas, y lo mismo en las horas de ordinario vivir, que en las extraordinarias y muy frecuentes de cuchipanda y bullicio, se descubría en todo su poder aquel ejemplar de nuestra tierra, que se había perdido ó desnaturalizado en las alturas; allí, en aquellos fandangos de rompe y rasga, en aquellas coplas á garguero suelto, en aquellas reyertas de barrio y barrio, en la cuchufleta y el donaire de la maja, en la humildad del bravucón amante, en el cortejar pintoresco, en el piropo atrevido, en el garboso porte de capas y mantillas, en el convite bizarro, en los celos asaeteadores, allí era donde la progenie de los pasados abuelos se mantenía, como el pósito de un líquido mezclado queda en el fondo de la redoma, allí era donde se encontraba el carácter español puro y neto, horro de influencias, hirviendo al calor de su propia lumbre, ardiendo con su propia llama, tradicional, auténtico, con todos sus relieves, esgrafiados y taraceas.

Y cuando existe, en cualquier ángulo que sea del continente social, un foco de luz tan poderosa, es imposible que no se extiendan más allá sus irradiaciones y que no aparezcan heridos por sus reflejos aun los confines más remotos. Por más que en tan menguada esfera se conservase y por más que la alimentaran tan rebajados elementos, aquella vida era al fin y al cabo todo el rescoldo que quedaba de la antigua hoguera, aquel todo el amor del hogar junto al cual se habían precipitado los hervores de la enfriada sangre y enardecido los bravos arrestos de la caduca fantasía. Por esto hubo de producirse el efecto necesario, de que los toques brillantes y los trazos enérgicos de aquel mundo exceptuado de la común confusión, llegaran á seducir y atraer á los que se

juzgaban olvidados de sus abolengos de raza; las clases altas y medias volvieron placenteras la vista hacia aquella lontananza luminosa, sembrada de pintorescos giros, y sobre cuyo fondo de vigorosas tintas se destacaban rostros, actitudes, trajes y colores de legítimo origen español. Dejáronse cautivar, ó por mejor decirlo, no pudieron resistir á la seducción de aquel espectáculo, y puesto que entre ellas y en sus estrados y salones no se hallaron ya con medios ni con destreza para reproducirlo, tuvieron que ceder á su impulso arrebatado, descendiendo á los hondones en que se les brindaba el placer de reir y divertirse á la española. El humor linfático que en sus cuerpos tenía rebalsado la práctica enervante de copiar é imitar, se removió finalmente, y alguna vez cedió paso y dominio al temperamento vivo en el cual se reconoce la savia de esta buena tierra. Y hé aquí ya el dualismo de inclinaciones y el influjo de dos estados, manifestándose con abierta franqueza, caminando á una lucha que ya no consentía armisticio y disponiendo un desenlace, cuya victoria no podía menos de ser para el adversario que luchaba con armas propias y en terreno conocido.

¿Cómo podía no ser así? Mientras la imaginación se complace en describirse aquella situación caracterizada por rasgos y detalles tan curiosos é interesantes, el juicio se posee más y más de la certeza de que lo natural había de vencer á lo ficticio. El amaneramiento de modas y costumbres francesas tenía frente á frente la espontaneidad y la franqueza indígena; el artificio luchaba con la naturaleza, lo exótico con lo verdadero, lo postizo con lo propio y tradicional. El abate, género anfibio llegado á España con las primeras importaciones de Francia, no disfrutaba en las alturas del salón y á la luz de las cornucopias, sino un prestigio á medias, puesto que la otra mitad la tenía el manolo en sus sobradillos alumbrados por el candil. Juntábanse las tertulias para consumir dos ó tres horas mortales de conversación aburrida y danzas ceremoniosas, y entretanto sonaba en la calle ó se escapaba por la rendija de alguna puerta mal encajada, la rondeña ó la seguidilla; y propagábase por los espacios del buen tono aquel estilo bucólico de Arcadia de salón, que había de poner en boga á los pastorcillos y zagales de Watteau y los idilios almibarados del Trianón, pero los personajes melifluos y peripuestos de aquel país de abanico, se escapaban á menudo hastiados de sus prados y vergeles, para solazarse en

Lavapiés ó en el Barquillo, con goces de sabor más fuerte. Cansábanse de cuando en cuando aquellas madamas y petimetres, del aliño y riguroso porte con que les oprimía la moda de que se habían hecho idólatras, y se despojaban furtivamente ellas de la bata y escofieta para tomar la basquiña y mantilla airosa de la manola, mientras abandonaban ellos la casaca y chupa, para cubrirse con la capa y el sombrero gacho de los manolos.

En el terreno de la poesía, que no debemos nosotros olvidar, observábase igual choque de contrastes. Mientras los autores agotaban su vena por desarrollar en sus versos aquellas acciones glaciales que á nadie interesaban, en el fondo de la sociedad eran las escenas reales y con la fuerza de esta realidad conseguían la predilección de los ánimos; en tanto que por las eminencias visibles de los escenarios discurría extraviada y descaecida aquella cohorte de reyes anatematizados, de príncipes incestuosos y de matronas parricidas, los hijos del pueblo seguían bailando á pié llano sus seguidillas gorgoroteadas y sazonando el aire que se respiraba con los dichos salpimentados de su arrogancia y de su ingenio corriente y moliente.

Fuerza era ya, que de tal y tan caracterizada situación surgiera algo como la luz ó el acento por cuyo medio se revelase la conciencia de aquella sociedad; fuerza era, que de aquel conjunto de encontradas tendencias y raros ayuntamientos brotara una forma inteligente de manifestarse, y que acumulados por su atracción las densas nubes y los tenues celajes que recorrían el horizonte, se deshiciesen en lluvia que fecundase algo útil y algo razonado. Cuando las inclinaciones y los sentimientos de un pueblo llegan á su madurez, ya sea por el transcurso del tiempo, ya por la rapidez y fuerza de su desarrollo, parece como que se condensan en una ú otra manifestación racional, á la que está encomendada la empresa de hacer sabroso ó aprovechado el fruto producido; los hechos por sí propios determinan su propia depuración, y en el seno de la misma entidad social se engendra el juicio que ha de obtener ese resultado.

De aquel conjunto de hábitos nuevos y aficiones reformadas, de aquella barahunda de prácticas castizas y observancias sofisticadas, que ya constituían un estado completo, debía, en virtud de lo que hemos dicho, surgir una revelación, singular ó múltiple, que echara en la copela de la crítica, los

varios elementos que informaban la vida de aquella época, para ofrecerlos como agentes de su propia educación. La revelación fué singular, singularísima. Don Ramón de la Cruz fué el único privilegiado para sorprender los términos aprovechables de aquella confusión abigarrada; él solo, entre tantos como presumían de filósofos y maestros, supo ser observador pedestre de lo que á su lado acontecía; él tomó con percepción delicada, el pulso á su tiempo y obró en medio de la atribulada confusión á impulsos de un sabio conocimiento. Nadie disputa al ilustre sainetero los títulos, igualmente honrosos, de filósofo y de poeta. Su sensibilidad se excitó á un mismo tiempo y en igual medida, al considerar los defectos de la época en que vivía y al distinguir la belleza con que, en medio de todo, cautivaba el fondo y la superficie de las costumbres, cuyo censor intentaba ser. Como filósofo armaba su pluma de acerados dardos y salpicaba sus descripciones de picantes sátiras, al paso que como poeta se complacía voluptuosamente en trasladar á sus obras la fisonomía exacta, el colorido vivísimo, los trazos enérgicos ó graciosos, el alma ardorosa y potente de los cuadros cuya memoria perpetuó.

En ese doble lenguaje habló á sus coetáneos, con este combinado juego de influencias convirtió en razonado el movimiento instintivo, y así reprendiendo y sonriendo á la vez, presentando lo atractivo y lo reprobable de cada escena, publicando los donaires y las bajezas de cada tipo, alcanzó el justo renombre que ya su tiempo le otorgó y el título que hoy le debe el nuestro, de eminente pintor y reformador de las costumbres de nuestros abuelos.

Por esto la colección de sus sainetes es un libro que por igual interesa al lector ligero y al literato; que en ellos se contiene profusamente la diversión sabrosa y la ática censura, y en la lectura ó en la representación de cada pieza tan por entero se sacia el anhelo artístico, como el estudio sereno y desapasionado.

II.

Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla nació en Madrid, el año de 1731, en uno de los días que debió de corres-

ponder á la segunda quincena de marzo, pues consta como bautizado el 28 de este mes, en los archivos de la parroquia de San Sebastián. Su padre, don Raimundo de la Cruz, era noble, lo cual, no habiendo dato en contrario, deja suponer que gozaba de posición holgada, merced á la cual pudo dar á su hijo una cultivada educación. Era aragonés, natural de Canfranc, y su esposa, madre de nuestro escritor, llamábase doña Rosa Cano y Olmedilla, nacida en Gascuña.

No vivió el hijo de este matrimonio desprovisto de valimiento, ni hubo de sufrir por lo tanto los rigores y estrecheces de una pobreza suma; antes parece lógico deducir de los puntos averiguados que respectan á su familia y á su primera posición, que lejos de nutrirse su alma y sus disposiciones literarias en el sufrimiento que suele ser propio de los primeros años del genio, gozó una niñez desahogada y una juventud que le permitió espaciarse por las distintas esferas de la sociedad cuyo perfecto conocimiento fué la base de sus populares sainetes. No es esto suponer que al lustre de su cuna correspondiera la opulencia de bienes, ni nada que excediese de una tranquila holgura tal como acabamos de atribuírsela; y confirmación de una y otra conjetura á la vez, hallamos en la circunstancia acreditada de haber desempeñado nuestro autor la plaza de oficial mayor de la contaduría de penas de Cámara, á la cual no ascendería probablemente sin haber pasado por otros cargos de inferior importancia; esto da á entender que en su juventud comenzaría á servir en las oficinas públicas, tal vez encaminado por su padre y valido de algún favor que éste tendría, para hallar en un situado el desahogo que correspondía á su clase y necesitaban sus no abundantes medios de fortuna.

No le faltó tampoco consideración, ni quedaron sus méritos sin aprecio, pues figuró entre los individuos de la Academia de Buenas Letras de Sevilla y fué arcade romano, bajo el nombre de Larisio Dianeo.

Nada, en consecuencia, más infundado, que la suposición de que don Ramón de la Cruz conociera en alguna época de su vida los sinsabores crueles de una miseria suma. Conviene así establecerlo porque no reze falsedades la página que á él dedique la historia de nuestra literatura, y también porque no se eche gratúitamente sobre una época el borrón de ingratitud para con uno de sus hombres notables. Hartos son ya, por desgracia, los ejemplos que nos quedan del depego y

abandono de los tiempos hacia aquellos que los ilustraron, y no es razón que se aumente su número con el fundamento de conjeturas mal formadas. Esto decimos, porque en realidad se halla entre nosotros sofisticado el concepto que en lo que se refiere á su posición, circula por ahí, de don Ramón de la Cruz. Cediendo al influjo ó al encanto de una sensiblería inocente, muy apoderada del gusto moderno y que se empeña en reducir el círculo de los afectos á una clasificación de cualidades que siempre son las mismas,—varios escritores de ahora se han propuesto hacer interesante la figura del célebre sainetero, presentándole pobre, macilento y haraposo, cual si no se hallasen en él otras circunstancias más verdaderas y de más positivo mérito para recomendarle al interés de las generaciones que le han sucedido. En el mismo teatro que él ilustró y honró, hemos visto caracterizada su figura de tal suerte, que á buen seguro no se reconociera el propio retratado. Del lance, bien ó mal demostrado, de su muerte, que se supone acaecida repentinamente en la tienda de un carpintero, ha tomado pié un autor moderno para describirnos un cuadro patético en el cual se atribuye nada menos que al hambre aquel caso lamentable. Y otro autor de obras de cierto género, en una que se ha hecho popular gracias al asunto tauromáquico que á traspiés desarrolla, pone en boca del mismo Cruz, haciéndole describir su pobrísimo estado y derrotadísima traza, aquellos versos

Esta capa que me tapa,
tan pobre y mísera está, etc.

con que se da gráficamente á conocer el marido maltrecho por las incurias de su mujer, que presenta aquél en el sainete *La duda satisfecha.* Además de la posición oficial y particular que disfrutaba, nuestro autor contaba abundantes y valiosas relaciones entre las clases pudientes, para cuyas fiestas componía la mayor parte de sus sainetes, *en sus horas vacantes*, segun él mismo consigna; prueba expresiva de que no cifraba su subsistencia en lo que escribía, dato elocuente para suponer con entera probabilidad de acierto, que no fué su vivir tan rebajado, ni sus apuros, caso de tenerlos, tan patentes, que trascendieran hasta su vestido y le obligaran á alimentarse de la sopa boba, á las puertas de los conventos, disposición en que también le ha presentado en la escena el autor á quien hemos aludido. Existe finalmente otro dato, y es el de haber

tenido Cruz un hijo que tomó parte en la batalla de Bailén con el empleo de Comandante general de artillería; lo cual nos arguye dos extremos de igual eficacia para el punto que tratamos, á saber, que ni pudo hallarse tan escaso de recursos el padre que dió á su hijo una carrera costosa como la del arma de artillería, ni pudo el hijo cuando ya la profesaba, dejar al padre en tan precaria situación que anduviera vestido de andrajos y comiendo de limosna, y acabara sus días extenuado de necesidad, siendo su lecho de muerte el borriquete de un carpintero.

Y á nadie parezca infantil empeño, este que ponemos en esclarecer semejante punto. No es cosa de poca monta, que Cruz quede siendo el poeta harapiento y mendicante que los autores de su falso retrato han dado á conocer, ó el reposado escritor, hombre de su casa, que las noticias que hemos recogido nos hacen concebir. En este momento sobre todo, en que nos proponemos averiguar ó inducir los móviles que guiaron su intención y su pluma, para llegar á representarnos su personalidad todo lo aproximadamente que en nosotros quepa, vale la pena que nos detengamos á averiguar esos accidentes de su posición privada. Porque esta suele ser, desgraciada aunque inevitablemente, parte principalísima que influye en los actos y aficiones de los hombres, y si en realidad apareciese que el autor de los famosos sainetes había por necesidad ó miseria vivido en confusión y trato con las gentes de baja estofa, cuyos tipos y costumbres describe, más bien parecerían sus obras adulación de aquellos gustos viciados, que juicio sereno con propósito de enmendarlos. Nó; don Ramón de la Cruz no es el escritor aventurero, errante, encanallado, frecuentador de figones y tabernas, compadre de perdidos, y rodrigón de tripicalleras; no es el pintor de menguados modelos, que reduce los trazos de su pincel al estrecho horizonte que le rodea; no es el poeta jayán que canta licencias y bravatadas porque no aprendió á sentir otras impresiones; ni es el pretendiente á la popularidad rastrera de la gente del bronce. Así ha pretendido álguien pintárnosle, y así se lo imagina crédulamente quien haya cuidado alguna vez de trazar allá, en su mente, la figura del sainetero español; pero ni este es retrato suyo que contenga la menor fidelidad, ni juntando noticias é informes se obtiene un total que en nada se parezca á tan mentirosas figuraciones.

Los rasgos de la figura que buscamos, de obvia manera

nos los facilitan los precedentes del hombre y los de sus obras. En medio de la turba bulliciosa que se divierte por instinto y perservera sin repugnancia en sus bajezas, no se descubre otro semblante reflexivo que el de Cruz, unas veces dolido de aquel exceso, otras agradado de los típicos incidentes que presenciaba. Los que por esmerada educación, recibida en más cultas esferas, hubieran podido dividir con él, la lástima y el agrado, pecando en uno ú otro de sus dos opuestos extremos, ó bien se despojaban, conforme hemos dicho, de todo reparo y bajaban á confundirse en el común hervidero, ó bien llenándose de menosprecio y reprobación, apartaban la mirada de aquella sociedad estrafalaria, sin comprender que allí palpitaba algo que podía convertirse en sentimiento y espíritu de la nacionalidad extenuada. No así el prudente y sereno autor de los sainetes. Éste, obrando por su propia cuenta y haciendo gala de una originalidad y un aliento mucho más admirable en su época, cuyo distintivo era el desmayo y la copia servil, concedió á la única actividad que en torno suyo reinaba, una atención compleja, que participaba de la madurez del moralista y el entusiasmo del poeta.

Sin duda este último sentimiento fué el que primero le influyó, conduciéndole más tarde á buscar fruto aprovechable de predicación; sin duda allá en sus mocedades, el alegre estudiante ó travieso covachuelista, arrastrado por la corriente de su edad, penetró en aquel vedado soto donde los frutos conservaban el sabor fuertecillo español, y allí sin duda, concordó sus disposiciones literarias con el atractivo que para él tenían aquellos cuadros tan pintorescos y tan á propósito para descritos por una pluma diestra y flexible como la suya.

La constante propiedad y realismo que campean en todos sus sainetes, y el no haberse separado en el largo período de su fecundidad, de aquel asunto predilecto, nos dan á entender que en sus años maduros seguiría frecuentando los sitios y reuniones que en la juventud le sedujeron. No de otra manera pudiéramos explicarnos la variación de sus pinturas, la diversidad de asuntos, la diferencia de actitudes y la afluencia de frases típicas que jamás se agotaron en él, desde la primera hasta la última pieza que forman el abultado volumen que nos legó. Los rasgos, los caracteres, los golpes de sus personajes y la fisonomía exacta con que éstos salen á las tablas, solamente podían ser observados mediante una pertinaz atención y una contínua familiaridad; casi todas las picantes

ocurrencias y oportunísimos chistes de sus diálogos, laten, se agitan y chispean con tales muestras de verdad y vida, que no parecen sino cogidos con la punta de la pluma de los labios que los soltaban, para ser incontinenti escritos en el papel. Tanto acierto en retratar, tanta copia de detalles, tanta brillantez y multitud de colores, no son otra cosa más que la realidad trasladada al cuadro, ni se comprenden sino admitiendo una contínua frecuentación con los originales.

Y ese es D. Ramón de la Cruz, según nosotros nos le representamos. Iniciado por pura diversión y por costumbre de su tiempo en los hábitos de las clases inferiores, prendado del colorido artístico y de los castizos accidentes que en ellos resaltaban, movido por su ardor literario al propósito de explotar aquel terreno feraz y virgen, guiado por su conciencia honrada y serena, á no ser puramente el encomiasta de aquellos usos que descubrían tantos vicios de forma y de fondo, y habiendo aceptado casi como única tarea de su ingenio la descripción de aquella vida excepcional, no se le concibe sino consagrando todas las ocasiones propicias que se le ofrecieran, al estudio práctico de sus modelos. Nos le pinta la imaginación, recorriendo con afán codicioso y atención complacida, todos los sitios donde tenían los héroes de sus argumentos el campo de sus hazañas: de Lavapiés al Barquillo; del Barquillo á Maravillas; de las Peñuelas al Rastro y del Rastro á la fuente de la Teja; de la pradera de San Isidro á la ermita de la Florida; de la verbena al merendero; de éste á la taberna, y de la taberna á la plaza, real de castañeras y gualdraperos. Él era práctico en la geografía de aquellos barrios bajos, y navegaba con rumbo cierto por entre sus estrechos y bajíos; andaba sin perderse por los vericuetos de tal laberinto, y no había rincón que no hubiera registrado, ni recoveco cuyas angulosidades no tuviera muy bien medidas. Colábase buenamente lo mismo en la guardilla que en el patio de vecindad, y así percibía su oído avisado donde se armaba contienda ó vapuleo, que donde sonaban guitarras ó se perfilaban seguidillas. Y bien podemos aventurar la conjetura de que, ya por lo que á su propósito satisfacía, ya por lo que su trato continuado daba de sí, hubo de gozar entre aquellas gentes bravas cierto prestigio mezclado de confianza, que le permitía sorprender todas las minuciosidades que ha denunciado á la posteridad. ¿Quién duda que tal ó cual maja apesarada le refirió alguna vez las cuitas de su pecho y las cari-

cias á mano armada de su majo favorito? ¿Quién negará que uno ú otro marido receloso no acudió á su consejo para explicarse las galas y el callejeo de su mujer? ¿Cómo no pensar que al aparecerse con su persona enjuta y severa, en las semitinieblas de un baile de candil, no hubiese en la distinguida reunión quien le ofreciera un sitio, y cómo, que de cuando en cuando su mediación entendida no pusiera paz en alguna de las ventoleras que solían ser el desenlace de semejantes fiestas?

No somos tan osados que pretendamos imponer este concepto del popular sainetero, ni dejar trazada con tintas indelebles la figura que por inducciones nos vamos representando; mas nosotros, por nuestra sola cuenta y bajo nuestra privada responsabilidad, hemos de decir que no podemos imaginarnos al diestrísimo autor de tan veraces descripciones, sino en actitud siempre atenta por el campo de sus estudios como el labrador siempre inclinado sobre el barbecho de sus cosechas, recorriendo con la sonrisa en la boca y la reflexión en la mente, los corrillos de las plazuelas y los puestos de las esquinas, apropiándose el requiebro amoroso y la rabotada insolente, avizorando cortejos y rencillas, acá recogiendo confianzas, allá sufriendo pullas, agasajado en unas partes, en otras siendo blanco sumiso de rechifla y vaya.

Alguien quizás nos observe que honramos poco al autor objeto de nuestro estudio, ofreciéndole así, en tal intimidad con las clases más rebajadas de su tiempo; y mal nos argüirá, si hay quien de esta suerte lo haga. No habrá, sin duda, pasado inadvertido el esmero que hemos puesto en salvar nuestros juicios de tal acusación; no hemos querido que á puro de querer presentar al buen Ramón de la Cruz identificado con la naturaleza de sus originales, fuéramos á parar en que al fin y al cabo no era sino uno de estos últimos, y que ya que por miseria no hubo de vivir confundido entre ellos, lo hizo por afición villana y soez. Bien al contrario, al imaginarle entrado en las esferas que describió, hay que hacerle la obligada justicia de atribuirle honradas miras y elevada aspiración. Obligada justicia hemos dicho, porque el mismo sainetero la reclama é impone en la mayor parte de sus obras, por no decir en todas.

No se encuentra en ellas un solo pasaje, del cual hayan de apartarse los ojos, heridos por un rasgo repugnante ú obsce-

no; y cuenta que el asunto era siempre escabroso, y que al trasladarlo de la realidad á la pintura, había de ser necesario el toque del buen gusto y de una conciencia escrupulosa. Digno es también de observarse el prudentísimo esmero con que en cada pieza huye el autor, de prestar colores risueños á lo mismo en cuya pintura se deleita. No hay error ni vicio que no resulten zaheridos y duramente censurados, ni escena resbaladiza que deje de ser tratada con finísimo tacto y admirable acierto. Sembrados están los diálogos de sentencias y observaciones no menos profundas por ser vertidas en el lenguaje llano de los personajes en cuya boca las pone el poeta; todos los desmanes á que conduce el natural desarrollo de cada acción, reciben justo y ejemplar correctivo, ya frustándose el mal intento que los promovió, ya dando causa á elocuentes escarmientos, ya apareciéndose en el lugar de la escena la justicia que á menudo es la encargada de desenlazar los sainetes, cual si en esto se viera una intención del autor, que en el celo dormido de autoridades más altas que el simple alcalde ó alguacil á quienes traía á las tablas, veía el único medio de dar cultura á elementos groseros é ineducados. Si á veces, como en *Manolo*, en *El Muñuelo*, en *El Picapedrero* y en algún otro, parecen harto recargadas las tintas y muy áspero el dibujo de incidentes y personas, atiéndase á que el género de parodia en unos casos, ó en otros la necesidad de reproducir en crudo alguna falta, lo hicieron oportuno y soportable. Pero estos casos son los menos; casi siempre se advierte en el estilo y disposición de las piezas, el mesurado tiento con que suaviza el autor las asperezas de sus asuntos.

No ha faltado quien convirtiera poco menos que en delito de leso arte y en pecado contra el buen gusto, el hecho de buscar Cruz la base de sus composiciones en las ínfimas capas de la sociedad. Signorelli, escritor italiano que trató de letras españolas, fué el primero que se encaminó por esa senda rigurosa, aún más que rigurosa, injusta, y desconocedora, como propia de un extranjero, de las circunstancias especiales que inclinaron el ánimo y tocaron la imaginación de Cruz. Lo hemos dicho con hartura; la época no ofrecía otra fuente de mayor pureza, á cuyos caños fuera á beber el ingenio ganoso de producir con originalidad é independencia. Sobre todo, no había más rayo de sol bajo el cual calentarse, que aquel á cuyo amor holgaba el populacho. Ó escribir á la

francesa, siguiendo los patrones del clasicismo, ó escribir á la española, con sabor, olor y color legítimos de españolismo.

Véase con qué energía y galanura lo proclama así el mismo Cruz, en uno de sus más bellos y robustos trozos de versificación. Departen varios amigos sobre el propósito que uno de ellos tiene de ir á pasar la noche en un sarao de candil, y contrariándole los otros, defiende aquél su intento entablando este gustosísimo diálogo:

JUAN.

¡Cosas vuestras!

PEDRO.

Cosas mías
serán; pero yo me acuerdo
de que he nacido en España,
y de cuando en cuando quiero
ir á mi tierra.

FRANCISCO.

¿Pues dónde
estais?

PEDRO

No lo sé de cierto;
sólo sé que cuando voy
á los arrabales nuestros,
veo bayeta y rodetes,
paño pardo con remiendos,
mujeres que laven, críen
y cuiden de su puchero;
hombres que vengan cansados
del trabajo, y tosan recio,
y que de cada suspiro
echen una casa al suelo.

FRANCISCO.

¡Bravo gusto!

PEDRO.

Y sobre todo,
yo discurro cuando veo

aquellas mujeres bravas
y diligentes, aquellos
hombres tan mal afeitados
y aquellos chicos en cueros,
que así como á las montañas
de Asturias se recogieron
los últimos godos, por
obtener los sarracenos
el mayor poder, así
se albergan á los extremos
de Madrid las pocas barbas
que nos han quedado, huyendo
la inundación de bellezas,
modistas y peluqueros
que han arrasado el bigote
de la patria, á sangre y fuego.

Confirmación hallamos en este fragmento, á cuanto hemos expuesto sobre el espíritu de esos sainetes y el género de inclinación que sentía Cruz hacia sus asuntos favoritos.

Por otra parte, no comprendemos cómo haya quien sintiendo el arte, desconozca que en los temas escogidos por Cruz, se encierra verdadera belleza. Podrá ser esta, una belleza extraña, *sui generis*, salvaje si se quiere, pero innegable, de seguros efectos y de legal atractivo. Hállasela siempre en lo verdadero, natural y típico; es inseparable prenda de todo lo que se manifiesta por su propia espontaneidad; brilla y seduce en todas partes donde se advierte color, movimiento, genialidad y vida. Si lo bello no fuera más que lo bueno, no habría pecadores en la tierra, porque no seducirían al hombre otros destellos que los de la purísima virtud. Pero con perdón de la Estética mogigata de ciertos reglistas, plácele á menudo al sentimiento enamorarse de objetos que en buen examen rechazaría, pero que vistos á la luz de aquel, primero y casi único juez en materia de impresiones, reunen cualidades de atracción tan positivas como lo es el deleite que proporcionan. Esto es lo cierto y esto lo palpable, aunque pese á los mentores del genio, que han gastado los años del mundo en poner trabas á lo que no las admite, en coger y llevar de la mano á lo que ya nace desbocado. Hay grandes extravíos de la humanidad que inundan la atmósfera de efluvios desvanecedores, grandes crímenes que conmueven, olor

de sangre que desvanece, y hay también ridículos usos que mueven á risa, decadencias que interesan, vulgaridades que se convierten en chiste y truhanerías que rebosan gracia. No se exija al escritor y al artista, que se aparten de esos raudales por los que fluye abundante la inspiración. Exíjaseles en buen hora, pues será exigencia de ley, que disimulen ó encubran lo que haya de repugnante bajo la sublimidad ó el atractivo de la pintura que nos muestren, y exíjaseles también que dirijan la exhibición de tales elementos, á la enmienda de sus causas; pero ya que así lo cumplan, no se les impute por otros motivos, ó ciéguese de una vez el manantial cuyas ondas han recorrido la tierra fecundando los campos de la poesía y del arte.

Ahora bien, á nadie que conozca y acepte esa extensión ilimitada que la imaginación requiere, podía ocurrírsele mantener las censuras de Signorelli contra Ramón de la Cruz. Aquel mismo hubo de reconocer, en medio de su severidad, que los retratos de este último eran hechos de mano maestra y que chispeaba la gracia en las descripciones; lo cual ya incluía, sin que el censor lo notara, un elogio del asunto; que no cabe perfección donde no hay belleza y dignidad de objeto. ¿Y no las había, por ventura, en la agitada y espontánea naturaleza que Cruz copiaba, en aquella plebe refugiada en sus barrios extremos con sus fiestas y sus rencillas, sus trajes y su porte, su garrulería chispeante y su soberbio desparpajo? ¿No las había en aquellas tintas especiales, no confundibles con las de otro cuadro alguno, y fuertes, brillantes, acentuadas como lo son en cualquier ángulo de la tierra donde vive un pueblo á solas consigo, bien hallado con su condición, arrogante en sus estilos y ostentoso, sin saberlo, de los infinitos y pintorescos ramos de su genialidad? Si es ó no tal como decimos, atestígüelo el aplauso no amortiguado aún, ni perecedero en lo futuro, que acompaña á las producciones de nuestro sainetero. Las celebraron y popularizaron los públicos de su tiempo, y celebradas siguen siendo, así como populares, pues ni hay en el día docto ó profano que desconozca el nombre de Cruz, ni teatro donde aparezcan sus personajes sin provocar muestras de aprobación y regocijo. Las generaciones no heredan los errores de sus antepasadas; bien al contrario, en el crisol donde cada edad depura el legado de la que la precedió, muchas veces se consume entre lo malo algo que no lo es del todo, pero que carece de fuerza para resistir al fuego de la

depuración. Si el favor que Cruz alcanzó de su época, hubiera sido apasionamiento efímero é irreflexiva merced del vulgo lisonjeado, al perderse el último aplauso del último espectador, se hubiera perdido con él la fama de los sainetes, como se perdió la de Comella y sus corifeos, y como se extinguió la de Villarroel, aquel que con sus imitaciones de Quevedo obtuvo por aquellos tiempos una celebridad tan exagerada, que nadie la tuviera entonces por tan caduca.

Los públicos sucesores del que presenció los estrenos de los sainetes, ya no se veía en éstos reproducido y lisonjeado; hace mucho tiempo que se ha desvanecido el encanto momentáneo que pudieran ejercer aquellas fieles copias de la vida real, y ya solamente puede abonarlas el prestigio literario que no se evapora, ni prescribe. Y no lo disfrutarían hoy tan entero, tan depurado, el autor y sus obras, si fuera justa la antigua imputación de aquella crítica relamida, que juzgó los asuntos y los tipos, soeces y repugnantes.

Por otra parte, Ramón de la Cruz no siempre se empleó en descripciones del populacho. Se le estudia generalmente, como si jamás hubiera tratado de otras esferas y otras clases, sin recordar fehacientes pruebas que nos ha dejado de que su observación y su conocimiento del mismo modo se extendían á otros géneros de costumbres y de personas, cuyos centros de vida se hallaban á mayor elevación. Gracias á él, y con la precisión misma que á la plebe de su tiempo, conocemos á la sociedad media, con sus ínfulas de afrancesada y sus ridículos extremos de servil imitación; y conocemos también aquella comezoncilla de que más arriba hemos hablado, que era el espíritu de españolismo concentrado en el interior de los ánimos, y que no dejaba ni aun á aquellas clases sofisticadas, libertarse de las heredadas inclinaciones de raza. Entre estos y aquellos modelos alternaba Cruz la elección de sus asuntos, y si la gente cruda y chavacana del populacho tiene parte de protagonista en los sainetes *Los majos vengativos*, *Los bandos del Avapiés*, *Manolo*, *El Muñuelo*, *El Rastro por la mañana* y otros del mismo orden, no se deja olvidadas á las gentes de arraigo y figura, en *El café de máscaras*, *La fineza en los ausentes*, *La comedia casera*, *El sarao* y muchos más cuya idea exclusiva ó predominante es reproducir y satirizar las costumbres finas de aquel tiempo.

Pero lo que de todos modos, cúlpense ó no sus aficiones, hay que reconocer en nuestro autor, es la honradez de pro-

pósito, además de la mesura de las formas que ya hemos mencionado. En la personalidad tan caracterizada que es fuerza reconocerle, esa alteza de miras y cordura de pensamientos son sin duda los más apreciables rasgos. Léanse sus sainetes y recórranse sus versos uno por uno, y jamás se le sorprenderá sancionando una gracia obscena, ni una acción indigna, ni una práctica perjudicial. De los labios de la mujerzuela desenvuelta, que las vertería á celemines, nunca recogió expresión licenciosa que no la tolerase el respeto de la escena; ni tomó votos y reniegos de majos y gentuza mal hablada; ni copió amores y galanteos torpes, ni convirtió, en una palabra, el circuito de las tablas, en cerco vedado cuyos frutos no pudiera gustar el oyente más escrupuloso.

Y si de la parte de detalle pasamos á examinar el fondo, ¿cuál de sus piezas, salvas contadísimas excepciones, encontraremos tan huera, que no nos descubra el intento leal y noble de obtener alguna enseñanza útil? Repasemos el largo catálogo de sus títulos, y apenas si quedan dos ó tres de ellos que no nos recuerden una sátira punzante y certeramente disparada contra algún abuso de la época, ó alguna flaqueza de las que son generales en la condición humana. La hipocresía social y el dolor gazmoño hallaron espejo fiel donde contemplar sus deformidades, en *La visita de duelo* y en *Las tertulias de Madrid;* la versatilidad y tornadizo antojo, en *La fineza en los ausentes;* el ánimo matón y las baladronadas de los guapos, viéronse castigados y rechiflados en *El majo de repente* y en *Los majos vencidos;* así como la desvergüenza y arrogancia de las mozas gárrulas, en *La maja majada.* Pintó con mano dura y saña merecida, el desorden y los vicios del hogar doméstico, señalando en distintas obras las causas de que toma origen: la liviandad, mala educación, los cascos ligeros de la mujer, como en *La duda satisfecha*, *La presumida burlada*, *La comedia casera* y *El picapedrero;* la torpe elección ó ciego descuido del marido, como en *El mal casado*, *El casamiento desigual* y *El marido sofocado.* Condenaba y exponía á la vergüenza, en *Las majas vengativas*, en *El deseo de seguidillas*, en *La cena á escote* y en *El fandango de candil*, los devaneos y amoríos de los señores con busconas y volanderas, la afición menguada de las personas pudientes á confundirse en las funciones y regocijos plebeyos, y estas mismas funciones y regocijos, cuyo lado enojoso no descuidaba presentar, aunque tan prendado de

ellos se le ha supuesto. La manía de introducciones forasteras, ya fuesen modismos y voces que desfiguraban el idioma, ya modas ó establecimientos que alteraban el modo de vivir, no quedó tampoco á salvo de sus tiros aguzados, siempre certeros, principalmente en lo que se refería á costumbres que traían daño con su adopción. El abate, carcoma social de germen francés, desarrollada en España con presteza y fecundidad mortales, despertó las iras enconadas de su sátira en tales términos, que no los empleó con ningún otro objeto de sus correcciones; varios son los sainetes en que su justo y despiadado rigor nos presenta ese tipo exótico y repulsivo, ya por su lado risible, ya por el odioso, bién ingiriéndole en la acción de diversas piezas, como en *La comedia casera* y *La visita de duelo*, ya mentadas, donde hace el abate oficio de perturbador y celestino, bien ofreciendo á otros de sus personajes ocasión de tomarle en boca, según sucede en el diálogo de dos majas, las cuales hablando de sus preferencias en materia amorosa, muestran su profundo menosprecio por el tipo en cuestión, diciendo que si el que las favorece fuera

un capitán de caballos,
un contador de resultas
ó algún caballero indiano,
vaya, ¿pero de un abate,
qué buena moza hace caso?

bien dedicando lo más de la obra á delinear el retrato y azotar al original, conforme lo hace en *Las escofieteras*. Pues ¿y la intención enconadísima con que en *El Petimetre* se complace en describir la necedad y vano atildamiento del mozalbete ocioso, cuya vida se pasaba mitad en ponerse afeites y corbatines, y mitad en lucirlos y pasearlos? ¿Y las burlas que dirigió á la soberbia simple de títulos y pergaminos, en los *Gutibambas* y *Muzibarrenas*, y en *El mesón por Navidad*, sainete este sabrosísimo, en el cual á cierta corregidora que desdeña toda suerte de compañía, y que pregunta á una cómica de la legua, si sabe quién es ella, responde ésta, que será:

Una mujer como yo,
vara más ó vara menos?

Bien se ve, por lo tanto, que no reinaba en aquella época

vicio, defecto ó corrupción con los cuales Ramón de la Cruz no estuviera en pugna y á cuyo remedio no dirigiera sus esfuerzos.

Y ya que hemos empezado á poner citas de sus obras, aunque sea volviendo sobre razones que dejamos ya expresadas, queremos, si no repetirlas, confirmarlas con el auxilio de conceptos caídos de la propia pluma de nuestro autor. Hemos intentado destruir la idea de que éste viviera sumido entre la hez del populacho que retrataba; pero, como en puridad de verdad, podría alguno á quien quedara duda ó escozor sobre este punto, hacer hincapié en el deleite manifiesto con que Cruz se gozaba en trazar sus escenas, cuando éstas eran de manolos, castañeras, alumbrados y pendencieros, nos importa aquí, para completar el bosquejo moral que hemos pretendido hacer, terminarlo con el alejamiento de todo reparo, lo cual de ningún modo conseguiremos mejor que apelando á lo que el mismo Cruz escribió, sea por natural expansión de su sentimiento, sea porque quizás presintiese que algún día habían de ser sus mismas palabras contrayerba de su buena fama emponzoñada.

No es el deleite con que nuestro autor dibuja y pinta, sino puro efecto de afición y entusiasmo artístico. En el concepto de goce particular y como diversión que el ánimo busca para solazarse, no era aquel hombre juicioso, de ilustración y de gusto, capaz de sentirse atraído por tan bajas compañías. Formaba de las buenas mozas de mantilla en cruz y mano en cadera, tan piadoso y galante juicio, que de ellas decía:

—Esa gente se corteja
con un plato de torreznos
ó con fritada, mejor
que con música, ni versos.

Del prototipo famoso de esas majas, de *Geroma*, la más firme y resuelta moza de tejas abajo, que nos presenta en *El majo de repente*, nos ofrece idea y pintura, gráfica y compendiosa por cierto, haciéndonos saber que

come
carne brava todo el año.

¿Y á los felices varones que de tales hembras vivían logrados, les trata acaso de suerte que pueda tenérseles por sus

amigos? Véase cómo habla de ellos en *El careo de los majos*, cuando los piropea diciendo, que

es menester
ponerles una mordaza
á todos; enviar á ellos
á un presidio, etc.

y véase en *El deseo de seguidillas*, cómo los hace juzgar por un personaje cuerdo, el cual reprende á un su amigo que es quien experimenta aquel deseo, diciéndole:

Tienes vocación de tuno;

y más abajo le observa otro:

¡Qué tengais
ese gusto tan perverso,
tan vil y tan chabacano!

Y júzguese finalmente el atractivo que, colorido y carácter aparte, hallaría en las funciones y tremolinas de taberna, cuando señala como atributos principales de ellas,

las bandurrias destempladas
y las voces de becerro
con que estas gentuzas cantan.

No hay que olvidar, siquiera lo mentemos de paso, un tercer género de sainetes, por el cual mostró Cruz cierta predilección, aunque no tan declarada como á los otros dos que hemos mencionado. Era ese género el que refería las ingenuidades y rudezas de los rústicos, casi siempre mezcladas, para que no les faltase enseñanza útil, con las hazañas y granujerías de los alcaldes de monterilla, para cuya descripción tenía su pluma habilidad sin igual y gracejo inagotable. Pertenecen á esta clase, *Los payos en el ensayo*, *La duda satisfecha*, *Las Frioleras*, y otros en los cuales bien demuestra el sainetero la regocijada observación que le merecían aquellos paletos tan faltos de cultura como de malicia, y lo que excitaban su numen satírico las alcaldadas de los mandarines taimados y tiranuelos consentidos.

Este era don Ramón de la Cruz. Hé aquí cómo nos induce á considerarle la unión de las circunstancias particulares de su vida con el espíritu de sus escritos. Hombre honrado de su casa y literato amante de su patria. Discernía, pensaba,

alimentaba propósitos y aspiraciones; mantenía en su mente un orden de ideas propias que las corrientes de fuera nunca torcieron, é imprimía en sus sentimientos un tono de originalidad que no pudo enturbiar ni vencer las influencias poderosas de la escuela afrancesada. Él pudo decir, anticipándose á sus escritos de nuestros días:

mi copa es pequeña, pero es mi copa.

Su afán y necesidad de observación le movieron á recorrer todas las esferas de la sociedad desde las más ínfimas á las más elevadas. Entre la nobleza más distinguida disfrutó boga tan grande como entre los pobladores de Avapiés y el Barquillo; indicio claro y seguro de esto es el hecho de haber escrito una buena parte de sus sainetes para ser representados en los salones de la aristocracia, en los cuales eran oídos y celebrados sus chistes y desempeñados á porfía y con chocante estímulo por las damas y caballeros de mayor distinción, los caracteres, modales y trazas estrafalarios de los barrios bajos.

Tales conocimientos y amistades motivaron en Cruz una de las faltas, quizás la menos disculpable, que se le pueden reprochar, como desfallecimientos de su carácter y olvido de sus opiniones. Ante la jerarquía ó la riqueza de esas elevadas relaciones, suspendió su brío y se hizo atrás aquel su resuelto modo de transcribir y censurar flaquezas de los contemporáneos, pues con ser muchos y de más trascendencia que las de la plebe, las corruptelas y malos usos de la gente de pró, jamás hizo presa en ellas para hincarles el escalpelo de su ironía. Cierto es, que para ello le hubiera sido casi indispensable penetrar en terrenos como el de la política y el de la intriga palaciega, de las cuales siempre su consideración se mantuvo apartada; pero tocaba á su destreza el evitar esas sendas, puesto que le parecían escabrosas, sin preferir en sus lecciones muchos estilos viciados que permitían á la vez callar lo que de callar fuera, dirigiéndose contra la ridiculez ó la perversión de aquellos centros, así como lo hizo con el pueblo y la clase media, para habernos dejado un trasunto completo de la época que nos describió. Bien distante de eso, mostró para con aquellas clases una lenidad que rayaba en lisonja, por no decir en adulación; de tal suerte, que siendo una inclinación tan poco digna de personas cultas y distinguidas, la de frecuentar los festines y sombras del populacho y ejercicio

tan poco airoso el de imitar á aquél en sus modales y palabras, apenas tuvo el sainetero formas de reprobación para las damas y caballeros que á tan extraña tendencia se entregaban; fomentóla antes, escribiendo tipos y preparando escenas en que pudieran aquellos hacer gala de su desgarbo postizo y grosería imitada. Y no pararon aquí sus complacencias; en los mismos argumentos que preparaba, fundados á menudo en el choque de gente ordinaria con personas finas que descendían hasta ella, esforzábase siempre para que del trance saliesen airosas estas últimas, desaprovechando la ocasión de sacar escarmiento saludable que influyese para el abandono de aquellos gustos tan impropios como rebajados. Pudiera atribuirse este proceder no tanto al deseo de lisonjear, como al de prevenir el éxito en las salas aristocráticas para donde componía esos sainetes; pero ya sea uno ú otro móvil, nunca pierde esa transacción en parte vituperable, ni deja de ser el tilde que á fuer de humano había de descubrirnos el carácter que venimos estudiando.

Otras debilidades, más inocentes que la citada, sombrean y dan rasgos de semblante humano, mortal y pecador, al de don Ramón de la Cruz. No incluimos nosotros en su número la presuntuosidad que se atribuye, por haberse defendido arrogantemente de las censuras ya citadas de Signorelli; que siempre, en Cruz y en todo autor de obras valiosas, nos ha parecido lógico y aun necesario sentimiento el de esa arrogancia, hija de la conciencia del propio valor, que jamás puede faltar al verdadero talento y que sirve de pábulo á los bríos del alentado genio. Las que son fragilidades positivas en el bueno de don Ramón, consisten en haber escrito piezas dramáticas de otro género, haberlas defendido del juicio desfavorable que en justicia merecieron, y sobre todo preferirlas á sus sainetes, queriendo basar en ellas su reputación de hombre de letras. Y la verdad es que aquellas obras no hicieron raya en el teatro español, ni quedaría tal vez memoria de ellas si su propio padre, ciego y preocupado como tal, no las librase del olvido mencionando sus títulos en el prólogo de sus sainetes. De una de ellas, *Briseida*,—ópera heróica, al parecer, que se representó el año 1768,—existen deplorables noticias, y no únicamente las dadas por Signorelli, á quien increpa Cruz por apasionado y falso censor, sino las de Miguel de la Higuera, autor de ciertas hojas volantes en que se pasaba revista del movimiento literario de la época. ¡Lástima de ardor, el que

emplea Cruz en revindicar los méritos de su obra! ¡Con qué afán y buena fe saca á colación el testimonio del conde de Aranda y los altos personajes de su recepción, que asisten en casa del primero al ensayo general de la desdichada *Briseida!* ¡Cómo invoca la autoridad de sus aplausos, cómo los del público que luégo la vió en el corral, cómo su repeticion desde el once de julio al tres de agosto y cómo los 20.118 reales de vellón ganados por los cómicos después de pagadas raciones, obras pías y cuentas de representación y aparato! No advierte el cándido autor que de igual manera y con análogos argumentos podían defender y aun defenderían, al valor de sus obras, el destartalado Comella, Bazo, Nifo y Valladares y demás émulos de su género desahuciado. De la *Briseida*, *Las segadoras de Vallecas*, *La espigadera*, *El día de Campo*, *El Divorcio feliz*, y otra infinidad de comedias, zarzuelas, óperas y *loas de empezar* que produjo la fecundísima pluma de don Ramón de la Cruz, poco ó ningún renombre habría éste conseguido, y dígalo ahora que se ha alejado su tiempo, la quietud en que los tiempos sucesores las han dejado reposar. Sin embargo, ya hemos dicho que su autor las apreciaba y defendía con decidido empeño, teniéndolas, con excepción de algunas determinadas, entre las cuales está *El Licenciado Farfulla*, cuyo demérito reconoce con abierta franqueza,—por los mejores y más loables productos de su ingenio, y á buen seguro—porque este es caso frecuente en la vida de las letras, —que en más de una ocasión hubiera sacrificado á esas óperas y zarzuelas de tan perecedera boga, toda la colección de sainetes, sólida y hermosa base de la gloria que alcanza en los fastos de nuestras letras.

Adviértase empero, que en esos extravíos de su ánimo pudo tener Cruz menos culpa de la que parece á primera vista. Mucho debió de influir en él la perversión de las escuelas y la privanza de géneros bastardos con que su época se distinguía. Los críticos y escritores perturbados de entonces no concedieron á los sainetes aprecio ninguno; estimaron su aparición ó como detalle insignificante para la literatura hueca y entonada que florecía, ó bién como alarde menguado de groserías y llanezas indignas de la escena, que sólo pisaba el coturno de los héroes, y barría la fimbria del manto real. Estos conceptos eruditos hubieron de poner el descontento en el ánimo del inimitable sainetero, y á despecho del aura popular que le rodeaba, hacerlo desdeñoso

para con estos partos de su ingenio, que no alcanzaban la aprobación de las alturas; y excitado su estímulo hubo de empeñarse en el propósito de escalar por otros lados la eminencia que tan fácil y natural ascenso le ofrecía.

De todos modos, harto hizo en no abandonar por completo el género que veía menospreciado, y aunque se dejase dominar por el juicio de los notables en literatura clásica y pusiere su esfuerzo en la malhadada tarea de cultivar otros estilos, digno es de aplauso y encarecimiento por su constancia en alternar con sus lucubraciones nuevas, la composición de sainetes; ¡tal sería la privilegiada disposición de su ingenio á producirlos, y tal el poder del atractivo que le inclinaba al desarrollo de tales asuntos! Así se explica la prodigiosa fecundidad de su trabajo en este género, y así la copia de sus títulos que exceden de cien, todos acompañados en más ó en menos de las cualidades que hemos procurado esclarecer y desentrañar para conseguir los rasgos de la fisonomía moral, la única interesante, con que conozcamos á nuestro insigne autor, al penetrar en el campo amenísimo de sus pinturas y donaires.

III.

Encaminémonos ya al término de este largo y—lo tememos—pesado escrito, considerando á Ramón de la Cruz bajo el aspecto puramente literario, con lo cual completaremos el bosquejo de su retrato moral, que hemos intentado hacer.

Hemos dicho que al ser la suya la única inteligencia que claramente discernía el estado y los elementos de su sociedad, fué también el único que mantuvo el calor y la animación de nuestro teatro, y no necesitamos, para mantenerlo, más que echar una rápida ojeada á la situación que en aquella época alcanzaban las letras en general y las de la escena en particular.

Escaso y miserable era á principios del siglo XVIII el caudal de nuestros conocimientos. Fernando VI y Carlos III, ó por mejor decirlo, los hombres de gobierno á cuya dirección se confiaron, dirigieron laudables esfuerzos á reponer en su pasado brillo las ciencias y las artes de su reino. Poco, empero, lograron por de pronto. Cuando un pueblo cae en posración, ésta suele ser larga y de reparación difícil, como que

siempre es su causa el desconcierto ó la pérdida de las partes que juntas formaron un cuerpo robusto y ágil. Las ciencias exactas y naturales que al cabo, y sin desdoro de su importancia, son las que menos se nutren del calor de cada pueblo, puesto que viven enteramente ajenas al sentimiento y á la imaginación, consiguieron dar algunos pasos hacia su desarrollo feliz, y así nos llegan de aquellos albores del último siglo ciertos reflejos de ilustración y progreso en la Física, Botánica, Arquitectura y Matemáticas, á cuya vida pudo bastar el apoyo material de cátedras, museos y jardines botánicos que se fundaron. Pugnaba al propio tiempo por arraigarse y cobrar vida el estudio de la jurisprudencia, alentado por los adelantos que hacía en otras ocasiones, y otro ramo especialísimo del saber, importante, á pesar de serlo, en aquella edad de disquisiciones místicas, lograba ocupar la atención de los pensadores con la publicación de libros en los que ganaba fama tal cual tratadista de los atributos de Dios y misterios de la fe religiosa.

Pero esto más bien que despertar, era sumir en más profundo sueño los espíritus, y en vez de allanar entorpecía la senda de la vida práctica y humana. La mente envuelta en designios científicos y embelesos platónicos, se perdía por regiones que cada vez la alejaban más de los objetos terrenales y de su empleo positivo. La filosofía, presa en ceñidos círculos que cada vez la habían ido constriñendo más y más, no era todavía la ciencia provechosa que abre al hombre el horizonte de su propio conocimiento y el ámbito de su diligencia; confuso é ininteligible como un ramo de la cabalística, no bastaban empeños ni exhortaciones á desamorarla de las argucias y sutilezas con que la disparó Peripato.

Observábase en el terreno de las letras alguna mayor actividad, pero ciertamente de más provecho. Con los despojos del idioma corrompido y destrozado, gracias á la invasión de giros y términos impuros, y á la urgencia de modernizarlo para expresar nuevas ideas, se entretenía la imaginación del pueblo con obras baladíes, absolutamente incapaces de formar el gusto y de hacerle sentir la verdadera belleza. En el púlpito servíansele por toda oratoria aquellos sermones *peinados*, cuya enrevesada dialéctica á nadie tocaba ni convencía, falta de vigor y eficacia á puro de relamida y culterana. La poesía se limitaba á admitir y popularizar como buenos, los versos vulgares é incorrectos del coplero Gerardo Lobo.

La prosa gemía bajo el poder de Torres Villarroel, escritor cultipicaño, plagiador de Quevedo, cuyo favor extraordinario sólo puede explicar la perversión, la miseria literaria de su tiempo. En los corrales agonizaban Lope y Calderón en manos de Zamora y Cañizares, á quienes más debe agradecerse el buen intento que el acertado desempeño; y cordial de aquella agonía eran las obras de Bustamante, Fernández de León, Téllez y otros autorcillos, que aun las débiles huellas de aquellos dos autores, discretos al menos y bien intencionados, consiguieron hacer olvidar.

Tal era el estado intelectual de aquella España descaecida, cuando Ramón de la Cruz vino al mundo en 1731; en tales alimentos hubo de nutrirse su niñez y su juventud. Más favorable desenvolvimiento se producía en las ciencias y las letras, cuando transcurridos años y ya concluída su educación, se lanzaba el sainetero á la arena de la publicidad; resonaban, en verdad, acentos autorizados y observábase la reacción en favor de la mayor cultura y más provechosa diligencia. Latían á la luz tibia del sol encapotado, publicistas ilustres y poetas de inspiración verdadera, que imprimían con sus obras nuevo curso á la desviada conciencia de sus contemporáneos; pero adviértase que esto ocurría cuando Cruz ya ocupaba también su lugar en el suelo de aquel renacimiento; cuando con sus impresiones ya sentidas, su propósito formado y despertada su originalidad no pudo dejarse dominar por el influjo de tales elementos, más que de un modo general y que en nada modificaba su manera de ser.

Ni podía tampoco dejar de ser así. La teología y los cánones que siguieron siendo de cultivo preferente y eficaz, no eran por cierto abonados para combinar su acción con la de la poesía práctica del teatro y menos con la peculiar que se refería al pueblo y á sus actos de todos los días. La filosofía, la historia y el derecho público, sabiamente tratados por Macanaz y Feijóo, por Mayans, el padre Flórez, Capmany, Campomanes, Masdeu y Jovellanos, referíanse á puntos y á intereses muy distantes de los que Cruz consideraba, y aunque todos juntos contribuían á formar una atmósfera de ilustración, en la cual todo juicio bien dispuesto había de fortalecerse y alentarse, de ningún modo puede afirmarse que participaran en la tarea, si no tan elevada, igualmente honrosa y útil, á que se consagraba al autor de nuestros sainetes.

Pero ya que no esos teólogos, historiadores y filósofos insignes, ¿pueden los poetas que entonces florecían, disputar á Ramón de la Cruz el mérito que le hemos atribuído; de haber sido el único observador é intérprete de los tiempos en que vivía? No; en verdad. Grande es el valer de aquellos poetas, y mucho influyó su concurso en el levantamiento glorioso de las musas españolas. ¿Quién no ha aprendido á honrar los nombres de Nicolás de Moratín, Cadalso, Fray Diego González, Meléndez, Iglesias y Sala? ¿Mas quién no reconocerá que todos ellos, dedicados á producir la belleza en otros espacios imaginarios y conducidos por otros vuelos de su brillante fantasía, recrearon á sus oyentes, mejor que no les enseñaron, y se emplearon en sus propias delectaciones, más bién que no descendieron á estudiar y dirigir las cosas reales que en las levaduras existían?

¿Y en el teatro? ¿Sé manifestó en éste que fué el palenque privativo de Cruz, quien le precediera ó quien le imitara en el estudio de caracteres y usos humanos? Después del letargo en que quedó la Talía española, al perderse los últimos acentos de Cañizares y Zamora, apenas si le quedaron alientos para seguir dando fe de su precaria existencia. Del período intermedio entre la extinción de aquellos ecos y la salida de los vivos y animados personajes de Cruz, ni aun restan en la historia noticias claras ó datos precisos; apenas si se cita el título de una comedia ó el nombre de un autorzuelo infortunado. Surgen, sí, más tarde, nombres y títulos como en inundación asoladora, cuando ya Cruz había inaugurado su género y adquirido su renombre imperecedero; surgen los Comella, los Laviano, los Zavala y demás componentes de la caterva desatentada que hicieron de la escena patria un maremagnum de extravagancias y aberraciones, y entronizaron el mal gusto desde los títulos longitudinales de sus dramas, hasta el último disparate con que se pedía el aplauso; pero además de que el imperio de esta literatura abigarrada pertenece á los fines del siglo XVIII, en cuya fecha murió Cruz, tratábase de una escuela, si así cabe llamarla, tan reñida con todo lo racional y humano, y desconocíase en ella de tal suerte, no á los hombres de su tiempo, sino á toda la humanidad desde que ésta existe, que sería ocioso y pueril trabajo el que empleáramos en buscar distinciones entre aquellos engendros de vida efímera y las composiciones de Cruz, dotadas de todo el vigor para subsistir uno y otro siglo.

Jovellanos y Leandro de Moratín, aquél contemporáneo de Cruz y éste algo posterior á él, pudieron alegar derechos á participar en la gloria que le hemos atribuído; ellos también describieron y censuraron costumbres de su edad. Pero bién considerados, no admiten confusión con el sainetero, ni con su figura hacen sombra á la que hemos presentado como sola y única, destacándose sobre el fondo de aquel siglo.

Jovellanos hubiera podido, sin duda, con sus dotes eminentes, colocar su nombre al lado del de Cruz, y dividir con éste la representación de su tiempo, si el extenso talento que le distinguió no hubiera querido abrazar los anchos límites del campo que recorrió. Capaz para todo, no se ciñó á escribir comedias como las de *El delincuente honrado*, en la que trató un asunto español, entonces de actualidad, ni á dictar sátiras como las áticas y finísimas *Epístolas á Ernesto*, donde restallaba con fiero acierto el látigo de su ironía contra las necedades y decadencia de los que con él vivían; su aspiración y su brío se extendieron con mayor preferencia á otros vuelos: escribió de artes, de historia, de filosofía, de política y de intereses materiales, y aunque en uno de sus escritos, el célebre de *Pan y Toros*, consiguió adquirir fisonomía acentuada como retratista y censor de su época, no fué para mantener este rasgo exclusivo, sino pára mezclarlo con otros que juntos le dan á conocer. Jovellanos es una eminencia de su tiempo y una gloria española; no es una genialidad, no es de carácter formado de un solo golpe, no es una figura hecha de una sola línea como Ramón de la Cruz.

Más se aproximó á éste Moratín, el hijo, aventajándole á mayor abundamiento en muestras de erudición y en el esmero literario. También este ilustre maestro buscó en torno de sí, y pidió á la sociedad con la cual alternaba, los temas para sus obras; también se armó de escalpelo y látigo para descubrir y fustigar los abusos reinantes; pero en sus producciones, si se observa más corrección, no se descubre en cambio el entusiasmo; pintaba sin encanto y vertía sus enseñanzas á distancia de los oyentes; jamás perdió la gravedad de mentor, y no hay pasaje de sus comedias en que se le vea identificado con lo que pinta. Maestro le hemos llamado y le llaman todos; maestro fué constantemente, y de él pudieron decir sus tiempos: «hé aquí á nuestro Mentor;» no como de Cruz pudieron decir: «hé aquí nuestra hechura.»

Y puesto que de semejanzas y analogías tratamos, no hemos

de malograr la ocasión que rodada se nos viene de mentar la que más puntos de relación ofrece, á pesar de no ser un escritor uno de los dos objetos de ella.

Á una ilustrada persona, no ajena por cierto á esta Biblioteca de ARTE Y LETRAS, hemos oído verter el atinado concepto de que D. Ramón de la Cruz es el Goya de nuestra literatura.

Es en verdad una forma gráfica y breve de pintar y juzgar al autor de los populares sainetes. Con efecto, él nos ha dejado trazados por su pluma los mismos cuadros que el artista de Carlos IV nos dejó descritos por su lápiz y su pincel. Uno y otro, animados de un mismo espíritu crítico, sorprendieron en un mismo terreno, la misma necesidad de censurar, y el mismo deseo de confundir con sus vapuleos la reproducción de bellas tintas y seductores trazos.

Pero escrito ya el nombre de Goya al lado del de Cruz, no podemos ya dispensarnos de investigar las diferencias notables que no dejan convertir la analogía en identidad, y que conservan á cada uno su semblante propio, distinto, imposible de confundir. No son dos hombres que se resuman en uno; cada cual es cada cual, valiéndonos de una frase llana que aquí nos sirve por lo expresiva, y no hay en el uno nada que perjudique la vigorosa personalidad del otro.

Ramón de la Cruz es más enconado y más riguroso en su estilo de zaherir y censurar, y aunque gusta con deleite profundo de retratar tipos y modas, muchas veces suspende el gusto de su tarea para ingerir una reprensión adusta ó para hundir con mano implacable la punta de una saeta en el pecho del mismo personaje al cual está acariciando; y siempre, en medio de sus alborozadas escenas, conserva presente la misión de enseñar y corregir. Goya, por el contrario, aleja de sí todo lo enojoso y retiene lo seductor añadiéndole hechizos; y así lo hace, no tanto porque el arte divino que profesó rechaza naturalmente de los lienzos, determinadas escenas que con el teatro mejor se avienen, como por razones de temperamento é inclinación que bien se descubren en todas sus obras. Pudiera en sus cuadros y en sus tapices haber prescindido de toda idea docente para cuidarse tan sólo de la belleza, como así lo hizo, y ésta no fuera en modo alguno circunstancia imputable; mas como al pincel no bastase á su genio travieso y detallador, y como en el lápiz buscara manera más adecuada de contentarlo, en sus dibujos y cari-

caturas hubo de quedar necesariamente impreso su peculiar instinto y su forma de pensar y sentir. Por esto en tales obras, donde sin piedad expuso á la mofa de los siglos las modas y los personajes de la corte, se muestra constantemente menos profundo que maligno, menos persuasivo que penetrante y con más atrevimiento que buena intención. Hé aquí, pues, dos aspectos bien diferentes, por más que ofrezcan algunos rasgos comunes. Cruz, ya sea alegre, ya severamente, en todo caso predica; Goya zahiere; aquél es el filósofo sencillo y mentor sin trastienda, que aspira al mejoramiento de su edad; éste el artista cortesano cuya intención punzante se ejercita, ora para conseguir una gracia ó un aplauso, ora para desahogar un despecho, pero nunca preocupándose de la enmienda.

Algún aficionado, de los que hoy abundan, á rebuscar indicios y á descubrir pelos y señales, querrá tal vez deducir de la identidad de objetos á que se dedicaron entrambos hombres, que uno de los dos se inspiraría en el otro, ó que cuando menos la influencia del primero hubo de despertar el gusto y la predilección del segundo. Si esto fuera así, la ventaja cedería en pró de Cruz, puesto que nacido en 1731, llevaba quince años de adelanto á Goya, que nació en 1746; pero no hay cosa más infundada que la especie de que tratamos. En los frutos de ambos ingenios se advierte la poderosa fuerza de su respectiva originalidad, el sentimiento espontáneo, la observación personalísima, el calor brotado de la primera llama, el entusiasmo y la convicción libre y horra de sujestiones extrañas; de suerte que se hace forzoso afirmar que así como se manifestó Cruz sin haber hallado las huellas de Goya, se habría manifestado Goya aunque no lo hubiera precedido la inspiración de Cruz.

No respondería ahora al tono que hemos dado al presente escrito, darle fin con la tarea minuciosa de examinar punto por punto las cualidades y defectos literarios de Ramón de la Cruz. Ni esto entra en nuestro objeto, ni lo creeríamos oportuno. Además de Moratín, que le juzgó á poca distancia, lo han hecho criterios tan eminentes de nuestros días como Martínez de la Rosa y Hartzenbusch, y fuera ocioso trabajo sobre ser petulancia, asegundar en lo que hicieron aquellos con autorizada voz, más y más cuando no hay extremo de sus juicios respetables, con el cual no estemos absolutamente conformes.

Oigamos, pues, á esos dos maestros insignes de nuestras letras, y sírvanos al propio tiempo su dicción entendida y concepto ilustrado para concluir con bién este trabajo y borrar las impresiones que sus defectos hayan producido.

Concede Martínez de la Rosa su atención detenida al período en que floreció el género sainetero bajo el cultivo de Ramón de la Cruz, y hé aquí las prendas y faltas de literato que en éste reconoce: «Dón de invención, aunque no bastan»te extenso, tiene para observar los vicios y defectos ridículos »y talento para presentarlos con singular maestría; facilidad »para pintar caracteres con una verdad y gracia que encantan, »aunque sin arte bastante para reunirlos y formar un cuadro »completo; dicción más pura que correcta, abundantísima en »modismos y frases familiares; chistes, los más agudos y ra»zonados, si bien á veces triviales y plebeyos; diálogo vivo y »fácil, hasta el punto de rayar en desaliño.» «Todas estas pren»das,—dice el cuerdísimo escritor de quien copiamos,—anun»cian claramente que aludimos á don Ramón de la Cruz, úni»co poeta de aquel tiempo que haya conseguido reunirlas.»

El venerable D. Juan Eugenio Hartzenbusch, maestro querido y admirado de cuantos hoy día toman en sus dedos la pluma del escritor, no juzgó con menos encomio al autor de los sainetes. Él, cuya certera mirada recorrió todo el espacio de nuestra literatura pasada y presente, no podía menos de sancionar en nuestros días la fama de Cruz, que sancionador era de famas y en su mano había puesto, por decirlo así, nuestra época la balanza de su justicia. «Heredó Cruz de Ca»ñizares,—dice,—la facilidad de dialogar con gracia y viveza, »y excediéndole con mucho en malicia, supo evitar la afecta»ción y el tono exagerado y chillante que deslucen las mejo»res páginas del último sostenedor de nuestra antigua come»dia. Abandonó la versificación artificial que estuvo en uso »hasta su tiempo, y adoptó en todas sus producciones el fá»cil y flexible romance que Iriarte y Moratín quisieron hacer »exclusivo de la comedia en verso; pero la dicción de Cruz, »generalmente castellana, se quedó harto inferior en correc»ción, urbanidad y elegancia á la de estos dos escritores. En »punto á invención, dote la más necesaria del poeta, no fué »Cruz tampoco muy favorecido, bien que tuvo la suficiente »para su gloria.» «Hábil para observar, hábil para describir, »sus cuadros eran un espejo de la sociedad, eran la verdad »misma...» «Aquella verdad que resplandece en los cuadros

»de costumbres que D. Ramón de la Cruz bosqueja, verdad »que se admira igualmente en las actitudes, en los caracteres »y en el lenguaje, hace ó que no se eche de menos en las »obras de que tratamos el plan, ó que no se disguste la senci»llez suma de los que tienen alguno.» «Cruz es cómico sin »pretensión de serlo; y por eso aunque las costumbres han »cambiado mucho desde entonces acá, sus obras deleitan lei»das, deleitan bien representadas y serán siempre un monu»mento histórico digno de estudio.»

Ya hemos dicho, y consta á todo lector medianamente instruído, que además de Martínez de la Rosa y Hartzenbusch, estudiaron á Ramón de la Cruz el italiano Signorelli y Moratín, contemporáneo el primero y sucesor inmediato el segundo de aquel renombrado escritor. Criticóle también sabia y profundamente el erudito don Agustín Durán, á quien deben casi todos los pasados ingenios españoles su popularidad actual. Todos estos críticos, aun el italiano con quien pendenció nuestro sainetero, coinciden en reconocerle idénticas cualidades y defectos, celebran su gracia y agudeza, admiran su fácil pintura y suelto lenguaje, lamentan sus descuidos en la versificación y la debilidad de sus tramas. Estudianle unos en su aspecto literario, otros en el filosófico; conceden á su figura el valor histórico que nosotros le hemos dado, y recomiendan á toda clase de lectores y espectadores la lectura ó la asistencia á la representación de los sainetes, prometiéndoles sabrosa diversión y agradable enseñanza.

Podemos, pues, decir que desde su tiempo hasta ahora, no se ha interrumpido la atención que Cruz despertó; cada período de nuestra literatura le ha consagrado una crítica; y esta es la mejor prueba de ser justa la importancia que á su personalidad hemos dado y del acierto con que proceden los Editores de esta Biblioteca, señalando un lugar entre sus obras, á los populares y siempre aplaudidos sainetes.

José Feliu y Codina.

LA COMEDIA DE MARAVILLAS

PERSONAS

—

MARIANA.	BERNARDO.
ALFONSA.	ESTEBAN.
PACA, *maja*.	ALONSO.
LA TÍA PEPA.	MANOLILLO.
LA MARQUESA DEL TRUCO.	JULIÁN.
D. EUSEBIO.	UN SOLDADO.
EL TÍO BLAS.	UN MAJO.

El teatro representa calle corta, con puerta y ventana transitable á la izquierda: casa pobre con tablado para comedia casera.



Mutación de calle con una puerta cerrada y una ventana; encima un farol pintado; y salen MARIANA, ESTEBAN *y la* ALFONSA *con* BERNARDO.— *Oscuro.*

MARIANA.

VAMOS por Dios que estará
mi marido hecho una fiera
aguardando á que le vista.

ESTEBAN.

¡Qué rica chupa de tela
me ha prestado un parroquiano!

BERNARDO.

¡Oyes! ¿sabes quién es esta?

ALFONSA.

La mujer de la segunda

dama. ¿No he de conocerla?
MARIANA. Llama; llama.
ESTEBAN. Bien podías
tener las puertas abiertas.
MARIANA. ¡No faltaba más! ¿tú sabes
que comedia como ella
no se ha visto en este pueblo?
ESTEBAN. Y para carnestoliendas
se ha de hacer otra mejor:
«El más justo Rey de Grecia.»
MARIANA. Esta noche diz que viene
la mitad de la grandeza
á ver la función.
ESTEBAN. ¿Por mí
qué se me da de que vengan?
MARIANA. En sabiendo uno el papel,
en no teniendo vergüenza
de nadie, y estando tieso
es buen cómico cualquiera:
pero sin pasión, ¿no lo hace
mi marido bien? ¡y cuenta
que en su vida ha sido dama!
ESTEBAN. ¡La graciosa sí que es buena!
¿Y canta?...
MARIANA. ¡Si fué sorchantre
en la más insigne iglesia
de Leganés! algo bronca
es la voz, pero muy buena:
vamos ya llamando, vamos.
BERNARDO. De ustedes con la licencia... *(Entrando.)*
MARIANA. Antes sin ella aquí estoy
de nadie; váyase fuera
y no haga, si yo me enfado,
que le derribe las muelas.
BERNARDO. ¡Yo agradezco la atención!
por eso, no haya quimera.
ESTEBAN. ¿Alonso? ¿Alonso?
BERNARDO. ¿Alonsillo?
ALFONSA. Callen ustedes: ¿tía Pepa?
BERNARDO. ¿Cuánto va que ya está lleno?

¿Alonsillo?
ALONSO. ¿Quién vocea? *(Dentro.)*
MAR. y EST. Yo, yo.
BERNARDO. Yo.
MARIANA. Callen ustedes,
que á mí me abrirá por fuerza.
ALONSO. Señores, no hay que cansarse, *(En la ventana.)*
porque hasta las siete y media
no se abre á nadie.
BERNARDO. ¿Y las sillas
para las dos petimetras
que te dije?
ALONSO. Si no hay nadie
diles que vengan apriesa;
se sentarán á su gusto.
ESTEBAN. Hombre, abre con más de treinta
demonios: ¿no ves que tengo
que vestirme, y ya son cerca
de las siete?
ALONSO. ¿Por qué no hablas?
Al instante bajo, espera...
pero no entra nadie más,
aunque el mismo Dios viniera. *(Vase.)*

Sale el SOLDADO.

SOLDADO. Paisano, aunque usted perdone,
¿sabe usted qué bulla es esta?
BERNARDO. Es que hacen en esta casa
una comedia casera.
SOLDADO. ¿Y qué comedia es?
BERNARDO. «Afectos
de odio y amor.»
SOLDADO. Voy á verla.
BERNARDO. No dejan entrar á nadie.
SOLDADO. ¿Y quién es el dueño ó dueña
de la casa?
BERNARDO. Un zapatero
catalán, que representa
grandemente, y hay un viejo

que hace el papel de Cristerna
tan bien, que puede enseñar
á la cómica más buena.

SOLDADO. ¿Y no entra usted?

BERNARDO. Yo voy
por dos damas aquí cerca. *(Vase.)*

Sale el TÍO BLAS *con una peluca en la mano.*

TÍO BLAS. ¡Tardecillo es! Pero á bien
que yo no soy el que empieza,
que antes hablan otros dos;
á un ladito de la puerta;
señores, háganme calle,
que si alguno me despeina
la peluca, de un sopapo
le derribaré las muelas.

ALFONSA. ¿Qué papel hace, tío Blas?

TÍO BLAS. ¡Y qué pregunta tan necia!
¿Entraría yo en fiesta alguna
que el primer galán no hiciera?
¡Cuidado con mi peluca!

Sale ALONSO.

ALONSO. Entrad, cerraré la puerta *(Á la puerta.)*
antes que venga más gente
y que luégo no se pueda.

SOLDADO. ¿Se puede entrar?

ALONSO. Todavía
tardará mucho la fiesta
en empezar, mas si usted
quiere pasar la molestia
de esperar, suya es la casa.

SOLDADO. Yo estimo vuestra fineza. *(Vase.)*

Se entran y cierran ta puerta, y sale MANOLILLO *de majo con cofia grande, de capa y debajo la guitarra.*

MANOLILLO. Aguarda, Alonso, no cierres:
¿cuánto va que ya está llena
la sala? Pero á bien que
no han de empezar sin la orquesta.
Alonsillo, baja á abrir;
como no agarre una piedra,
no me han de oir.

Sale la TÍA PEPA *á la ventana.*

TÍA PEPA. ¿Quién está ahí?
MANOLILLO. Yo. ¿No me ve usted, tía Pepa?
TÍA PEPA. ¿Cómo he de ver si es de noche?
MANOLILLO. ¡No creí que era usted ciega!
Manolillo el Cirujano.
TÍA PEPA. ¿El de aquí de la plazuela?
MANOLILLO. El mismo.
TÍA PEPA. ¿El apuntador?
MANOLILLO. ¿Pues no ve usted la vihuela?
TÍA PEPA. Ya bajan á abrir. *(Vase.)*
MANOLILLO. Que bajen,
que está la noche serena,
y luégo después, si se
me resfría la cabcza
cantaré como un becerro.
ALONSO. Entren ustedes. ¿Qué esperan? *(Dentro.)*
MANOLILLO. ¿Alonsillo?
BERNARDO. ¿Está cerrado?
MANOLILLO. ¿Pues qué, si abierto estuviera
llamara yo?
BERNARDO. ¿Usted también
acaso en la funcion entra?
MANOLILLO. Sí señor, y no señor.
BERNARDO. ¡Dudosilla es la respuesta!
MANOLILLO. Es que no hago personaje
nenguno de la comedia;

pero he prestado una chupa;
pespunteo la vihuela,
apunto, y canto después
una tonadilla nueva.

BERNARDO. ¡Bueno estará! Llame usted.

MANOLILLO. ¿Alonsillo? abre la puerta.

Sale ALONSO.

ALONSO. Entren ustedes, señores.

MANOLILLO *sale al paso al* TÍO BLAS, *y dice:*

MANOLILLO. ¿Dónde vas con esa flema,
dí, señor primer galán?

TÍO BLAS. Á hacer una diligencia
que me conforte la voz.

ALONSO. Vamos ¿entras, ó no entras?

MANOLILLO. Aguarda que voy á hacerle
á este amigo una advertencia.

TÍO BLAS. Oyes, que me apuntes bien.

MANOLILLO. Como el papel todo sepas
de memoria, de mi parte
no haya miedo que te pierdas:
pero hombre, sufre la risa
que haces la parte más seria
y parece mal.

TÍO BLAS. Amigo,
cuando me dice Cristierna
en la segunda jornada
que vaya por Auristela,
como sé que voy no mas
que á traer el sastre á cuestas,
no me puedo contener.

ALONSO. Despáchate antes que venga
más gente.

TÍO BLAS. Pues hasta luégo.

MANOLILLO. ¿Oyes, hay bastante cera
de carnero?

ALONSO. Ya he traído

dos velas, y había otra media
empezada.

MANOLILLO. Bastante es
y para lo que les cuesta,
si se acabase la luz,
que se acabe la comedia. *(Vanse.)*

Mutación de casa pobre con sillas á los dos lados y un tabladito en medio, cortinas al foro, una cornucopia encendida y tres apagadas. Sale de un lado la TÍA PEPA, *de casa, y por el otro los que entraron primero.—Sale* MARIANA.

MARIANA. ¿Á dónde está mi marido?
TÍA PEPA. Allá está en esotra pieza
poniéndose los zapatos;
yo le he puesto la escofieta,
la cotilla y la casaca.

Sale JULIAN *de mujer de medio cuerpo arriba con escofieta, casaca, vuelos, cotilla y medias muy charras de mujer: mucho colorete y muy enfadado.*

JULIÁN. ¿Era hora de que vinieras,
picaronaza? Agradece
á que estoy en una prensa
con este tren, que sino
tú comenzaras la fiesta.
MARIANA. Pero, hombre...
JULIÁN. No me repliques
que te echaré la cabeza
abajo de un capirote.
MARIANA. ¡Hombre, si había á la puerta
mucha gente!
JULIÁN. Anda dentro
y ensánchame vara y tercia
la costura del brial
que me viene un poco estrecha.
MARIANA. Voy allá sin detenerme. *(Vase.)*

Sale ESTEBAN.

ESTEBAN. Ven adentro, no te vean.
JULIÁN. ¿Oyes, dí qué tal estoy?
ESTEBAN. Si no te se conocieran
las barbas, y te cortaras
por la cintura las piernas,
pareces lo mismo que
un retrato de taberna.
JULIÁN. En poniéndome el tontillo
verás qué chasco se llevan. *(Vanse.)*

Salen el MAJO *y la* PACA.

MAJO. Alabado sea Dios por siempre.
Muchacha, no te detengas
que asientos tienes de sobra,
y siéntate donde quieras.
TÍA PEPA. Tenga usted muy buenas noches.
PACA. ¡Jesús, señora Josefa,
qué guapa!
TÍA PEPA. ¿Qué quiere usted?
no todos los días entra
tanto bueno por mi casa.
MAJO. Siéntate, no gastes flema,
que embarazamos en medio.
TÍA PEPA. Aquí están ustedes cerca
del teatro.
PACA. ¡Cómo jiede
á cómicos de la legua!
TÍA PEPA. Callen ustedes, porque
parece que un coche suena.
LAS DOS. Con efecto.
VOCES. Pára, pára. *(Dentro.)*
TÍA PEPA. ¡La Marquesa, la Marquesa!
PACA. ¿Qué marquesa?
TÍA PEPA. La del Truco.
MAJO. ¿Alto ó bajo?
TÍA PEPA. Es forastera,



no la conocerá usted.
Alonsillo, corre, vuela.

Sale ALONSO.

ALONSO. ¿Qué haces, bestia, que no alumbras,
que está el portal en tinieblas?

Vase ALONSO *con la luz y quedan á oscuras.*

TÍA PEPA. ¿Hombre, nos dejas á oscuras?
MAJO. Téngalas usted muy buenas.

Sale el TÍO BLAS *con luz.*

TÍO BLAS. ¡Jesús lo que viene! ¡Y toma
lo que hay! ¡Qué concurrencia
tan lucida! ¡Alborotado
está con nuestra comedia
todo Madrid; ¡pero tales
personas entran en ella!
TÍA PEPA. Vete á vestir.
TÍO BLAS. Voy volando. *(Vase.)*

Salen ALONSO *con la* MARQUESA *y* D. EUSEBIO.

ALONSO. Venga muy en hora buena
usía á honrar esta casa.

Salen ALFONSA *y* MARIANA.

MARIANA. ¡Gracias á Dios que ya queda
vestido! ¡Si me descuido
el peor asiento me dejan!
MARQUESA. Dios le guarde á usted, Alonso:
sólo por usted hiciera
yo este exceso, porque vengo
muriéndome de jaqueca.
TÍA PEPA. Me alegro de ver á usía.
D. EUSEBIO. ¿Es esta vuestra parienta?

ALONSO. Sí señor.
D. EUSEBIO. Por muchos años.
ALONSO. Señor usía los vea:
¿Dónde gusta de sentarse?
MARQUESA. ¿Dónde? donde esté más cerca
y haya dos asientos juntos.
D. EUSEBIO. Pues esto está de manera,
que habrá sus dificultades.
ALONSO. Eso en breve se remedia.
Pásense luégo á estas sillas.
(Á Alfonsa y Mariana.)
y desembarazen esas.
ALFONSA. No queremos, que para eso
hemos sido las primeras.
MARIANA. Y yo puedo estar aquí
mucho mejor que cualquiera:
que hace mi marido parte
prencipal de la comedia.
ALFONSA. ¿Oye usted, son los asientos
para la usía moerna?
TÍA PEPA. Es que como eres de casa...
ALFONSA. No seas tonta, estáte quieta.
MARIANA. Si soy de casa...! Es preciso
dar lugar á los de fuera.

Levántase MARIANA *y se sienta la* MARQUESA *junto á la* PACA, *donde habrá otra silla vacía.*

MARQUESA. No se meta usted en cuestiones
que aquí hay dos asientos cerca.
PACA. ¿Si encontrarán candelero *(Con burla.)*
para meter esta vela?
MAJO. Calla y no empezemos ya.
PACA. ¿Pues hombre, no es buena fresca
después que nos ha revuelto
hora y media las cabezas
venirse á sentar aquí?
¡Estas usías me apestan!
MARQUESA. Poquito á poco, señora;
¿no ve usted que me estropea

el vestido?

PACA. Traerle encima
por petibú en la cabeza,
y sobre todo quien quiere
gozar tantas comenencias
que se esté en su casa.

MAJO. Calla.

PACA. ¿Y qué? ¿Quieres que consienta
provocaciones?

MAJO. Chitón,
que estamos en casa agena.

PACA. Más vale callar.

MAJO. Más vale.

D. EUSEBIO. Señora, usted no se meta
con esa gente.

MARQUESA. ¿Usted ha visto
qué mal criada y qué necia?

PACA. ¿Lo oyes?

MAJO. Como de esas cosas
se oyen y se desprecian;
y de parte de la gente
de moo está la prudencia.

D. EUSEBIO. Si gustais, yo estaré siempre
detrás.

MARQUESA. Y cuando se ofrezcan
las cajas ó los pañuelos
os avisaré.

PACA. ¡Qué pepla!
No debe pues de traer
su señoría, faltriquera.

ALONSO. ¡Qué bien peinada que viene!

MARIANA. ¡Es dama muy petimetra!

MARQUESA. Señor Barón, mi pañuelo.

D. EUSEBIO. ¿Cuál? ¿El de china?

MARQUESA. Cualquiera.

PACA. ¿Tiene usted, señora, azogue?

MARQUESA. Pues acaso, ¿quién la llega
á usted ni con media vara?

PACA. ¡Hay tal mover de cabeza
y tal remeneo! ¡Parece

la buena mujer veleta!

MARQUESA. ¿Cómo es eso de mujer?
la mujer lo será ella,
que yo soy señora.

PACA. ¡Ya
se le conoce á la legua!

MAJO. Siéntate en estotra silla;
¡mal pimentón es tu lengua
provocativa! ¡Primero
que tú vayas á otra fiesta
conmigo, has de ver diez mayos!

PACA. Si tú vergüenza tuvieras,
tú sacarías la cara.

MAJO. ¿Si yo tuviera vergüenza
trataría contigo? Calla,
y aprende á tener prudencia.

MARQUESA. Señor Barón, dos pastillas.

D. EUSEBIO. ¿De caramelo, ó de fresa?
(Haciendo ademanes encima de los dos.)

MARQUESA. De uno y otro: el vinagrillo.

ALFONSA. ¡Parecen devanaderas!

MARQUESA. Oiga usted una palabra. *(Á D. Eusebio.)*

PACA. Ya estoy yo harta de fiesta:
vamos á casa.

MAJO. No quiero,
¿no te ha pedido comedia
el cuerpo? Pues trágala.

PACA. ¿Y si ya no quiero verla?

MAJO. La verás.

PACA. Me he puesto mala.

MAJO. Lo siento, mas considera
estarás peor si me empeño,
en curarte la jaqueca.

PACA. ¡Tú te acordarás!

MAJO. Después
veré quién de quién se acuerda.

D. EUSEBIO. ¡Qué viva es esa madama!

MAJO. ¿Y que sea viva ó lerda
le importa á usted algo?

D. EUSEBIO. Nada. *(Con timidez.)*



MAJO. Pues cuide usted de su jembra,
y déjele á cada uno
que con la suya se avenga.

MARQUESA. ¡Señor Barón! el estuche.

ALFONSA. Ya me han hecho una postema
en este lado.

MARIANA. Y á mí otra,
y me tienen la cabeza
desvanecida.

ALONSO. Señores,
un poquito de paciencia,
que ya vamos á empezar.

TÍA PEPA. Ves encendiendo esas velas.

MANOLILLO. Señores, ¿hay entre ustedes
alguno con dos cabezas?...
Decir quise dos sombreros,
y se me trabó la lengua.

BERNARDO. ¿Para quién tantos sombreros?

MANOLILLO. Para el barba.

BERNARDO. ¿No tuviera
bastante con uno?

MANOLILLO. Sí.

BERNARDO. Pues diga usted que ahí le lleva.

MARQUESA. Mire usted, Barón.

ALFONSA. Mujer,
con mil demonios les deja
las sillas y el puesto libre.

Se levantan la ALFONSA *y la* MARIANA.

PACA. Si en empezando la fiesta
no callan, me planto encima
del Barón y la Marquesa.

D. EUSEBIO. Vivan ustedes mil años.

MARQUESA. ¡Corrida estoy de vergüenza
de estar aquí entre una gente
tan chavacana y tan puerca!

D. EUSEBIO. ¿Qué nos importa á nosotros,
una vez que nos diviertan?

MARQUESA. Es así, y es menester

desensebar de marquesa
alguna vez.

D. EUSEBIO. Cuanto más
caballeros, más llaneza.

ALONSO. Señores, por Dios silencio,
que la función se comienza.

PACA. ¡Que no puedan las usías
ni aun en misa estarse quietas! *(Sale.)*

MANOLILLO. ¿Quién nos presta un correón
de aquellos donde se cuelga
el espadín?

SOLDADO. ¿Bericú?

MANOLILLO. ¿Qué sé yo? Es una correa,
que se ata por la barriga
con un embudo, que cuelga
al lado derecho.

SOLDADO. ¿Es esto?

MANOLILLO. Sí señor.

SOLDADO. Pues ahí le lleva.

MANOLILLO. Ahí va, y calle todo el mundo
que ya va á empezar la orquesta. *(Vase.)*

Tira el bericú por encima de la cortina que habrá, y se encienden las luces, y todos acomodados, suena un violin dentro, y MANOLILLO *con la guitarra en el tablado toca mal un minuet; luégo arrima la guitarra y saca la cerilla, con muchos ademanes, y la comedia, y se pone á la cortina de modo que le vean apuntar.*

MANOLILLO. Vamos saliendo.

ESTEBAN. ¿Quién sale?

MANOLILLO. Tú y el albañil empiezas.

Sale JULIÁN *vestido de mujer con tontillo, y* ESTEBAN *de barba.*

JULIÁN. «¿Qué hace mi hermano? decidme.
(Representando.)

ESTEBAN. »¡Ociosa pregunta es esa!

JULIÁN. »¿Por qué?

ESTEBAN. Porque ya se sabe

»que está.

JULIÁN. ¿Dí?

ESTEBAN. De esta manera.»

Tira de la cortina, y delante de una colcha manchega que hace el foro estará el tio Blas.

TÍO BLAS. «Quién tiene de qué quejarse,
»¡qué bien hace si se queja!»
(Apunta un poco más recio.) *(Al apuntador.)*
«Más ¿quién está aquí?

ESTEBAN. Auristela.»

El TÍO BLAS, *al ver la figura con que sale, se rie y dice:*

TÍO BLAS. (¡Qué demonio!

MANOLILLO. No te rías.)

JULIÁN. «Cuando, Casimiro, atenta *(Representando.)*
»á la pasion que te aflige.
»No te acecho pues Cristerna.

TÍO BLAS. »No la nombres, calla, calla
»no la acuerdes, ciesa, ciesa;
»pero ya que la has nombrado
»escucha para que sepas
»lo que por ella suspiro,
»lo que me pasó con ella:»
(cuenta con la relación, *(Al apuntador.)*
apunta bien, no me pierdas.)

ALONSO *sale.*

ALONSO. ¿Qué tal, señores?

TODOS. Muy bien.

TÍA PEPA. Pues cuidado que ahora empieza
lo bueno, atención, señores,
no se escape ni una letra.

TÍO BLAS. »Después que en contadas marchas
»Adolfio y yo las riveras
»ocupamos del Denuvio
»frente haciendo de banderas

»en lo intrincado de un...»

MANOLILLO. ¡ Cuerno !
que me ha quemado la vela.

Se quema MANOLILLO, *suelta la comedia y todos echan á reir.*

TODOS. ¡ Viva la agudeza, viva !
¡ Viva, viva la agudeza !

TÍO BLAS. Cumple con tu obligación *(Á Manolillo.)*
ó te romperé las muelas.

MANOLILLO. ¡ Si me he quemado !

JULIÁN. Soplar,
y no soltar la comedia.
Á no mirar...

MANOLILLO. Calla tú,
si no quieres que te tuerza
el pescuezo.

MARIANA. ¿ Á mi marido ?

BERNARDO. ¡ Ya se va armando la gresca !

ALONSO. ¡ Por vida de tal ! ¡ Por vida
de tantos ! ¡ Que esto suceda
en mi casa !

TÍA PEPA. ¡ Ay, Alonsillo !
déjalos tú ; no te pierdas.

ALONSO. ¡ Por vida de... que he de hacer
de todos ellos menestra !

TÍO BLAS. Yo no represento más.

ALONSO. Representarás por fuerza.

SOLDADO. Vamos callando, ó á todos
los ato, y van á la trena.

PACA. Por lo que lo siento es por
el Barón y la Marquesa.

MARQUESA. ¡ Y es lástima ciertamente
que iba la función muy buena !

ALONSO. Por lamor de Dios, señores,
que esto se acabe y que vuelvan
á empezar.

D. EUSEBIO. No lo permita
el Señor.

TÍO BLAS. Ya está dispersa

la compañía, y tiene la culpa
aquel que se mete en fiestas.
con monos.

JULIÁN. Él será el mono.

MAJO. Ahorrémonos de quimeras;
cada uno tome su mueble,
y á cenar, el que lo tenga.

TODOS. Y aquí acaba este sainete,
perdonad las faltas nuestras.



EL CAFÉ DE MÁSCARAS

PERSONAS

DOÑA MENDA, *madre de*
FRASQUITA *y de*
MANUELA.
D. MAURO, *padre de Escotofina.*
D. QUIROTECA, *su amigo.*
NISO, *marido de*
JULIA, *cortejada por*
D. MANUEL.
JUSTO, *cafetero.*
MAQUEDA, *mozo de café.*
DOÑA ESCOTOFINA, *novia de*
D. CASILLENO.
D. CARLOS. } *Máscaras que obsequian á Menda y sus hijas.*
D. JUAN. . . }
DOÑA POLONIA, *máscara vestida de gitana y pareja de*
D. PATRICIO.
UN MÉDICO.

Mutación de calle con un edificio al frente que represente la casa de baile público con dos granaderos á la puerta.—Á un lado del teatro habrá una ó dos luminarias.



Salen DOÑA MENDA *y sus dos hijas* FRASQUITA *y* MANUELA.

MENDA.

UCHACHAS, no escabullirse
entre las gentes: cuidado,
no os separeis, hijas mías
ni un instante de mi lado,
quietecitas.

MANUELA.

Mamá mía,
no empiece usted á incomodarnos,
por Cristo: ¿pues qué, venimos
para estar hechas dos palos?

FRASQUITA. En estando ella, ¡Dios sabe
lo que habrá!

MENDA. Si lo que mando
no haceis, no volvemos más.
Ya veis cómo nos hallamos,
y no es razón, que ninguno
nos conozca, cuando estamos
de luto tan riguroso.
Diez días aún no han pasado
que falleció mi marido
y vuestro padre; ¿y qué acaso
tendreis gana de bailar?

MANUELA. ¿Y usted, mamá, no ha olvidado
sus lutos por divertirse?

MENDA. ¡Yo! Era Remigio sobrado
bueno, y si vengo al baile
es que me han aconsejado
que mire por mí y vosotras.
FRASQUITA. ¿Á qué viene acibararnos
la diversión? ¡Qué pequeño
corazón! Ya que pensamos
divertirnos, haga usted
toda la pena fandango.
Papá era viejo y chocho;
no sé cómo no daba asco
á usted: déjese de cuentos,
y empieze con tres ó cuatro
contradanzas, para echar
melancolías á un lado.
MANUELA. Dice muy bien la Frasquita.
MENDA. Lo primero que os encargo
es que á nadie os descubrais,
no sea lo enrede el diablo
y demos que murmurar.
MANUELA. Á nadie: *(Aparte.)* «sino á cuantos
»conozca, ¡porque así pueda
»bailar, sin perder bocado!»
MENDA. Entremos, pues, que ya se oyen
los instrumentos. Ya estamos
en la casa: ea, poneos
las máscaras, y cuidado
con lo advertido.
MAN. *y* FRAS. Muy bien;
lo pensaremos despacio. *(Vanse.)*

Salen D. MAURO *y* D. QUIROTECA *vestidos de máscara.*

MAURO. ¡Hombre, si estas diversiones
son tortas y pan pringado
en comparación de aquellas
de nuestros tiempos!
QUIROTECA. D. Mauro,
ya vereis si son mejores.
Vos sois de aquellos ancianos

antípodas de las cosas
modernas. ¿Qué hubo de raro
en los bailes de otros tiempos?

MAURO. Vos los habeis alcanzado
como yo, y podreis juzgar
de unos y otros. Se ha acabado
el buen gusto, amigo mío,
¿Cuándo habrá ahora el entusiasmo
de los disfraces de entonces?
Yo llevé, siendo muchacho,
uno, que si le vistiese
pasmaría á más de cuatro.

QUIROTECA. ¿Y cómo era?

MAURO. Una ensalada
de ropajes, ordenados.
Yo os diré: primeramente
llevé vestido un gran sayo
con varios listones: unos
de color de resfriado,
otros de ojo de Isabela,
otros de panza de sapo
con pujos de sangre: otros
de colores de desmayos,
de virolé y de cortejo,
de verdolagas y nabos:
luégo con mi gran gorguera,
capa de abate y... ¡qué diablos
sé yo! Por gorro llevaba
sobre mí un gran campanario...

QUIROTECA. Vaya, callad: se conoce
no habeis visto estos saraos.
Aquí se aguza el ingenio:
señor mío, se ha avanzado
mucho en disfrazarse un hombre.

MAURO. Ya lo veremos: por daros
gusto, con vos vine aquí
solamente, bajo el pacto
de irme á la cama á las once.

QUIROTECA. No podreis examinarlo
tan pronto: ¡hay mucho que ver

para el discurso de un sabio,
en esta casa esta noche!
Deteneos: id notando
con vuestra filosofía,
que esto se ha de ver despacio.

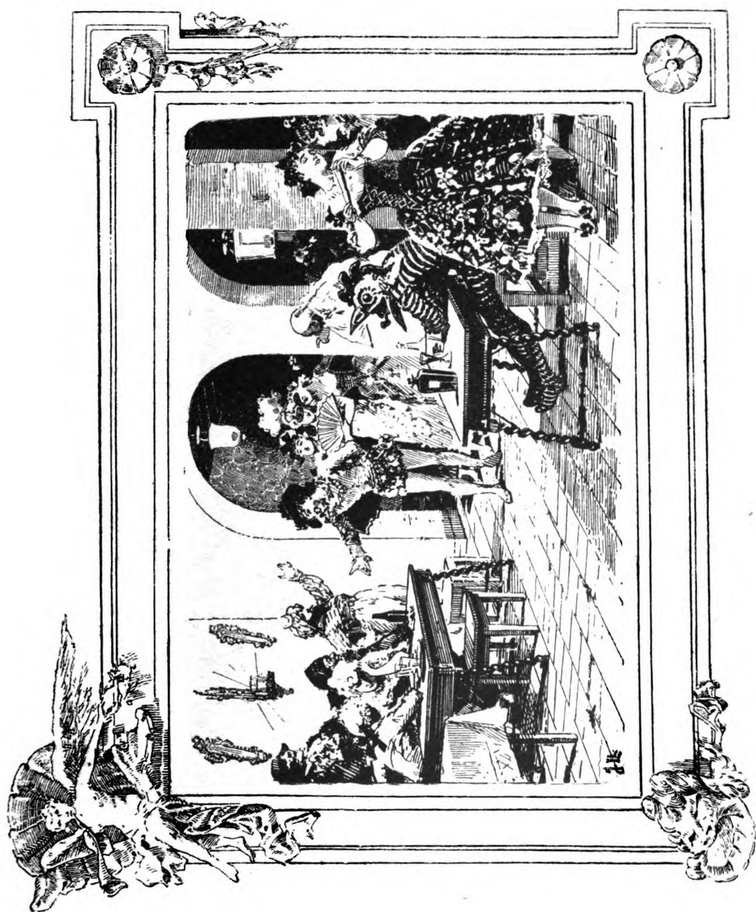
MAURO. ¿Y qué vendré á deducir
sino que anda suelto el diablo?

QUIROTECA. Cubríos, que viene gente.

MAURO. Retiráos á este lado,
que aún es temprano, y veremos
los disfraces decantados,
que vos decís, sin que puedan,
como adentro, atropellarnos.

Sale D. MANUEL *con disfraz, como contando el dinero.*

MANUEL. Uno, dos, tres, cuatro duros:
yo creo que habrá sobrado
para pasar esta noche:
y como soy, que no me hallo
con más metales, ni en casa,
ni aquí, y aún hay seis saraos
de máscaras, por mis culpas,
en que he de cumplir el cargo
de acompañar á la Julia
sin remisión. ¡Bien estamos!
Hoy viene con su marido,
porque así se le ha antojado,
que él es loco, y unos días
le da de celoso, al paso
que otros la descuida en todo.
El papel que me ha enviado,
dice, que por no tener
aún el traje preparado
se armará de cualquier cosa;
que yo vaya destapado
que en viéndome hará de modo
de escabullirse del lado
de su marido, porque



así podamos juntarnos.
Lo que me da mala espina
es mirar mis pocos cuartos,
y la obligación estrecha
de cortejo: mas ya estamos
en el empeño, que un noble
antes que cantar de plano
sus pobrezas á las damas
debe ir á ahorcarse á un árbol.
¿Á dónde me metí yo?
¿Qué demonio me ha tentado
de cortejar en un lance
tan crítico y necesario?
¿No fuera mejor que hubiera
mis amores dilatado
hasta cuaresma, que entonces
no hubiera los malos gastos
de máscaras, ni disfraces,
refrescos, ni otros más caros?
¡Paciencia! Vamos al baile,
no á divertir mis cuidados
sino... mas Dios sobre todo
como dice el calendario. *(Vase.)*

QUIROTECA. ¿Qué tal?

MAURO. Que me ha dado gusto
ver esto. ¡Vaya! ¡Es un pasmo
el tal hombre! Sus ideas
más que el traje me agradaron.
¡Vea usted un heroista,
que arrostra por todo cuanto
la consecuencia le ofrece!

QUIROTECA. Ya se sabe: en estos casos
tiene brío todo el mundo:
deudas, trampas y petardos,
que se hacen con tanto honor
jamás deben desvelarnos..
Pero atended otro poco

Salen DOÑA JULIA *y* NISO: *ella disfrazada de gitana, debajo de un capote de raso.*

NISO. ¡Gracias á Dios, que llegamos
al baile! ¡Jesús qué noche
tan fresca! ¿Te has abrigado
bien, hija mía?

JULIA. Sí, hechizo
de mis ojos. *(Aparte.)* «¡Qué pelmazo!
»¡Cuánto incomoda un marido
»en estos lances!»

NISO. ¿Ya estamos
de mal humor, doña Julia,
después que miras lo que hago
para que tú te diviertas?

JULIA. ¿Pues qué más que otro casado
procuras por mí?

NISO. ¿No es nada
traerte como te traigo
á ver el baile esta noche
á mis costas, cuando me hallo
sirviendo en una oficina
de cuyo empleo no gano,
para sostener mis trenes,
sino seis reales diarios?

JULIA. Tú tienes, por ser hoy simple,
la culpa: haberme dejado
venir, como es regular,
con cualquiera tertuliano:
sino que hoy te ha dado aquello...

NISO. ¡No vendo yo tan barato
el cuidado que me cuestas!
¡Conmigo vas que es un pasmo!
que la muger propia, nunca
parece mejor que al lado
de su marido. ¡Verás
qué bien que los dos bailamos!
Aún no sabes la fineza
que me debes.

JULIA. ¿Qué es?
NISO. Guardados
te traigo en la faltriquera
almendras y un buen pedazo
de jamón, para que tomes
á media noche un bocado.
JULIA. ¿Qué, no iremos al café?
NISO. ¡Si todo está allá tan caro,
mujer, y mi pobre bolsa
no se halla para arrumacos!
JULIA. Á mí no me faltará.
«Pues ya te prevengo el chasco. *(Aparte.)*
»Dos ideas me conducen,
»pues ha querido el acaso
»que hoy venga con mi marido:
»la primera, el desengaño
»del amor que me pondera
»D. Manuel: la otra, el cuidado
»que debo á mi esposo: así,
»aunque este es viejo, y es raro,
»y el otro rendido y joven,
»se entregará mi conato
»á mi juicio ó mi capricho.»
NISO. No me canses demasiado
andando de acá y allá:
estaremos bien sentados
mirando la variedad
de disfraces: otros ratos
bajaremos á bailar,
¿estás? y sin que salgamos
de la sala, tú verás
qué bien te diviertes. Traigo.
también por si tienes sed,
mira, de agua lleno un frasco. *(Se lo enseña.)*
JULIA. ¿Estás chocho?
NISO. Esto es sólo
economía, que un vaso
de agua clara de la fuente
cuesta en el café dos cuartos.
MAURO. ¡Este sí que es gurrumino!

QUIROTECA. Es prudencia de hombre honrado
no gastar más de lo que uno
tiene.

NISO. Hija, ya estamos
en la casa, trae la capa,
que aquí el tendero de al lado
la guardará, sin que cueste,
ni arriesgue el que la perdamos.

JULIA. «¡Si no fuera por mi genio (*Aparte.*)
»no me hubiera ya enterrado
»este necio? Vamos, hijo.
»Dios haga que lo pensado
»se consiga, que aunque gruñas
»luégo un poco, está á mi cargo
»contentarte, con un par
»de monos mío.»—Ea vamos.

NISO. Alon. (*Vanse.*)

MAURO. ¡Es original
esta pareja! ¿Escuchado
habeis á aqueste marido
con sueldo tan limitado?
Sólo porque á su mujer
le pide el cuerpo fandango,
pasarán una semana,
si es menester, ayunando.

QUIROTECA. ¡Pues no pueden gastar mucho,
porque él viene bien armado
de ambigú, refresco y todo!

MAURO. ¿Qué es ambigú?

QUIROTECA. Un aparato
de mesa, compuesto de
dos mil y cincuenta platos:
y la palabra ambigú
no hace se ha españolizado
mucho tiempo. ¡Yo me admiro
que siendo un hombre ilustrado
preguntеis esto!

MAURO. Yo soy
español de aquellos rancios.

QUIROTECA. Pero ya es hora, y la gente

parece que va cargando.
MAURO. Entremos, don Quiroteca,
que sino, habrá mil trabajos
á la puerta, con el conque
de que yo, amigo, no bailo,
pues tan sólo aquí me trae
el gusto de acompañaros,
á examinar bien las cosas
de todos estos saraos. *(Vanse.)*

Mutación de sala de café, con seis ú ocho mesas, sillas correspondientes, etc. Salen JUSTO, *cafetero,* MAQUEDA, *mozo del café, y otros que irán saliendo de las máscaras durante esta escena.*

JUSTO. Que esté pronto todo, chicos,
que son las diez y ya es tiempo
que vaya viniendo gente
al café. Servid bien, presto
y con limpieza.
MAQUEDA. Ya está
todo puntual y lo mesmo
que un oro.
JUSTO. Tú encárgate
de las bebidas; tú, Pedro,
de los licores; vosotros
al ambigú, que yo quedo
á todo. Tened cuidado
en cobrar, que muchos de ellos
refrescan de mogollón,
y despues mil pensamientos
hace el amo de nosotros,
sin comerlo ni beberlo.

Salen ESCOTOFINA *y* D. CASILLENO *con mascarillas.*

ESCOTOFINA. Yo le juro á usted, que nunca
volveré yo á verme en esto.
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué bochorno!
¿Volver á bailar? ¡Primero

me ahorcaría!

CASILLENO. Mi señora
doña Escotofina, os ruego
que me escucheis.

ESCOTOFINA. ¿Qué disculpa
podreis hallar? No, no quiero
volver al salón, ¿después
que os concedí el privilegio
de venir con vos al baile
á costa de tanto riesgo
como escaparme de casa
de mi padre, ahora en el puesto
me dejais á ser juguete
de más de mil majaderos?
¡Por vida!... Pero yo sola
toda la culpa me tengo.

CASILLENO. ¿Si entre tanta gente cómo
podrá uno alguna vez?...

ESCOTOFINA. ¡Cierto!
Agarrarse y no soltar.
No os canseis, don Casilleno,
ó estarse aquí en el café,
ó irnos á casa corriendo.
(Se sientan á una mesa y se llega Justo.)

JUSTO. ¿Qué quieren ustedes?

ESCOTOFINA. Nada. *(Enfadada.)*

JUSTO. ¡Pues para asado es muy bueno!

Salen D. MAURO *y* D. QUIROTECA *con mascarillas.*

MAURO. ¡Jesús, qué calor! La sala
se abrasa: amigo, si esto
es divertirse y pasar
la noche alegre, reniego
de tales funciones. Vamos
á la cama, que ya creo
que son las once.

QUIROTECA. ¡Qué poca
paciencia teneis! Tomèmos
en el café alguna cosa.

MAURO. En casa, en casa: ya tengo
prevenida mi cenita:
además, que yo no entiendo
cómo se toma el café,
el ponch, ni otros condimentos
que se dan en esta pieza.

QUIROTECA. Pues venid, descansaremos
allí.

MAURO. Hombre, yo me quito
la máscara.

QUIROTECA. Ni por pienso:
si os llegan á conocer
os muelen todos los huesos.
¡Chico!... ¿Con que usted no toma *(Llamando al mozo.)*
nada? Pues yo sí.

MAURO. Pero
¿os quitareis la careta?

QUIROTECA. No señor, porque la tengo
como puente levadizo.
Estas las hizo un ingenio
necesitado, que á costa
de otros, se iba proveyendo
en esta pieza, sin darse
á conocer. Trae corriendo *(Al mozo.)*
un caldo, vino y bizcochos.

Salen JULIA *y* D. MANUEL, *aquella con mascarilla.*

JULIA. ¡Muy buen principio tenemos! *(Aparte.)*

MANUEL. Pero ¿quién eres, mujer?

JULIA. Una mujer.

MANUEL. ¡Ya lo veo!
y una mujer que ha podido
sorprenderme. Tu talento,
tus expresiones y todo
me ponen en el empeño
de conocerte.

JULIA. Pues hijo,
perdona, que ahora no puedo

servirte.

MANUEL. ¿Me harás el gusto
de refrescar á lo ménos
conmigo?

JULIA. No estoy caliente.

MANUEL. ¡Qué ingrata eres! ¿Nos veremos
mañana, á las once y media
en Capuchinos?

JULIA. Arriesgo
que lo vea doña Julia.

MANUEL. ¿Qué Julia? ¿Qué estás diciendo?
«¡Malo! ¡Esta me ha conocido!» *(Aparte.)*
¡Pues me hablas de un gran sujeto!
Tú sí que eres...

JULIA. ¿Pues me has visto?

MANUEL. No: pero un todo en tí veo
tan interesante, que
estoy por decir que muero
por tus pedazos.

JULIA. Si vieras
mi cara, mudaras luégo
de intención.

MANUEL. ¿Y en qué quedamos?

JULIA. En que busques tu cortejo,
y me dejes á mí en paz.
«¡Ah falso, ahora comprendo *(Aparte.)*
»¡quién eres! Pero á la otra
»experiencia me encomiendo.»
Abur. *(Vase.)*

MAURO. Amigo, aunque sea *(Á Manuel.)*
curiosidad, ¿qué ha sido esto?

QUIROTECA. ¡Le han dejado á usted lucido! *(Á Manuel.)*

MAURO. ¿No es esta máscara?... *(Á Quiroteca.)*

QUIROTECA. Cierto:
la del marido del Frasco.

MANUEL. ¡Por Dios que he quedado fresco! *(Entre sí.)*
Pero qué me importa á mí
si en doña Julia ya tengo
conversación todo el año?
Aún no estará aquí: primero

habrá querido cenar
su marido. Hagamos tiempo,
que aquí dijo que vendría
al punto que hallase medio
de escaparse de su lado.
¡Chico! (*Al mozo.*)

MAQUEDA. Señor.

MANUEL. Tráeme presto
dos bollos, y un poco de
compota de asta de ciervo.

MAURO. ¿Qué comida es esa?

QUIROTECA. Amigo,
si visitarais los bellos
estrados y ricas mesas
no me preguntarais eso.

MAURO. ¿Y cuándo acabais vos de
tomar el caldo?

QUIROTECA. No puedo
que está tan caliente...

MAURO. ¿Cómo
si parece hecho con hielo?
¡Y qué mal huele!

QUIROTECA. ¿Estareis
toda la noche de ceño?

MAURO. Si no fuera porque á Juana
mi criada, no la tengo
prevenida hasta las dos
para abrir la puerta, luégo
me marchaba.

QUIROTECA. ¿Y hasta esa hora
hemos de estar rostrituertos?

Salen DOÑA MENDA, MANUELA, FRASQUITA, D. CARLOS, *y* D. JUAN, *ellas con mascarillas.*

MENDA. Vosotras teneis la culpa. (*Á sus hijas.*)
No os canseis, que no podemos
(*Á sus acompañantes.*)
tomar nada.

FRASQUITA. Fuera hacer

á estos señores desprecio.

MANUELA. ¡Qué corta es usted, mamá!
Venga usted, nos sentaremos.

MENDA. ¡Descaradas! ¡Insensibles!
¿Este es el gran sentimiento
de la muerte de papá?

D. CARLOS. ¿Ahora quién se acuerda de eso,
mi señora doña Menda?

D. JUAN. ¡Mirad que lo sentiremos!

MENDA. ¡Vea usted lo que es fiarse
de niñas, siendo mi intento
estar de ocultis, á causa
de que hace tan poco tiempo
que falleció mi marido!

D. CARLOS. Téngale Dios en el cielo,
que el que usted baile ó se esfuerce
á sentir, ni más ni ménos
le sirve en el otro barrio.

MENDA. Pues, niñas, tomad asiento
y recibid los favores
de estos señores.

D. CARLOS. ¡Mancebo! (*Llama.*)

Se sientan, les sirve, y sale NISO *con careta y desatentado.*

NISO. ¿En dónde se habrá metido
esta mujer? ¡Ni allá dentro,
ni aquí parece! ¡Ay Dios mío!
¿Qué será de mí, si pierdo
á mi mujer? ¿Cómo diablos
se me escapó? ¡Si es inmenso
el gentío! ¡Pobrecita!
¡Ya á la hora esta no tengo
mujer! ¡Ella sola! ¡Vaya,
la magullaron los huesos!
Mas dos máscaras están
allí, de las que nos vieron
entrar: voy á preguntarles
por mi esposa. (*Dirígese á Mauro y Quiroteca.*)
Caballeros,

si lo sois, decid: ¿heis visto
á mi mujer?

MAURO. ¿Es que sabemos
quién sea, acaso?
«Finjamos.» (*Aparte.*)

NISO. Aquella con quien me vieron
entrar en el baile.

MAURO. ¿Aquella?
Sí señor: ahora me acuerdo
que la ví.

NISO. ¿Cuándo?

MAURO. Entonces,
en la calle y con vós mesmo.

NISO. ¡Vaya usted enhoramala!
¡Pues es el caso por cierto
para chanzas!
(*Se dirige á doña Escotofina y don Casilleno.*)
Aunque ustedes
perdonen: ¿entró aquí dentro
una máscara perdida?

ESCOTOFINA. No lo sé. (*Con enojo.*)

NISO. Señora, ménos
enfado: que no es ningún
pecado que preguntemos
dónde están nuestras mujeres,
si descarriadas las vemos.

QUIROTECA. Perdona, máscara, que esta (*Á Niso.*)
niña tiene hoy mal genio.

NISO. ¿Os habeis escabullido (*Á Escotofina.*)
vos también?

ESCOTOFINA. Ox: no queremos
conversación.

NISO. ¡Mas qué miro!
(*Viendo á don Manuel.*)
¡D. Manuel! Sed mi consuelo
en el lance que me pasa.

MANUEL. Pues ¿qué hay?

NISO. Que ambos habemos
perdido la mejor prenda;
mi esposa y vuestro cortejo

no parece.
MANUEL. ¿Pues adónde
se os perdió?
NISO. Sin duda al tiempo
que la solté de mi brazo
para sacarla el pañuelo
de sonarse.
MAURO. ¡Y que haya
hombre que sufra todo esto!
QUIROTECA. No lo extrañeis, que los trajes
del día, son tan ligeros
que si se llevan bolsillos
hace un contorno muy feo;
y así, el marido, la madre
ú otro lleva el repuesto
de pañuelos, abanicos,
cajas, rus, guantes, espejo
y todos los utensilios
de una dama.
MAURO. Ahora veo
que se ha adelantado mucho
en nuestros saraos modernos.
NISO. Volvámonos al salon, (*Á Manuel.*)
y por lados bien diversos
vamos á ver si parece.
Vos ya tendreis segun creo
señas para conocerla,
por el aire, talle y cuerpo.
Va de gitana y no hay otra
más que ella.
MANUEL. No perder tiempo.
(*Va á irse y le detiene Justo.*)
JUSTO. Digo, señor, hágame
usté el favor del dinero.
MANUEL. Tienes razón: ¿cuánto vale?
JUSTO. Catorce pesetas, ménos
un ochavo.
MAURO. ¡Esta es conciencia!
MANUEL. «¡No hubiera entrado en mi cuerpo, (*Aparte.*)
»á saber que era tan caro

» el simple de aquel compuesto! » (*Vase.*)

NISO. ¡No me verán los señores
bailes, otra vez el pelo!
Si quiere venir al baile
á don Manuel se la entrego,
y si se pierde, se pierde
en donde yo no lo veo! (*Vase.*)

MAURO. ¡El reverso del sarao
me va gustando, y me alegro
haber venido, por ver
lo que no ví en otros tiempos!

QUIROTECA. Aquí se saca el partido
que se puede: son muy buenos
estos bailes para todos:
á unos los trae el objeto
inocente de bailar
hasta que se caigan muertos;
á otros el corroborar
sus negocios cupidescos;
á otros...

MAURO. En fin, acabais
con decir que es instrumento
el baile á cuyo son dulce
se arreglan muchos conciertos
y se desarreglan otros;
y si no hay más de un cubierto
se sabe vender con gusto,
para tener el consuelo
de decir al otro día,
que el baile estuvo muy bueno.
¡No traeré yo aquí á mi chica!
Ya cuando vine, la dejo
en cama: ella está sin madre;
pero ya suple mi celo
su falta.

D. CARLOS. Anímese usted. (*Á Menda.*)

MENDA. Ya sabeis no es para ménos
el lance mío. ¡Ay, Remigio!

FRASQUITA. « Ella nos está moliendo (*Aparte*)
» toda la noche, y revienta

» por bailar. »

MANUELA. Aprovechemos
nosotras el rato. Madre,
¿volvemos, ó no volvemos
al salón?

FRASQUITA. Deja que acabe
de hablar sobre el desconsuelo
de sus nuevos pretendientes.

Sale DOÑA POLONIA *vestida de gitana con* D. PATRICIO, *y sacan á* NISO *desmayado.*

MAURO. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquello?

QUIROTECA. No os asusteis: ¡frioleras!

D. PATRICIO. ¡Chico! llega aquí un asiento (*Al mozo.*)
y trae un poco de vino.
(*Los máscaras se las quitan y rodean á Niso.*)

UNOS. ¡Pobre hombre!

OTROS. Pero ¿qué es esto?

POLONIA. Parece que iba buscando,
según despues nos dijeron,
á su mujer, con gran ansia.
Vió en mí, poco más ó ménos
un vestido semejante.
Yo llevaba mi bracero,
que es éste. Pensó que yo era
su mujer, y con empeño
pretendió desenlazarme:
al verlo mi compañero
le sacude, se sofoca,
y da consigo en el suelo;
vamos á darle socorro,
y accidentado le vemos
haciendo dos mil visajes;
por eso aquí le traemos
para evitar confusiones
y se le dé algun remedio.

D. PATRICIO. ¡Ví al hombre tan porfiado,
tan insolente y tan terco!...

MENDA. ¡Ay Dios, que es un primo mío!

Señores, favorecedlo.

D. CARLOS. Voy por el facultativo
al instante.

MAURO. Está el cuento
en que quiera levantarse
de la cama.

QUIROTECA. ¡Si tenemos
médico aquí!

MAURO. ¿Hablais de veras?

QUIROTECA. Don Mauro, ¿que ignoreis esto?
Y hay también si os hace falta
comadre.

MAURO. ¡Muy buen provecho!

Salen JULIA *y* D. MANUEL.

JULIA. Amigo, esto se acabó,
no quiero yo los sujetos
tan generales.

MANUEL. Ya veis,
la broma, es broma.

JULIA. Lo entiendo;
pero ya no me hace fuerza.
¿Qué ha habido? Mas ¿qué veo?
¡Mi marido! ¡Ay infelice!

MENDA. Parece que va volviendo.

NISO. ¡Esposa!... Mujer perdida.

JULIA. ¡Hijo mío!

NISO. ¿Llegó el tiempo
en que parezcas? ¡Ya ves
por tí, cómo yo me encuentro!

JULIA. Sé tu cariño, y desde ahora
verás mi comportamiento.

NISO. ¿Prima, tú también aquí? (*Á Menda.*)

MENDA. Ya ves. ¡Si una no hace esfuerzos
para distraer ideas
lúgubres!....

NISO. Ya, ya lo entiendo.

MAURO. ¡Esto es peor! ¡Hija ingrata,
(*Viendo á su hija Escotofina.*)

tú en el baile, sin saberlo
tu padre? ¡Tú hacer novillos!
¡Cómo! ¿Quién?...

CASILLENO. No alborotemos
la función; pocas palabras:
desde ahora sois mi suegro,
lo demás sabreis en casa.

QUIROTECA. ¿No son estos bailes buenos? (*Á Mauro.*)

MAURO. Sacarán de sus casillas
aún al que tenga más seso.

ESCOTOFINA. ¡Padre, perdón!

MAURO. ¡Ya verás
el perdon que te prevengo!

Sale el MÉDICO *con* D. CARLOS.

MÉDICO. ¿Qué ha habido aquí? ¿Quién está
malo? ¿Dónde está el enfermo?

NISO. Ya aquí á nadie duele nada,
y si es que algún mal tenemos
con la reflexión y el juicio,
en casa lo curaremos.

MANUEL. Ya aquí, no tengo papel. (*Vase.*)

MÉDICO. Pues por vida de Galeno
que no he de tomar el pulso,
aunque los vea muriendo
á cuantos máscaras hay;
y aunque sepa desde luégo
quedarme solo bailando
el fandango, y que me llevo
las llaves del baile. Agur. (*Vase.*)

NISO. Ya es hora de recogernos.
Señores, basta de baile.

MAURO. Y sobra con quinto y tercio.

TODOS. Y aquí se acaba el sainete,
Perdonad sus muchos yerros.

LA DUDA SATISFECHA

PERSONAS

—

ALCALDE.	CLARA, *maja.*
REGIDOR 1.º	PERUCHO.
REGIDOR 2.º	MANOLILLO.
ESCRIBANO.	PACO.
ALGUACIL 1.º	ALCALDESA, *madre de*
ALGUACIL 2.º	JUANITA *y*
ABOGADO.	ANTONIA.
FISCAL.	D. LORENZO 1.º } *Madrileños.*
SEBASTIANA, *maja.*	D. ANASTASIO 2.º } *Madrileños.*
INÉS, *id.*	D. AGAPITO 3.º } *Madrileños.*

Mutación de sala capitular de villa y en ella el ALCALDE, dos REGIDORES, ESCRIBANO y ALGUACILES. Habrá un bufete y varios bancos.



ALCALDE.

STAMOS ya todos?

REGIDOR 1.º

Sí:
y mucha parte del pueblo
á las puertas del cabildo.

REGIDOR 2.º

¿Á qué fin, alcalde, es esto?

ALCALDE.

El suceso lo dirá.

REGIDOR 1.º ¡El Alcalde es muy entero!

ALCALDE. Ya tú me hubieras partido
si yo dejase de serlo.
¿Alguacil?

ALGUACIL 1.º ¿Qué manda usted?

ALCALDE. Sal y prevén que en oyendo
que toco la campanilla,
entren aquí los primeros
el fiscal y el abogado;

y después todos aquellos
vecinos que habeis citado.
¿Me comprendeis?

ALGUACIL 1.º Ya os entiendo. (*Vase.*)

ALCALDE. Este cabildo, señores,
se dirige á ver si puedo
salir de una confusión
que ha mil días que padezco.

TODOS. ¿De qué nace?

ALCALDE. Ya lo oireis
siempre que escucheis atentos.

Toca la campanilla el ALCALDE, *y salen el* ABOGADO, *el* FISCAL, INÉS, SEBASTIANA *y* CLARA *de majas, con buenas ropas, y* PERUCHO, MANOLILLO *y* PACO *muy rotos.*

TODOS. Dios para bien de la villa,
prospere el ayuntamiento.

ALCALDE. Él os guarde: y pues presumo
que algo despacio estaremos,
sentaos las tres y vosotros
quedáos en pié y á nuestro
banco los dos llegad; y
escuchad.

TODOS. Obedecemos.

MANOLILLO. ¿Perucho?

PERUCHO. ¿Qué quieres, hombre?

MANOLILLO. ¿Sabes tú qué será esto?

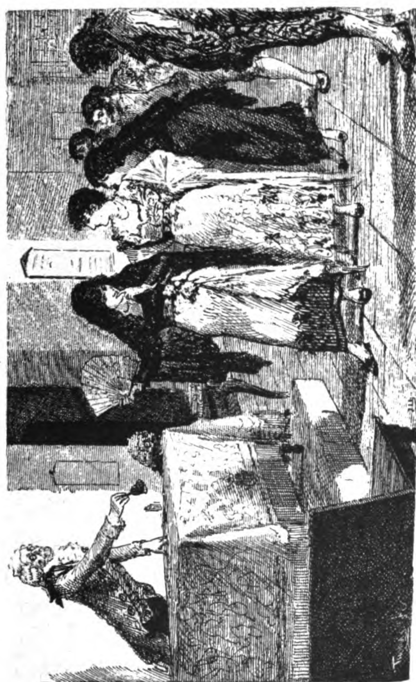
PERUCHO. No, pero me lo persuado.

PACO. Vaya; ¿y qué es?

PERUCHO. Que el gobierno
de Madrid, tal vez no ignora
nuestro gran merecimiento,
y le mandará al alcalde
que nos coloque en empleo.

PACO. ¿Dónde?

MANOLILLO. ¿Dónde? En presillo,
que allí lo encuentran muy cierto,
los que trabajando poco,
como nosotros hacemos,



tienen algunas contiendas
con el insigne guerrero
natural de Valdepeñas.

PERUCHO. ¿El tintillo? ¡Ya lo entiendo!

SEBASTIANA. Inés, ¿para qué nos llaman?

INÉS. Sebastiana, no lo entiendo.

CLARA. ¿Se habrán quejado estos tontos?

INÉS. En hablando lo sabremos.

ALCALDE. Señores, yo necesito (*Toca la campanilla.*)
satisfacer por extenso
una duda con que me hallo.
Ya sabeis que en este pueblo
no hay toros, comedias, bailes,
diversiones ó paseos,
edificios, ni otra cosa,
que pueda causar recreo.

TODOS. Es verdad.

ALCALDE. Pues siendo así
quiero saber á qué efecto
tanto frecuentan la villa
diferentes madrileños:
yo he llegado á presumir,
que hay alguna trampa en esto;
pues desde que ellos acuden,
á muchas mujeres veo
que andan ellas muy compuestas;
pero sus maridos hechos
un andrajo.



INÉS. ¡Malo!
LAS DOS. ¡Malo!
MANOLILLO. Señor Alcalde, yo pienso
que los efectos que causan
los señores madrileños,
no son como usted los dice.
ALCALDE. ¿Por qué?
MANOLILLO. Porque desde el tiempo
que empezaron á venir
por acá esos caballeros,
las descompuestas son ellas
y nosotros los compuestos.
ALCALDE. Sea así ó del otro modo,
desea el ayuntamiento
averiguar á qué vienen,
para poner el remedio
en donde se necesite.
INÉS. ¿Y quién ha de saber eso
mientras ellos no lo digan?
SEBASTIANA. Vendrán á cazar.
PERUCHO. Es cierto.
ALCALDE. ¿Y qué han de cazar aquí
si no tenemos un dedo
de monte?
CLARA. Ellos lo sabrán.
MANOLILLO. Yo también.
ALCALDE. Pues dílo presto.
MANOLILLO. Sí; pues cazan lo que pueden,
y nosotros no lo vemos.
INÉS. ¿Por qué no podrán tener
en la villa algun comercio,
y venir á sus ganancias?
PERUCHO. ¡Tú aciertas de medio á medio!
ALCALDE. No puede ser, que en la villa
ningún comercio tenemos
público.
PERUCHO. Público no;
pero habrá algunos secretos.
FISCAL. ¡Alcalde!
ALCALDE. Decid, Fiscal.

FISCAL. Supuesto, pues, que el momento
ha llegado de que pueda
valerme de vuestro celo,
digo: que esto está perdido,
y se requiere un esfuerzo
de vuestra recta justicia
para enmendarlo, pues veo
la ruina de nuestra villa,
si no se pone remedio
á los modos que hay en ella.
ALCALDE. Fiscal, eso es no entenderlo.
FISCAL. ¿Cómo?
ALCALDE. Como el daño está,
mirado con juicio recto,
en los modos que se han ido,
y las modas que vinieron.
FISCAL. Falta, señor, aquel orden
racional, que en otros tiempos
se observaba: las mujeres,
con adornos y embelecos
ponen á la villa pobre;
en los hombres no hay apego,
ni inclinación al trabajo,
y todo anda sin gobierno.
INÉS. Señores: todo eso es prosa,
y llevarse del concepto
de algunos estrafalarios
y ridículos ingertos,
que quieren hacer creer
que el mundo, hace un siglo, ó ménos
era un santo, y hoy un diablo;
como si no fuese cierto
que desde que Adán pecó
es un enemigo nuestro.
MANOLILLO. ¡Qué sabida es tu mujer!
PERUCHO. ¡Poca ventaja hallo en eso,
que yo la quiero ignorada!
ALCALDE. Poco á poco, apuraremos
la razón de cada uno.
Clara, tú has de hablar primero:

¿qué oficio tiene Paquillo
tu marido?

CLARA. Carbonero

ALCALDE. Aunque en esa ocupación
son escasos los provechos,
no extrañaré que tú estés
vestida con tanto aseo,
y con ropa tan lucida;
pues unas hacen con ménos,
más que otras con mucha renta;
pero yo saber deseo,
¿por qué de ese mismo alivio
y ornato con que te veo,
no disfruta tu marido?

CLARA. Él lo dirá.

PACO. Pues yo creo
que es porque ella dió en el blanco,
y yo sólo dí en el negro.

CLARA. No es eso, sino es que tú
eres un borracho eterno,
que lo que en una semana
adquieres, en un momento
lo gastas en la taberna;
pero yo que lo granjeo,
con mi aplicación, lo guardo,
y en mi decencia lo empleo.

ALCALDE. ¿Lo que granjeas? ¿Pues tú
en qué tratas?

CLARA. Señor, vendo
avellanas, cuando vienen
á la villa madrileños.

ALCALDE. ¿Y eso da tanto de sí?
¿Regidor, decid, qué precio
poneis á sus avellanas?

PACO. No os molesteis en saberlo,
porque mi mujer no vende
con postura.

ALCALDE. ¿No?

CLARA. Es incierto;
todos saben en la villa

que yo compostura vendo.
ALCALDE. De que ahora no la tienes
lo que debo creer infiero.
Sebastiana, tu marido
es un pobre jornalero
del campo, y á ese aparato
el mismo cargo hacer debo
que al de Clara.
SEBASTIANA. ¡Ya se ve!
¡No apura nuestros secretos
el confesor como usted!
Á mí me ha tocado un terno
en la lotería.
ALCALDE. ¿Cuándo?
SEBASTIANA. Hace ya más de año y medio.
MANOLILLO. Sin duda que eso es verdad,
pues juzgo que hará ese tiempo,
que algunas temporadillas
viene á mi casa un lotero
de Madril, y éste será
el que le ha pagado el juego.
¿Es verdad?
SEBASTIANA. Sí.
MANOLILLO. ¿No lo digo?
ALCALDE. ¿Y tú has sabido algo de eso?
MANOLILLO. Yo no señor.
ALCALDE. ¿Pues por qué
eres tan fácil en creerlo?
MANOLILLO. Porque sé que en las mujeres,
señor Alcalde, no es nuevo
emplear también sus cuartos
en esta clase de juego:
con que en alguna extracción
pudo tocarle ese terno.
PERUCHO. Señor alcalde, yo estoy
de tal forma que reviento
si no hablo. Paco y Manolo
son lo mismo que jumentos,
que sienten el palo encima
y suelen estarse quietos.

Frecuenta mucho mi casa
mi compadre D. Tadeo,
abogado de Madril,
que con sus leyes ha hecho
que ya no me tenga ley
mi mujer; y según esto
es muy útil que no vengan
á la villa madrileños.

INÉS. Mi marido es....

PERUCHO. Zurrador;
nadie lo ignora, y que suelo
zurrarte á tí la pavana
cuando me conviene hacerlo.

INÉS. Es un loco.

PERUCHO. No te alteres,
y para que hablando ménos
nos podamos entender,
vea nuestro ayuntamiento
la opulencia de tu traje
y oiga del mío un diseño,
que está pidiendo justicia
con tantas bocas abierto.
Esta capa, que me tapa,
tan pobre y tan vieja está,
que sólo porque se va
se reconoce que es capa.
De amor en el vasto mapa
no puede ejercer la treta
de tercera ni alcahueta,
pues más que tapa destapa.
Por lo vieja y desgarrada
parece la chupa mía
casa de capellanía
que siempre está destrozada.
La tengo tan disfrutada
que en mi cuerpo estrafalario
pierde su nombre ordinario
de chupa, y queda chupada.
Mis calzones ni á retazos
pudieron salir completos:

ellos parecen discretos
en andar hechos pedazos.
Me dan el abrigo á plazos;
pero no me desabrigan;
los quiero así, y que no digan,
que yo soy un calzonazos.
Mis medias son tan ligeras,
que el tiempo hacerlas promete
correos de gabinete,
porque andan siempre á carreras.
Pero aunque malas y fieras
son mis medias estimadas:
ellas son muy desgarradas,
mas nunca han sido rameras.
De todo mi pobre hato
el zapato estimaré
solamente, porque sé
dónde me aprieta el zapato.
Ya ves y oyes el retrato
de mi traje; y así, ingrata,
ó tú de la enmienda trata
ó aquí descubro tu trato.

ALCALDE. Perucho tiene razón,
y hacerle justicia debo.

INÉS. Perucho, señor alcalde,
es un terrible embustero;
y para que usted conozca
el juicio con que procedo
escuche toda mi vida.

ALCALDE. Prosigue, que estoy atento.

INÉS. Yo, señor, por la mañana
me levanto....

PERUCHO. ¡Á muy buen tiempo!
después que han dado las nueve.

INÉS. Póngome á hacer lo primero....

PERUCHO. Dos onzas de chocolate,
que toma con pan y medio.

INÉS. Después barro.

PERUCHO. De ese barro
procede todo lo puerco.

INÉS. Limpio muy bien....
PERUCHO. Mis bolsillos
cuando encuentras algo en ellos.
INÉS. Pongo la olla, después.
PERUCHO. No pone sino pucheros;
pues mientras yo estoy en casa
siempre la verán gimiendo.
INÉS. Sale luégo mi marido.
PERUCHO. Y entra al punto D. Tadeo;
y cuando él no está en la villa,
su sustituto el barbero.
INÉS. En el ínterin que vuelve
tal vez el tiempo divierto
en cortar una camisa.
PERUCHO. ¡Y la cortarás sin lienzo,
porque tú eres linda pieza
en cuanto huele á cortejo!
INÉS. Otro día hago unas mangas....
PERUCHO. Y las pega en un momento.
INÉS. Viene después mi marido.....
PERUCHO. Y antes se fué D. Tadeo.
ALCALDE. ¿El compadre huye de tí? (*Á Perucho.*)
PERUCHO. ¡Ni el más ligero torero
sabe á los toros huir
con tanta destreza el cuerpo!
INÉS. Nos ponemos á comer.....
PERUCHO. Y con bizarro despejo,
ella se come la carne,
y á mí me deja los huesos.
ALCALDE. ¿Eso también?
PERUCHO. Sí señor,
y por eso hay mil encuentros,
pues no me gusta que tenga
á la carne tanto afecto.
ABOGADO. Perucho es un ignorante,
digno que oigas con desprecio
sus quejas. Yo sé muy bien
de su casa los secretos,
y que privar quiere á Inés
de todo humano comercio;

las leyes mandan que el hombre
trate á la mujer con buenos
modales, que no la oprima,
y que la respete. Ergo
por infractor de las leyes,
debe Perucho ser preso,
y porque no se prohibe,
Alcalde, en ningun derecho
que á las mujeres visiten
los hombres, mucho más siendo
de carácter distinguido,
pues tal vez suelen por ellos
conseguir muchos maridos
de sus casas, el aumento.

PERUCHO. Sí señor: cuando los ricos
llegan á favorecernos
con sus visitas, no basta
todo nuestro rendimiento
á servirlos puntualmente,
pues para poder hacerlo
se necesita un criado.

MANOLILLO. Pues de esa forma, el aumento
tal vez será en la familia,
mas no en los emolumentos.

FISCAL. Perucho tiene razón:
es sospechoso en efecto
que ese abogado deponga
los cuidados de su empleo,
para venir á esta villa
por tan dilatado tiempo:
pues el que deja lo más
por atender á lo ménos,
ó es tonto, ó lleva intención;
ergo clarum argumentum.
Y porque venir dejando
en Madrid sus pedimentos
es cometer la injusticia,
de que se atrasen los pleitos:
y porque más se confirma
la sospecha, con el hecho

de ir á visitar á Inés,
cuando no está en casa Pedro.
Quia homo, quia mulierem
visitandum de secretum
á vueltas de suo maritum
ambulat est mal intentum.

ALCALDE. Dice bien. *Justitiam meam*,
reformabitur gobiernum.

ABOGADO. No dice tal.

ALCALDE. Sí dice.

ABOGADO. ¿Usted
le defiende?

ALCALDE. Le defiendo,
porque sus latines son
casi más claros que el griego.

ABOGADO. Es absurdo cuanto expresa.

ALCALDE. No lo es tal.

ABOGADO. Sí lo es.

FISCAL. Nego.

ABOGADO. Es acusación inicua
la que á esa pobre habeis hecho,
y no podeis hacer cargo
sin que proceda un proceso
informativo. Es doctrina
expresa, y se halla el texto
en un libro que no sé,
de cuyo autor no me acuerdo.

FISCAL. Cuando los indicios son
tan vehementes como estos,
puede imponerse el castigo
aun sin escuchar al reo.

ABOGADO. No puede.

FISCAL. Poncio Pilato
en su tratado primero
de sinrazones lo trae.

ABOGADO. Aunque lo traiga, lo niego,
porque ese autor fué andaluz,
que habló mucho y todo incierto.

FISCAL. Es constante mi doctrina.

ABOGADO. Es un error manifiesto.

FISCAL. Es.....
ABOGADO. ¿Qué ha de ser?
ALCALDE. Bueno está:
serénense, caballeros.
ABOGADO. Finalmente, á mí me consta
que el amigo D. Tadeo
igualmente favorece
á Inés y á Perucho; y creo
que si no fuera por él
se hallara ese majadero
mucho más embarazado
de trampas, deudas y enredos.
PERUCHO. Lo que él me desembaraza
le perdono y le dispenso,
como no ponga en mi casa
los piés el buen caballero;
pues aunque usted nos pondera
la franqueza de su genio,
y yo ajusto por quinquenios
las cuentas, he de sacar
algun embarazo ménos.
ABOGADO. Esa es una presunción,
hija de un bastardo pecho.
PERUCHO. Nequaquam porque *al maritum*
permititur est recelum.
ALCALDE. Basta, que ya de mi duda
estoy harto satisfecho:
yo les quitaré á estas niñas
visitas de madrileños.
INÉS. Mire usted, señor Alcalde,
si el recibirlos no es bueno,
empiece usted por su casa
á corregir el exceso.
ALCALDE. ¿Por mi casa?
TODOS. ¡Cabalito!
ALCALDE. ¿Por mi casa? ¿Cómo es eso?
INÉS. ¡Como su mujer de usted
es la que hace más extremos
con esas gentes, y tiene
sus fiestas y sus bureos

luégo que usted se va al campo...!

ALCALDE. No es posible.

MANOLILLO. Yo por estos
ojos lo he visto, señor
Alcalde, y también apuesto
que mientras usted está dando
en aqueste ayuntamiento
providencias de cortar
en nuestras casas el fuego,
se esté abrasando la suya
desde el cimiento hasta el techo.

ALCALDE. ¿Qué oigo? ¡Dios mío!

PERUCHO. Yo soy
libro de verdad. Viniendo
aquí, reparé que entraban
diferentes madrileños
en vuestra casa; por señas
de que el uno iba diciendo
á los otros; ea, amigos,
pues que está en ayuntamiento
el alcalde, entremos pronto
para ponernos de acuerdo
con su mujer y sus hijas.

TODOS. ¡Chispas!

ALCALDE. ¿Pues cómo tolero
semejante desacato?
¡Vive Dios! ¡De enojo tiemblo!
que si en mi casa los pillo,
sin duda alguna los cuelgo.
¡Á mí!... ¡Vaya que estoy loco!
Que vengais conmigo os ruego
todos, y todos vereis
cómo mis injurias vengo.

TODOS. Ya te seguimos.

PERUCHO. Oid.

TODOS. ¿Qué nos quereis?

PERUCHO. Que ensanchemos
nuestras generosas almas
para tan glorioso empeño. (*Vanse*)

Mutación de sala ordinaria, y en ella la alcaldesa, dos hijas de ella y tres madrileños: todos de bulla.

MADRILEÑOS. ¡Arda Troya!
ALCALDESA. Vaya, niñas,
¿qué haceis? No perdamos tiempo.
LAS HIJAS. Bailemos algo.
MADRILEÑOS. Bien dicen:
Ea, muchachos, bailemos.
MADRILEÑO 1.º Vaya; señora Juanita,
baile usted con D. Lorenzo,
y usted con D. Anastasio
un fandanguillo de aquello
de... ¡mas ya usted me entiende!
LOS CUATRO. Vamos allá.
MADRILEÑO 1.º Sea presto:
antes que venga el Alcalde
y anticipe el taconeo. *(Canta.)*
«Cuando los hombres de fama
» salen como aventureros
» á las guerras del amor,
» se han de portar con aliento:
» y al cercar alguna plaza
» no se paren en conciertos,
» porque para la victoria
» el avance es lo más cierto.»

Salen TODOS.

TODOS. *¡Ea, ea! ¡Viva España!*
ALCALDE. Buenos días, caballeros.
LAS HIJAS. ¡Ay, madre!
ALCALDESA. ¡Vaya! ¿qué importa?
¿Acaso estamos haciendo
alguna moneda falsa?
¡Mas tanta gente! ¿Qué es esto?
PERUCHO. Venir á ver la función.
ALCALDE. Prosiga usted, caballero,
su romance; no se pare.
MADRILEÑO 1.º Se me ha olvidado.

ALCALDE. ¿Qué es eso?
¿Tiembla usted?
PERUCHO. ¡Qué ha de temblar!
¿Quería usted que tan presto
se le olvidase al señor
la doctrina y el consejo;
porque para la victoria
el avance es lo más cierto?
MADRILEÑO 2.º ¡Válgame el Santo Sudario!
MADRILEÑO 3.º Yo, amigo, sudo de miedo.
ALCALDE. Sepan ustedes que hoy
celebré el ayuntamiento
para saber la razón
de por qué en favorecernos
ustedes con sus visitas
hacían tan grande empeño;
mas respecto á que en mi casa
la satisfacción encuentro,
conviene notificarles
cuál ha sido nuestro acuerdo.
LOS TRES MAD. Decidle.
ALCALDE. Sí haré; porque es
el devanarles los sesos
con esta vara: ea, amigos,
á ellos todos.
TODOS. Pues á ellos.
INÉS. Señores: por Dios se templen, *(De rodillas.)*
que nosotras ofrecemos
mejorar nuestra conducta.
LOS TRES MAD. Y nosotros prometemos
no volver más á esta villa.
ALCALDE. Con esa protesta cedo.
INÉS. Nosotras, agradecidas,
ahora nos divertiremos
con una gran tonadilla.
ALCALDE. Idos vosotros primero.
LOS TRES MAD. ¡Vamos, que no vamos mal,
pues llevamos el pellejo! *(Vanse.)*
ALCALDE. Y si ha gustado la idea....
PERUCHO. Señor alcalde, silencio,

que una pregunta me ocurre:
¿cómo se llama este pueblo?

ALCALDE. ¿Por qué lo quieres saber?

PERUCHO. Por algo más que saberlo.

ALCALDE. Pues yo no gusto decirlo,
porque el teatro es un puesto
respetable, donde deben
corregirse los defectos,
sin nombrar en las ideas
determinados sujetos;
haciéndolo así, se logra
la diversión y el provecho;
y en lo contrario se arriesga
la instrucción y el buen ejemplo.

PERUCHO. Ahí callo.

TODOS. Á la tonadilla.

ALCALDE. Vamos y sea pidiendo,

TODOS. no aplausos, sino perdón
á este público discreto.



MANOLO

TRAJEDIA PARA REIR Ó SAINETE PARA LLORAR

PERSONAS

EL TÍO MATUTE, *tabernero de Lavapiés, marido de*

LA TÍA CHIRIPA, *castañera.*

LA REMILGADA, *hija del tío, amante de Mediodiente.*

MANOLO, *hijo de la tía, amante pasado de*

LA POTAJERA, *enamorada, en ausencia de Manolo, de*

MEDIODIENTE, *amante de la Remilgada.*

SABASTIÁN, *esterero, confidente de todos.*

VERDULERAS.
AGUADORES.
PILLOS.
MUCHACHOS.
} *Comparsas.*

La escena es en Madrid, y en medio de la calle Ancha de Lavapiés, para que la vea todo el mundo.



ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

Después de la estrepitosa obertura de timbales y clarines, se levanta el telón, y aparece el teatro de calle pública, con magnífica portada de taberna, y su cortina apabellonada de un lado, y del otro tres ò cuatro puestos de verduras y frutas, con sus respectivas mujeres: la TÍA CHIRIPA *estará á la puerta de la taberna con su puesto de castañas,* y SABASTIÁN *haciendo soguilla á la punta del tablado. En el fondo de la taberna suena la gaita gallega un rato, y luégo salen dándose de cachetes* MEDIODIENTE *y otro tuno, que huye luégo que sale el* TÍO MATUTE *con el garrote, y comparsa de aguadores.*

MEDIODIENTE. Ó te he de echar las tripas por la boca,
ó hemos de ver quién tiene la peseta.

SABASTIÁN. Aguarda, Mediodiente.

CHIRIPA. ¿Pues qué es esto?
¿Cómo no miran quién está á la puerta
de la taberna, y salen con más modo?
y no que por un tris no van la mesa
y las castañas con dos mil demonios.

MEDIODIENTE. Los héroes como yo cuando pelean
no reparan en mesas ni en castañas.

CHIRIPA. Yo te aseguro...

SABASTIÁN. Moderaos, princesa
pues si no me equivoco, el tío Matute
con su gente y sus armas ya se acerca.



ESCENA II.

TÍO MATUTE, *su comparsa y los dichos.*

TÍO. Escuadrón de valientes parroquianos,
ya veis que la opinión de mi taberna
está pendiente: nadie los perdone,
y cada cual les dé con lo que pueda.
MEDIODIENTE. Aguárdate, cobarde.
TÍO. No le sigas,
y date tú á prisión.
MEDIODIENTE. ¿Pués que más prueba
quereis, si el otro huye y yo me quedo,
de que él os hizo noche la peseta?
TÍO. Tengas ó no la culpa, pues te pillo,
tú, Mediodiente, pagarás la pena;
porque la fama que hasta aquí habrá roto
más de catorce pares de trompetas
por ese Lavapiés, preconizando

mis medidas, mi vino y mi conciencia,
no ha de decir jamás que hubo en mi casa
un hurto que importase una lanteja.
¿Se ha de decir que hurtaron cuatro reales
en una que es acaso la primera
tertulia de la corte, donde acuden
sujetos de naciones tan diversas,
y tantos petimetres con vestidos
de mil colores y galón de seda?
¿Aquí donde arrimados los bastones
y plumas que autorizan las traseras
de los coches, es todo confianza,
se ha de decir que hay quien faltó á ella?
¿Aquí donde compiten los talentos,
dempués de deletreada la Gaceta,
y de cada cuartillo se producen
diluvios de conceptos y de lenguas?
¿Aquí donde las honras de las casas,
mientras yo mido, los criados pesan,
de suerte que á no ser por mí y por ellos
muchas cosas quizá no se supieran?
¿Aquí ha de haber quien robe? Rabio de ira.
Que se emborrachen, vaya enhorabuena,
que á eso vienen aquí las gentes de honra;
¿pero quién será aquel, dempués que beba,
que hurte, juegue, murmure ni maldiga
en el bajo salón de mi taberna?

MEDIODIENTE. Matute, ¿qué apostais cagarro un canto,
y os parto por enmedio la mollera?

TÍO. ¿Yo amenazado?

MEDIODIENTE. ¿Yo ladrón?

CHIRIPA. Esposo,
déjale con mil diablos.

TÍO. No pretendas
que deje sin castigo tu amenaza.

CHIRIPA. ¡Ay, señor, que amenaza tu cabeza,
y conforme te puede dar en duro,
tambien te puede dar donde te duela!

TÍO. Tú dices bien. ¡Ah cuánto en ocasiones
las mujeres prudentes aprovechan!

SABASTIÁN. ¡Templanza heroica!
MEDIODIENTE. ¡Formidable aspecto!

ESCENA III

que se representará con la dignidad correspondiente.

REMILGADA *y los dichos.*

REMILGADA. La llave me entregad de la bodega,
que el jarro se acabó del vino tinto.
TÍO. Yo tengo capitanes de esperencia
y de robusta espalda, que manejen
mejor las cubas, y subirle puedan.
CHIRIPA. Para esta espedición fuera más útil
que no faltase tu persona escelsa,
no equivoquen el vino veteranos;
pues el que ayer llegó de Valdepeñas
aún está moro, y fuera picardía
consentir que cristianos lo bebieran.
TÍO. ¡Qué discreción! Ven pues, porque al momento
la llave saques y el candil enciendas.

ESCENA IV.

REMILGADA, MEDIODIENTE, SABASTIÁN *y las Verduleras.*

MEDIODIENTE. ¿Es posible, divina Remilgada,
que siquiera la vista no me vuelvas?
¿Y la fé que juraste á Mediodiente?
REMILGADA. Yo no me hablo con gente sin vergüenza;
ni yo por medio diente más ó ménos
he de esponer mi aquel á malas lenguas,
no teniendo otra cosa más de sobra
que los dientes enteros y las muelas.
MEDIODIENTE. Ya te entiendo, y te juro, dueño mío,
que nunca he vuelto á ver la Potajera,
dende la noche que la dí la tunda
por darte á tí satisfacción.
REMILGADA. No mientas;

que yo el día te ví de los Defuntos
ir cácia el hespital junto con ella.

MEDIODIENTE. No viste tal.

REMILGADA. Sí ví.

(*Dentro suenan unos cencerros.*)

MEDIODIENTE. ¿Pero qué salva
de armonía bestial el aire llena?

SABASTIÁN. Esto es, señor, sin duda, que Manolo,
aquel de quien han sido las proezas
en Madril tan notorias, aquel joven
que aluno de las mañas y la escuela
del ensine Zambullo, dió al maestro
tanto que hacer, en el mesón se apea
dempués de concluir las diez campañas
en que el África vió; pues su soberbia,
no cabiendo del mundo en la una parte,
repartió entre las dos su corpulencia.

MEDIODIENTE. ¿No es este el hijo de la tía Chiripa,
tu madrastra, y el que en los patos entra
de que ha de ser tu esposo, pues tu padre,
el tío Matute, se casó con ella?

REMILGADA. El mismo es.

MEDIODIENTE. ¡Pues reniego de tu casta!
¿Para qué me dijistes, embustera,
que me querías? ¿Era este el motivo
de estar conmigo por las noches seria,
y de darme sisados los cuartillos?
¡Oh santos Dioses! Yo te juro, ¡ah perra!
que has de ver de los dos cuál es más hombre
enmedio del Campillo de Manuela,
de naaja á naaja ó puño á puño,
y le tengo de echar las tripas juera.

REMILGADA. No te irrites, señor. ¡Destino alverso,
suspende tus furiosas influencias!
¿Casarme con Manolo yo? ¡Y qué poco!
Primero me cortara la caeza.

MEDIODIENTE. ¿Serás firme?

REMILGADA. Testigo el Espartero.
¡Así lo fueras tú!

MEDIODIENTE. Si te hago ofensa

y falto á mi palabra, que me falten
el vino y el tabaco, la moneda
en el juego...

REMILGADA. No más, mi bien, que bastan
los juramentos para que te crea.
Queda en paz.

MEDIODIENTE. Vete en paz.

REMILGADA. Sólo te encargo
que no vuelvas á ver la Potajera.

MEDIODIENTE. ¡Ay que viene Manolo!

REMILGADA. ¡Ay que eres tuno!

LOS DOS. ¡Cielos dadme favor ó resistencia!



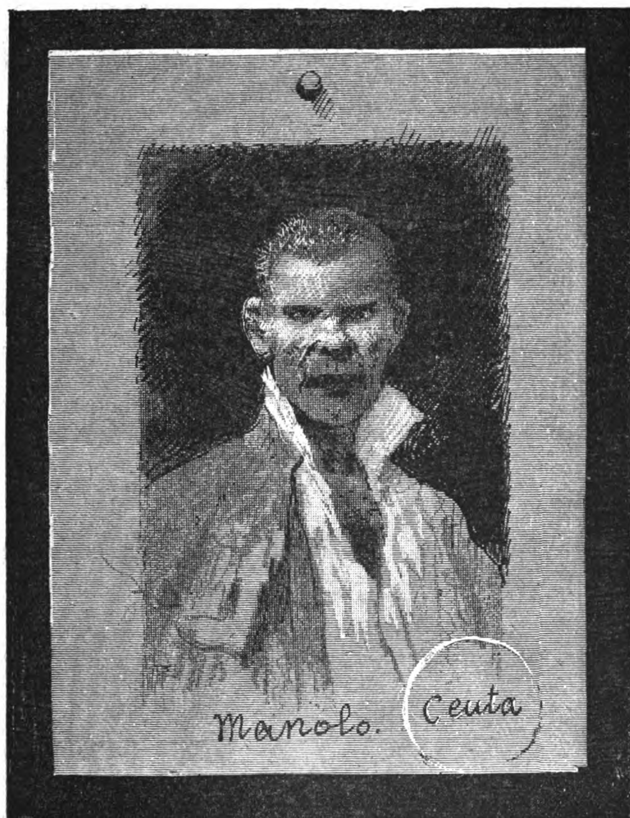
ESCENA V.

MEDIODIENTE, SABASTIÁN *y las Verduleras.*

MEDIODIENTE. Cuidado, Sabastián, con el secreto.
(Con interés. Aparte.)

SABASTIÁN. Soy quien soy; soy tu amigo, vé, sosiega,
y las cosas dispón, pues esto nadie
lo sabe sino yo y las verduleras.
(Vase Mediodiente.)

¡ Oh amor cuando en dos almas te introduces!
Y más cuando son almas como estas,
¡ qué heróicos pensamientos las sugieres,
y con qué heroicidá los desempeñan !
Pero Manolo viene ; ¡ santos cielos !



Aquí del interés de la tragedia;
y porque nunca la ilusión se trunque,
influya Apolo la unidad, centena,
el millar, el millón, y si es preciso,
toda la tabla de contar entera.

ESCENA VI.

MANOLO *de tuno con capila corta y montera, y la posible comparsa de pillos, y* SABASTIÁN.

MANOLO. Ya estamos en Madrid, y en nuestro barrio,
y aquí nos honrará con su presencia
mi madre, que si no es una real moza,
por lo ménos vereis una real vieja.
¡La patria qué dulce es para aquel hijo
que vuelve sin camisa ni calcetas!
Sin embargo de que eran de Vizcaya
las que sacó en el día de su ausencia.
SABASTIÁN. ¡Manolo!
MANOLO. ¡Sabastián, dame los brazos;
y no estrañes, amigo, me sosprenda
de verte en un estado tan humilde.
¿Tú manejar esparto en vez de cuerdas
para asaltar balcones y cortinas?
¿Tú que por las rendijas de las puertas
introducías la flexible mano,
la aplicas á labores tan groseras?
¿Qué es esto?
SABASTIÁN. ¿Qué ha de ser? Que se ha trocado
tanto Madril por dentro y por ajuera,
que lo que por ajuera y por adentro
antes fué porquería, ya es limpieza.
MANOLO. ¿Cómo?
SABASTIÁN. Son cuentos largos; pero, amigo,
tú con tu gran talento considera
cómo está todo, cuando yo me he puesto
á sastre de serones y de esteras.
MANOLO. Dime más novedades. ¿Y la Pacha,
la Alifonsa, la Ojazos y la Tuerta?
SABASTIÁN. En San Fernando.
MANOLO. ¡Si sus vocaciones
han sido con fervor, dichosas ellas!
SABASTIÁN. No apetecieron ellas la clausura,
que allí las embocaron de por juerza.

MANOLO. ¿Pues qué tirano padre les da estado
contra su voluntad á las doncellas?
SABASTIÁN. Ya sabes que entre gentes conocidas
es la razón de estado quien gobierna.
MANOLO. ¿Y nuestros camaradas, el Zurdillo,
el Tiñoso, Braguillas y Pateta?
SABASTIÁN. Todos fueron en tropa...
MANOLO. Dende chicos
fueron muy inclinados á la guerra,
y el día que se hallaban sin contrarios
jugaban á romperse las cabezas.
SABASTIÁN. Permíteme que gane las albricias
de tu llegada.
MANOLO. Yo te doy licencia.
SABASTIÁN. Pero no hay para qué, pues ya te han visto.
MANOLO. ¡Cielos, dadme templanza y fortaleza!



ESCENA VII.

La TÍA CHIRIPA *y los dichos.*

CHIRIPA. ¡Manolillo!
MANOLO. ¡Señora y madre mía!
Dejad que imprima en la manaza bella
el dulce beso de mi sucia boca.
¿Y mi padre?
CHIRIPA. Murió.
MANOLO. Sea norabuena.
¿Y mí tía la Roma?

CHIRIPA. ¡En el hespicio!
MANOLO. ¿Y mi hermano?
CHIRIPA. En Orán.
MANOLO. ¡Famosa tierra!
¿Y mi cuñada?
CHIRIPA. En las Arrecogidas.
MANOLO. Hizo bien, que bastante anduvo suelta

ESCENA VIII.

Los dichos, el TÍO MATUTE *y la* REMILGADA.

TÍO *y* REMDA. ¡Manolo, bien venido!
MANOLO. ¿Quién es este
(Á la tía Chiripa.)
que tan serio me habla y se presenta?
CHIRIPA. Otro padre que yo te he prevenido,
porque con la horfandá no te afligieras.
MANOLO. ¿Y qué destino tiene?
TÍO. Tabernero.
(Lo dice con dignidad, y Manolo y *su comparsa le hacen una profunda y expresiva reverencia.)*
CHIRIPA. Y esta, que es rama de la misma cepa,
(Presentándole á la Remilgada.)
es su hija y tu esposa.
REMILGADA. ¡Yo fallezco!
CHIRIPA. Repárala qué aseada y qué compuesta.
MANOLO. Ya veo que lo está.
CHIRIPA. ¿Vienes cansado?
MANOLO. ¿De qué? Diez ó doce años de miseria,
de grillos y de zurras, son lo mismo
para mí que beberme una botella.
TÍO. ¿Cómo te fué en presillo?
MANOLO. Grandemente.
SABASTIÁN. Cuenta de tu jornada y tus proezas
el cómo, por menor ó por arrobas.
MANOLO. Fué, señores, en fin, de esta manera.
No refiero los méritos antiguos
que me adquirieron en mi edad primera
la común opinión; paso en silencio

las pedradas que dí, las faldriqueras
que asalté, y los pañuelos de tabaco
con que llené mi casa de banderas,
y voy sin reparar en accidentes
á la sustancia de la dependencia.
Dempués que del palacio de provincia
en público salí con la cadena,
rodeado del ejército de pillos,
á ocupar de los moros las fronteras,
en bien penosas y contadas marchas,
sulcando ríos y pisando tierras,
llegamos á Algeciras, dende donde
llenas de aire las tripas y las velas,
del viento protegido y de las ondas,
los muros saludé de la gran Ceuta.
No bien pisé la arena de sus playas,
cuando en tropel salió, si no en hileras,
toda la guarnición á recibirnos
con su gobernador en medio de ella.
Encaróse conmigo, y preguntóme:
¿quién eres? y al oir que mi respuesta
sólo fué: «soy Manolo,» dijo serio:
«por tu fama conozco ya tus prendas.»
Dende aquel mismo instante, en los diez años
no ha habido expedición en que no fuera
yo el primerito. ¡Qué servicios hice!
Yo levanté murallas; de la arena
limpié los fosos; amasé cal viva;
rompí mil picas; descubrí canteras,
y en las noches y ratos más ociosos
mataba mis contrarios treinta á treinta.

TÍO. ¿Todos moros?

MANOLO. Nenguno era cristiano,
pues que con sangre humana se alimentan.
En fin, de mis pequeños enemigos
vencida la porfía y la caterva,
me vuelvo á reposar al patrio suelo;
aunque segun el brío que me alienta,
poco me satisface esta jornada,
y sólo juzgo que salí de Ceuta

para correr dempués las demás cortes,
Peñón, Orán, Melilla y Alhucemas.

SABASTIÁN. Y entretanto á las minas del azogue
puedes ir á pasar la primavera.

TÍO. Habla á tu esposo. (*Á Remilgada.*)

REMILGADA. Gran señor, no quiero.

TÍO. ¡Qué gracia! ¡qué humildad! ¡y qué obediencia!

CHIRIPA. Ven, pues, á descansar.

ESCENA IX.

La POTAJERA *y los dichos.*

POTAJERA. Dios guarde á ustedes;
y tú, Manolo, bien venido seas,
si vuelves á cumplirme la palabra.

MANOLO. ¿De qué?

POTAJERA. De esposo.

MANOLO. Pues en vano esperas,
que tengo aborrecidas las esposas
dempués que conocí lo que sujetan.

POTAJERA. Tú me debes...

MANOLO. ¿Al cabo de diez años
quieres que yo me acuerde de mis deudas?

POTAJERA. Mira que de paz vengo, no resistas,
ó apelaré al despique de la guerra;
pues á este fin mi ejército acampado
dejo ya en la vecina callejuela.

TÍO. ¡Hola! ¿Qué es esto?

POTAJERA. Es asunto de honra.

TÍO. ¡Cielos, qué escucho! Aquí de mi prudencia.
Haced vosotros gestos entretanto
que yo me pongo así como el que piensa.
(*Pausa.*)

MANOLO. ¡Qué bella escena muda!

TÍO. Ya he resuelto,
y voy á declararme.

CHIRIPA. Pues revienta.

TÍO. Aquí hay cuatro intereses: el de mi hija;
el de Manolo, que á casarse llega;

el nuestro, que cargamos con hijastros,
y finalmente el de la Potajera,
que pretende que pague el que la debe,
y es justicia con costas etcetera. (*Pausa.*)
Manolo ha de casarse con mi hija. (*Resuelto.*)
Este es mi gusto.

REMILGADA. ¡ Cielos, qué sentencia !

TÍO. Con que es preciso hallar entre tu honra
y mi decreto alguna conveniencia.



POTAJERA. Mi honor valía más de cien ducados.

TÍO. Ya te contentarás con dos pesetas.
(*Á la Potajera.*)

POTAJERA. No lo esperes.

TÍO. Pues busca quien le tase.

POTAJERA. Lo tasarán las uñas y las piedras.

ESCENA X.

MEDIODIENTE *y los mismos.*

MEDIODIENTE. Yo te vengo á servir de aventurero,
(*Á la Potajera.*)
pues hoy quiere el destino que dependa
tu suerte de la mía.

POTAJERA. Yo te estimo

la generosa, Mediodiente, oferta,
porque mientras yo embisto cara á cara,
tú por la retaguardia me defiendas.

MANOLO. ¡Amigo Mediodiente!...

MEDIODIENTE. No es mi amigo
quien del honor las leyes no respeta;
y sabré...

MANOLO. ¿Qué sabrás? ¿Cómo á la vista
de este feroz ejército no tiemblas?
(*Señala á los pillos.*)

MEDIODIENTE. Nunca el pájaro grande retrocede
por ver los espantajos en la higuera.

POTAJERA. Haz que toquen á marcha.

SABASTIÁN. Si nos vamos
todos á un tiempo se acabó la fiesta.

MEDIODIENTE. Yo le ofrezco á tus piés rendido ó muerto.

REMILGADA. ¡Ay de mí!

TÍO. ¿Qué es aquesto?

REMILGADA. Ya que llega
á este estremo mi mal, no se malogre
mi gusto por un poco de vergüenza,
que sólo es aprensión; y sepan cuantos
aquí se hallan, que por tí estoy muerta,
y que te he de matar ó he de matarme
si vuelves á mirar la Potajera.

MEDIODIENTE. No lo creas, mi bien... mas mi palabra
empeñada está ya por defenderla.
Aquí me llama amor, aquí mi gloria:
¿dónde está mi valor?... ¿Mas mi fineza
adónde está también? ¡Oh injustos hados,
que de afectos contrarios me rodean!

MANOLO. ¡Cómo esprime el cornudo las pasiones!

MEDIODIENTE. Pero al fin de este modo se resuelva:
lidiaré por la una, y á la otra
satisfaré dempués. ¡Al arma!

MANOLO. ¡Guerra!

POTAJERA. Avanza, infantería, á las castañas.

MANOLO. Amigos, asaltemos la taberna,
y á falta de clarines y tambores
hagan el són con la gaita gallega.

ESCENA XI.

Los dichos; y al verso Avanza infantería, *salen unos muchachos que á pedradas derriban el puesto de castañas, y andan á la rebatiña.* MANOLO *y los tunos entran en la taberna, y suena ruido de vasos rotos. La* CHIRIPA *anda á patadas con los muchachos, y luégo se agarra con la* POTAJERA. *El* TÍO *tiene á la* REMILGADA *desmayada en sus brazos.* SABASTIÁN *está bailando al són de la gaita, y luégo salen dándose de cachetes* MANOLO *y* MEDIODIENTE: *y á su tiempo, cuando le da la navajada, se levantan las tres verduleras, y van saliendo tunos y muchachos, y forman un semicírculo, haciendo que lloran con sendos pañuelos, etc.*

MANOLO. ¡Ay de mí! Muerto soy.
MEDIODIENTE. Me alegro mucho.
REMILGADA. Ya respirar podemos.
CHIRIPA. ¿Quién se queja?
TÍO. No te asustes; no es más de que á tu hijo
le atravesaron la tetilla izquierda.
MANOLO. Yo muero... no hay remedio. ¡Ah madre mía!
Aquesto fué mi síno... Las estrellas...
Yo debía morir en alto puesto,
segun la heroicidá de mis empresas;
¿pero qué hemos de hacer? No quiso el cielo:
me moriré y dempués tendré paciencia.
Ya no veo los bultos... aunque veo
las horribles visiones que me cercan.
¡Ah tirano! ¡Ah perjura! ¡Ay, madre mía!
Ya caigo... ya me tengo... vaya de esta. *(Cae.)*
CHIRIPA. ¡Ay, hijo de mi vida! ¿Para esto
tantos años lloré tu triste ausencia!
¡Ojalá que murieses en la plaza,
que al fin era mejor que en la plazuela!
Pero aguarda, que voy á acompañarte
para servirte en cuanto te se ofrezca.
¡Oh Manolo, el mejor de los mortales!
¿Cómo sin tí es posible que viviera
tu triste madre? ¡Ay! allá va eso. *(Cae.)*
TÍO. Aguárdate, mujer, y no te mueras...

Ya murió, y yo también quiero morirme
por no hacer duelo ni pagar esequias. (*Cae.*)

REMILGADA. ¡Ay, padre mío!

MEDIODIENTE. Escúchame.

REMILGADA. No puedo,
que me voy á morir á toda priesa. (*Cae.*)

POTAJERA. Y yo también, pues se murió Manolo,
á llamar al doctor me voy derecha,
y á meterme en la cama bien mullida,
que me quiero morir con conveniencia.

ESCENA ÚLTIMA.

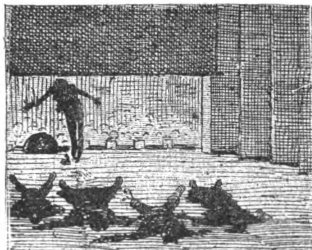
SABASTIÁN, MEDIODIENTE, *las comparsas y los difuntos.*

SABASTIÁN. ¿Nosotros nos morimos, ó qué hacemos?

MEDIODIENTE. Amigo, ó es trigedia, ó no es trigedia:
es preciso morir; y sólo deben
perdonarle la vida los poetas
al que tenga la cara más adusta,
para decir la última sentencia.

SABASTIÁN. Pues dila tú, y haz cuenta que yo he muerto
de risa.

MEDIODIENTE. Voy allá. ¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si dempués los domingos ó los lunes
disipais el jornal en la taberna?



LA MAJA MAJADA

PERSONAS

—

Colasa, *maja de rumbo.*
Patricio, *su cortejo.*
Blas, *su marido.*
Menegildo, *cortejo de*
Bastiana, *otra maja.*
Doña Petra, *su hermana.*
Pepa, *vecina de Colasa.*
D. Saturio, *vizcaíno.*
D. Mauricio, *petimetre.*
Alcalde de Barrio.

La escena se supone en Madrid.



Casa pobre, donde se ve á COLASA *de maja, partiendo cascajo en una mesa, y encima una cesta de frutas, cajas de turrón, un almirez, etc., y canta.*

COLASA. Quien no vive en la calle (*Música.*)
de la Paloma,
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes.

BLAS. *Sale.*

BLAS. Muy buenas noches, mujer.
COLASA. Marido, tales las tengas.
BLAS. ¿Es hora de que cenemos
ya?
COLASA. ¿Hombre, tienes conciencia?
¿Conoces algun cristiano
que cene en la noche buena?
BLAS. Todos.

COLASA. Harán colación.
BLAS. Lo mesmo es.
COLASA. ¿Y tú la hicieras
si ayunaras?
BLAS. ¿Que no ayuno?
Mejor que tú.
COLASA. Buena es esa,
y almorzaste un cuarterón
de queso, y una libreta.
BLAS. Eso fué por la mañana;
y lo que dicen las letras
del Kalendario, es vegilia
por la noche.
COLASA. Pues haz cuenta
que ayunas, y acuéstate
sin cenar.
BLAS. ¡Qué brava cesta
de frutas! *(La toma.)*
COLASA. ¡Para tí estaba
aquí! Mira si la dejas,
ó te abro con el martillo
en la frente una tronera
por donde salgan á misa
del gallo las tres potencias.
BLAS. En no estando don Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.
COLASA. Calla, Blas.
BLAS. Digo bien. Sí.
COLASA. ¿Cuánto apuestas
que te sacudo?
BLAS. Dale:
¿No callo ya?
COLASA. ¡Blas!...
BLAS. ¡Paciencia!
COLASA. Mientras yo parto el cascajo,
machaca tú esas especias. *(Blas la obedece.)*
Toma castañas, *(Canta.)*
verás qué gusto tienen
á resaladas.

PEPA. *Sale.*

PEPA. Vecinita, buenas noches.
COLASA. ¡Qué tarde que vienes, Pepa!
PEPA. ¡Qué quiés! Cada una en su casa
tiene tal noche como esta
que hacer su poco, ó su mucho.
COLASA. ¿Á qué viene esa fachenda,
si eres como el caracol,
y sales á cenar fuera
de casa?
BLAS. ¿Vienes acá?
PEPA. Sí señor.
BLAS. Señal que hay cena.
PEPA. ¿Quieres que te ayude?
COLASA. Sí:
vé partiendo nueces, mientras
yo mondo.
BLAS. Machaca tú,
yo mondaré.
COLASA. ¡Blas!...
BLAS. ¡Paciencia!
PEPA. ¿Y Patricio?
COLASA. ¿Qué sé yo?
Si en dando las seis y media
no ha aparecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
á la puerta de la calle,
y la pregunta primera
no se la haré yo.
PEPA. ¿Pues quién?
COLASA. Esta manita derecha,
con un sopapo tan limpio,
que antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el aire que he de hacerlas.
BLAS. ¡Así él te diera otro igual,
y con eso me comiera
yo solo todo el turrón!

PEPA. No discurro yo que venga (*Con fisga.*)
tan pronto.
COLASA. ¿Por qué?
PEPA. Por nada.
COLASA. Eso de por nada, deja:
vamos, gomita, que cuando
los mudos hablan, licencia
tienen de Dios, como dijo
el otro.
PEPA. ¿Mujer, que seas
asina? Si ha sido gana
de hablar.
COLASA. Pues ya que comienzas,
prosigue, y dímelo todo,
¡maldita sea tu lengua!
PEPA. La tuya: y mira como hablas,
Nicolasa.
COLASA. Más valiera,
que tú lo miraras antes.
PEPA. ¿Pues yo qué te he dicho?
COLASA. Pepa,
dime dónde está ese hombre.
PEPA. ¡Si no es más que una sospecha!
COLASA. Pues cuéntamela.
PEPA. No quiero
que te dé la ventolera,
y que digan que yo he sido
ocasión de una pendencia.
COLASA. ¿Y qué te parece á tí,
que si callas no ha de haberla?
PEPA. ¿Con quién?
COLASA. Contigo: porque
si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
encima de tu concencia,
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.
PEPA. ¡Anda fuera, volatina!
COLASA. ¿Lo quieres ver?
PEPA. Ten prudencia,

y arrepara que no es justo
el que por nosotras pierda
la calle de la Paloma
la opinión de su grandeza,
y del juicio y la quietud
de cuantos viven en ella.

BLAS. Dice bien la Pepa: basta
que viva yo.

COLASA. Calla, bestia: *(Á Blas.)*
tú dime de bien á bien *(Á Pepa.)*
lo que hay.

PEPA. Una friolera.
Que esta mañana encontró
don Patricio, en las fruteras
de la plaza, á la Bastiana...

COLASA. ¿Y la habló? *(Viva.)*

PEPA. Anduvo con ella
un rato, y la regaló,
segun dicen malas lenguas,
un pavo de peso gordo,
y dos cajas de jalea:
con que como no ha venido
todavía, y sé que hay fiesta
en casa de la otra, puede
que busque dos noches buenas.

COLASA. No tendrán sino una y mala
entrambos, como yo pueda.
Blas, ponte presto la capa,
y ven conmigo. *(Coge la mantilla.)*

BLAS. ¿Qué idea
te ha dado?

COLASA. Ponte la capa,
y no chistes, ni te metas
en más.

BLAS. ¿Pero á dónde vamos?

COLASA. Á los infiernos.

PEPA. ¡Que tengas
ese genio!

COLASA. No tengo otro. *(Á Pepa.)*
Ten cuidado de la puerta,

y de esas cuatro ensaladas,
que presto daré la vuelta:
si viene gente, que espere.
Si por desgracia le encuentra
mi furor con la Bastiana,
y ella sale á la defensa,
del primero puntapié
la hago subir tantas leguas,
que cuando baje, ya estemos
á mediado de cuaresma. (*Vase.*)

PEPA. ¡Mujer, no seas tan loca!
BLAS. ¡El diablo que la detenga! (*Vase.*)

Mutación de sala, donde están bailando y cantando BASTIANA *de maja,* DOÑA PETRA *de escofieta,* DON MAURICIO, DON SATURIO, *etc., y luégo sale* MENEGILDO, *oficial menestral, borracho.*

BASTIANA. Una maja idolatro, (*Canta.*)
porque las majas
corresponden con todas
sus circunstancias.
Y en las usías,
son las correspondencias
falsas ó tibias.
Bailar y cantar á un tiempo, (*Declamado.*)
no hay gargantas que lo puedan
aguantar.
MAURICIO. Tambien se lucen
á un tiempo voces y piernas.
PETRA. El bailar sin instrumentos,
parece bailar á secas.
SATURIO. Diablos, cantoras mal bailas
guitarras cuando no suenas.
MAURICIO. ¿No te he dicho ya que calles,
primo, hasta que hables y entiendas
el castellano?
SATURIO. Castillas
tiene demonios en lenguas,
y ángeles en caras mozas,



Colasa.

que vuelven almas mantecas.
BASTIANA. Parece que al vizcaíno
las muchachas de esta tierra
no le desagradan.
SATURIO. Diablos,
que tienes almas traviesas.
MAURICIO. Pues ya te he dicho que no
tienes que llegar á esta: (*Por Petra.*)
echa por otro camino,
é ingéniate como puedas.
SATURIO. Para caminos, ingenios
sobran, si faltan pesetas.
PETRA. ¡Lo que tarda tu marido!
BASTIANA. Quizá estará en la taberna
esta noche hasta las doce.
PETRA. ¡Y que tú se lo consientas,
hermana!
BASTIANA. ¡Qué tonta eres!
Es cucaña manifiesta
tener marido borracho,
pues aunque haga lo que quiera
una mujer, éntre y salga,
no chista; y cuando se queja
no le cree ninguno, y todos
la compadecen á ella.
PETRA. «Yo me avergüenzo.» (*Aparte á los dos.*)
MAURICIO. «Por cierto
»que son ustedes diversas
»en el modo de pensar,
»de hablar, y aun en la apariencia,
»pues usted es toda filis,
»y su hermana ordinariezas.»

Sale MENEGILDO.

MENEGILDO. Por siempre sea alabada (*Turbado.*)
la divina Providencia.
BASTIANA. Eh, ya viene como suele,
¡Dios te la depare buena!
MAURICIO. Muy buenas noches, señor

Hermenegildo.

MENEGILDO. La media
en punto. Chis... (*Estornuda.*)
Tibi Christi,
qui fecit Ingalaterram.

SATURIO. ¿Paisanos, no miras patas
(*Á Menegildo que le ha pisado.*)
donde pones, que revientas?

MENEGILDO. ¿Qué hacen ustedes á oscuras?
¡También es buena simpleza
habiendo luz! ¿Sebastiana,
y las despaviladeras?

BASTIANA. Á la vista están.

MENEGILDO. Chitito,
y poquitas desvergüenzas,
que en hablando yo formal,
no hay que volver á la cuenta.

BASTIANA. Cuidado lo que haces.

MENEGILDO. Mientes.
(*Espavilando sin atinar.*)
Vaya otra, estate quieta:
¡hola, parece que quiere
burlarse de mí la vela!
Pues juguemos limpios: ¡Dale!
¿Á mí te vienes con esas?
Toma. (*Da un sopapo á la luz, y la apaga.*)

BASTIANA. ¿Qué has hecho, borracho?

MENEGILDO. Lo que cualquier hombre hiciera:
Mirar por tu honra y la mia.

MAURICIO. Aquí está: Voy á encenderla.
(*Coge la vela y vase.*)

MENEGILDO. Parece que aún es de noche,
mujer.

BASTIANA. ¿Por qué no te acuestas?

MENEGILDO. Luégo: Aguárdate un poquito
á que repose la cena.

BASTIANA. Siéntate.

MENEGILDO. Bien; pero calla,
que voy á rezar completas.

MAURICIO. ¿Estará usted divertida (*Vuelve con la luz.*)

con este hombre?

PETRA. ¡No viviera
con él, aunque mil doblones
tuviese al año de renta!

BASTIANA. Pues yo vivo, y muy gustosa...
pero han llamado á la puerta.

MENEGILDO. Oyes, Bastiana, si vienen
á saber de la taberna
qué es lo que yo debo, diles
que apunten azumbre y media,
que una cosa es el dinero,
y otra cosa es la concencia.

BASTIANA. ¿Quién es á estas horas?

Salen COLASA *y* BLAS.

COLASA. Yo.

BASTIANA. ¿Qué buena venida es esta?
¿Colasa, tú por acá
á esta hora, en nochebuena?

COLASA. No vengo á cenar; no tienes
que asustarte.

BASTIANA. Aunque vinieras,
creo que no faltaría.

COLASA. Ya lo huelo: En casa llena
presto se guisa el potaje.

BASTIANA. Siéntate.

COLASA. Vengo de priesa.

BASTIANA. ¿Y qué tienes que mandar?

COLASA. ¿Reñiremos?

BASTIANA. Como quieras.

COLASA. Más vale que no.

BASTIANA. Más vale.

COLASA. Pues si quieres que fenezca,
como dicen, la visita
en paz y concordia, suelta
al punto el pavo cebado,
y las cajas de jalea
que has estafado á Patricio.

BASTIANA. ¡Colasa, qué desatenta

y provocativa eres!

PETRA. ¡Se dará tal desvergüenza!

COLASA. Á usted no la dan golilla,
señora doña Escofieta,
para este entierro.

BLAS. ¡Bien dicho!

BASTIANA. ¿Colasa, vienes de veras
por esos chismes?

COLASA. Andando.

BASTIANA. Pues tiene mucha manteca
el pavo en la rabadilla,
para que yo te le ceda.

COLASA. Vengan el pavo y las cajas.

BASTIANA. ¿Las cajas? Vuelve por ellas;
en comiéndome yo el dúz
te daré las tapaderas.

COLASA. Mira, que ya se me van
poniendo azules las venas.

BASTIANA. Señal de sofocación:
dí que te echen sanguijuelas,
mientras me como yo el pavo,
que á Dios gracias estoy buena.

COLASA. ¿Te burlas de mí?

PETRA. Hace bien:
y es una gran insolencia
el venir á provocarla.

MAURICIO. Usté en eso no se meta,
doña Petronila.

COLASA. ¡Arroz!
Mi señora doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de muñuelera,
en las Vistillas: recoja
usté ese don, que le cuelga,
porque está mal hilvanado.

BASTIANA. Para esto ya no hay paciencia.

COLASA. ¿Y qué harás tú?

BASTIANA. ¿Qué haré? Toma.

(La zurra.)

COLASA. Vuelvo: y á ver por quién queda.



Bastiana.

MENEGILDO. Poco á poco, que hay delante
gente de forma.

BLAS. ¡Qué terca
es esta mujer! La dije
cien veces que no viniera.

COLASA. ¡Que no traiga yo el rejón!

Sale PATRICIO.

PATRICIO. Tengan ustedes muy buenas...
¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves *(Á Colasa.)*
á salir sin mi licencia
á estas horas de tu casa?

BLAS. Me alegro, para que vea,
que cuando yo hablo, algo digo.

PATRICIO. Parece que no escarmientas:
pues escarmentarás. Vamos
dejando esta gente quieta:
arrecoge la mantilla,
y á casa.

COLASA. ¿Yo á casa? ¡Deja!
Mientras no me lleve el pavo,
y las cajas de jalea,
que le has dado á esta golosa,
no me he de ir aunque me muera.

PATRICIO. Te digo que vamos.

COLASA. ¡Ya!
Digo, que no quiero.

PATRICIO. Ea,
haz lo que mando, y no demos
que decir en casa agena.

COLASA. Si no me he de ir...!

PATRICIO. Señor Blas,
oblíguela usté á que venga,
como marido.

BLAS. ¿Yo? ¡Es cierto
que el empeño la hará fuerza!

COLASA. Si no he de ir...!

PATRICIO. Irás.

COLASA. No iré.

PATRICIO. Pues irás de esta manera. *(Cógela del brazo.)*
COLASA. ¡Ay, ay, ay!
MENEGILDO. Poquita bulla
que me duele la cabeza.
COLASA. ¡Pícaro, falso! Por tí
me veo yo en esta afrenta:
pero me la he de comer. *(Suéltase y vuelve.)*
BASTIANA. Veremos.

Sale el ALCALDE.

ALCALDE. ¿Qué bulla es esta?
La justicia.
PETRA. ¡La justicia!
¡Ay de mí, que se me altera
el corazón! ¡Ya la vista
se desvanece, y flaquea
la máquina! ¡Yo desmayo!
(Se desmaya y cae de rodillas.)
MAURICIO. Saturio, trae agua fresca.
SATURIO. ¿Aguas? No sabe cocinas *(Aturdido.)*
tinaja donde están puestas.
ALCALDE. ¿Qué es esto?
PATRICIO. Señor Alcalde,
ha sido una friolera.
ALCALDE. Alguna causa ha de haber
donde hay voces y pendencia,
y yo quiero averiguarla.
Nadie hable palabra, mientras
yo pregunto á cada uno
de por sí. ¿Quién es la dueña
de la casa?
BASTIANA. Yo.
ALCALDE. ¿Y el dueño?
COLASA. Este caballero.
ALCALDE. Venga
usted acá: ¿parece que
tiemblan un poco las piernas?
MENEGILDO. El sereno de la noche....
ALCALDE. Ya: ¿qué bulla ha sido esta?



La maja majada.

MENEGILDO. ¿Cuál?
ALCALDE. La que ustedes tenían.
MENEGILDO. ¿Si no hay en casa vihuela,
cómo ha de haber baile? ¡Vaya,
que toda esta gente sueña!
ALCALDE. ¡Qué bueno estás tú! ¿Mocito,
quién es usted?
SATURIO. ¿Yo? de Menas
real valles nacer Saturios
Giles, Guarricochitenas,
antiguos nobles Adanes
solares mucho más que Evas.
ALCALDE. ¡Brava clase de testigos
son los que se me presentan!
¿Caballerito? *(Á Mauricio.)*
MAURICIO. Señor,
hasta que esta dama vuelva
en toda su luz, están
en ocaso mis potencias.
ALCALDE. ¡También es bueno!
MENEGILDO. De modo,
que el hombre que no se alegra
hoy, no es hombre para nada.
¿Se hace usted cargo?
ALCALDE. ¡Qué buena
está tu alma! ¿Usté quién es? *(Á Blas.)*
BLAS. Yo soy el marido de esta.
ALCALDE. ¿Y usted, señor guapo? *(Á Patricio.)*
PATRICIO. Yo,
señor Alcalde, un cualquiera.
ALCALDE. ¿Y, á qué se viene aquí?
PATRICIO. Á dar
á esta mocita una felpa,
porque sale de su casa
sin pedirme á mí licencia.
ALCALDE. ¿Y usté qué dice á esto?
BLAS. ¿Yo?
Allá los dos se lo avengan.
¿No se lo dije yo antes
de salir, que no saliera?

ALCALDE. ¿Qué, no manda usté en su casa?
BLAS. Señor Alcalde, aunque sea
descortesía: ¿y usted,
si es casado, manda en ella?
ALCALDE. Sí señor, y mi mujer,
en viéndome, es la primera
que se pone á temblar, sin
que nadie á chistar se atreva,
hasta que yo doy la orden.
BLAS. Será la señora vieja.
ALCALDE. No es sino moza y bonita.
BLAS. ¿Muchacha, bonita, y tiembla
en entrando su marido,
y en todo vive sujeta
á su mercé, en este siglo?
¡Vaya, que usté se chancea!
¡Ningún casado es posible
que trague esa berengena!
ALCALDE. ¿Por qué?
BLAS. Porque cada uno
echa plantas por defuera
de su casa, y dentro hace
lo que quiere la parienta.
MENEGILDO. Pues cuando lo dice Blas,
punto redondo.
MAURICIO. Ya alienta
esta señora.
PETRA. ¡Ay, Jesús!
COLASA. ¿Con tantas preguntas hechas,
qué ha sacado usted en limpio?
ALCALDE. Que esto es una borrachera,
y que si no se separan
todos, haré yo que venga
quien los separe.
MENEGILDO. Bien hecho.
PATRICIO. De suerte es, y de manera,
señor Alcalde, que á mí
no me agrada esa sentencia.
ALCALDE. ¿Por qué?
PATRICIO. Porque usté no sabe

la causa de la contienda.
ALCALDE. No por cierto.
PATRICIO. Pues ha sido
por dos cajas de jalea,
y un pavo, que he regalado
esta mañana yo á ésta.
De esto se ha picado estotra,
y quiere que se lo vuelva,
porque está en la actualidad
de que yo la favorezca:
con que *dividatur linfas,*
ó júntense las meriendas,
y unánimes y conformes
celebren la noche buena,
las pascuas, y si quisieren
también las carnestolendas;
que yo me río de todas;
y de las dos las primeras,
y me voy con su permiso,
á otra parte con la orquesta.
Colasa, salud, y Dios
te dé lo que te convenga.
Don Blas, aplicar el hombro,
que esto se acabó, ¡paciencia! (*Vase.*)
COLASA. ¿Que esto me suceda á mí?
BLAS. ¡Mujer, has quedado fresca!
BASTIANA. Ánimo, amiga Colasa,
que una cosa es la quimera
y otra es la paz; por fin, basta
que seas mujer, y te deja
un pícaro, para que
las mujeres de honra sean
de tu parte.
COLASA. Antes que otro
vuelva á escuchar de mí....
BASTIANA. Deja
los juramentos, y vamos
á que si nos da licencia
el señor Alcalde, todo
en diversión se convierta.

ALCALDE. Como sea con quietud
muy bien.

MENEGILDO. Toda es gente quieta,
y basta que yo lo diga.

ALCALDE. «¡Qué valiente gentezuela! (*Aparte.*)
»¡Cuánto para dirigirla
»es menester conocerla,
»y las ridículas causas
»de sus chismes y quimeras!»
Adios. (*Vase.*)

TODOS. Señor, muchas gracias.

BASTIANA. ¿Todavía estás suspensa,
Colasa?

COLASA. No estoy pensando
en eso.

BASTIANA. ¿Pues en qué piensas?

COLASA. Solamente en acordarme
de una tonadilla buena,
porque con ella se dé
más regocijo á la fiesta;
y que se ahorquen los hombres,
sabiendo que si nos dejan
alguna vez, les dejamos
nosotros á ellos cuarenta.

BASTIANA. Y que no es mentira. Blas
ves á traer á la Pepa
á hacer colación.
En tanto (*A Colasa.*)
canta la tonada buena,
que has ofrecido.

COLASA. No quiero
que digan que me lo ruegan,
dempués de malo. Allá va,
y si no gusta, paciencia.

Con la tonadilla concluye este intermedio.

LA PRESUMIDA BURLADA

PERSONAS

—

D. Gil Pascual.
D. Carlos, *su amigo.*
Doña María Estropajo.
La Tía María, *su madre.* } *Payos.*
Tonilla, *su hermana.* } *Payos.*
Colás Morado. } *Payos.*

Una criada.
Un paje.
Un abate, *maestro de música.*
Algunas damas, *de visita.*
Algunos caballeros.

La escena es en Madrid.

Calle pública. Salen por un lado D. Gil, y por otro D. Carlos, de militar.



D. Carlos.



esde que entré por la calle
os ví, y aceleré el paso
por repetiros las pruebas
de mi amístad con los brazos.
¿Pero qué es esto? ¿y el luto?
¿En un mes que hace que falto
de Madrid, aún no cumplido
el funesto novenario
de madama, ya os encuentro
de gala, y tan afeitado?

D. Gil. Pues más de luto me hallais,
aunque me mirais tan guapo.

D. Carlos. ¿Cómo es esto?

D. Gil. Como el velo
del adorno está ocultando
los lutos del corazón.

D. Carlos. ¿Por qué?

D. Gil. Porque me he casado;
y el falso llanto de viudo,
es ya verdadero llanto.

D. Carlos. ¿Pues qué es lo que sentís?

D. Gil. ¡Ay
amigo! son cuentos largos.

D. CARLOS. No os pregunto los motivos,
si vos quereis reservarlos,
aunque tan íntimos somos;
pero á lo ménos sepamos
quién es la novia.

D. GIL. El demonio.

D. CARLOS. Pues amigo, siendo claro
que no puede ser hermosa,
sin duda os habreis prendado
del entendimiento, que éste
es muy sutil en el diablo.

D. GIL. Si como es bien parecida
fuera discreta, otro gallo
me cantara á mí.

D. CARLOS. ¿Y quién es?
¿La conozco yo?

D. GIL. Sí; tanto
como á mí y á mi difunta,
que el Señor tenga en descanso.

D. CARLOS. ¿Y quién es?

D. GIL. ¿Se acuerda usted
de aquella niña de Cuacos,
que entró en mi casa á servir
habrá unos cinco ó seis años?

D. CARLOS. ¿La que todos conocían
por Mariquita Estropajo?

D. GIL. Esa; pero poco á poco,
que en el día la ha elevado
la fortuna á mi mujer,
y merece mejor trato.

D. CARLOS. Perdonad, que lo pregunto
sólo por no equivocarlo.

D. GIL. Pues sí señor, esa fué
la que me dió sesos de asno.

D. CARLOS. ¿Pues qué os llevó?

D. GIL. Haga usted cuenta
que hay cuartos de hora menguados;
y como ella ciertamente
se había en casa granjeado
el cariño de su ama,

y también el de su amo,
y sabía ya las cosas
de casa, y está tan malo
esto de casarse un hombre;
un día que fuí al Prado,
y me dió un mal pensamiento,
me volví á casa pensando
en que era mejor casarme
de asiento, que andar á saltos.
Pensé en aquella y en la otra,
á tiempo que entró en mi cuarto
la chica á poner la mesa.
No me acuerdo de qué hablamos
al principio; pero bien
sé que luégo nos trabamos
de palabras: no sé cómo
nos dimos palabra y mano,
y en fin, amigo, quedó
el asunto rematado;
de modo que ha pocos días
de secreto nos casamos.

D. CARLOS. ¿Pero ya es público?

D. GIL. ¡Toma!
al punto que de mi mano
tomó posesión, se puso
más soberbia que los gallos,
y empezó á mandar en gefe,
no tan sólo á los criados,
sino á mí: ¡y cómo me trata!
¡Solamente de pensarlo
me confundo! ¡Y eso que
os juro á fe de hombre honrado,
que gasto con ella más
que si me hubiera casado
con una hija de un marqués!

D. CARLOS. Y os está bien empleado.

D. GIL. ¡Y qué vana es!

D. CARLOS. Esto tienen
puestos en tren los villanos.

D. GIL. Eso no, porque ella dice,

que su padre fué un hidalgo
de su lugar, aunque el pobre
vino después á trabajos,
y en Madrid dice que tiene
muchos parientes honrados.

D. CARLOS. Lo dice ella; ¿pero vos
no lo habeis averiguado,
ni los conoceis?

D. GIL. Ya es tarde
para eso, lo creo y callo:
además que sus ideas
bien lo están manifestando.
Al punto me hizo buscar
los maestros más afamados
de música y baile. ¡Y cómo
se arrellana en el estrado,
y se hace servir! ¡Mal genio
tiene, pero ella es un pasmo!

Salen en dos burros la TÍA MARÍA *y* TONILLA, *de lugareñas muy pobres; y* COLÁS MORADO *de payo, arreándolos.*

TÍA MARÍA. Colás, ¿por qué no preguntas
cuál es la calle del Barco?

COLÁS. ¿Pues qué no sé yo Madril?
¡Toma, tres veces ó cuatro
he venido á traer hacienda:
arrea, que cerca estamos!

TONILLA. ¡Vaya que es poquito grande
Madril! ¡Y qué bien pintao
está todo! ¿Oyes, Colás?
¡Á fe que en Madril no hallamos
nengun probe!

COLÁS. ¡Calla tonta!
¿Qué sabes tú de eso? ¡Hay tantos!..

TONILLA. Yo veo que todos van
bien vestidos y calzados.

COLÁS. ¿Y eso qué importa? ¿No sabes
lo que dice el licenciado
Parrilla de mi lugar,

que estuvo aquí doce años,
y sabe de todo? ¡como
que tuvo un tío abogado!
Que no hay lugar de más probes;
y que él sabe más de cuatro
que andan, por arrastrar coche,
toda su vida arrastrados.

TÍA MARÍA. Pregunta, hombre, no nos hagas
andar arriba y abajo.

COLÁS. Aquella de allí es la calle.

TONILLA. Esos dos serán hidalgos
de Madril.

COLÁS. ¿Por qué lo dices?

TONILLA. ¡Como los veo tan portaos!

COLÁS. Aquí todos son usías.
Pues si tú hubieras estado
aquí por Semana Santa,
y hubieras visto los Pasos,
verías á los cabreros,
y la gente del esparto
vestidos de militar,
su espadín atravesado,
y su camisola; en forma
que á no ser por los zapatos
de paso ratón, y algunos
que sin duda iban peinados
de mano de su mujer,
nenguno hubiera pensado
sino que eran todos hombres
de importancia: ¡y qué borrachos
suelen ir los trompeteros!
¡De veras que es un buen rato!

TÍA MARÍA. Hombre, pregunta á esos dos
señores que están parados.

COLÁS. Dios guarde á ustedes, señores.

D. GIL. Mande usted si se ofrece algo.

COLÁS. ¿Sabrán ustedes decirme
dónde vive en este barrio
D. Gil Pascual de Chinchilla?

D. GIL. Bien cerca está: ¿traeis recado,

ó carta alguna que darle?

TÍA MARÍA. No señor, que le buscamos
los tres en persona.

D. CARLOS. Pues
con él mismo estais hablando.

TÍA MARÍA. Só burro: ¡hijo de mi alma!... (*Le abraza.*)
Tonilla, mira tu hermano:
¡Qué bello es! Dios le bendiga;
¡y no está tan aviejado
como habían dicho!

COLÁS. Pariente, (*Medio turbado.*)
conozca á Colás Morado,
que aunque probe, en fin tal cual,
como dice aquel adagio,
dende hoy todos semos unos.

D. GIL. Yo os estimo el agasajo,
mas no os conozco.

D. CARLOS. Pues yo
creo haberlo adivinado.

TÍA MARÍA. ¿No nos conoceis?

D. GIL. No.

TÍA MARÍA. ¿Pues
no sois el que se ha casado
con Mariquita Martín,
aquella chica de Cuacos,
morenilla y buenos ojos?

D. GIL. Así es, no puedo negarlo.

TÍA MARÍA. Pues yo soy su madre.

TONILLA. Y yo
su hermanita.

COLÁS. Yo cuñado
de su tía la Lorenza,
mujer de Blas el niñato.

D. CARLOS. ¡Amigo, celebro mucho (*Riéndose.*)
veros tan acompañado!

D. GIL. No lo hemos perdido todo,
que al fin esto nos hallamos.

TONILLA. Repárale bien, Colás;
aunque es viejo, es buen muchacho.

D. GIL. ¿Y á qué es la buena venida

á Madrid?
TÍA MARÍA. Á regalaros
este par de medias, y esta
cestilla de mantecados,
que son de satisfacción.
COLÁS. ¡Mucho!
TÍA MARÍA. Y de camino á estarnos
unos meses en Madril.
COLÁS. Ó si usted gusta unos años.
TÍA MARÍA. Y el ansia de ver la chica.
D. CARLOS. Hombre, échelos usté al prado (*Aparte los dos.*)
á pacer, y líbrese
de semejantes pelmazos.
D. GIL. No haré tal: antes discurro
por ahora agasajarlos,
no se quejen con razón
de mí, y dar un desengaño
á mi mujer, por si puedo
hacer que abata el penacho.
D. CARLOS. Dios lo quiera.
D. GIL. Pues en casa
no hay paraje acomodado
para las caballerías;
pero eso no importa, vamos
á llevarlas á un mesón,
para que después volvamos
á mi casa á merendar.
COLÁS. Los burros yo iré á llevarlos,
que bien sé dónde hay posada.
D. GIL. No, que quiero presentaros
yo.
TÍA MARÍA. Lo que tú gustes, hijo.
D. CARLOS. ¡Digo qué presto le ha entrado
á la suegra la llaneza!
D. GIL. Id vos á casa entre tanto,
si quereis á mi llegada
disfrutar un lindo rato,
y á Dios.
D. CARLOS. Desde ahora aseguro
que el lance no ha de ser malo

TÍA MARÍA. Caballero, mande usted.
COLÁS. ¿ Sois nuestro pariente acaso ?
D. CARLOS. No tengo tanta fortuna.
TONILLA. ¿ Oyes no es verdad ? Más guapo
(*Aparte mirándole.*)
está mi hermano que esotro.
COLÁS. Toma ; todo es uno.
D. GIL. Vamos.
« ¡ Bella mina he descubierto (*Aparte.*)
» para salir de trabajos ! » (*Vanse.*)

Se muda el teatro en sala con sillas y un clave, y salen MARÍA ESTROPAJO *de dama muy petimetra, la* CRIADA *y el* PAJE.

DOÑA MARÍA. Juro que os acordareis
en viniendo vuestro amo,
y le diré claramente
que es imposible aguantaros.
¿ Andarme á mí con respuestas
á cualquier cosa que mando ?
¡ Friega otra vez mal, vea yo
alguna mota en los platos,
y verás si te los tiro
á la cabeza !
CRIADA. ¡ Despacio,
señora de poco acá ;
que un poco mejor fregados
están que cuando usiría
manejaba el estropajo !
DOÑA MARÍA. No seas desvergonzada,
que esos tiempos se olvidaron.
PAJE. « Y también otros en que (*Aparte.*)
» aunque aquí yo era criado
» respecto al amo ; respecto
» á la criada era el amo.
» Pero por eso se dijo
» aprended de mí, naranjos ;
» que no siempre han de ser para
» las flores los desengaños. »
CRIADA. ¿ Con que se le olvida á usted ?

Pues yo me acuerdo de cuando
para ir á Misa solía
prestarla yo los zapatos:
me llevaba usté á la cama
el chocolate temprano:
y andaba usted todo el día
con los muebles á dos manos.

DOÑA MARÍA. Quítateme de delante,
pícara. (*Coge una silla, y el Paje la detiene.*)

PAJE. Vamos callando,
y acordémonos del tiempo
que vivimos como hermanos,
con una paz envidiable:
y callen, pues, que yo callo,
y quizá me siento en la
parte mejor agraviado.

DOÑA MARÍA. ¿Tú, de quién?

PAJE. De tu.... de usted:
señora, me he equivocado,
y habreis de sufrirlo mientras
que me voy acostumbrando.

DOÑA MARÍA. ¿Por qué lo he de sufrir yo?

PAJE. Vaya á cuenta de los cuartos
que se me han ido en tostones
y limas por regalaros.
Vaya por cuenta sino
del tiempo que os he enseñado
á tocar en la guitarra
seguidillas y fandango.

DOÑA MARÍA. Deja esas cosas, y mira
que parece que llamaron.

PAJE. El maestro de cantar,
según los campanillazos.

DOÑA MARÍA. Ves á abrirle.

PAJE. Voy corriendo. (*Vase.*)

DOÑA MARÍA. ¡Es el más lindo muchacho
que he visto, y tiene un modito
de enseñar, que es un encanto!
¿No es verdad, Manuela?

CRIADA. Mucho.

PAJE. Aquí está su merced.

DOÑA MARÍA. Vamos,
maestro mío, que ya es tarde.

ABATE. No ha sido, precioso encanto,
porque vuestras perfecciones
no dupliquen mi cuidado,
sino que en Madrid son muchos
de un hombre los embarazos.

PAJE. «¡ No fuera mal fenomeno
»ver un abate preñado! »

DOÑA MARÍA. Habrá discípulas de
más mérito, no lo estraño.

ABATE. Ni yo lo disputo: sólo
digo sin lisonjearos,
porque no es de mi carácter
lavar á nadie los cascos,
que sea el mérito vuestro
que está á los ojos saltando,
ó sea impresión que sus luces
hacen en mi pecho blando,
vos sola sois la Sultana
entre las damas que trato
de primera magnitud,
porque sois sublime.

DOÑA MARÍA. ¡ Bravo!
dejémonos por ahora
de lección, y prosigamos.

ABATE. Mejor es hablar al clave
como que se está estudiando
algun tono, porque yo
delante de los criados
no apruebo las confianzas.

DOÑA MARÍA. Vamos á ver cómo canto
las seguidillas de ayer:
que unas amigas aguardo,
y querrán oirme cantar.

ABATE. Cantad, que ya os acompaño.

CRIADA. ¿ No ves qué traza de duende
tiene el maestrillo?

PAJE. Tamaño

como él es, yo te aseguro
que entiende bien el teclado.

ABATE. Media voz y repetir.

DOÑA MARÍA. Decídmelo en italiano.

ABATE. Perdonad por el olvido:
Soto voce, é poi dacapo.

DOÑA MARÍA. ¿Y eso qué quiere decir?

ABATE. *Soto voce, é poi dacapo.*

DOÑA MARÍA. Bien; decid el ritornelo.
¿*Ritornelo* es italiano?

ABATE. De ritornar se deriva.

DOÑA MARÍA. Pues *ritornelo dacapo.*

ABATE. ¡Eh viva!

DOÑA MARÍA. Yo no lo entiendo,
pero ya lo voy hablando.

CRIADA. ¿Qué te parece, Perico?

PAJE. Me tienen embelesado.

CRIADA. Tú te embelesas de poco,
que eres muy simple.

PAJE. ¡Obligato!

El ABATE *finge tocar sólo el clave con bajos que sonarán de la orquesta, y luégo que* DOÑA MARÍA *cante algo breve que les acomode, y antes de acabar, salen los que quisieren de visitas y algunos caballeros.*

VISITAS. ¡Amiga! ¿qué divertida
estás?

DOÑA MARÍA. Estoy repasando
aquí algunas frioleras,
por entretener el rato.

CABALLEROS. Á los piés de usted, señora.

DOÑA MARÍA. Siéntense ustedes.

CABALLERO 1.º No hagamos
mala obra.

DOÑA MARÍA. No por cierto.
Esta casa se ha trocado:
ya no hay las ridiculeces
de mi antecesora.

TODOS. ¡Bravo!

DOÑA MARÍA. Todos los que me quisieren
favorecer, sin reparo
pueden venir á mi casa,
que yo á todo el mundo trato
con confianza.

VISITA 1.ª Pues yo
de tus palabras me valgo,
y te pido con las mismas
que cantes, porque te oigamos
algo de lo que cantabas.

DOÑA MARÍA. Está el clave destemplado,
y el maestro dice que ahora
no cante recio, aunque canto
muy bien; sino *soto boche*.
¿No es verdad?

ABATE. Es el más arduo
principio del arte: todo
elemento organizado
tiene fin, principio y medio,
y hasta igualarse en un grado
aquel fin, medio y principio,
no puede formarse el alto
concepto de la armonía,
que transforma los humanos,
y los eleva á la parte
superior arrebatados.

PAJE. Si dura más el discurso,
se va el abate volando.

DOÑA MARÍA. ¿Qué os parece?

TODOS. ¡Es mucho cuento!

VISITA 1.ª ¡Y qué lindo es y aseado!

TODOS. Es gracioso.

Sale D. CARLOS.

D. CARLOS. Siento mucho
haber tan tarde llegado
á daros la enhorabuena
del himeneo, que acabo
de saber de vuestro esposo,

mi antiguo amigo.
DOÑA MARÍA. D. Carlos,
sea usted muy bien venido:
¿Diga usted, dónde ha dejado
á mi marido?
D. CARLOS. Con unos
parientes que ahora han llegado
de fuera, y presto vendrán.
DOÑA MARÍA. ¿Á mi casa? ¡Bravo chasco
se llevarán! Yo no gusto
de huéspedes, y si acaso
esotro se empeña, irán
por la escalera rodando.
CABALLERO 1.º No hay cosa como cada uno
en su casa: habeis pensado
con juicio.
CABALLERO 2.º ¡Y más los parientes!
D. CARLOS. ¡Que te clavas!
DOÑA MARÍA. Yo he rehusado
el escribir á los míos
por evitar aun los gastos
de los portes de las cartas,
diciendo que me he casado;
¡Y eso que son otra gente
distinta! Porque un palacio
tiene mi madre, que luégo
recae en un mayorazgo,
tan grande como Madrid;
y un tío beneficiado
tiene seis ó siete casas
mayores.
D. CARLOS. ¡Qué lugarazo
será!
DOÑA MARÍA. ¡Discúrralo usted!
Lo ménos es ser hidalgos
mis parientes: el que ménos
tiene doscientos lacayos.
PAJE. El otro día encontré
á un ladrón con otros tantos. (*Vase.*)
D. CARLOS. Mi señora, vuestra madre

supongo que es viuda.
DOÑA MARÍA. ¡ Harto
lo siento ! No porque no
goza veinte mil ducados
de renta, sino porque
no me hubiera yo casado
con hombre particular.
¿ Pero ya, qué remediamos ?
El disparate se hizo,
no hay sino disimularlo.
VISITA 1.ª ¡ Mira, mujer, y decían
que era de linaje bajo !
VISITA 2.ª ¡ Como de esas gentes hay
que murmuran bueno y malo !

Sale el PAJE.

PAJE. Señora, ahí está una buena
mujer, que si no la atajo,
como Pedro por su casa
se entra de golpe y porrazo.
DOÑA MARÍA. ¿ Y quién es ?
PAJE. María Martín.
DOÑA MARÍA. « Mi madre es : ¡ Terrible acaso ! » (*Aparte.*)
Dila que vuelva mañana, (*Asustada.*)
cuando no esté en casa el amo.
PAJE. ¿ Cuánto va que es la barbera ? (*Vase.*)
DOÑA MARÍA. Es una vieja á quien hago
tal vez alguna limosna.

Sale el PAJE.

PAJE. Dice que vuelva el recado
porque es su madre de usted,
que quiere darla un abrazo,
y que viene con su hermana
de usted y Colás Morado.
DOÑA MARÍA. ¡ Qué gracia ! Ya sé quién son :
son unos pobres paisanos,
y á ella la llamo yo madre,

porque siendo yo de un año
me dió de mamar.

PAJE. Pues esa
por acá no la mamamos.

DOÑA MARÍA Dila que vuelva mañana,
como te he dicho; y si acaso
porfía, dí que no vuelva,
que no estoy para petardos.

Sale D. GIL *y los* PAYOS.

D. GIL. Pues yo sí. Dios guarde á ustedes:
y de nada me he enfadado
contigo, como de que
niegues á la que te ha dado
el sér, por tu vanidad.

TONILLA. ¡Marica, cuánto he llorado (*Abrázala.*)
por verte!

COLÁS. Vaya, Marica, (*Serio.*)
que no lo hubiera pensado
del buen aquel que tu padre
te dió, como soy cristiano.

PAJE. «¿Cuánto habrá dejado esta (*Aparte.*)
»de los veinte mil ducados
»para comer la familia,
»y reparar el palacio?»

TÍA MARÍA. ¡Con que ya no me conoces!

DOÑA MARÍA. Sí señora, y con los brazos,
y la boca en vuestros piés,
os pido perdón.

TÍA MARÍA. No extraño
tu vergüenza, que los probes
todo el mundo deshonramos.

DOÑA MARÍA. Yo solamente lo siento
por los que lo están mirando,
y por mi marido.

D. GIL. Yo
agradezco el desengaño;
y con tal de que te enmiendes,
verás como te lo pago.

VISITA 1.ª Por nosotras no lo sientas,
que si aquí fueran llegando
los parientes de cada una,
quizá habría más trabajos.

D. CARLOS. No hay en el nacer oprobio,
si hay virtud para enmendarlo.

D. GIL. Fuera esa conversación,
y vámonos festejando,
que quiero ser excepción
de yernos y de cuñados.

TÍA MARÍA. Bendito sea mi yerno,
¡qué alegre es y qué bizarro!

D. GIL. Y bendita sea mi suegra,
si me hiciere bien casado.

TÍA MARÍA. De vuestra bondad seremos
más que parientes, esclavos
los tres.

DOÑA MARÍA. Más lo seré yo (*Con sumisión.*)
de un esposo tan humano,
si merezco su licencia
para repartir de tanto
como en casa sobra...

D. GIL. Estás
entendida. De mi cargo
quedan desde hoy la decencia
de tus gentes, y el regalo
de madre.

TODOS. ¡Viva D. Gil!

D. CARLOS. Enternecidos del caso
están todos.

D. GIL. Pues enjuguen
las lágrimas; y pasando
á la pieza de comer
el que quiera acompañarnos,
verá cuantos beneficios
producen los desengaños
á quien los recibe humilde
y procura aprovecharlos.

EL CASAMIENTO DESIGUAL

Y LOS GUTIBAMBAS Y MUZIBARRENAS

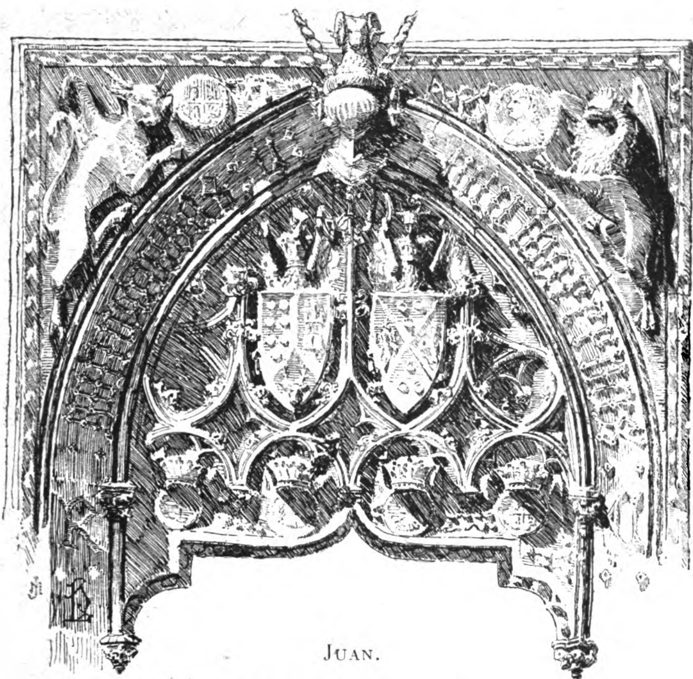
(ES UNA IMITACIÓN DE MOLIÈRE)

PERSONAS

—

JUAN.
ALCALDE.
PERICO.
PANTALEÓN.
URRACA.
D. LUÍS.
D. ANTONIO.
JOSEFA.
SINFOROSA.
UN CRIADO.
ACOMPAÑAMIENTO.

Calle: y sale JUAN vestido de serio á lo payo.



JUAN.

Todos los que fueren tontos
dicen que tengan paciencia:
yo soy tonto, pero á mí
me es imposible tenerla.
¡Ay! caséme. ¿He dicho mucho?
pues más que decir me queda;
y si se dijere todo,
¡conversación larga era!
¡Ah, como es mi casamiento
una lección estupenda
para los plebeyos que
se casaren con noblezas!

Sale ALCALDE.

ALCALDE. ¿Juanillo Redondo? Usted
perdone la inadvertencia,
me olvidé hoy de su acierto,

y que ya llamarle es fuerza
señor D. Juan.

JUAN. ¿Pues qué cosa
he logrado yo, ó qué hacienda?

ALCALDE. ¡Ahí es una chilindrina!
Subir desde la llaneza
de su linaje á enlazar
con la familia más llena
de blasones de la villa.

JUAN. ¿Y qué le sirve al que trepa,
trepar mucho, si después
se cae, y cae de cabeza?

ALCALDE. No entiendo.

JUAN. Suele haber cosas
raras en esta materia.

ALCALDE. ¿Pues qué ha sido?

JUAN. En dos palabras:
que ayer rico y libre era,
y hoy soy esclavo, y soy pobre;
y si Dios no lo remedia,
mañana seré lo peor
que hay que ser sobre la tierra.

ALCALDE. ¿Cómo?

JUAN. Ya se apoderaron
mis dos suegros de mis rentas:
mi mujer triunfa y malgasta:
gusta de bailes y fiestas:
me destruye mis caudales
en la muchedumbre inmensa
de sus hambrientos parientes;
y si quiero reprenderla,
dice: que para eso es noble,
y que yo soy un trompeta,
que no debo hacer sino
callar y soltar pesetas,
aunque ella haga lo que haga,
y yo vea lo que vea.

ALCALDE. ¿Y á eso, qué dicen sus padres?

JUAN. Que su hija es muy discreta,
muy prudente, muy juiciosa,

muy virtuosa y muy bella,
porque es noble, y que yo soy,
porque no gozo la mesma
esención, un mal nacido,
un picaronazo, un bestia.

ALCALDE. ¿Pero de vuestra mujer
teneis alguna sospecha?

JUAN. No: aunque ella es alegrita,
y en viendo que alguno llega
de Madrid, ú de otra parte,
se pone muy petimetra:
dice que quiere tertulia,
y anda el fandango y la gresca.

ALCALDE. ¿Y eso es malo?

JUAN. Puede serlo.
Pero en fin, noble ó plebeya,
ya es mi mujer, y yo soy
su marido ya; y mi tema
es que no quiero perder
mi caudal, ni que se pierda.

ALCALDE. Vos decís bien, Juan Redondo:
manteneos norabuena
en esa resolución;
en todo obrad con prudencia,
y si os dieren que sentir,
ó algun agravio en la hacienda,
ó en la estimación, callad,
y dejadlo por mi cuenta,
que á esos señores yo haré
mirar que la diferencia
de los linajes es ménos
que la unión que hizo la iglesia;
y á Dios, que parece que anda
por ahí la gente de fiesta,
y voy á procurar que
sin perjuicio se diviertan. (*Vase.*)

JUAN. Señor Alcalde, mil gracias:
vaya usted con Dios. El piensa,
sin duda, que suegro hambriento,
y necesitada suegra,

y una mujer loca y vana,
son gentes que se sujetan
fácilmente; pero en fin,
bueno es, por lo que suceda,
tener de su parte un hombre
la justicia. Pero aquella
es mi casa. ¡Solamente
de ver la fachada tiembla
un hombre! ¿Qué será al ver
todo lo que hay dentro de ella?
¿Si habrán merendado con
mi ilustrísima parienta
mis nobles suegros, y el resto
de su hidalga parentela? *(Sale Perico.)*
¡Mas, hola! ¿Qué hombre es aquel
que parece que á reserva
sale de mi casa?

PERICO. ¡Malo!
ya no haré la diligencia,
pues allí un hombre me mira,
sin que ninguno me vea.

JUAN. El se ha parado.

PERICO. ¡Buen chasco
fuera el que éste dijera
que me vió salir de aquí!

JUAN. Á Dios.

PERICO. Tenga usted muy buenas
tardes.

JUAN. ¿Usté es forastero?

PERICO. Señor, soy mozo de espuela,
que he venido aquí con unos
señores desde Vallecas.

JUAN. ¿Y viene usted de esa casa?

PERICO. Chis! *(Puesto el dedo en la boca.)*

JUAN. ¿Cómo?

PERICO. Chis!

JUAN. ¡Linda treta!
¿Por qué?

PERICO. Chito, y no decir
que me visteis salir de ella.

JUAN. ¿Pues por qué?
PERICO. ¡Ahí no es nada!
JUAN. No: decidlo.
PERICO. Dejad vea
primero si hay quien nos oiga.
JUAN. Naide, naide.
PERICO. Pero cuenta,
que habeis de guardar secreto.
JUAN. ¡Seguro está que se sepa
por mí!
PERICO. Pues yo, amigo, vengo
de hablar á una damisela
que vive ahí, muy hermosa,
y muy rica, y á traerla
un recadito de parte
de dos señores que intentan
cortejarla; ¡mas cuidado
con no despegar la lengua!
JUAN. Muy bien está.
PERICO. Su marido,
segun dicen, es un bestia,
y un celoso, que no gusta
que á su mujer le hagan fiestas.
¿Usted ya me entiende?
JUAN. Sí.
PERICO. Pues chito, y allá se avengan.
JUAN. ¿Y quién son?
PERICO. Los dos mejores
caballeros que pasean
por España. ¿Quereis creer
que por esta diligencia,
que ya veis que no es trabajo,
me han dado cuatro pesetas
cada uno?
JUAN. ¿Y el recado,
últimamente, qué era?
PERICO. Que si gusta que mañana,
ó luégo, á visita vengan,
ó que esta noche en el baile
que hay en la plaza la esperan

JUAN. ¿Y se lo habeis dicho?
PERICO. No;
pero tiene una mozuela
por criada, que en mi vida
he visto cosa más bella
para atender á un recado
de tanta importancia. Y esta,
dice: que se lo dirá
y aún la dará estratajema,
para que á pesar del bruto
del marido se divierta.
JUAN. «¡Ah insolente!» *(Aparte.)*
PERICO. ¡Ya es alhaja
la tal criadita!
JUAN. «¡Ah perra!» *(Aparte.)*
PERICO. ¡El rabiará!
JUAN. ¡Creo que sí!
PERICO. Mande usted. La boca seca,
y no decir nada á nadie,
porque el otro no lo sepa.
JUAN. Bien está.
PERICO. No sea usted el diablo:
cuidado, porque no crean
que soy hablador: callad.
JUAN. Ya quedo con la advertencia.
PERICO. Bien, bien: ¡verá usted qué risa
tendremos, si usted me encuentra
en el baile, de ver que
pegarla al marido intentan! *(Vase.)*
JUAN. ¡Antes pegues tú y los otros
contra una esquina las muelas!
¿Ahora bién, seor Juan Redondo,
en ocasión tan estrecha
qué ha de hacer usted? ¿Qué?
Callar, ¡que fuera indecencia
profanar, con un garrote,
de tu esposa placentera
las nobles costillas! ¡Ah!
desigualdad! ¡Cuál sujetas
la libertad de un marido!

¡Estoy por darme trescientas
bofetadas en castigo
de mi ambición majadera!
¡Ay, ay, nobleza, y qué cara
por todas partes me cuestas!
¿Pero callaré? No, no:
su padre y su madre sepan
la alhajita que es su hija;
y si ellos no lo remedian,
entonces... Pero ellos salen,
¡Dios me la depare buena!



Salen DON PANTALEÓN *y* DOÑA URRACA *á la antigua.*

PANTALEÓN. ¡Yerno mío! ¿Mas parece
que da ese semblante señas
de triste?

JUAN. Tengo de qué.

URRACA. ¿Que no hay forma de que seas
político con las gentes,
yerno, cuando se te acercan?

JUAN. Suegra, pende de que hay cosas
que á un cristiano le desvelan.

URRACA. ¡Esa es otra! ¿Que tampoco
cuides de mis advertencias,

que no te has de acostumbrar
á decir cuando me veas,
con veneración, señora,
y no suegra?

JUAN. ¡De manera,
que como me llamais yerno,
yo también os llamo suegra!

PANTALEÓN. ¿Pues qué ha habido?

JUAN. ¡Mi mujer!...

PANTALEÓN. ¡Esta sí que es insolencia,
hablando de nuestra hija,
decir mi mujer!

JUAN. ¡Me lleva
Barrabás! ¿Pues mi mujer,
no es mi mujer?

URRACA. Cosa es cierta:
mas si te hubieras casado
con otra villana necia
como tú, dirías lo mismo.

JUAN. «¡Ah, Juan Redondo, en qué gresca *(Aparte.)*
»te has metido por tu boda!»
Pues, señor, sea enhorabuena;
y dejando por un rato
aparte tanta nobleza,
permitid que os diga en pocas
palabras, pero muy buenas,
que estoy poco satisfecho
del casamiento.

URRACA. ¿Qué queja
podeis tener de una cosa
con tantas ventajas vuestras?

JUAN. ¿Y qué ventajas, señora?
¡Habrá pedazo de bestia!
Más ventajas creo tendrán,—
¡se verá tal conchufleta!—
los hambrientos que á mi costa
tienen las barrigas llenas,
y han hecho de mi dinero
apoyo de su soberbia.

PANTALEÓN. ¿Pues por tan poco contais

enlazaros con la excelsa
casa de los Gutibambas?

URRACA. ¿Y de los Muzibarrenas,
de que desciendo, blasones
de una altura tan inmensa,
que el plumaje del morrión
se roza con las estrellas?

JUAN. Si: mis hijos serán Guti-
bambas y Muzibarrenas:
mas yo seré un gran cabestro,
si el cielo no lo remedia.

PANTALEÓN. ¿Y qué quiere decir eso?

JUAN. Eso es, porque usted lo entienda,
que vuestra hija no vive
como Cristo nos enseña.

URRACA. ¡Mira bien lo que te dices,
que mi familia está llena
de virtudes, y no ha habido,
gracias á Dios, en toda ella
quien se descuide con un
pecado venial siquiera!

JUAN. Tampoco los de la niña
discurro yo que lo sean.

PANTALEÓN. ¿Pues qué hay?

JUAN. Esos señores,
que han venido de Vallecas,
os contarán como gusta
de tener correspondencia.

PANTALEÓN. ¡Mi hija! ¡No fuera mi hija!...

URRACA. ¡Ni noble, si tal hiciera!

PANTALEÓN. Dí la verdad, que si es cierto,
yo te haré justicia seca.

JUAN. Ya respondo. ¡Pero tate,
que los dos aquí se acercan!

PANTALEÓN. Pues entra tú á examinar
á la niña mientras llegan.

URRACA. Voy. *(Vase.)*

PANTALEÓN. Tú calla, majadero,
y déjalos por mi cuenta.

JUAN. ¡Vea usted si tienen estos

cara de hacer cosa buena!

Salen D. ANTONIO *y* D. LUIS.

LUIS. Á mala ocasión venimos,
pues si no mienten las señas,
el padre y marido son
los dos que están á la puerta.
ANTONIO. ¿Y qué se nos da á nosotros?
PANTALEÓN. Estoy á vuestra obediencia.
¿Me conoceis?
ANTONIO. No tenemos
tanta fortuna.
PANTALEÓN. Pues sepan,
que soy D. Pantaleón
Gutibamba de Contreras.
LUIS. Nos alegramos.
PANTALEÓN. Yo sé
por cierto el que ustedes zelan,
visitan, cortejan, rondan,
á una señora, que es esta,
que vive aquí, y es mi hija.
Con que les ruego que cedan
por mí y ese pobre hombre,
á quien hoy le privilegia
el honor de ser mi yerno,
para que seguro duerma.
LUIS. El que lo ha contado miente.
ANTONIO. Y el que lo ha dicho es un bestia.
PANTALEÓN. ¡Vaya, vaya, señor yerno!
JUAN. ¿Qué?
PANTALEÓN. Responda.
JUAN. ¿Qué respuesta
he de dar?
PANTALEÓN. Sacar la espada,
y sostener, en defensa
de vuestra verdad, el punto,
ó que os corten la cabeza.

Salen DOÑA URRACA, DOÑA JOSEFA *y* SINFOROSA, *criada.*

URRACA. Señor marido, esto es
un enredo, una insolencia
de nuestro yerno villano.
JOSEFA. Señor, con vuestra licencia,
me retiraré á un convento,
que si mi marido empieza
á pagar con menosprecios
mi cariño y mis finezas,
me moriré.
SINFOROSA. Y yo también
soy capaz de caerme muerta.
JUAN. ¡Calla tú, gran picarona,
solemnísima embustera!
¡Calla, que tú no eres hija
ni de los Muzibarrenas,
ni de los Gutibambas y
te derribaré las muelas!
JOSEFA. Este es un gran testimonio.
Si alguna culpa se encuentra
en mí, sólo es el querer
á un marido, que me afrenta
más, cuanto yo más le adoro.
JUAN. ¡Habrá mayor embustera!
URRACA. Yerno, tú eres un bribón,
y al fin hombre sin nobleza.
LUIS. No merece usted mujer
tan virtuosa y tan buena.
PANTALEÓN. Vamos, pídela perdón
de tus injustas sospechas;
y después á estos señores.
JUAN. ¿Quién, yo?...
PANTALEÓN. Deja frioleras,
da la satisfacción, y
para otra vez escarmienta.
JUAN. Yo...
PANTALEÓN. Vamos.
JUAN. Antes me ahorcara

ANTONIO. Esto nace de simpleza,
sin educación; y así,
ya que la ventura nuestra
nos arrojó á los umbrales
de una casa tan excelsa,
contad con aquestos dos
escuderos más.

LUIS. La mesma
expresión hago yo, aunque
soy más corto en mis arengas. *(Vanse los dos.)*

PANTALEÓN. Pues vaya, esto se acabó:
para que no se trascienda
por el lugar, vamonos
á recoger; y tú entra
en casa, y procura ser
en todo digna hija nuestra
como hasta aquí, que Juanillo
ahora está como una piedra
en bruto, pero ya iremos
labrándole.

JUAN. La paciencia.

JOSEFA. Padres, la mano. *(Bésales la mano.)*

URRACA. ¡Qué humildad!

PANTALEÓN. ¡Lo mismo es que una cordera!
Juan á acostar. *(Vase.)*

URRACA. Buena noche. *(Vase.)*

JUAN. Téngalas usted muy buenas:
vamos.

JOSEFA. Vete tú, si quieres,
que yo me quedo á la puerta
un rato á coger el fresco.

JUAN. Sea muy enhorabuena.
¡Que hasta el acostarse tarde
sea blasón de nobleza! *(Vase.)*

SINFOROSA. ¿Quién diablos se lo habrá dicho?

JOSEFA. Tú fuiste muy loca y necia
en fiarte de Perico;
y como eso te acontezca
otra vez, te irás de casa.

SINFOROSA. Hacia aquí viene la gresca.

¿No se le bailan á usted
los piés?

JOSEFA. Sí, pero paciencia:
diviértete bien, Antonia.

Salen los del baile y ANTONIA.

ANTONIA. ¿Pues qué tú no vienes, Pepa?
JOSEFA. No puedo, amiga.
SINFOROSA. El maldito
villano nos tiene presas:
reniego de su prosapia.
ANTONIA. Vamos, darás una vuelta,
y luégo podrás volver.
JOSEFA. No quiero, que si nos echa
ménos, rabiará.
SINFOROSA. Ea, vamos.
ANTONIA. Vaya, mujer, no seas necia.
JOSEFA. Vaya, vamos; pero yo
al instante doy la vuelta.
ANTONIA. Diviértete, no seas tonta.
TODAS. Ande la bulla y la gresca. *(Vanse.)*

(Asómase á una ventana Juan en mangas de camisa y gorro.)

JUAN. ¡Mas que no quiere acostarse
esta noche mi parienta!
¿Pepa? Sí, ya. ¿Ilustre esposa?
¿Señora doña Josefa?
¡Mas cuánto va que se ha ido
á correr el gallo! ¿Pepa?
¿Muchacho? ¿No me respondes?

Sale el CRIADO.

CRIADO. Aquí estoy, señor, ¿qué ordenas?
JUAN. ¿Y tu ama?
CRIADO. Yo la he sentido
hablar estando á la puerta,
y no ha entrado.
JUAN. ¿Y la criada?
CRIADO. También estaba con ella;

sin duda que se habrán ido
á la función.

JUAN. ¡Sí! Pues cierra
la puerta, y vete corriendo,
y dí á mis suegros que vengan
luégo, luégo, que es preciso
para cierta diligencia;
y si hallares al Alcalde,
te le traerás por contera.
Corre.

CRIADO. Voy... *(Vase.)*

JUAN. Á ver si así
puedo lograr se me crea.
Yo la aseguro... ¡Mas ola!
Parece que gente suena.

Salen JOSEFA, SINFOROSA *y los de la función.*

JOSEFA. Váyanse ustedes, porque
si mi marido despierta,
tendré yo una pesadumbre.

JUAN. ¡Tarde has echado la cuenta!
(Aparte desde la ventana.)

TODOS. Á Dios. *(Vanse.)*

JOSEFA. Á Dios.

SINFOROSA. Al encierro.

JOSEFA. Entremos sin que nos sienta,
de puntillas.

SINFOROSA. ¡Ay, señora,
que está cerrada la puerta!

JUAN. «¡Y bien cerrada!» *(Aparte desde arriba.)*

JOSEFA. ¿Hijo mío,
de cuándo acá te desvelas
tanto?

JUAN. Madrecita mía,
es para ver tus finezas.

JOSEFA. Manda que abran.

JUAN. Fué el criado
á hacer una diligencia.

JOSEFA. Pues baja tú.

JUAN. Estoy descalzo,
y me resfriaré las piernas.
JOSEFA. Baja, ó me enfado.
JUAN. Dos males
tendrás, y tres si no cenas.
Amiga, llegó mi hora,
y de que tus padres vean
las virtudes de los Guti-
bambas y Muzibarrenas.
JOSEFA. ¡Esto es peor! Mátame tú,
y mis padres no lo sepan.
JUAN. Ya lo saben á estas horas.
JOSEFA. Ábreme, ó con las tijeras
me atravieso entrambas sienes.
JUAN. ¡Con que en una bien te dieras,
estábamos despachados!
SINFOROSA. Haga usted esta fineza,
si no por mi ama, por mí.
JUAN. ¡Bravo empeño se atraviesa!
SINFOROSA. Pues, señora de mi alma,
ama mía, miedo fuera,
y matémonos entrambas,
que á bien que en viéndonos muertas,
no hallándose aquí otro reo,
morirá ahorcado por fuerza.
JOSEFA. ¿No abres?
JUAN. No.
JOSEFA. Pues á morir.
(*Fingiendo herirse.*)
¡Oh qué infelice tragedia!... (*Cae.*)
SINFOROSA. Yo también muero con mi ama.
(*Fingiendo herirse.—Cae.*)
JUAN. ¡Dios os dé la gloria eterna!
JOSEFA. Ponte aquí debajo donde
los bultos no vea, aunque quiera.
JUAN. ¡Ya procurarán matarse
de modo que no les duela!
¿Ah, muchachas? ¿No responden?
¿No? ¡Pues ellas son tan buenas,
que porque me ahorquen, quizá

se habrán matado á sí mesmas!
¿Quereis entrar? ¿No lo digo?
Voy á tomar mi linterna,
y á ver qué es esto. ¿Qué va
que esta noche hay mil tragedias?
Si ellas se han muerto, en camisa
no pararé hasta Ginebra... (*Vase.*)

JOSEFA. ¡Cuidado con avanzar
al tiempo que abra la puerta!

SINFOROSA. No, que ya está acobardado;
mejor es estar alerta,
dejar que salga, y entonces
cerrar, y dejarlo fuera.

Sale JUAN *en camisa, con linterna, y ellas se entran.*

JOSEFA. ¿Salió ya?

SINFOROSA. Sí, ya salió.
Vamos presto, no nos vea.

(*Se entran en la casa sin que las vea Juan, y él se queda fuera.*)

JUAN. ¡Bien dicen, que la mujer
aburrida, es mala bestia!
¿Mas dónde están? ¿Se habrán ido
á recoger la verbena?
No parecen; ¡pero á bien
que por mío el campo queda!

Salen DON PANTALEÓN *y* DOÑA URRACA, *con quitasol y farolón.*

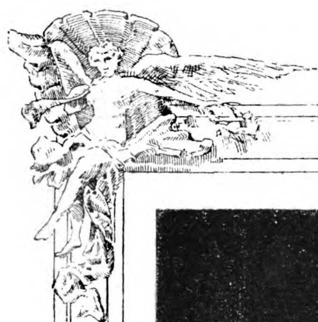
PANTALEÓN. ¡Muy fresquita está la noche!
¿Qué embajada será esta?
¡Sin duda que nuestro yerno
ha dado en otra simpleza!

URRACA. ¡Qué podrá ser sino alguna
de sus muchas frioleras!

Sale el ALCALDE *y otro.*

ALCALDE. ¿Qué ha habido aquí? La justicia.

JUAN. Ya está la gente completa.







JOSEFA. ¡Ay, padres del alma mía!
(Á la ventana con Sinforosa.)
Venid, que estoy casi muerta,
¡y ved á qué hora me tiene
ese picarón en vela!
SINFOROSA. ¡Ved cómo viene, y á la hora
que sale de la taberna!
JUAN. ¡Eso es bueno!
JOSEFA. ¡Yo no puedo
sufrir vida tan inquieta
para el alma y para el cuerpo!
JUAN. ¡Esto es mejor!
URRACA. ¡Qué insolencia!
JUAN. ¡Parece que me han echado
una travilla en la lengua!
URRACA. ¡Jesús! Pónganle una capa,
que me corro de vergüenza
de ver un hombre en camisa.
JUAN. Yo...
PANTALEÓN. Por Dios me tengan,
ó hago un disparate.

Sale JOSEFA.

JOSEFA. ¡Ay padre!
SINFOROSA. ¡Ved si es malo, pues se juega
hasta los propios vestidos!
JUAN. Señor, que es una embustera,
que ella es la que se ha escapado
de casa, y para cogerla
en el garlito os llamé.
PANTALEÓN. ¿Cómo es fácil que desmientas
las picardías, cogido
in fraganti?
ALCALDE. Haya flema:
que á la señorita yo
la ví en el baile; por señas
que estaba con dos alanos
forasteros á la oreja.
JUAN. Y hasta la puerta de casa

no desasieron la presa.
PANTALEÓN. ¿Pues cómo están ellas dentro
cerradas, y él está fuera?
JUAN. ¿Cómo al salir yo á buscarlas
me jugaron esa pieza?

Sale el CRIADO *con una casaca.*

CRIADO. Tome usted luégo la ropa,
que está la noche serena.
JUAN. ¡Ved si vengo de jugar
los vestidos!
PANTALEÓN. ¡Mucho aprietan
estos testigos!
URRACA. Aprieten,
ó no, la razón es nuestra,
que él es plebeyo, y nosotros
nobles por naturaleza.
JUAN. ¡Malditos sean mis suegros,
y maldita su nobleza!
ALCALDE. Yo sé que todo este daño
nace de la ventolera
de ustedes. El es honrado,
y esta señorita es buena;
él ha adelantado en clase,
y ustedes en la riqueza;
con que vaya lo uno por lo otro:
y ahora cada uno se meta
en su casa, prevenidos,
que si no tienen enmienda,
sabrán, bien á su pesar,
y de su vana soberbia,
que tiene más privilegios
mi vara, que su nobleza.
JUAN. ¡Con permiso de los Guti-
bambas y Muzibarrenas!
PANTALEÓN. Pues mi bendición, y con
tu mujer allá te avengas.
JUAN. Y con ustedes también
si me tratan con franqueza

y amor, pues que yo los quiero
como á mis padres; y en prueba
hemos de dar, entre todos,
un asalto á mi bodega.

UNOS. ¡Viva Juan Redondo!

OTROS. ¡Viva!

PANTALEÓN. Y aquí concluye la idea,
que se acaba, como siempre,
por temor de ser molesta.

TODOS. Suplicando al auditorio
perdone las faltas nuestras.

LOS BANDOS DEL AVAPIÉS

Y

LA VENGANZA DEL ZURDILLO

PERSONAS

EL ZURDILLO. CANILLEJAS. EL ZANCUDO. MARRAJO.	*Majos ordinarios del Barquillo.*
GANGOSA. TIÑOSA. ZUNGA.	*Majas id. de id.*

TÍO MANDINGA, *majo ordinario, padre de*

LA PELUNDRIS. LA ZAINA.	*Majas.*
CACHIVACHE. PERDULARIO.	*Majos ordinarios de Lavapiés.*

Comparsa de hombres, mujeres y muchachos que no hablan.

La escena empieza en el barrio del Barquillo y acaba en el de Lavapiés.



Calle: con las voces primeras cae atado de piés y manos el ZURDILLO, *de majo del Barquillo, ensangrentado el rostro.*

PERDULARIO. Ya que su gran desvergüenza (*Dentro.*)
ha llevado pan de perro,
volvamos á Lavapiés
muy alegres.

ZURDILLO. ¡Piedad, cielos!

PERDULARIO. Este castigo merece (*Dentro.*)
quien socarrón y embustero
se anda á caza de gangas
como á caza de conejos.

ZURDILLO. ¡Oh pena! ¡Pesia mi padre,
que para mirarme en esto
me parió, pues más quisiera
haber nacido camello!

PELUNDRIS. No habeis de salir. (*Dentro.*)
CANILLEJAS. Dejadme, (*Dentro.*)
que quiero ver qué es aquello.
PELUNDRIS. Pues yo contigo saldré, (*Dentro.*)
porque también quiero verlo.
CANILLEJAS. Un bruto...
ZURDILLO. No has dicho mal;
que por serlo así me veo.
CANILLEJAS. Tendido en el suelo está;

Sale la PELUNDRIS *con un candil, y* CANILLEJAS *con un garrote, de majos del Barquillo.*

pero distinguir no puedo
si es tinaja racional,
ó si es viviente pellejo.
¿Quién eres?
ZURDILLO. ¡Soy el demonio!
CANILLEJAS. Pues hijo, vete al infierno.
ZURDILLO. ¡Que no pueda levantarme!
CANILLEJAS. Es difícil, pues yo creo,
desde que cayó el demonio,
que á levantarse no ha vuelto.
ZURDILLO. ¡Válgame Dios!
PELUNDRIS. ¡Á Dios llama!
¡Demonio es de buen ejemplo!
¿Quién eres?
ZURDILLO. Soy el furor,
la ira, la rabia, el veneno
del invencible Barquillo;
que aunque ultrajado me veo,
soy el valiente Zurdillo
conocido por mis hechos.
CANILLEJAS. ¡Los valientes y el buen vino
siempre se acabaron presto!
PELUNDRIS. ¿Zurdillo, tú de esta suerte
tirado por esos suelos
cuando has sido de este barrio
el baladrón más soberbio?
ZURDILLO. Es que quise á una mujer



Los bandos del Avapiés.

y ella causó mi despeño;
que los hombres que os trataron
luégo de costillas dieron.

CANILLEJAS. Quitémosle los cordeles.

ZURDILLO. ¡Sí, porque son triste agüero,
que dan á entender que otros
me pondrán en el pescuezo!

PELUNDRIS. Refiérenos tus desgracias.

ZURDILLO. Es preciso para hacerlo
que alborotemos el barrio,
y concurran á este puesto
hombres, mujeres y niños,
para que todos sabiendo
que á todos toca el agravio,
todos se venguen sangrientos.

CANILLEJAS. ¿Á todos toca el agravio?

ZURDILLO. Á todos, si es que tenemos
vergüenza.

CANILLEJAS. Yo no lo sé,
pero lo preguntaremos.

PELUNDRIS. ¿Aqueso dudas, canalla?
Vergüenza, y mucha tenemos;
pues que jamás la gastamos
porque no falte á su tiempo.

CANILLEJAS. Pues siendo así, á convocar
á todos seré el primero,
y el primero que en defensa
del Barquillo cruel y fiero,
como si fuera un Herodes,
he de tocar á degüello.

PELUNDRIS. Yo, valerosa y altiva,
tomando parte en el cuento,
en corrales, conventillos,
en tabernas y los puestos,
convocaré las matronas,
para mostrar que el tremendo
barrio del Barquillo, siempre
sabe volver por sus fueros.

ZURDILLO. Pues llamadlos. ¡Dura suerte!

CANILLEJAS. No te apures, majadero,

porque tomar pesadumbres
á ninguno hace provecho.

PELUNDRIS. Nobles, heroicas matronas,
que en este grande imisferio,
ya morcillas rellenando,
ya tarángana friyendo,
abasteceis á Madrid,
suspended por un momento
las haciendas en que estais,
sean de honra ó de provecho,
y venid á este lugar
á enderezar un entuerto.



Noble Gangosa... Gallarda,
Tiñosilla, Zunga, estremo
del valor, y en fin, toítas
las que habitais en su centro.

CANILLEJAS. Grandes, invencibles héroes,
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio,
fatigais las faltriqueras,
las tabernas y los juegos,
venid á escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachón;
Marrajo temido y fiero;
inimitable Zancudo,
y demás que sois modelo
de virtudes, venid todos

para que escucheis mis ecos...
LOS DOS. ¿No venís?



Salen por ambos lados las nombradas y nombrados, pobremente vestidos.

TODOS. ¿Cómo faltar
podían nuestros alientos?
ZUNGA. Morcilla, aceite y cazuelas,
todo abandonado dejo
para ver lo que nos quieres;
porque en lances como estos,
aunque una pierda su hacienda,
la honra ha de ser lo primero.
MARRAJO. Aunque pierda mi taberna
de tanto honor y respeto,
donde mil hombres de bien
desuellan lobos tremendos,
más importa nuestro punto
en casos de tal empeño.
GANGOSA. Mis livianos y mis bofes,
y todo el caudal que tengo,
que no es malo, soy capaz
de derrocharlo y perderlo.
TODOS. Sepamos á qué nos llamas.
ZURDILLO. Escuchadlo sin rodeos.

Ya sabeis soy el Zurdillo,
que por mis valientes hechos
he ido á los cuatro presillos
sólo á visitar sus templos.
Que las espaldas también
me vesitó el regimiento,
tratándome á la baqueta
por ser ligero de dedos.
Que en Madril en un borrico
he dado muchos paseos,
y otras muchas aventuras
que se dejan al silencio.
Y cuando libre de todo,
discurrí hallar el sosiego,
ese demonio de Zaina,



hija de Mandinga el viejo,
el héroe de Lavapiés,
que allá en sus años primeros
si no me igualó en virtudes,
me escedió en merecimientos;
esta hija de aquel macho,
me fué introduciendo un fuego
que no sé cómo se llama
aunque sé cómo lo siento.
Fué el caso que cierto día
ví que entró en casa de Pedro
el tabernero, y con ella
Perdulario el zapatero;
detrás de ellos entré yo;

piden de beber, bebieron;
piden pan, piden sardinas,
y para postre pimientos;
y al pagar el Perdulario
dijo... no tengo dinero,
Zaina, deja tu mantilla
en prendas del gasto hecho.
Yo, porque la Zaina ya
zainamente me había muerto,
me llegué y con majestad
dije: donde hay caballeros
como yo, no se consiente
con las damas tal desprecio.
Y echando mano á la bolsa,
pagué dos reales y medio
que importó todo. Desde este
lance fuíme introduciendo
en el amor de la Zaina
con tal fuerza y tal esmero,
que ella me quiere á mí más,
aunque yo mucho la quiero.
Esta noche fuí á hablarla,
cuando asaltado me veo
de más de treinta personas
entre grandes y pequeños.
Púseme luégo en defensa
con valor y con arresto;
¡y fueron tantos los palos
y patadas que me dieron,
que en un cuerpo tan ruín
yo no sé cómo cupieron!
Me ataron luégo las manos,
llenándome de empruperios,
como á todo nuestro barrio,
diciendo era sacrilegio
que nenguno de mosotros
tratase de galanteos
en Lavapiés, cuando hay tanta
diferencia en los sujetos;
y á moquetes y á empellones,

para más desprecio nuestro
me trajeron hasta aquí,
donde sin honra me veo,
como para restaurarla
no me deis el favor vuestro.
Esta es mi fuerte congoja,
este mi duro tormento,
esta mi cruel fatiga,
este mi gran sentimiento.
Á todos toca el agravio;
todos vengarle debemos,
y en Lavapiés con su sangre
hoy nuestras manos lavemos;
para cuya gran empresa
hemos de emplear soberbios
todos los cinco sentidos
aire, agua, tierra y fuego.

TODOS. ¡Muera Lavapiés!

ZURDILLO. No puede
Lavapiés morir, jumentos.

TODOS. ¡Mueran los que están en él!

ZANCUDO. Aquese ya es otro cuento.

CANILLEJAS. ¡Pasémoslos á cuchillo!

ZURDILLO. No, mejor es á degüello.

HOMBRES. ¡Afrentado nuestro barrio!...

MUJERES. ¡Tratarnos con tal desprecio!...

TODOS. ¡Duele mucho!

ZURDILLO. ¡Más me duelen
los palos que á mí me dieron!

ZANCUDO. Pues toma tú la venganza,
que todos te ayudaremos.

GANGOSA. Y nosotras, pues, verás
acabar con esos perros.

ZURDILLO. ¡Mujeres hay que podrán
acabar el universo!

CANILLEJAS. Por general te nombramos
para que marchemos luégo
á destruir Lavapiés.

ZURDILLO. ¡Él con bastantes lo ha hecho!

TODOS. Vamos al punto.

ZURDILLO. Y decid:
¿ofreceis estar sujetos
á mis órdenes?

TODOS. No hay duda.

ZURDILLO. ¿Y me dais poder abierto,
especial, bastante, amplio
para acabar este pleito?

TODOS. Sí te damos.

ZURDILLO. Está bien.
Pues armaos luégo al momento
de furor, ira y venganza.

MARRAJO. ¡De cólera estamos ciegos!

ZURDILLO. Pues así vereis mejor
á vuestros piés los trofeos.

TODOS. Está bien.

ZURDILLO. Pues yo diré...

TODOS. Todos contigo diremos...

ZURDILLO. Feliz quien vino á ser glorioso empleo
de su venganza y del aplauso vuestro. (*Vase.*)

TODOS. Feliz quien vino á ser glorioso empleo
de su venganza y del aplauso nuestro. (*Vanse.*)

Casa pobre. Salen cantando y bailando CACHIVACHE *con guitarra y la* DENGOSA *con los hombres y mujeres que puedan; y detrás el tio* MANDINGA *y la* ZAINA *llorando.*

CACHIVACHE. Al pasar por un convento (*Cantan.*)
hallé la puerta cerrada.

TODOS. Que tira que tira, que sala que sala.

CACHIVACHE. Yo tiré de un cordelito,
y respondió una campana.

TODOS. Que tira que tira, que sala que sala,
que aferra velacho, que caza la gavia.

MANDINGA. ¿Dí, chiquilla desgraciada, (*Declamando.*)
criatura de poco seso,
pues cómo ensuciar querías
el solar de tus abuelos?
¡Tú con el Zurdillo hablar!
¿Tú gastabas chicoleos,
siendo acérrimo enemigo

de Lavapiés, y teniendo
á su barrio declarado
guerra siempre á sangre y fuego?

ZAINA. Pues yo le he jurado paces,
y quebrantarlas no puedo,
y á pesar de todo el mundo...

MANDINGA. ¿Qué muchacha?

ZAINA. Le requiero,
y él me quiere y me requiere.

MANDINGA. Pues yo vengarme prometo,
matando á ese monicaco
antes que me infame.

Sale el PERDULARIO.

PERDULARIO. Presto
confesémonos á voces,
y hagamos los testamentos,
porque vamos á morir.

MANDINGA. Perdulario, ¿pues qué es esto?

PERDULARIO. No más que todo el Barquillo
viene á Lavapiés, diciendo
que á todos han de matarnos;
y el Zurdillo como un perro
viene mandando la gente.

TODOS. ¡Ay tristes, y sin consuelo!

MANDINGA. ¡Esta infame tiene culpa;
matémosla!

PERDULARIO. No convengo.

MUJERES. ¡Arañémosla!

ZAINA. ¡Aspacito;
porque si me desenvuelvo,
no me ha de quedar nenguna
que no traiga al retortero!

MANDINGA. ¡Por el alma de tu tío
el que ahorcaron en Pozuelo,
que tú me la pagarás!

CACHIVACHE. Formemos todos concejo
de guerra, y veamos el modo
de salir de aqueste aprieto.

PERDULARIO. No hay más concejo que todos
animosos y resueltos
salgamos á resistirlos;
y si nos cascasen ellos,
pedirles misericordia
rendidos.

MANDINGA. ¿Tú dices eso?
¿Lavapiés se ha de humillar
al Barquillo? ¡Santos cielos!
¡Primero morir!

PERDULARIO. Eso es
lo último que hacer debemos.

VOCES. ¡Mueran todos! *(Dentro.)*

PERDULARIO. ¡Ya se acercan!

DENGOSA. Pues desechemos el miedo,
y las primeras nosotras
á la defensa saldremos
porque viva Lavapiés.

MANDINGA. Ese es el mejor acuerdo:
cada uno tome las armas
que pueda, y vamos corriendo.

ZAINA. ¡Ya lo vereis con Zurdillo!

PERDULARIO. Con Zurdillo lo veremos,
que ha de morir.

ZAINA. Puede ser
que él os deje á todos muertos.

TODOS. ¡Viva el grande Lavapiés!

ZAINA. ¡Viva el Zurdillo mi dueño! *(Vanse.)*

Calle, á la izquierda una puerta y ventana encima. Salen los del Barquillo con palos y navajas.

ZURDILLO. ¡Amazonas valerosas,
noble escuadrón de guerreros,
mueran estos enemigos!
Esa casa de frontero,
es donde vive la Zaina,
y de esa casa salieron
los motores del agravio,
tanto mío como vuestro.

CANILLEJAS. ¡Matemos la casa!
ZURDILLO. No:
matemos los que están dentro.
TODOS. ¡Mueran todos!
ZURDILLO. Aspacito,
y que llegue á cada puerco
su San Martín. Ahora es bien
que todos tomen sus puestos.
Póngase la infantería
(Los muchachos al foro.)
á este lado, y con esfuerzo
gritará, si el enemigo
quisiera á traición cogernos.
(Los hombres á una punta del tablado.)
Los caballos sois vosotros;
se pondrán aquí impidiendo
que se escape el enemigo,
si se consigue vencerlo.
Los cañones de metralla
(Las mujeres en medio.)
sois vosotras; pues es cierto
que mayor estrago haceis
que hace un ejército entero;
el centro ocupar debeis;
pues de todos sois el centro.
Si os desbarata el contrario, *(Á los muchachos.)*
al Hospicio á recogeros.
Si os rompe, idos á parar *(Á los hombres.)*
á Sierra Morena luégo,
y si á vosotras os daña,
curaos, y buen provecho.
MANDINGA. ¿Qué quereis en Lavapiés? *(Á la ventana.)*
ZURDILLO. Lavar con sangre los nuestros.
PERDULARIO. ¿Cuántos venís? *(Á la ventana.)*
CANILLEJAS. Los que estamos;
y sobran muchos al cuento.
MANDINGA. ¡Hay en Lavapiés mucha honra!
ZURDILLO. Algunos no dicen eso.
PERDULARIO. ¡Presto lo vereis!
CANILLEJAS. Mejor

los hespitales lo vieron.
MANDINGA. Pues esperad. (*Vase.*)
ZURDILLO. Ya esperamos.
PERDULARIO. ¡Ya lo vereis! (*Vase.*)
CANILLEJAS. Lo veremos.
ZURDILLO. Ea, amigos, ya llegó
el fiero lance tremendo:
Matar ó morir es fuerza.
CANILLEJAS. Pues el matar escogemos.
PELUNDRIS. Pero no te ablandes tú.
ZURDILLO. ¡Yo ablandarme! ¡Bueno es eso!
No me vencerán demonio
ni mundo.
CANILLEJAS. Mas puede hacerlo
el otro enemigo.
ZURDILLO. No,
que yo á ese contrario venzo.

Salen por la puerta los de Lavapiés, embisten á los del Barquillo; CANILLEJAS *va siempre siguiendo al tio* MANDINGA *como acechándole, y cuando queda solo le da en la cabeza un golpe; cae en el suelo y el* ZURDILLO *le va á matar: sale la* ZAINA *y le detiene.*

LOS DE LAV. ¡Viva Lavapiés!
LOS DEL BAR. ¡Que viva
el Barquillo siempre!
MANDINGA. ¡Ay cielos,
que me han muerto!
ZURDILLO. Así tendré
de los enemigos ménos.
CANILLEJAS. ¡Acábale tú! (*Embistiéndole y deteniéndose.*)
ZURDILLO. Allá voy.
ZAINA. No le mates.
ZURDILLO. Ya me tengo.
CANILLEJAS. Que es tu enemigo.
ZURDILLO. ¡Bien dices!
ZAINA. Que es mi sangre.
ZURDILLO. Ya lo veo.
CANILLEJAS. Derrámala.
ZURDILLO. Será justo.

ZAINA. No hagas tal.
ZURDILLO. Será bien hecho.
CANILLEJAS. Yo tu amigo te lo pido.
ZAINA. Yo tu esposa te lo ruego.
CANILLEJAS. Es tu mayor enemigo.
ZURDILLO. ¡Es verdad, porque es mi suegro!
ZAINA. ¡Mira que aqueste es mi padre!
ZURDILLO. ¡Si no es mentira, es muy cierto!
CANILLEJAS. Mátale.
ZAINA. Perdonalé.
LOS DOS. Resuélvete.
ZURDILLO. Ya resuelvo.
MANDINGA. ¿Ha llegado ya mi hora?
ZURDILLO. No, que aún no se matan cerdos.
MANDINGA. Pues dí, ¿qué he de hacer?
ZURDILLO. Vivir
hasta que te caigas muerto.
CANILLEJAS. ¿Eres mi amigo?
ZURDILLO. Sí soy.
ZAINA. ¿Eres mi esposo?
ZURDILLO. Es muy cierto.
CANILLEJAS. Pues haz lo que digo.
ZURDILLO. Voy.
ZAINA. Pues haz lo que pido.
ZURDILLO. Vuelvo.
CANILLEJAS. Obra como vencedor.
ZAINA. Obra como caballero.
ZURDILLO. ¡Eso puede más que todo!
Álzate, suegro, del suelo
y vete, para que veas
que los generosos pechos
lidiamos porque lidiamos,
mas no nos aborrecemos,
aunque son crueles contrarios
siempre los suegros y nueros.
CANILLEJAS. ¿Le dejas ir?
ZURDILLO. Que se vaya.
ZAINA. ¿Con que se va libre?
ZURDILLO. Y suelto;
pero en los demás sabré

despicar mi enojo fiero,
porque pueda mi venganza
dar que admirar á los tiempos.
(*Vanse con Canillejas.*)

VOCES. ¡Á ellos, que huyen! (*Dentro.*)

Salen huyendo los de Lavapiés.

TODOS. ¡Corramos,
que nos zurran el coleto!
MANDINGA. ¿Cómo huís?
PERDULARIO. Corriendo bien.
MANDINGA. ¿Y á dónde vais?
TODOS. ¡Á escondernos!
MANDINGA. Es locura.
PERDULARIO. Más locura
será morir sin provecho.
MANDINGA. Pues, ¿qué hemos de hacer?
PERDULARIO. No hay más
arbitrio, que el que roguemos
á la Zaina de que clame
por todos, pues es muy cierto
conseguirá del Zurdillo
el perdón que pretendemos.
TODOS. ¡Zaina!...
ZAINA. Zainos sois vosotros.
TODOS. ¡Piedad!...
ZAINA. ¡Ah, que os entiendo!
TODOS. ¡De Lavapiés!
ZAINA. Sólo él
me vence, no vuestros ruegos.
Retiraos todos; que sola
llegar al Zurdillo quiero,
y sola ganar el lauro
de la victoria que espero.
MANDINGA. Tu madre es el Lavapiés,
mira por su honor y el nuestro.

Éntranse en la casa. Sale el ZURDILLO *y los suyos.*

ZURDILLO. Todo Lavapiés, amigos,
se lleve á sangre y á fuego;
que yo el primero...

ZAINA. Zurdillo,
¿es posible que tu aliento
quiera á Lavapiés quemar,
estando yo en él? ¡Ay cielos!

ZURDILLO. Con que á mi casa te vengas,
quedarás libre del riesgo.

ZAINA. ¿Yo desampararle? ¿Yo?
¿Pues cómo me dices eso?

ZURDILLO. ¿Y yo dejar mi venganza?
¿Cómo propones tal yerro?

ZAINA. ¡Mira que he de ser tu esposa;
y si prosigues sangriento
tu venganza, y me achicharras,
no podré llegar á serlo!

ZURDILLO. Si te sucede ese chasco,
tú tienes la culpa, puesto
que si piensas en casarte,
estás ya perdiendo tiempo.

ZAINA. ¿No hay remedio?

ZURDILLO. Mi venganza.

ZAINA. ¿Y no hay otro?

ZURDILLO. No le encuentro.

ZAINA. Puesto que voy á morir
dame, pues será el postrero,
un abrazo; y muera yo,
ya que tienes gusto en ello.

ZURDILLO. ¡Cielos, que la Zaina llora!
¡Maldito sea mi genio,
que en llorando una mujer,
al instante hago pucheros!

ZAINA. Pues no he de volver á verte,
á Dios, Zurdillo; y los cielos
te guarden. ¿Por qué me envías
á morir?

ZURDILLO. Mientes en eso;
que si yo te lo mandara
no te irías por lo mesmo;
que hay muy pocas que obedezcan
del marido los preceptos.

ZAINA. ¿Con que así me dejas ir?

ZURDILLO. Quédate, que yo te ofrezco
serás el dueño absoluto
de todo cuanto yo tengo.

ZAINA. ¿Y á Lavapiés le perdonas?

ZURDILLO. ¿Perdonar? No hablemos de eso;
¿han de quedar sin venganza
las patadas que me dieron?

ZAINA. Sin que llegues á vengarte,
basta para desempeño
que te pudiste vengar.

ZURDILLO. ¡No, que mucho me dolieron!

ZAINA. Á Dios otra vez, que voy
á morir.

ZURDILLO. ¡Yo me enternezco!
¡Ah, mujeres lo que ablandan
vuestros llantos zalameros!
¿Qué, quieres, Zaina, de mí,
que cumplírtelo te ofrezco?

ZAINA. Sólo que viva triunfante
Lavapiés.

ZURDILLO. Yo lo concedo.

ZAINA. Pues toma en premio mis brazos.

CANILLEJAS. Ya se ha rematado el cuento.

ZAINA. ¡Lavapiés viva! Y salid
todos libres y contentos.

Salen TODOS.

TODOS. Á tus plantas....

ZURDILLO. Suspended,
que quiero sepais primero,
que sólo con que me deis
á la Zaina por mi dueño,
y quede paz asentada

entre los dos barrios nuestros,
está todo concluído.

TODOS. Gustosos lo concedemos.

ZURDILLO. Pues mientras la tonadilla
logra indulto de los yerros,
vámonos cantando todos,
diciendo por más festejo...

TODOS. Al pasar por un convento, etc.

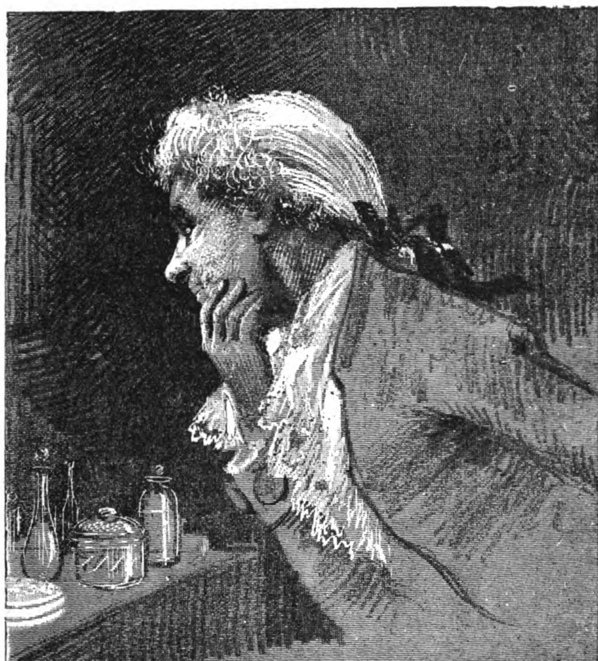
EL PETIMETRE

PERSONAS

—

D. SOPLADO.
D. MÓNICO.
D. MODESTO.
D. SIMPLICIO, *barba, marido de*
DOÑA VERÓNICA.
DOÑA PLÁCIDA. } *Sus hijas.*
DOÑA TECLA. }
D. ZOILO, *abate.*
TARARIRA, *criado de D. Soplado.*
UN LACAYO *del mismo.*
JUANA, *criada de doña Verónica.*
UN MAJO.
UN PELUQUERO.

El teatro representa la cámara de un caballero soltero, con unas sillas, un tocador, una mesa con algunos libros, y multitud de frasquitos, cajas, etc.



Salen TARARIRA *y el* LACAYO, *uno con el vestido y un cepillo, y otro con las ligas, peinador, etc., que colocan sobre alguna otra mesa ó silla.*

TARARIRA. Dejemos eso, que ya
parece que se levanta
el amo.

LACAYO. Y aun sale aquí,
si el oído no me engaña.

Sale D. SOPLADO *en bata, despeinado, ó con cofia, esperezándose.*

SOPLADO. ¿ Ha venido el peluquero ?

TARARIRA. Más ha de dos horas largas,

que espera en el tocador.

SOPLADO. ¿Qué tal está la mañana?

TARARIRA. Como de otoño, y aun hoy
está mucho más templada,
porque hay tal cual nubecilla.

SOPLADO. ¿Y qué hora es?

TARARIRA. Las diez dadas.

SOPLADO. Oh, pues siendo tan temprano,
hasta la hora de que salga
quizá saldrá el sol. Prevenme
el otro vestido de aguas
y galones.

TARARIRA. ¿Y si llueve?

SOPLADO. ¿Qué quieres que yo le haga?
¿Estando en el entretiempo,
he de llevar paño ó lana,
y que se rían de mí?

LACAYO. Otros le llevan.

SOPLADO. Gentualla
que sólo tiene un vestido,
ó personas chavacanas,
que los dogmas del buen gusto.
no consultan, ó no alcanzan.

Sale el PELUQUERO.

PELUQUERO. ¿Señor, vamos despachando?

SOPLADO. Estoy pronto, aunque hoy es vana
vuestra queja, que no es tarde.
Tararira, las toallas.

TARARIRA. Aquí están. ¿De qué manteca?

SOPLADO. Ninguna: trae la pomada
de jazmines.

TARARIRA. Está todo.

SOPLADO. Sólo ese libro me alcanza,
diré entretanto el oficio.
Este quede aquí, y tú saca
el vestido que te dije.

TARARIRA. «Mientras se peina esta dama (*Aparte.*)
»bien puedo almorzar, oir misa

»con sermón, y no hacer falta.» (*Vase.*)

SOPLADO. Ro, ro, ro, ro, ro; mirad

(*Como que reza entre dientes y se interrumpe para hablar de otras cosas que le ocurren.*)

que ayer dicen que llevaba
tres pelos más en un lado,
y un canto de real de plata
más levantado ese bucle.
Ro, ro, ro, ro, ro: con gracia
este tupé, como ayer:
bien.

PELUQUERO. ¿Le aprobó alguna dama?

SOPLADO. Me dijo la Marquesita,
y que no es mujer de chanzas,
que no había visto en su vida
cosa más bien acabada.
Ro, ro, ro, ro, ro: ¿peinaste
ayer á doña Lisarda?

PELUQUERO. No señor, sólo la puse
la gran cofia.

SOPLADO. ¿Estaba mala?

PELUQUERO. Yo no sé.

SOPLADO. Ro, ro, ro, ro.
Una cosa de importancia
tenía que preguntar,
y no hay forma de acordarla.
Ro, ro, ro: justamente
ya me acuerdo. ¿Doña Laura,
por qué os dejó?

PELUQUERO. La dejé
yo, porque no me pagaba.

SOPLADO. ¿Pues cómo?

PELUQUERO. Me hizo dejar
tres ó cuatro parroquianas,
ofreciéndome millones
porque no la hiciese faltas,
y después en año y medio
no la pude sacar blanca:
y aún me tiene por allá
cincuenta pesos.

SOPLADO. Más alta
la atadura, porque vean
que son esmalte de Francia
los broches del corbatín,
y se distinga la holanda
que vuelve del cabezón.

Sale TARARIRA.

TARARIRA. Esperando en la antesala
don Mónico y don Modesto
están, con don Zoilo Maza,
que ha tres días que llegó
de París.

SOPLADO. ¡Fineza rara
es verme, sin aguardar
que á cumplimentarle vaya!

Salen los tres con TARARIRA. *Se levanta, y se abrazan.*

ZOILO. ¿Señor don Soplado?

SOPLADO. ¿Amigos?
Señor don Zoilo; no alcanza
mi cariño, qué razón
hay para que desairada
dejeis á mi urbanidad,
anticipàndoos con tanta
brevedad. ¿Creeis que ignoro
los ritos de la crianza,
y venís á reprenderla,
antes de poder culparla?

ZOILO. Al contrario: porque veais,
que vivo en la confianza
de nuestra antigua amistad,
no he querido que os cansarais
en ir, estando yo fuera.

SOPLADO. Eh, los asuntos de tabla,
creed que no los ignoro.

MODESTO. No es una ciencia muy alta
la de las visitas; pero
sí creo que es la más ardua
y difícil.

MÓNICO. Añadid
á eso, ¡lo delicada!
SOPLADO. ¡Es más de lo que parece!
MÓNICO. Ya se ve: el hombre que alcanza
á manejar en la corte
las etiquetas con grácia,
sabe cuánto hay que saber.
ZOILO. Es la ciencia más abstracta
al juicio de los humanos.
MODESTO. Y en la razón tan fundada,
que ningún hombre de juicio
penetra sus pataratas.
SOPLADO. Sillas para estos señores,
Tararira.
ZOILO. ¡Cosa rara
es por cierto el apellido!
MODESTO. No tal; no es la más hidalga
de la corte su familia;
pero es la más dilatada.
SOPLADO. ¡Todo lo habeis de notar!
Así se le ha puesto en casa,
por lo alegre que está siempre.
TARARIRA. Y porque á mi amo le agrada
este nombre, más que cuantos
en el Calendario estampan.
PELUQUERO. Por Dios, señor, que ya es tarde.
ZOILO. Nuestra visita embaraza,
y más que estabais rezando.
LOS TRES. Adios.
SOPLADO. No: que para nada
me podeis dar sujeción
vos, siendo de confianza:
y el rezo ya está acabado.
(*Tira el libro sobre la mesa.*)
PELUQUERO. ¡Y con qué devoción! ¡Vaya
que edificará á cualquiera!
SOPLADO. Y cuando no se acabara,
esto se hace el día que uno
se está por demás en casa
un rato. Vaya los polvos; (*Siéntanse.*)

y tú puedes traerme agua
para lavarme.

TARARIRA. Está bien. (*Vase.*)

MÓNICO. Ausencia ha sido bien larga
la que habeis hecho, don Zoilo.

ZOILO. Diez años y medio.

MÓNICO. ¡Qué ansia
tendriais de volver!

ZOILO. Por cierto
que en mi vida lo pensara,
si hubieran mis asistencias
alcanzado á la bizarra
ostentación que es forzosa
en un extranjero que anda,
con privilegios de noble,
corriendo cortes extrañas.

Sale TARARIRA.

TARARIRA. Aquí está el agua, señor.

MODESTO. ¡Poco os debía la patria,
señor don Zoilo!

ZOILO. Tan poco,
que sólo pudo en la rara
melancolía, que tuve
desde que me ví en España,
aliviarme la amistad
de los finos camaradas.

MODESTO. ¿Tan bien os han parecido
otras cortes?

ZOILO. ¡Cosa extraña
es que vos lo pregunteis,
habiendo corrido tantas!

MODESTO. Confieso hallé en cada una
muchas cosas que ilustraran
mi entendimiento, mas no
que me apagasen la llama
del amor al patrio suelo.

ZOILO. Pues yo traía ya echada
la cuenta de no pararme

en Madrid ni una semana;
pero en estos cuatro días
he observado, que se halla
digno, tal cual, de que yo
le habite. Está adelantada,
en lo que cabe, la gente.
Ayer comí en una casa,
y estuvo mediano aquello:
no hubo las extravagancias
de la sopa guarnecida,
ni lo de pichón por barba.
Había un lindo trinchero
de menestra, otro de pasta,
un fricasé, una compota,
y una ó dos pollas asadas,
que para quince de mesa,
es comida muy sobrada.
Ya la amanece el buen gusto
en el mueblaje: las casas
se adornan de cornucopias,
en vez de petos y lanzas:
y ya ven los españoles,
que el papel, y las indianas
para vestir las paredes,
les hacen muchas ventajas
á los cuadros de Velázquez,
Cano, Ribera, que llaman
el Españoleto y otros
pintorcillos de esta laya.
Parece se ha propagado
el cultivo hasta las caras:
aquel bruto desaliño
del cabello y de la barba,
que hacía nuestra nación
tan terrible á las contrarias,
ya dócil á beneficios
del jabón y las pomadas,
por donde quiera que vamos
van diciendo nuestras fachas,
que somos gente de paz:

ya nadie al vernos se espanta,
pues yace oculto de miedo
el duelo, ó la patarata
de aquel honor, que fundaron
en ser las doncellas castas,
muy religiosas las viudas,
recogidas las casadas,
los ancianos venerables,
los niños de cera blanda,
los hombres ingenuos y
muy hombres de su palabra.
Que porque me dijo mientes...
porque me sopló la dama...
ú otras tales bagatelas,
¿he de andar á cuchilladas?
¡Hubo entre nuestros antiguos
gentiles extravagancias!

MODESTO. Gentiles serían; pero
ahora no son muy cristianas.

SOPLADO. Aunque no hubiera en Madrid
otra cosa que esta masa (*Lavándose.*)
para lavarse las manos,
debía ser celebrada
nuestra edad.

MODESTO. No es en los hombres
mucho primor manos blandas.

SOPLADO. Antes sí, que si se ofrece
bailar una contradanza,
es feliz preservativo
de ofender la de la dama.

MÓNICO. ¡Perfecta frase!

SOPLADO. Las ligas.

TARARIRA. Extienda usted bien la pata,
las apretaré á conciencia.

SOPLADO. Pues ya que de eso te encargas,
hazlo con juicio y esmero,
y más que otra cosa no hagas
bien en tu vida, porque
no puede haber mayor tacha
en un hombre de honor, ni

puede hacer mayor infamia,
que profanar un estrado
con las medias arrugadas.

MODESTO. ¡Extraño vuestro concepto;
pero más la tolerancia
del martirio que sufrís!

TARARIRA. Pues no es cosa tan extraña
el dar unas ligaduras
á quien el sentido falta.

SOPLADO. Á título de bufón,
dice cuanto le da gana.
El vestido.

TARARIRA. Ya está aquí.

ZOILO. Muy marcial está, y es grata
la horma, señor don Soplado.

TARARIRA. Y eso que hoy no está apretada
la cotilla.

SOPLADO. ¡Pero ved
qué pecho, qué airosa manga!

ZOILO. El calzón es algo estrecho.

TARARIRA. «¡La conciencia sí que es ancha!» *(Aparte.)*

MÓNICO. Aquí llevais una mota.

SOPLADO. ¿Mota yo? Si no mirara
á los señores... ¿Yo mota?
Voto á... una mota... ¡Ahí es nada
el defecto! ¿De qué sirve
á un hombre lo que trabaja
por mantener su opinión,
si en manos de esta canalla
va un hombre siempre vendido?

MODESTO. «¡En una mota repara *(Aparte.)*
» por afuera, y por adentro
» estará lleno de manchas!»

SOPLADO. El relox.

TARARIRA. Ahí va con todos
sus cascabeles.

SOPLADO. Las cajas.

TARARIRA. Dos, tres, cuatro, cinco...

SOPLADO. Espera,
y los frasquitos alcanza,

iré mojando pañuelos;
no me vea en la desgracia
del otro día.

TRES AMIGOS. ¿Qué fué?

SOPLADO. Varios pañuelos llevaba,
rociados de las mejores
y más exquisitas aguas;
y se le antojó el olor
de clavel á cierta dama:
pidióme le, y yo, que acaso
entonces no le llevaba,
discurrid cuál quedaría;
sorprendido, hecho una estátua,
corrido: estos son los lances
en que los hombres atrasan
sus carreras: y es un caso,
que en las historias no se halla:
por eso ahora siempre voy
hecho una botica.

MODESTO. Vaya,
que si así prosigues, pronto
en tí mismo habrás de usarla.

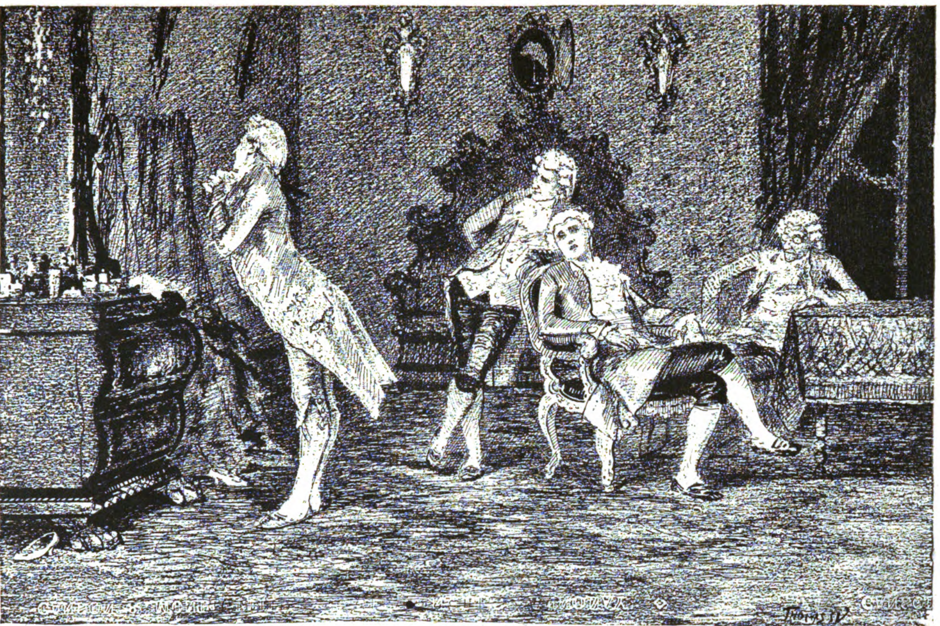
MÓNICO. En todo sois primoroso. (Á Soplado.)
Don Modesto, esta enseñanza
habiais de tomar.

ZOILO. ¿Os dura
todavía aquella avara
propensión hacia los libros?

MODESTO. Y siempre con más constancia.
Esas son las diversiones
sin riesgo.

MÓNICO. Vos con tan rara
manía, os volvereis loco.

SOPLADO. Y sin alguna sustancia,
ni especial utilidad;
¡ved qué diferencia se halla
de vos á mí! ¡Y qué distinto
concepto tienen las damas
de los dos! Vos estudiando
ignorais cómo agradarlas;



El petimetre.

yo con sólo presentarme,
las agrado y me idolatran,
de modo que unas con otras
por mis obsequios se arañan.

MODESTO. Dichoso sois. ¡Ay de quien
con la estrella más contraria,
vive inclinado á quien nunca
se enternece de sus ansias!

SOPLADO. Vos teneis la culpa, pues
os inclinais á beatas,
que tienen el dar la mano
á un hombre por grave falta
de su recato, por culpa
asomarse á una ventana
sin celosía: ¿visitas
cuando madre no está en casa?
¡Jesús, y qué liviandad!
Eso es ser galán de marras:
amigo, *marcialitate:*
ménos amor, y más maulas;
ménos conceptos, más bulla;
ménos decoro, más labia,
ó meterse luégo fraile,
porque dudo que halleis dama
tan boba, tan doña Elvira,
y de tan poca crianza,
que por quereros de veras,
ponga en opinión la fama
del buen gusto.

MODESTO. ¿Y qué es buen gusto?

ZOILO. Yo os lo diré: una fantasma
que como á los racionales
entes les anima el alma,
á los entes petimetres
anima invisible, para
que se esfuercen á salir
de las gerarquías bajas
de su especie, hasta ocupar
la sublime; y se señalan
estos felices sujetos,

ya en la hechura de las cajas
que llevan, ya en los relojes,
ya en la conducción gallarda
del aire de la figura,
ya en la guarnición extraña
y colores del vestido;
ya, finalmente, en la gracia
inconcusa con que se hacen
preferir de las muchachas.

SOPLADO. Eso es lo cierto: vos nunca
me disputareis la palma.
El espadín.

MODESTO. Mucho siento
tengamos tan encontradas
opiniones; pero, amigos,
esa es una faramalla
de ociosidad peligrosa;
y quien las mira con casta
intención, evitar debe
con razón cuerda y cristiana,
el riesgo de que le engañen,
y el delito de engañarlas.

SOPLADO. Quien tenga dinero suelto, (*Mirándose al espejo.*)
dele medio real de plata
por la plática.

MÓNICO. ¿Y á dónde
vais desde aquí?

SOPLADO. Si tocaran
por ahí á misa, la oyera
primero, sino haré varias
visitas hasta la una,
que entonces, aunque sea larga
en el Buen-Suceso, como
hay concurrencia tan varia,
está un hombre divertido.

MÓNICO. Vamos todos de reata
á presentar al amigo,
á las hijas, y madama
de don Simplicio.

SOPLADO Es verdad;

y amigo, hay una que canta
grandemente.

ZOILO. ¡Grandemente!... (*Burlándose.*)
Al que viene de la Italia
hecho á oir aquellas orquestas,
que en la menor serenata
hay cuatrocientos violines,
ciento y dos trompas de caza,
cien oboes y ochenta bajos,
¿qué efecto quereis que le haga
una mujer?

MODESTO. Ser mujer
española la que canta.

TODOS. Vamos allá.

SOPLADO. Tararira,
ponte al instante la capa
y llévalas esas flores. (*Vanse.*)

TARARIRA. Haráse como lo manda;
pero antes es menester
lavarme también la cara,
y rociar todos los trapos.
Vamos adentro, Panarra,
me ayudarás á vestir.

LACAYO. Yo me voy ahora á la plaza
por los postres.

TARARIRA. Es preciso
componernos, que en la casa
del tamborilero, todos
saben danzar la pavana.

Vanse, y cayendo otro telón de salón, que desfigure la primera escena, sale DOÑA TECLA *de petimetra.*

TECLA. Milagro es que me han dejado
sola este rato siquiera
para estudiar la tonada:
voy ahora á ver qué tal suena
en el clave, porque aquí
sale mi padre, no sea
venga con alguna de
sus muchas impertinencias.

Vase, y sale D. SIMPLICIO, *en bata y gorro, los zapatos en chancleta, una media negra puesta, y cosiendo la otra.*

SIMPLICIO. Mas que la de San Francisco
es larga la tal carrera;
y el punto está, en que ha tres horas
que el punto final no llega;
mas ya hé perdido la aguja;
voto á la... que no hay paciencia
para sufrir tanto, y eso
que yo la tengo tremenda.
¿Juana?

Sale DOÑA VERÓNICA *cosiendo una cinta á una venera.*

VERÓNICA. ¿Qué á Juana quieres?
SIMPLICIO. Que me componga esta media,
que ya me canso.
VERÓNICA. No puede,
que está ocupada allá fuera
con aquel mozo paisano,
que suele venir á verla,
y rabiará si la llaman.
SIMPLICIO. Pues, mujer, dame cualquiera
aguja, y proseguiré.
VERÓNICA. Por milagro hallé yo esta.
SIMPLICIO. ¿Y qué es lo que estás cosiendo?
VERÓNICA. Una cinta á una venera
de un amigo.
SIMPLICIO. ¡Qué bonita! (*Acercándose.*)
¡Hola! ¡Esta parece nueva!
VERÓNICA. ¡Qué lerdo eres! Más de cien
veces se la has visto puesta.
SIMPLICIO. Soy hombre de vista gorda:
no riñas por eso. ¿Tecla?

Sale DOÑA TECLA, *embelesada, leyendo un papel de seguidillas.*

TECLA. Es en glorias pasadas (*Leyendo.*)
el pensamiento,

unas veces verdugo
y otras consuelo.
Y en las futuras,
á veces esperanza,
y á veces duda.

SIMPLICIO. ¡Tómate, qué embelesada
sale esotra en su leyenda!
¿Tecla, no oyes que te llamo? (*Recio.*)

TECLA. No lo oigo: ¿qué nos vocea
usted? Y será todo ello
al cabo una friolera.

SIMPLICIO. ¡El agrado que tú gastas
con tu padre, es cosa bella!
Cóseme esta carrerita.

TECLA. Tómate: ¿y para eso eran
las voces? Estoy ahora
divertida en estas nuevas
seguidillas, y no puedo.

SIMPLICIO. ¡Es razón que me hace fuerza!
Dame aguja, y yo lo haré.

TECLA. Con mucho gusto, á tenerla;
pero ni aun sé dónde pára
la almohadilla.

Sale DOÑA PLÁCIDA *con un legajo de comedias en la mano.*

PLÁCIDA. ¿Qué comedia
de estas, madre, es la mejor?

VERÓNICA. ¿Á ver qué títulos? Esta,
que tiene gran travesura
de lances, y toda ella
es un arte de requiebros:
ahí veras, qué estratagemas
se aprenden para engañar
á un viejo padre, que vela
el caro honor de sus hijas,
y luégo, á pesar de rejas
y llaves, ¡con qué primor
á sus padres se la pegan!

SIMPLICIO. No se le escapará nada,

que la muchacha no es lerda.
¡Es capaz de traer al
retortero dos docenas!
Plácida, dame una aguja,
para coser esta media.

PLÁCIDA. ¡Ay, padre, mal viene usté!
¿Yo aguja? Desde la feria
pasada, que á don Pepito
le puse una escarapela
en el sombrero, no sé
ni si las hay en la tienda.

SIMPLICIO. Este es el diablo, que quiere
que yo pierda la paciencia:
pues no ha de ser, aunque salga
hoy á la calle en calcetas.

TECLA. «Oyes, Plácida, repara, *(Aparte.)*
»qué dada está á la tarea
»madre.»

PLÁCIDA. ¡Tómate! ¡No es cosa!
¡Todo su talento emplea
en rizar aquella cinta!

TECLA. Bien la merece la pena.

VERÓNICA. ¡Si voy yo á las habladoras!...

PLÁCIDA. Señora, son cosas nuestras.

SIMPLICIO. Déjalas que hablen, mujer.
¿Chicas, tengo yo otras medias?

TECLA. Mire usted si la criada
las tiene acaso compuestas.
¿Juana?

CRIADA. *Sale.*

CRIADA. ¿Qué Juana, señores?
¡No estamos con mala flema,
y nadie ha oído misa en casa!

SIMPLICIO. ¿Pues qué es hoy día de fiesta?

VERÓNICA. Despacha y vé tú primero,
que sobrado tiempo queda.

TECLA. Á la una aquí en la parroquia
hay misa; pero es eterna.

CRIADA. Voy á echarme la basquiña, (*Llaman.*)
y á ver quién llama á la puerta. (*Vase.*)

TARARIRA. *Sale con ramos de flores.*

TARARIRA. Señoras, bésoos los piés:
á traer esta primavera
vengo de parte de mi amo.
VERÓNICA. ¿Señor Tararira, era
hora de vernos?
TARARIRA. ¿Pues cuándo
Tararira no está en esta
casa, sino en realidad,
in mente?
TECLA. Grandes fachendas
tiene vuestro amo.

Salen los cuatro caballeros, y D. SOPLADO *delante.*

SOPLADO. ¡Dichoso
quien á tan buen tiempo llega
que oyó en tus labios su nombre!
«¡Y dirán que el leer comedias (*Aparte.*)
»no es útil! Este concepto
»á fe si viene á la letra.»
LOS CUATRO. Señoras, á vuestros piés.
LAS DAMAS. Señores, á la obediencia.
VERÓNICA. Tecla fué la que os nombró.
TECLA. Pues no la creais fineza,
que nos teneis enfadadas.
VERÓNICA. Muy tonta eres en dar quejas
á nadie, que el que quisiere
venir, ahí tiene la puerta;
pero nunca echamos ménos
al que no viene.
MODESTO. «Embustera, (*Aparte.*)
»que á todos dice lo propio,
»y es envidia manifiesta
»á aquellas casas adonde
»son norias las escaleras,

y arcaduces los galanes,
que unos salen y otros entran.

SOPLADO. Señoras, ustedes digan
lo que gusten; pero vean
si es suficiente disculpa
de tardar hoy la asistencia
á este amigo, que ayer vino
de París.

ZOILO. Con buena estrella,
pues no bien pisé del puerto
las suspiradas arenas,
cuando mi dicha al alcázar
de las tres gracias me lleva.

VERÓNICA. Vos seais muy bien venido,
que ya habeis dado la muestra
de vuestro mérito.

LAS DOS NIÑAS. Ved
si hay en qué serviros pueda
esta casa.

TARARIRA. Esto se llama
mueble nuevo.

MÓNICO. Aunque no es esta
mi casa, con el favor
que sus dueños me dispensan,
en ella y en mi posada
podeis mandar.

SIMPLICIO. Mis ofertas,
caballero, valen poco
en esta casa, pues de ella
sólo sé que soy el dueño
cuando el casero me llega
á pedir el alquiler;
pero al fin, propia ó agena,
la ofrezco, *sub conditione,*
que mi mujer lo consienta.

SOPLADO. ¿Qué haceis, señor don Simplicio?

SIMPLICIO. En coser esta carrera
me divertía, y perdí
la aguja.

VERÓNICA. Pues tomad esta...

SIMPLICIO. Dios te lo pague.
VERÓNICA. Que yo
ya acabé esta friolera.
MÓNICO. Ya conozco esa alhajita:
(Señalando la cinta que cosía Verónica.)
¿y á dónde está el dueño de ella?
VERÓNICA. Fuera de Madrid.
MÓNICO. ¿Pues cómo
ha conseguido licencia?
PLÁCIDA. Ha de volver esta tarde,
y salió á las ocho y media,
esta mañana.
VERÓNICA. ¡Si no,
seguro está que saliera!
TECLA. Madre, mire usted que es tarde.
VERÓNICA. De recibiros de priesa
y en esta pieza de paso,
por hoy la disculpa sea
el que no hemos oído misa.
SOPLADO. ¡Jesús, y qué arco de iglesia!
Del mismo color estamos
los tres; pero á bien que cerca
la tenemos á la una.
PLÁCIDA. Apenas tiempo nos queda
de ponernos las basquiñas.
SOPLADO. Vereis cómo se remedian
tan grandes inconvenientes. *(Vase.)*
PLÁCIDA. Venga usté aquí, Juanenreda,
¿qué va usted á hacer?
SOPLADO. Al instante *(Dentro.)*
voy allá con la respuesta.
SIMPLICIO. El tal don Soplado es
muchacho de gran viveza.

Sale la CRIADA *de mantilla con el* MAJO, *y tocan dentro.*

CRIADA. Señores, el primer toque:
no hay que descuidarse.
PLÁCIDA. ¡Ah, perra!
¡Qué bravamente has pelado

la pava!

CRIADA. Su horita y media;
desquítense luégo ustedes.

MAJO. Vaya dos horas de arenga,
verás qué breve te dejo.

CRIADA. Vaya, hijo, no te enfurezcas,
que esto está acabado.

VERÓNICA. Digo, *(Al Majo.)*
venga usted con su vihuela
esta noche, que ser puede
que algunas amigas vengan,
y se baile un rato.

MAJO. Bien,
se hará como usted lo ordena:
vamos, chica, ¡brava loca
es tu ama!

CRIADA. Se la lleva
el diablo cuando á las hijas,
ó á mí alguno nos festeja.

MAJO. ¡Mujer extraña!

CRIADA. No tal,
que hay otras muchas como ella.

Vanse los dos, y sale D. SOPLADO *con tres basquiñas y tres mantillas.*

SOPLADO. Caballeros, cada uno
le sirva de camarera
á una señora, y así
despacharemos apriesa.

MÓNICO. Venga aquí la de madama.

VERÓNICA. Esta es.

ZOILO. Ya que me franquea
la suerte casualidad
tan feliz, delito fuera
no lograrla.

TECLA. Me conformo:
que aquí no somos de aquellas,
que lo mismo que apetecen,
fingen que lo menosprecian.

SIMPLICIO. ¿Qué basquiña llevas, hija?
VERÓNICA. ¿Qué necesitas tú verla?
Afuera, que hace calor:
los parientes una legua.
PLÁCIDA. ¿Qué milagro es que os dignais (*Á Mónico.*)
de hacer tan grande fineza
conmigo? Ved que mi madre
quizá formará una queja
de este obsequio, que tan mal
en servirme á mí se emplea.
SOPLADO. Señorita, un hombre solo
para tantas incumbencias
es poco, y es fuerza que obre
en algunas con tibieza.
VERÓNICA. Don Soplado, una palabra:
¡bravamente se aprovechan
los instantes!
SOPLADO. ¿Ignorais
que á Dios hemos de dar cuenta
de los instantes ociosos?
MODESTO. ¡Y qué bien que los emplea!
VERÓNICA. ¿Qué sujeto es ese abate?
¿De aquellos que se adocenan
en la estimación?
SOPLADO. Señora,
vos le haceis una tremenda
injusticia: este sujeto
ha ido á estudiar las ciencias
á las cortes: trae secretos
para disimular pecas
del rostro, limpiar blondinas,
quitar manchas, lavar medias,
y otros grandes intereses
de la nación.
MÓNICO. La pulsera, (*Quieto.*)
que se le ha caído á madama.
SOPLADO. Perdonad la inadvertencia.
TARARIRA. «¿Don Modesto, cómo ahora, (*Aparte los dos.*)
»sobre llevarse la prenda,
»no se tiran los galanes?»

MODESTO. «La culpa tienen aquellas
»que han puesto en tan bajo precio
»los favores, que cualquiera
»puede haberlos, y las cosas
»se estiman conforme cuestan.»
TECLA. Señor abate, mil gracias.
ZOILO. Mandad cuanto se os ofrezca,
que aunque soy abate, no
soy inclinado á la iglesia. (*Tocan dentro.*)
SIMPLICIO. Hijas, el segundo toque.
VERÓNICA. ¿Quién la mantilla me echa?
TECLA. ¿Quién me tira esta basquiña?
PLÁCIDA. ¿Quién un rosario me presta,
que no sé dónde está el mío?
SOPLADO. Ahora un libro cualquiera
es más moda que el rosario.
PLÁCIDA. No tengo.
ZOILO. Para una urgencia
la Guía de forasteros
basta. (*Dásela.*)
VERÓNICA. Tú en casa te queda (*Á D. Simplicio.*)
y si tarda la criada,
echa al puchero la especia,
y dí á quien venga que espere,
que á la misa de una y media
ó de las dos puedes ir.
SIMPLICIO. Voy á ponerme las medias,
y á obedecerte.
TARARIRA. ¿Podrá
ser verdad esta comedia?
MODESTO. «Yo no lo sé: lo que es cierto (*Aparte.*)
»que va la critica á tientas;
»el cogido calle, y diga
»el que no, que ande la rueda.»

Vanse los petimetres agarrados de las manos de las damas, detrás burlándose D. MODESTO *y* TARARIRA, D. SIMPLICIO *por el otro lado, y se da fin.*

EL FANDANGO DE CANDIL

PERSONAS

—

UN ALCALDE.	MODORRO. *Manolos.*
UN ESCRIBANO.	POCHO. *Manolos.*
D. JORGE.	CUCHARA. *Manolos.*
UN ABATE.	LA PUJITOS. *Manolas.*
UN SEÑORITO.	MEDIOCULO. *Manolas.*
DOÑA JUANA.	LA CULEBRA. *Manolas.*
DOÑA LEONOR.	TOMASA. *Manolas.*
D. SEBASTIÁN.	APOLINARIA. *Manolas.*
MARCOS. *Manolos.*	CONCHITAS. *Manolas.*
JULIÁN. *Manolos.*	TÍA MARISANCHA. *Manolas.*
MANOLO. *Manolos.*	UNA NIÑA. *Manolas.*
FRAZQUILLO. *Manolos.*	

La escena es en Madrid.



Salen LA PUJITOS, MODORRO, APOLINARIA *y* MEDIOCULO *siguiendo á* CONCHITAS *que saldrá con guardapiés y mantilla.*

CONCHITAS. La calle de Lavapiés
es esta; vamos, muchachas,
que si yo mal no me engaño
aquella ha de ser la casa.

PUJITOS. ¡La gente que hay á la puerta!

VOCES. ¿Julián? ¿Tía Marisancha?... *(Á la puerta.)*
¿Frazquillo?

PUJITOS. ¿Qué apuestas que
quedamos arreboladas
y sin visita nosotras?

CONCHITAS. ¿Por qué?

PUJITOS. ¿No ves la canalla
que porfía por entrar?

CONCHITAS. Es que son bailes de fama
los de casa de mi prima:
lo ménos tienen guitarra,
violín, bandurria, y toda
llena de asientos la sala:

y no es como en otras partes
que convidan con fanfarria
á los fandangos, y luégo
son cuatro descamisadas
y dos pares de piojosos,
que nenguno tiene gracia
pa tocar un estrumento.

MEDIOCULO. Pues pide licencia, y llama
á la puerta.

CONCHITAS. ¿Yo licencia?
En jamás gasté palabras
ociosas: vamos á un lado,
no se les manchen las capas,
que vengo untada de aceite.

POCHO. Despacio, señora guapa,
(*Pocho está también aguardando con Cuchara y los demás.*)
que antes estamos nosotros,
y no hemos logrado nada.

CUCHARA. Si á nadie quieren abrir,
¿de qué sirve esa pujanza?

CONCHITAS. ¿No quieren abrir á naide?
Eso será á la gentualla:
déjenme llamar, verán
qué pronto las hago que abran.

ELLOS. Poco á poco.

CONCHITAS. Pues á un lado:
poneivos detrás, muchachas,
y venid.

TODAS. Ya te seguimos.

Salen DOÑA JUANA, DOÑA LEONOR *y* D. JORGE *de petimetres.*

JUANA. ¿Con que tú de buena gana
vieras algún fandanguillo
de candilejo?

LEONOR. Me bailan
las piernas sólo de oir
las bandurrias destempladas,
y las voces de becerro
con que estas gentuzas cantan.

JUANA. Tampoco para mí hay rato
como verlos dar zancadas,
y á ellas, como sin escuela,
en un concurso se plantan
con desenfado á saltar,
y salga allí lo que salga;
cuando á nosotras nos cuesta
más estudios y más plata
saber bailar, que á los hombres
el graduarse en Salamanca.
JORGE. Á mí, como que son gente
sin vergüenza, no me espanta.
LEONOR. Pues bien puede usted mirar
si hay baile en alguna casa
conocida, porque á mí
me han asaltado unas ansias
terribles de ver bailar.
JORGE. Allí hay una; mas la entrada
nos será dificultosa.
JUANA. Vamos, no sea usted machaca;
ya hemos dicho que queremos
ver por un rato esta zambra.
JORGE. Eso es exponerse...
JUANA. ¿Á qué?
JORGE. Á que la mala crianza
de esa gente nos desaire,
y suceda una desgracia;
porque yo soy un demonio
en viéndome con espada.
JUANA. Pues envaine usted.
LEONOR. Todo esto
es gastar pólvora en salvas.
Si en estos hombres es raro
el que es bueno para nada:
si hubieras dicho al cadete
tú que nos acompañara,
ya estuviéramos servidas.
JORGE. Proponer las circunstancias
agravantes de las cosas
no es, señoras, repugnarlas:

vamos, que yo también sé
hacer respetar mis barbas,
y espero que abran la puerta
sin más que saber quién llama.

JUANA. Agarre usted de la mano,
y cuide usted de mi hermana,
y también el sobrinito.

VOCES. ¿Juliana?... ¿Tía Marisancha?...
¿Frazquillo?

CONCHITAS. No hay que empujar,
ó comienzo á manotadas.

TODOS. Poco á poco.

JORGE. Dios me saque
con bien de empresa tan ardua.

Salen el ABATE *y el* SEÑORITO.

ABATE. Señorito, mire usted
qué lindo par de muchachas
van con ese petimetre.

SEÑORITO. ¡Qué se me da á mí que vayan!
Ayo mío, este paseo
no me divierte, y me cansa:
vámonos hacia el Retiro
que hay flores, hacia la plaza
que hay fruta, ó á ver las calles
donde la procesión anda.

ABATE. Hombre, eso son niñerías;
y á usted ya la edad le basta
para pensar cosas grandes,
como cortejar madamas,
conocer el vario mundo,
y entrar con todos en danza.

SEÑORITO. ¿Y si lo sabe mi madre?

ABATE. Por ahora está ocupada
en rezar sus oraciones;
y bien sabe á quién encarga
su hijo: venga usted conmigo,
que no le daré crianza
opuesta á la de los que
más en Madrid se señalan.

SEÑORITO. Si á mí esto no me divierte.
ABATE. Ahí vereis vuestra ignorancia:
y es menester por lo mismo
que la diestra vigilancia
del ayo á quien os confían,
la venza con la enseñanza
de lo bueno y de lo malo;
porque no digais mañana
que no os enseñé de todo.
SEÑORITO. Yo haré lo que usted me manda.
«¡El diantre del hombre, en viendo (*Aparte.*)
»mujeres, no hay quien le haga
»andar! Parece á los machos
»que por los mesones pasan,
»que dicen que se detienen
»porque huelen la cebada.»
ABATE. ¿Qué gruñe?
SEÑORITO. Voy estudiando
la lección para mañana.
ABATE. Eso importa ménos; ahora
vaya estudiando en las caras
que se encuentran, lo difícil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.
SEÑORITO. ¿Y eso qué es, filosofía?
ABATE. Y de las más delicadas.
JORGE. Dejen ustedes llegar
á la puerta aquestas damas.
CONCHITAS. Luégo que entremos nosotras
quedará desocupada,
y pueden entrar en vez.
JORGE. No sean desvergonzadas.
JUA. Y LEO. No sea usté así.
CONCHITAS. Mate usía
(*Dando un bofetón á D. Jorge.*)
esa chinche con la pata,
no se le ensucie la mano.
JORGE. ¡Si á que es mujer no mirara!...
JUANA. ¿Quiere usted callar, don Jorge?

Llame usted por la ventana,
y responderán más breve.

JORGE. ¡Que quieran unas madamas
como ustedes, en el corro
entrar con esa canalla!

LEONOR. En mí es antojo.

JUANA. Y en mí
es más: purísima gana.

Sale MARCOS *de majo con la* TOMASA, *y detrás, siguiéndolos á lo largo,* D. SEBASTIÁN, *de capa, volviendo ella á cada instante la cabeza para mirarle: por otro lado salen la* CULEBRA *y* MANOLO *de majos.*

MANOLO. ¿Con que hay un rato de broma
en casa de Marisancha?

CULEBRA. ¡Toma si le habrá! Á la ley.
¡Mira, mira si hay parada
poquita gente á la puerta!
¡Y gente de circunstancias!

MANOLO. ¿Y qué, hemos de entrar un rato?

CULEBRA. ¿Se había de quedar sin cartas
el mejor jugador? ¡Toma!

JUANA. Llame usted á esa ventana *(Á Jorge.)*
con brío, ó tome una piedra.

JORGE. ¡Si se hacen sordos, y callan!

MARCOS. Vuelve en cuando en cuando, tú
que eres más disimulada,
la cabeza, no sea caso,
se pierda entre gente tanta
el señor don Sebastián.

TOMASA. Siguiendo viene á la larga;
y si se pierde, ¡mía tú
qué mayorazgo!

MARCOS. ¡Qué entrañas
tienes tan duras, mujer!
¿Pues no vale más la gracia
con que el pobre caballero
á cualquier parte que vayas
va por si te se ofrece algo,
ó si acaso te da gana

de beber ó merendar?
Y con otra circunstancia,
que no es de aquellos que hacen
de los San Benitos gala:
siempre cuenta lo primero
conmigo, y no me regala
ménos que á tí. Estos hombres,
que al fin á un hombre agasajan
tanto como á su mujer,
y le hacen acompañarla,
porque todo el mundo sepa
que en esto no cabe trampa.
¡Bien puedes agasajarle,
que no hallarás otra ganga!

TOMASA. Pues ves, y díle que quiero
entrar en alguna casa
de estas á bailar.

MARCOS. ¿Mujer,
y si por eso se enfada
el señor don Sebastián?
Yo con esas embajadas
no voy, que me da vergüenza.

TOMASA. Pues yo se lo diré en plata.
¿Don Sebastián?

SEBASTIÁN. Calla, chica,
que la más gente que pasa
es conocida; y no gusto
que nadie me dé matraca.

MARCOS. ¡Ya se lo digo yo; pero
no hay forma de sujetarla!

TOMASA. ¿Y no pudiera cualquiera
tener que yo le llamara
á muchísima de la honra?

SEBASTIÁN. ¿Quién te lo niega, Tomasa?
Sí, hija mía, y yo el primero.
¿Qué es lo que quieres? ¿Naranjas
ó bollos de fantasía?

TOMASA. Entrar á ver donde bailan,
y dar cuatro vueltas.

SEBASTIÁN. Eso

es una cosa arriesgada;
porque luégo hay mil camorras,
y un hombre no gana nada
si le conocen.

TOMASA. No entrar:
aguárdeme usté á que salga
en un portal, ó en la calle;
y si de esperar se cansa,
mudarse, que á bien que yo
no le tiro de la capa.

MARCOS. ¡Mujer, ten prudencia!

TOMASA. ¡Mira
que ahora no estoy para chanzas!

SEBASTIÁN. No merezco yo ese trato.

MARCOS. ¿Ve usted lo que esta mañana
le dije yo á usted? ¡Si no hay
otro medio que dejarla
salir con todos sus gustos,
si ha de haber paz en la casa!
Vamos donde tú quisieres.

VOCES. ¿Frazquillo?... ¿Tía Marisancha?...

MARISANCHA. ¿Qué bulla es esta? ¡Si sale
(Asomándose á la reja.)
mi marido con la tranca,
yo sé que habrá más de cuatro
cabezas descalabradas!

JORGE. Señora, venga usté á abrir,
que ha rato que estas dos damas
esperan.

MARISANCHA. ¡Hola! ¿Y de parte
de quién vienen convidadas?
¡Alabo yo la llaneza!

CONCHITAS. Dile á tu marido cabra,
que estamos aquí nosotras.

MARISANCHA. Ya estaba desesperada
de esperaros.

MANOLO. Diga usted
que está aquí el de la guitarra.

MARISANCHA. Ahora bajarán á abrir.
(Vase, y cierra la ventana.)

MARCOS. No hay sino empujar de gana
cuando abran, y entrarse todos.
SEBASTIÁN. Estar un rato, y á casa.
TOMASA. No nos venga usted con prisa:
yo haré lo que me dé gana.
MANOLO. Ya han abierto: vamos, chica.

(*Ábrese la puerta, y todos se empujan para entrar, dando voces alternativamente.*)

¿Frazco?... ¿Tía Marisancha?
Aguarde usted... Tenga modo...
¡Ay mi mantilla!... ¡Ay mi capa!
ABATE. Señorito, venga usted,
que allí parece que se arma
fiesta, y nos divertiremos.
SEÑORITO. ¿Y si nos dan de puñadas?
ABATE. ¡Qué han de dar, viendo que un hombre
de mi carácter les habla!
Vamos.
SEÑORITO. Vaya usted delante.
ABATE. ¿Á qué es toda esa algazara?
(*Acercándose á la puerta.*)
Aguarden á que pasemos
las gentes de circunstancias,
y luégo entrará la plebe,
si cupiere. Aquí á mi espalda, (*Al Señorito.*)
y empujar.
SEÑORITO. ¡Ay, que me pisan!
ABATE. No hay que reparar en nada.
VOCES. ¡Voto á brios!... no hay que empujar.
JORGE. Que hay aquí una embarazada.
JUANA. Haga usted lugar, don Jorge.
VOCES. ¡Ay mi basquiña!... ¡Ay mi capa!

Forcejeando y gritando como queda dicho, se van entrando. Mutación de casa pobre, con bancos, sillas rotas, etc.; FRAZQUILLO *y* JULIÁN *cada uno con un candil en la mano, y* MARISANCHA *muy maja.*

MARISANCHA. ¿Qué haceis ahí con esas luces?
Despachaos á colgarlas.

JULIÁN. Tenla, que voy á poner
una soga atravesada,
porque la iluminación
esté más proporcionada.

MARISANCHA. Es imposible que quepan,
¡y eso que es grande la sala!

Sale MARCOS.

MARCOS. ¡Jesús, mujer, cuánta gente!

MARISANCHA. Déjalos entrar.

Salen todos, y se acomodan de tropel, algunos en el suelo, MARCOS *sobre un canto debajo de un candil, y* D. SEBASTIÁN *en pié.*

TODOS. Deo gracias.

MARISANCHA. Á Dios sean dadas. Señores,
yo quisiera que la sala
fuera un palacio, y que hubiera
bancos ó sillas de paja
para todos; pero en fin,
la buena voluntad basta.

Salen el ABATE *y el* SEÑORITO.

SEÑORITO. Por usted...

TODOS. ¿Qué ha sido eso?

SEÑORITO. ¡Ay mi madre de mi alma!

ABATE. No hay que dar cuidado: esto es
que le han dado una pedrada
en el ojo. Haga usted gusto
de sacarme un poco de agua.

JULIÁN. Vaso no hay, mas si usted gusta
le sacaré la tinaja,
que llena está á prevención
por si á alguien le da gana
de refrescar.

ABATE. En bailando
se acabó; que eso no es nada.

MARISANCHA. ¿Vamos, quién toca?
POCHO. Aquí están
el violín y la guitarra.
MARISANCHA. Luégo vendrá la bandurria,
que por estar convidada
en otra parte primero,
no ha venido.
CONCHITAS. Pues, muchacha,
como dijo el otro, alguna
debe ser desvergonzada
primero: vamos bailando.
POCHO. Vamos, templad esas gaitas
mientras enciendo un cigarro
y echamos dos bocanadas.
JUANA. Esto es un gusto.
JORGE. En mi vida
gusté de la gente baja.
MARISANCHA. Á la mitad no conozco.
JULIÁN. ¿Y qué? Cuando en una casa
hay semejantes funciones,
se debe dar puerta franca.

(*Al encender Pocho el cigarro en el candil, le caen las chispas á Marcos.*)

MARCOS. ¡Por vida de los demonios!
¿No mira usted que me abrasa?
POCHO. Pues quítese de debajo,
que aquí maldita la falta
hacía usté, aunque no viniera.
MARCOS. ¿Qué va que va usté en volandas
de un puntapié á suplicar
al sol que le preste un ascua
para encender el cigarro?
POCHO. Manuela, tenme esa capa,
verás qué pronto le quito
la costumbre de echar plantas.
SEBASTIÁN. Suplico á usted, caballero;
que el señor ha hablado en chanza.
POCHO. ¡Y si no, que hable de veras!
JULIÁN. Caballeros, á mi casa
se viene á lo que se viene:

más bulla, y ménos palabras.

SEBASTIÁN. Es posible...

MARCOS. Ya usted sabe
que no soy de los que aguantan;
y ninguno como usted,
que há tres años que nos trata
á aquella y á mí con toda
la posible confianza;
pero eso de echarme á mí
chispas encima... ¡caramba!
No saben ellos quién es
el Majillo de Aravaca.

JULIÁN. Pues vaya, señor Majillo,
se acabó.

MARCOS. Si usted lo manda,
se acabó; que en este mundo
no hay nengún hombre que haga
más presto un gusto á un amigo.

CONCHITAS. Vamos bailando, muchachas.

(Bailan seguidillas las majas; D. Sebastián se sienta en la piedra en que estaba Marcos, llegan á encender cigarros, le caen chispas, se las quita y calla.)

TOMASA. ¿Bailo yo, don Sebastián?

SEBASTIÁN. Lo que tú quieras.

TOMASA. Pues vaya,
salga usté á bailar conmigo.

SEBASTIÁN. Hija, por todas las santas
vírgenes y viudas, que
no me expongas á que hagan
burla de mí.

TOMASA. De sobra hay
buenos mozos en la sala;
no se altere usted por eso.

MARISANCHA. ¿Qué hace la gente parada?

PUJITOS. Nosotras ya hemos bailado.

CONCHITAS. Que salgan esas madamas
de agüecador, y veremos
respingar á las campanas.

JORGE. ¿Y esto ha de aguantarse?

JUANA. ¡Toma!



El fandango de candil.

¡Y de qué poco se espanta
el amigo!

MODORRO. Salga usía,
señora.

LEONOR. De buena gana.

JORGE. Yo doblaré las mantillas.

MARISANCHA. También sabemos doblarlas
por acá.

LEONOR. Vamos, don Jorge.

ABATE. Señorito, á esa madama
que es linda.

JUANA. ¿Y no baila usted?

ABATE. La gente condecorada,
á veces por el puntillo...

JUANA. ¿Pues acaso en una casa
de satisfacción, como esta,
qué reparo...

ABATE. Basta, basta,
que hombres como yo, con ménos
sones que les toquen, bailan.

PUJITOS. Chicas, á tomar escuela,
por si se ofrece mañana
un baile de fundamento.

MODORRO. ¡El demonio eres tú! Calla,
no seas provocativa.

CONCHITAS. ¡Dí tú que digan palabra,
verán qué presto me limpio
los mocos con sus enaguas!

JULIÁN. ¿Quiere usía bailar minuete?

ABATE. Mi señorito lo baila
de primor.

TODOS. Pues bailen uno;
después seguirá la zambra.

JUANA. Yo haré lo que ustedes manden.

JULIÁN. Pues toca el violín, Cuchara.

CUCHARA. No poner nombres á naide.
Mira tú cómo acompañas.

(Bailan Doña Juana y El Señorito, y entre tanto dicen las majas:)

PUJITOS. ¡Qué lástima que la tierra

se coma esta filigrana!

MEDIOCULO. ¿Has visto tal sosería,
mujer?

CONCHITAS. Son muy resaladas
todas estas petimetras.

PUJITOS. ¿Y se sabe á qué hora acaba
de dar vueltas al redor
de la pieza sin sustancia?

JULIÁN. Perdone usted, caballero,
(Encendiendo un cigarro.)
que le he quemado la capa.

SEBASTIÁN. No importa. «Que no fuera esa *(Aparte.)*
»la postrera bocanada...!»

TODOS. ¡Vítor, vítor!

MARISANCHA. Sin pararse
las seguidillas, madamas.

NIÑA. También yo bailo.

CONCHITAS. ¡Mocosa,
aguárdate, noramala!
¿Qué te quieres comparar
con las mujeres casadas?

NIÑA. Ya se ve, que para eso
estoy dentro de mi casa,
y bailaré cuando quiera.

CONCHITAS. Mira si un poco me enfadas,
y te doy un puntillón.

MARISANCHA. ¿Y por qué tú has de cascarla?
¡Mira si vas por la puerta
cantando la nininana
al són de cuatro sopapos!

ABATE. Mientras esotras se arañan,
vamos bailando nosotros.

JORGE. Toque usted esa guitarra.

JULIÁN. Vamos callando, que no
quiero riñas en mi casa.

MARISANCHA. ¡Pues hombre, si me provoca!

CONCHITAS. ¡Si es una desvergonzada!

(Se ponen á bailar, y antes de acabar dice Marcos sus dos versos, da vuelta á la soga, caen los candiles, y andan á oscuras en confusión.)

MARCOS. Yo me voy á columpiar
de esta soga mientras danzan.

SEBASTIÁN. ¡Anda con Dios! ¡Me han echado
á perder toda la capa!

JUA. *y* LEO. ¿Don Jorge?

SEÑORITO. ¿Ayo?

ABATE. ¿Señorito?

TOMASA. ¿Don Sebastián?

UNOS. ¿Tía Marisancha?

OTROS. ¿Quién saca una luz?

OTROS. ¡Despacio!

OTROS. ¡Mi mantilla!

OTROS. ¿Marisancha?

OTROS. ¡Ay mis bucles!

TODOS. Luz, luz, luz.

JULIÁN. ¿No mira usted cómo anda?

MARCOS. Mujer...

SEBASTIÁN. Miente quien lo dice.

JULIÁN. ¿Mujer, hay pajuela en casa? *(Coge un candil.)*

MARISANCHA. Por qué no vas á pedirla
á las vecinas prestada?

JULIÁN. Voy. *(Vase.)*

SEÑORITO. Ayo, que me han pisado.

JORGE. Lleven esas manos bajas,
y no despeinen á nadie.

TODOS. ¿No hay quien unas luces traiga?

JULIÁN. Aquí están. *(Sale con luz.)*

Salen EL ALCALDE *y* EL ESCRIBANO.

ESCRIBANO. La justicia.
¿Qué desorden tan extraña
es la que aquí está pasando?

MARCOS. Este cabo tiene traza
de haber sido en algun tiempo
alguacil.

MARISANCHA. Señor, no es nada
más que estar aquí bailando
las gentes en paz y gracia
de Dios, y sin saber cómo,

apagarse á un tiempo entrambas luces.

ALCALDE. Vayan al cuartel
por ahora, y después salga
cada uno cuando pudiere.

SEBASTIÁN. Mire usted que hay gente honrada
en la cuadrilla; y supuesto
que no hay cosa extraordinaria,
es razón que se la atienda.

ESCRIBANO. Con tal que todos se vayan
á la calle, me conformo.

TODOS. Todos os damos palabra.

ALCALDE. ¿Pero de salir delante
de mí?

TODOS. De muy buena gana.

ESCRIBANO. Pues de ese modo, acabóse.

SEBASTIÁN. También el sainete acaba.

TODOS. Suplicando al auditorio
el perdón de nuestras faltas.

LAS TERTULIAS DE MADRID

ó

EL POR QUÉ DE LAS TERTULIAS

PERSONAS

—

D. Juan, *caballero prudente.*
Doña Inés, *su esposa.*
Doña Petronila, *hermana de ésta.*
D. Luís, *buen amigo de la casa.*
Doña Laura. / Doña Ana. / Doña Francisca. / Doña Juana. — *Petimetras de la tertulia.*
D. Joaquín. / D. Pepito. — *Tertuliantes.*
D. Lucas. / D. Cirilo. / D. Manuel. / D. Pablo. / Dos abates. — *Tertuliantes.*
D. Gil. / D. Antón. — *Médicos.*
Un cirujano.
Patricia, *criada.*
Perico, *paje.*
Otras criadas y criados.

La escena es en Madrid.



Sale DOÑA INÉS *muy petimetra, y llorando con grandes extremos, y* DOÑA PETRONILA *consolándola.*

INÉS. ¡Que á mí me suceda esto!
¡Hay mujer más desgraciada
en el mundo! ¿Qué será
luégo de mí?
PETRONILA. ¡Vaya, vaya,
que lance más de repente
no puede darse!
INÉS. ¡Ay, hermana,
yo estoy muerta!
PETRONILA. Yo también
estoy medio atolondrada;
¿pero ya qué se ha de hacer?
INÉS. ¡Válgame Cristo! ¿Muchacha?

Sale PATRICIA.

PATRICIA. Señora.
INÉS. ¿Han traído la gallina?
PATRICIA. Sí señora; mas tan flaca,

que toda ella no es posible
que pueda dejar sustancia
para dos tazas de caldo. (*Vase.*)

INÉS. No hay cosa que así no salga
deprisa.
¿Dijiste á don Pedro (*Á Petronila.*)
que si acaso no encontraba
nuestro médico, trajese
al primero que encontrara?

PETRONILA. Sí.

INÉS. Pues por Dios, Petronila,
que te estés junto á la cama
interín viene algún hombre.

PETRONILA. ¿Yo? ¿Mujer, por qué no llamas
á las vecinas?

INÉS. ¿Sabiendo
cuánto ha que estoy enojada
con todas ellas, querías
que yo me baje á llamarlas,
y quede por mí? ¡Aunque viese
morir á toda mi casta,
no hiciera tal bastardía!
Ninguna á tiesa me gana.

PETRONILA. ¿Y si á tu marido en tanto
los accidentes se agravan,
qué hemos de hacer aquí solas
cuatro mujeres?

INÉS. Pues anda,
y ten cuidado con él,
hija, que á mí me quebranta
el corazón. ¡Ay de mí!
¿qué será de mí si él falta?

PETRONILA. Será lo que ha sido de otras:
á bien que aún eres muchacha,
y no estás desnuda. Tú
en todo caso embanasta
lo que puedas en los cofres,
y asegura las alhajas
de valor, ó yo lo haré,
que tú no estás para nada. (*V...*

Sale PATRICIA *con una luz.*

PATRICIA. Tengan ustedes muy buenas
noches.
INÉS. ¿Cómo está?
PATRICIA. Con ansias
de vomitar, y no habla;
si le preguntan, responden
á dos manos las puñadas,
y hace mil gestos con las
facciones desencajadas.
¡Miedo da el verle!

Sale PETRONILA.

PETRONILA. ¿Las llaves
del dinero y de la plata
las tiene él?
INÉS. Las lleva en una
faltriquera reservada
de los calzones.
PETRONILA. Pues voy
á ver si puedo con maña,
como que saco de allí
la ropa ociosa, afianzarlos. (*Vase.*)
PATRICIA. ¡Ay, amo mío! (*Vase.*)
INÉS. ¡Ay de mí!

Sale LUÍS.

LUÍS. ¿Cómo teneis la antesala
sin luz, y abierta la puerta?
INÉS. ¡Ay, señor don Luis de mi alma,
(*Le abraza llorando.*)
que mi marido se muere!
..ÍS. Primero yo imaginara
que era usted la que quería
morirse, según la extraña
acción de estos agasajos;

pues entrando en esta casa
tantos, de tantos yo soy
sólo el hombre que la enfada
de la tertulia.

INÉS. Tal vez
vuestra seriedad nos cansa,
como toda es gente alegre;
pero enfadarme, no.

LUÍS. ¿Y vaya,
qué teneis? ¿Por qué llorais?

INÉS. ¿No os digo que está en la cama
don Juan con un accidente
más ha de dos horas largas,
y todos estamos muertos?

LUÍS. ¿Y estais con esa cachaza?
¿Y quién está dentro?

INÉS. Nadie.

LUÍS. ¿Y el paje?

INÉS. Buscando anda
por ahí médicos: entrad,
pues no ignorais cuánto os ama;
quizá sólo vuestra vista
le dará alivio.

LUÍS. ¿Y la hermana?

INÉS. Adentro.

Sale PEDRO *de paje, cansado, que no puede hablar.*

PEDRO. ¡Jesús María!

INÉS. ¿Hallaste al médico?

PEDRO. Estaba
en su tertulia... ya han ido
á llamarle... pero, gracias
á Dios... hallé otro...

LUÍS. ¿Y no viene?

PEDRO. Si no puedo echar el habla.

LUÍS. ¿Y quién es?

PEDRO. Don Gil Ventosa.

LUÍS. El médico de mi casa

justamente: ¡gran pulsista!
PEDRO. Conmigo viene.

D. GIL. *Sale de médico.*

GIL. Madama,
á los piés de usted. ¡Amigo!
PEDRO. ¿Señor don Gil?
GIL. ¿Es desgracia,
ó accidente? Pues según
la prisa con que me arrastra
este criado..
INÉS. Entre usted,
que yo ni aun mover las plantas
puedo. ¡Ay de mí!
GIL. ¿Qué ha sido esto? *(Se sienta.)*
INÉS. Dentro hallareis á mi hermana
que os informará.
LUÍS. Venid,
que yo soy de confianza
del enfermo.
GIL. ¿Que es el amo?
LUÍS. Sí, señor.
INÉS. Don Luís, que se haga
cuanto haya que hacer, y usted
disponga como en su casa.
LUÍS. Entrad. *(Vanse.)*
INÉS. Lo que siento más
es tener desazonada
esta noche la tertulia.
Bien pudieras avisarla,
Periquillo, en un instante,
y decirla lo que pasa.
PEDRO. ¡Pues vaya que son poquitos
para avisarlos! Ya llaman.
INÉS. Mira quién es. ¡Ojalá
que esta noche me dejaran!

Sale LAURA.

LAURA. ¿Hija, qué es esto? ¿Tan sola,
y tan apesadumbrada?
INÉS. ¡Ay, Laurita, se acabó
para mí el mundo!

ANTÓN. *Sale de médico.*

ANTÓN. Deo gracias:
¿qué tenemos? ¿Volvió usted
á hartarse de leche helada
después de haberse comido
dos medidas de azofaifas
y tres libras de acerolas?
INÉS. No, señor, es mayor causa
para la que os llamo: entrad,
vereis á don Juan en cama
con un accidente.
ANTÓN. ¡Fuego!
¿Y os estais tan sosegada?
INÉS. Otro hay dentro con don Luís;
porque como usted tardaba,
vino el primero que hallamos.
ANTÓN. Bien hecho.

LUÍS. *Sale de prisa y en cuerpo.*

LUÍS. Perico, marcha
á llamar al cirujano.
PEDRO. ¡Que no alquile también patas
quien alquila pantorrillas! (*Vase.*)
LUÍS. Justamente preguntaba
por usted el compañero.
INÉS. ¿Y qué dice?
LUÍS. Hasta ahora nada.
INÉS. ¡Por Dios; que yo en usted sólo
pongo toda mi esperanza!
ANTÓN. Yo pondré los medios.

LUÍS. Vamos,
que la urgencia es apretada. *(Vanse los dos.)*
LAURA. Yo he quedado muerta.
INÉS. ¿Y cómo
estará esta desdichada,
contra quien todas las iras
de tanto golpe descargan?
LAURA. ¡Jesús, Jesús!

Salen de petimetras DOÑA ANA, DOÑA FRANCISCA, DOÑA JUANA, D. JOAQUÍN *y dos* ABATES *á la moda.*

FRANCISCA. Me parece
noche de semana santa
aquí, según el silencio.
ANA. Si hablais cosa reservada,
no os incomodeis.
FRANCISCA. Ó somos,
ó no, amigas confirmadas.
JOAQUÍN. ¿Qué, llora usted, mi señora
doña Inés?
LAS TRES. ¿Hija, estás mala?
INÉS. No: por Dios, siéntense ustedes.

Sale PETRONILA.

PETRONILA. Dame las llaves del arca
de nogal.
INÉS. Tómalas todas,
y haz cuanto te dé la gana
en todo y por todo. ¡Ay! *(Suspensos todos.)*
ANA. ¿Sabes tú qué es esto, Juana?
INÉS. ¡Ay!
ABATE 1.º ¿Señoras, qué hay de nuevo?
PETRONILA. Que salió bueno de casa
esta tarde mi cuñado,
y volvió luégo con tanta
fatiga, que la escalera
dice que la subió á gatas:
venía trémulo; mandó

que se le hiciese la cama;
se la hicieron; acostóse
tan torpe, que las criadas
tuvieron que desnudarle;
y al echar sobre la almohada
la cabeza, se quedó
sin sentidos y sin habla,
con un terrible accidente.

TODOS. ¡Válgame Dios, qué desgracia!

Sale LUIS.

¡Jesús, y qué confusión!
¿Hay por ahí una garrafa,
doña Petronila?

PETRONILA. Adentro
os la darán las criadas. (*Vase.*)

JUANA. ¿Cómo va el enfermo?

LUÍS. Mal:
lo mismo está que se estaba. (*Vase.*)

ANA. ¡Qué atento es el tal don Luis!

ABATE 2.º Á nadie dijo palabra.

JOAQUÍN. ¡Gran fachenda!

FRANCISCA. Es un cuidado
mayor el que ahora le llama:
yo le disculpo.

LAURA. Yo no.

JUANA. Siempre es así.

INÉS. Mira, Frazca,
yo voy á dar una vuelta,
y á saber qué es lo que pasa
allá dentro.

FRANCISCA. No hagas tal,
hija, ¿no está allí tu hermana,
los médicos y don Luís?

INÉS. Y á saber por qué no sacan
de refrescar.

LAURA. Eso sí.

INÉS. Por Dios te encargo que haya
silencio.

ANA. Vete, que bien
sabes á quien se lo encargas.
LAURA. Hija, en estos lances, y entre
personas de confianza,
no te andes con chocolate,
meriendas ni pataratas:
lo primero es lo primero
que se ha de cuidar; y basta
con que saquen una fuente
de fruta, alguna fritada,
ó torreznos.
FRANCISCA. ¿Tienes lomo
fresco?
INÉS. Voy á que lo hagan (*Se levanta.*)
freir.
ANA. Á mí chocolate,
que hoy estoy desazonada.
JUANA. Yo mi media rosca tierna,
y mi puñado de pasas,
como siempre.
FRANCISCA. ¡Habrá mujeres (*Aparte.*)
más imprudentes!
ABATE 1.º Que llaman. (*Á gritos.*)
INÉS. Sírvanse ustedes de abrir,
que adentro están ocupadas. (*Vase.*)
FRANCISCA. Yo he quedado lela.
LAURA. Y yo
aún estoy toda asustada.

Va uno de los tres á abrir, y luégo sale PEDRO *con el* CIRUJANO *y* DON LUCAS *y* DON CIRILO *de tertulianles, con capa y gorro.—Sale* LUÍS.

LUÍS. ¿Ha venido el cirujano?
PEDRO. Aquí le traigo ya.
LUÍS. ¡Gracias
á Dios! Entre usted corriendo,
que ya ha rato que hace falta.
CIRUJANO. Ahora acaban de avisar. (*Se entran.*)
LUCAS. Buenas noches, camaradas.

CIRILO. Adios, señores.
JOAQUÍN. ¿Sabeis
la novedad?
LUCAS. Ahora acaba
de contárnosla Perico. (*Se sientan.*)
FRANCISCA. Señores, lo que se encarga
es el silencio.
JOAQUÍN. Para eso,
y para hacer ménos larga
una visita de enfermo,
sé yo, amigos, una brava
receta.
LAS MUJERES. ¿Cómo, qué cosa?
ABATE 1.º Dí, ¿cuál es?
JOAQUÍN. Pelar la pava.
JUANA. Pero hablar quedito.
ABATE 2.º Cuanto
más quedo, mejor pelada.

Sale LUÍS.

LUÍS. ¿Saben ustedes si acaso
dejé yo por ahí mi capa?
Ya la veo. (*Se la pone.*)
JOAQUÍN. ¿Dónde vas?
LUÍS. Á traer una tipsana
que han recetado.
FRANCISCA. ¿Y qué dicen?
LUÍS. No dan muchas esperanzas. (*Vase.*)
JOAQUÍN. ¿Esperanzas? ¡Esa es
una comida muy cara!
ABATE 1.º Yo sé quien las tiene buenas,
sólo que no quiere darlas.
ABATE 2.º ¿Tiene usted muchas? (*Á Laura, fisgando.*)
LAURA. ¡Y gordas!
ABATE 2.º Así usted me regalara
unas poquitas.
FRANCISCA. Silencio,
que esta no es noche de chanzas.
CIRILO ¡Qué cabezas!

LUCAS. «De aquí un poco
»yo, amigo, cojo la rauta
»á jugar mi malillita
»á otra parte.»

PEPITO. *Sale de petimetre calavera.*

PEPITO. Salgan, salgan
ustedes á los balcones,
verán reñir á dos majas
con un escribano, sobre
quién se lleva el gato al agua.
TODAS. Chis.
PEPITO. Salgan ustedes, (*Recio.*)
TODOS. Chis.
JOAQUÍN. Que está muy malo en la cama
don Juan con un accidente.
PEPITO. ¿Y qué dice á eso madama?
ANA. Está muerta.
PEPITO. De ese modo
no podrá decir palabra.
ANA. Traiga usté esa silla chica.
PEPITO. ¿Hablan ustedes en chanza? (*La trae.*)
ANA. No, no; ya lo verá usted.

Sale PETRONILA.

PETRONILA. Amigas, suplid las faltas,
que hoy todo va como va.

Sacan de beber el PAJE *y las dos criadas, y luégo algunas servilletas, una fuente como de fritada, pan, tenedores, etc.*

FRANCISCA. Si estaba muy excusada
por hoy esta ceremonia.
JUANA. Mira este vaso, ¡qué bata (*Aparte á las otras.*)
tiene de tan lindo gusto!
FRANCISCA. ¡Mujeres, que seais tan malas!
¿Quién repara en estos lances?
LUCAS. Si aquel vino de la Mancha

no se acabó, mande usted
que una botella nos traigan.

PETRONILA. Anda, chica.

PATRICIA. ¡Bueno va esto,
y mi amo para dar su alma
á Dios! (*Vase.*)

Sale LUÍS.

LUÍS. Buen provecho.

ABATE. Luís,
(*Presentándole una tajada.*)
vaya al paso esta tajada.

LUÍS. Esto es antes. (*Tomándola.*)

Al entrar D. LUÍS *con la garrafilla, salen los dos médicos muy serios, y* DOÑA INÉS *llorando amargamente; se quedan á una punta del tablado: los otros siguen merendando; luégo rodean á los médicos como con curiosidad.*

INÉS. ¿Con que, en fin,
pueden fundarse esperanzas?

ANTÓN. El pulso aún prometé algunas;
pero hareis mal en fundarlas
hasta ver si vuelve, y cómo
vuelve.

Sale LUÍS.

LUÍS. ¿Le doy la tipsana?

GIL. Al instante, y avisad
si la traga ó no la traga. (*Vase Luís.*)

ABATE 1.º ¿No fuera bueno sangrarle?

GIL. Ya tiene desenvainada
la lanceta el sangrador;
pero hay primero otras causas
que vencer.

PEPITO. ¿Se ha confesado?
(*Con la boca llena.*)

GIL. ¿Cómo, si ha perdido el habla?

INÉS. Ese es mi mayor pesar.
JOAQUÍN. Esta tajadita magra, (*Se levanta y la brinda.*)
que está diciendo comedme.
INÉS. Perdonad, no tengo gana.
LAURA. ¡Qué mal frito está! (*Aparte las dos.*)
JUANA. ¡Y la rosca,
qué dura y qué apelmazada!
TODAS. Ven aquí.
ANTÓN. Siéntese usted,
y tenga la confianza
de que no la dejaremos
hasta ver si se le saca
de este primer paso.
INÉS. Bien. (*Se sienta llorando.*)
GIL. Tenga un polvo de la Habana.
ANTÓN. Y rico. «¡Los tertuliantes, (*Aparte.*)
»qué lindamente acompañan
»la pacienta en su dolor!»
GIL. «¡No es el ejemplillo rana
»para algunos que sé yo
»que cuanto tienen lo gastan
»en tertulias!» Otro polvo.
ABATE 1.º Los médicos mala cara
ponen.
PEPITO. ¿Qué médicos son?
ABATE 1.º Entrambos de mucha fama.
PEPITO. La fama de los doctores
es como la de las damas,
que aquella que tiene más
visitas es mas nombrada,
y suele ser la señora,
con perdón, una tarasca.

Sale LUÍS.

LUÍS. Señores, vengan ustedes,
que ha bebido la tipsana
sin derramar ni una gota,
y van á ménos las ansias.
INÉS. ¿De veras? (*Ansiosa.*)

TODAS. Estate quieta.
ANTÓN. No es la noticia muy mala.
Entremos, don Gil Ventosa.
GIL. Vamos, don Antón Jalapa. (*Vanse.*)
LAURA. No entres tú.
INÉS. ¿Por qué, si soy (*Ansiosa.*)
yo sola la interesada?
LUCAS. Chis, don Luís, salga usted luégo
que si usted no juega, falta
un pié.
LUÍS. ¡Qué pié ni qué mano!
¡Para juego está la casa! (*Vase.*)

Salen D. MANUEL *y* D. PABLO.

MANUEL. Á los pies de ustedes.
PABLO. ¿Con que
tenemos novedad?
LUCAS. ¡Vaya
si hay! Doña Petronila,
que saquen una baraja,
y nuestra mesa.
CIRILO. Este es juego
en que todo el mundo calla.
PETRONILA. Está bien. (*Vase y vuelve.*)
PABLO. Pues en la calle
de decirnos ahora acaban
que don Juan está muy malo.
PEPITO. Ya está mucho mejor.
MANUEL. ¡Gracias
á Dios!
PEDRO. Aquí está la mesa. (*Se pone á jugar.*)
ABATE 1.º Cuenta con gritar si os fallan
una malilla, don Lucas.
LUCAS. Es advertencia excusada
donde hay enfermos; y usted
puede para sí tomarla.
PEPITO. Pues yo me desfilo á un baile,
señoras, si no me mandan
otra cosa.

JOAQUÍN. ¿Hay para todos?
LAURA. No; pues si ustedes se marchan,
nos vamos tambien nosotras.
PEPITO. ¿Aprendió usted ya, doña Ana,
las seguidillas del hole?
ANA. ¡Toma, ya están olvidadas!
PEPITO. Si no fuera escandaloso
iría por la guitarra,
y se haría por lo bajo
una peti-serenata.
ABATE 1.º Eso es demasiado: ahora
si quisiera esta madama
honrarnos, sin instrumento
pudiera en seco cantarlas.
ANA. ¡Y que lo oyeran!
PETRONILA. Ahora
que está allá dentro mi hermana,
no importa.
TODAS. Vamos, Anita.
ANA. Vaya una coplita.
TODOS. Vaya.

Canta DOÑA ANA *una seguidilla del hole en seco: todos la rodean, los unos detrás de la silla y los otros delante, de rodillas; y en acabándola,* D. LUCAS *se levanta de la silla, echa á rodar un candelero, y dice gritando:*

LUCAS. ¡Hombre de dos mil demonios,
que haga usted esa jugada
en mano de favorito!
MANUEL. ¿Por qué usted no me avisaba
que tenía la malilla?
LUCAS. No sabeis tener las cartas
en la mano.
MANUEL. Más que usted.

Sale LUÍS.

LUÍS. Señores, señores, valga
la cortesía, por Dios;

que nuestro amigo se marcha
por la posta.

LUCAS. ¿Sabe usted
ya cuántas malas jugadas
ha hecho este hombre?

LUÍS. Bien está;
pero reñirlas mañana.

JOAQUÍN. ¿Con que eso va malo?

LUÍS. ¡Malo! *(Vase.)*

LUCAS. Don Cirilo, usted baraja.

PETRONILA. Con vuestra licencia voy
á ver cómo estamos.

FRANCISCA. Anda.

ABATE 2.º ¡Noche funesta!

PEPITO. El caso es
que yo traía mi danza
de monos en los bolsillos,
y esta noche hacer pensaba
los purchinelas.

JUANA. ¿De veras?

PEPITO. Sino, vé aquí por fianza
de mi verdad, al señor
don Cristóbal. *(Saca un mono.)*

JUANA. ¡Ay qué gracia!

ANA. ¿Teneis más?

PEPITO. El perro, el hombre,
el demonio y la madama.

FRANCISCA. ¿Y el silvatillo?

PEPITO. También.

JUANA. Hable usted algo como hablan.

PEPITO. Se mete bulla.

JOAQUÍN. Quedito,
y sólo cuatro palabras.

PEPITO. «¿Compañero, qué de veras
(Hablando de purchinela.)
»hay allá fuera muchachas
»bonitas, bonitas? Mucho.»

Salen DOÑA INÉS *y* DOÑA PETRONILA, *serias.*

INÉS. Hijas, por la Virgen santa
que os vais: bien conozco que
aquí estais mortificadas,
y yo deseo estar sola.

PETRONILA. Los médicos ahora acaban
de decirme que don Juan
llegar no puede á mañana.

INÉS. ¡Ay de mí! *(Se cae en una silla.)*

TODAS. Por Dios, amiga. *(Se levantan.)*

PEPITO. Que traigan un poco de agua.

INÉS. No es menester: por Dios, idos.

JUANA. ¿Irme yo estando con tanta
pena tú?

ANA. Ni yo tampoco.

FRANCISCA. También yo avisaré á casa
que no nos esperen.

JOAQUÍN. «Digo, *(Aparte.)*
»mi señora doña Juana,
»esfuerce usté el pensamiento,
»vereis qué noche tan guapa
»pasamos contando cuentos.»

JUANA. ¿Qué tigre tuviera entrañas
de dejaros en un lance
como éste? ¿No lo extrañara
todo el mundo?

ABATE 1.º «Oyes, Joaquín, *(Aparte.)*
»¿que se quedan las madamas?»

JOAQUÍN. Sí, hombre.

ABATE 1.º Por lo que se ofrezca, *(Retirándose.)*
cuanto más acompañada,
mejor: yo seré el primero.

INÉS. Hijas, yo con mi desgracia
no estoy para daros cena,
ni hay disposición de camas.

ANA. ¿Quién se había de acostar
con tal cuidado?

JUANA. ¿Ni gana

de cenar quién la tendría?
PEPITO. ¿Teneis jamones en casa, café y chocolate?
INÉS. Sí.
PEPITO. Pues sobra con eso que haya: y allá á lo más retirado, donde al enfermo no se haga mala obra, pasaremos la noche, aunque no son largas, como unos duques.
JOAQUÍN. ¡Vereis qué linda noche se pasa!
ABATE 1.º Digo; nos podemos ir á la pieza de las jaulas, que está lejos de la alcoba.
JUANA. Dice bien.
LOS CUATRO. Pues fuera espadas. (*Se las quitan.*)
INÉS. Es imposible, señores... ¿Qué hay de nuevo, don Luís?

Sale LUÍS *muy lloroso.*

LUÍS. Nada: lo más sensible aquí es la disposición del alma.
INÉS. ¿Pues qué va á peor?
LUÍS. Señora, usted téngala tragada: búsquese un coche, y con una de estas amigas se vaya, que ya no está bien aquí; y pues tanta confianza tiene de estos caballeros, nombre uno que cargo se haga de disposiciones, llaves y papeles.
INÉS. ¡Ay mi Juana! (*Abrazándola.*)
JUANA. Yo sería la primera, amiga, que te llevara, á no tener tantos hijos.

FRANCISCA. Yo también, como mi casa
tuviera una alcoba más.

ANA. Por mí, ya sabes la mala
condición de mi marido.

INÉS. Señor don Joaquín...

JOAQUÍN. Madama,
yo en asunto de papeles
soy un pedazo de albarda.

LUCAS. Yo ya sabe usted que tengo
(Sin dejar el juego.)
una oficina pesada.

ABATE 1.º Yo mil correos y agencias
que me llevan á la rastra.

PEPITO. Á mí lo testamentario
es cosa que no me encaja.

INÉS. ¿Vosotras sois las amigas
de quien tuve confianza?

LUCAS. Ese as: ¿no reparó usted *(Gritando.)*
que yo descubrí la mala?

INÉS. ¿Cabe en los hombres de honor
correspondencia tan falsa?

LUÍS. Don Juan, amigo, ya tiene *(Á voces.)*
sal y aceite la ensalada;
salid á echar el vinagre.

Sale D. JUAN *en bata, y médicos y criados.*

JUAN. Sea enhorabuena, madamas:
caballeros, yo agradezco
á todos mercedes tantas.

INÉS. ¿Hijo, qué es esto?
(Ansiosa; y todos admirados en pié, y dejan el juego.)

JUAN. Esto es, hija,
haberte dado copiada
una pesadumbre, que
quizá puedes ver mañana
original.

INÉS. Bien decías,
que es vano cuanto se gasta
con semejantes tertulias,

que del que más me adulaba,
en una necesidad
me hallaría más burlada.

JUAN. Te lo dije, y te repito,
que nadie viene á estas zambras
sin su fin particular,
ó su interés: verbigracia:
La señora viene aquí *(Á Juana.)*
porque es amiga de danza,
y en su casa su marido
no quiere sufrir guitarras.
La señora viene á ver *(Á Francisca.)*
cómo sale de cuñada;
si aquí que entran muchos hombres
se inclina alguno, y se casan.
Esta viene porque viene *(Á Ana.)*
estotro; y á la contraria,
éste porque viene estotra. *(Á Joaquín.)*
Éste viene porque aguarda *(Á Pablo.)*
que yo le saque un empleo.
Este porque está sin blanca *(Al Abate 1.º)*
lo más del año, y yo soy
el que socorre la plaza.
El señor acude aquí, *(Á Pepito.)*
como á otras tertulias varias,
por trasegar de una en otra
lo que en todas partes pasa,
hecho arcaduz, que tan presto
lo coge como lo vacia.
El señor, porque asegura *(Á Lucas.)*
con el juego la pitanza
para el otro día. Este, *(Al Abate 2.º)*
porque con lo que aquí zampa
por la tarde, ahorra la cena:
y estotros, porque hace malas *(Á los otros.)*
noches, viven ahí enfrente,
y aquí siempre hay fiesta armada.
¿Es esto? Respondan; y
(Ponen todos el dedo en la boca.)
quien mienta, muerto se caiga.

Este es solo verdadero (*Á Luís.*
amigo, y quien, si pasara
de veras lo que hoy fingimos,
me sirviera y te amparara.

LUÍS. Con el alma y con la vida.

INÉS. Hijo, yo por la enseñanza
te perdono el grande susto.

ANTÓN. Ya no hacemos aquí falta,
pues don Juan encontró el modo
de curarse y de curarla.

FRANCISCA. Muy bien lo han fingido todos.

PETRONILA. Á costa de nuestras ansias. (*Suspirando.*)

JUAN. Por sacar las llavecitas (*Con fisga.*)
del dinero y las alhajas:
esas son cuentas que luégo
los dos hemos de ajustarlas.

JUANA. Sin embargo, es un desaire... (*Enfadada.*)

FRANCISCA. Amiga Juanita, calla;
y callemos todos, pues
ya nos han visto las cartas,
y si envidamos el resto
quedamos más desairadas.

LAS DAMAS. Dice bien: adios, amiga. (*Vanse.*)

LOS HOMBRES. Chicos, encended las hachas. (*Vanse.*)

PEPITO. Si soy arcaduz, y los
arcaduces nunca paran:
la historia que aquí he cogido
voy á otra parte á vaciarla. (*Vase.*)

INÉS. ¿Y qué tipsana tomaste?

LUÍS. Cuartillo y medio de horchata
que yo le traje en persona.

INÉS. Pues yo he sido la curada,
yo soy la que debo á ustedes
darles el premio y las gracias.

JUAN. Todos seremos contentos,
si de este ejemplo se saca
por qué y cuando las tertulias
se forman y desbaratan.

EL MUÑUELO

TRAJEDIA POR MAL NOMBRE

EN UN ACTO

PERSONAS

—

PEPA, *frutera.*
CURRA, *lavandera.*
PIZPIERNO. } *Presidarios.*
ROÑAS. }
ZAQUE. } *Majos del barrio.*
MUDO. }

ALCALDE DE BARRIO.
UNA CASTAÑERA.
UN MONAGUILLO.
DOS ALGUACILES, *que no hablan.*

La escena es en Madrid, y su calle ancha del Avapiés.



ESCENA I.

La PEPA *y luégo la* CURRA *de majas bizarras.*

PEPA. Valor, acuerdaté de que eres mío;
y de que, como dijo el otro marras,
en no sé qué comedia de treato,
saber vencerse es la mayor hazaña.
El rincor en nosotras, ¿qué es? Impulso
de alborotar las calles y las casas:
¿Y la vergüenza? Una aprensión que suele
salir á los carrillos de la cara,
que con pasar la mano, agur, amigo,
y queda una persona descansada.
Pues fuera de rincor y de vergüenza,
y vamos á evitar muchas desgracias
en dos familias que el honor han sido
de todo el Avapiés y media España.
Curra, Curra. (*Á su puerta.*)

Sale CURRA.

CURRA. Ya lo oigo: ¿qué me quieres?
PEPA Solamente decirte una palabra.

CURRA. Díla.

PEPA. Y que me respondas.

CURRA. Pues pregunta,
que ya están las orejas destapadas.

PEPA. ¿Semos mujeres, dime, ó no lo semos?

CURRA. Sé que lo soy, y no me importa nada
que tú lo seas; pero así parece.

PEPA. Dí, ¿te acuerdas de aquella noche infausta?

CURRA. ¡Más te acordarás tú! Pero adelante.

PEPA. Pues chitón, y pelitos al mar vayan.

CURRA. Está lejos el mar, vayan al aire,
y llegarán primero: á la sustancia.

PEPA. Pues ya sabes que hoy llegan de presillo
nuestros hermanos, que por mote llaman
al mío Roñas, y Pizpierno al tuyo.

CURRA. Porque lo sé me he puesto medio guapa:
y ya un real calesín he prevenido
para irle á recibir si viene á pata,
y que como quien es éntre en la corte.

PEPA. ¿Y el barrio, qué dirá de esa fanfarria
en una lavandera?

CURRA. ¿Y tú, quién eres?
Una triste frutera de la Plaza,
que mientras yo me lavo, ella se ensucia
las manos con la fruta remostada.

PEPA. Frutera ó no, por fin he socorrido
á mi hermano, y le digo siempre: gasta
con tu persona propia y tus amigos,
que aquí está Pepa.

CURRA. ¿Y cuánto le enviabas?

PEPA. Una letra formal de duro y medio,
á quince días vista, en oro ú plata.
¿Qué te parece?

CURRA. ¡Como cosa tuya,
que en poniéndote á dar eres bizarra!

PEPA. Eso no viene al caso.

CURRA. ¿Pues qué viene?

PEPA. Que sigún escribieron en su carta
dende Alhucemas á mi tía Josilla,
cuyo porte pagó con tanta rabia

que la mordió, pato solene han hecho
entramos de casarse con entramas.

CURRA. ¿Y qué más?

PEPA. Que ya semos todos unos:
y que como de amigas á cuñadas
hay tanta diferencia...

CURRA. Eso es corriente.

PEPA. Quisiera...

CURRA. ¿Qué quisieras? Pepa, acaba
por Dios, que ya me has hecho una joroba
en la pacencia y otra en las espaldas.

PEPA. Quisiera yo que nuestras disinsiones
á los oídos en jamás llegaran
de nuestros novios á la trocadilla,
y hermanos; pues mi Roñas si se enfada
es un demonio.

CURRA. Y mi Pizpierno un diablo
si se atufa: lo propio que su hermana.
Supongo que todito mi linaje
no tiene que envidiar en mala fama
y golpes de fortuna al más pintado:
ahí están oficiales de la Sala
y menistros, que si se lo preguntan,
se harán lenguas en nuestras alabancias.

PEPA. Lo mesmo de la mía.

CURRA. Y finalmente,
si alguna cosa habemos hecho mala,
lo han pagado los cuerpos ó el bolsillo,
y hoy en el día no debemos nada.

PEPA. Pues para no deber, capitulemos
paz y secreto.

CURRA. Yo te doy palabra,
y la mano derecha de uno y otro.

PEPA. Y yo como la más interesada
en que nuestros dos hombres á su arribo
no me encuentren vencida, y no vengada,
un abrazo te doy.

CURRA. ¡Pero cuidao,
que hay en el Avapiés lenguas muy largas
que lo puedan decir!

PEPA. Si á eso se atreven,
tijeras tengo yo para cortarlas.
CURRA. ¿Sabes la hora que es?
PEPA. Sí.
CURRA. ¿Tienes reloses?
PEPA. Cuatro se oyen muy bien desde mi casa:
los de San Juan de Dios, los Hespitales,
el de la Trinidá y el de la Plaza.
CURRA. Yo sólo tengo dos: uno de arena,
y otro de sol, pintado en una tapia.
PEPA. El Mudo viene allí.
CURRA. Pues entre tanto
que saco la basquiña yo del arca,
pregúntale qué puerta de la corte
está más cerca del presillo. (*Vase.*)

ESCENA II.

PEPA *y el* MUDO.

PEPA. Anda
y vuelve pronto, que se va la tarde.
MUDO. Á Dios, Pepa.
PEPA. Á Dios, Mudo.
MUDO. ¿Con que, gracias
(*Con sorna.*)
á Dios, hoy llegan Roñas y el Pizpierno?
PEPA. Mucho: y ya me parece á mí que tardan.
MUDO. ¿Y esa pasión que muestras porque lleguen,
por cuál es de los dos?
PEPA. No sé.
MUDO. ¡Ah, tirana!
¿Piensas que ignoro entre ellos y vusotras
el monopolio y la tracamundana?
PEPA. ¿Quién te lo ha dicho?
MUDO. El corazón insine
mío, que cubre esta indecente capa
y este roto chaleco, que aunque roto,
cada rasgón es timbre de una hazaña,
de una victoria más, que he conseguido

á puntapiés, á palos y á puñadas.
PEPA. ¡Eres muy guapo tú! (*Con fisga.*)
MUDO. ¡Tristes resultas (*Suspirando.*)
de una voluntad fina y malograda!
PEPA. ¿Y son esos suspiros por la Curra
ó por mí? La verdad.
MUDO. Son por entrambas;
pues yo me acuerdo de aquel tiempo...

ESCENA III.

CURRA *de mantilla, y los dos.*

CURRA. Pepa,
¿te ha dicho el Mudo ya para su entrada
qué puerta es la mejor?
MUDO. La del infierno,
de que será el portero mi venganza.
CURRA. ¿Contra quién y de quién?
MUDO. Lo dirá el caso.
CURRA. Anda á ver si hay varillas ó cerrajas
por ahí flojas, en que emplear las uñas,
aquesta noche, por comer mañana,
y déjanos en paz.
PEPA. Mudo, habla ménos.
MUDO. ¿Y si no quiero?
PEPA. Vete enhoramala.
MUDO. No es digna mi atención de ese desaire;
pero por fin y postre sois dos damas;
y en tales circunstancias es preciso
que el hombre mire por sus circunstancias.
PEPA. Ea, vamos.
CURRA. Á Dios, caballerito.
PEPA. ¿Y el calesín, adónde nos aguarda?
CURRA. Sígueme.
PEPA. ¿Y no hay más que uno para cuatro?
CURRA. Es lo que debe ser: no seas machaca.
PEPA. ¿Cómo?
CURRA. Los dos señores al tistero,
una en el pisebrón y otra en la zaga.

ESCENA IV.

El MUDO *solo.*

MUDO. ¡Calesín! ¿Esto más? ¿Tan poderosa
es su pasión por ellos, y que salgan
con todo ese aparato á recibirlos?
¿Quién son ellos, conmigo en comparanza?
Pero también mirado, ¿quién son ellas?
¿Quién son ellas? ¡Oh amor! Son dos muchachas,
que donde hay tantas que se pintan solas,
se las apuestan á las más pintadas.
¿No soy yo tan honrado como todos?
¡Mas ah! La diferencia no es la causa;
que somos todos cinco muy iguales
en nacimiento, méritos y fama.
¿Pues cuál lo puede ser? Es el demonio
que se lleve á los cuatro, y mi desgracia.

ESCENA V.

ZAQUE *y el* MUDO.

ZAQUE. Cansado de buscarte vengo, amigo.
MUDO. Pues no te canses más, que ya me hallas.
ZAQUE. ¿Pero, cómo te hallo?
MUDO. Desairado
de dos mozas, entre las que dudaba
cuál escoger.
ZAQUE. Pues ambas te aborrecen,
y ha cesado la duda: ahora descansa.
MUDO. ¿Yo descansar hasta que á mis contrarios
(*Furioso.*)
hacer añicos pueda, ó los deshaga?
¿Yo despreciado? Yo que soy sobrino
de mi tío Manolo, que Dios haiga,
aquel que en el Campillo de Manuela,
después de haber servido diez campañas
en Ceuta, y haber vuelto victorioso,

murió de mala muerte...

ZAQUE. ¡Atroz navaja
del cruel Mediodiente! ¡De qué hijo,
de qué ladrón privastes á la patria!

MUDO. ¡Oh funesto Campillo!

ZAQUE. Sí, por cierto:
¡cuántas veces jugamos á la taba
yo y tu buen tío allí!

MUDO. ¡Crudas memorias!

ZAQUE. Pues cuécelas y alienta. Sé la trama
de esas dos mujercillas...

MUDO. Poco á poco,
y delantre de mí, mira cómo hablas;
que al cabo soy quien soy, y ellas mujeres.

ZAQUE. Pero malas mujeres.

MUDO. Eso vaya.

ZAQUE. Y ellos son unos pillos.

MUDO. Y pillados
por la justicia.

ZAQUE. Esa fué desgracia,
que á tí, ó á mí, como hay tantos soplones,
nos puede suceder hoy ó mañana.
Ser traidores contigo todos cuatro,
siendo tu amigo yo, me llega al alma.
Ya han entrado en Madrid, los he seguido,
y sin sangre te ofrezco la venganza.

MUDO. ¿Á palos?

ZAQUE. Con pesares y con chismes
verás qué pronto el lazo se desata
de una boda.

MUDO. ¿Y la otra?

ZAQUE. ¿Cuántas quieres?

MUDO. Á las dos, y sino no hacemos nada;
que aunque entre ruín ganado hay poco arbitrio
para escoger, es la eleción ventaja.

ZAQUE. Allí viene el Pizpierno. No te alteres;
salúdale cortés, y después calla;
que yo hablaré, y verás el bello modo
con que le meto un chuzo por el alma.

MUDO. ¿Y dónde está?

ZAQUE. En la lengua, cuya herida,
en penetrando, tarde ó nunca sana.

ESCENA VI.

Los dichos y PIZPIERNO.

ZAQ. *y* MUD. Sea para bien, Pizpierno.
PIZPIERNO. ¿Mudo? ¿Zaque?
Mis ilustres antiguos camaradas,
dadme muchos abrazos, y decidme
cómo va de salud, bolsillo y majas.
MUDO. Yo así, así. (*Con desdén.*)
ZAQUE. Yo tan gordo como siempre.
PIZPIERNO. ¿Y cómo va el oficio?
ZAQUE. No se gana
para fumar. Tú sí que vienes güeno.
PIZPIERNO. No hay en el mundo tierra más templada
que el África.
ZAQUE. ¿Y el pan?
PIZPIERNO. Güeno, aunque poco;
que allí está en todo su vigor la tasa.
ZAQUE. ¿Y Roñas?
PIZPIERNO. Entre tanto que yo vengo
á darle dos abrazos á mi hermana,
ha ido á ver á la suya, y prevenirla
de que luégo iré yo á congratularla,
y á que me congratule, mientras tanto
que los trenes de boda se preparan.
MUDO. ¡Oh golpe de fortuna!
PIZPIERNO. Amigo Mudo,
¿qué espamientos son esos?
ZAQUE. Calla, calla:
y no sea correo tu semblante
de tal noticia.
PIZPIERNO. ¿Qué noticia?
ZAQUE. ¡Mala!
No, no me la preguntes. Me atraganto...
me da hipo de sólo imaginarla.
PIZPIERNO. ¿Por qué tú te estremeces, y á este otro

el cuerpo se le encoje y se le alarga
dende que aquí me vió? ¿Estoy acaso
sentenciado á segundas caravanas?
Hablad claro.

MUDO. ¡Ojalá!

ZAQUE. ¡Ménos mal fuera!

PIZPIERNO. ¿Pero qué es ello?

ZAQUE. ¡Es cosa muy amarga
dar un amigo á otro un trabucazo!

PIZPIERNO. Peor es darle una purga que no alcanza
para hacer el efecto que es corriente,
y le corrompe á un hombre las entrañas.
Dilo.

ZAQUE. Es contra tu honor.

PIZPIERNO. Eso es lo ménos.

ZAQUE. Que...

PIZPIERNO. Dí.

ZAQUE. Á tu novia encuentras azotada.

PIZPIERNO. ¿Á la señora Pepa?

MUDO. Á la señora
Pepa, tu dulce esposa idolatrada.

PIZPIERNO. ¿Y cómo?

ZAQUE. Con la mano.

PIZPIERNO. ¿Y dónde?

ZAQUE. ¡Harto,
harto te he dicho ya; rúmialo, y basta!

PIZPIERNO. ¿Y quién fué la infelice criatura
¡hecho veneno estoy! que puso osada
la fuerte mano sobre cosa mía?

MUDO. ¡Según dijo la novia, no es muy blanda!

PIZPIERNO. Aunque vuelva á presillo otros diez años,
se la voy á cortar. ¿Quién fué?
(*Saca un cuchillo.*)

ZAQUE. Tu hermana.

PIZPIERNO. ¿La Curra fué? (*Sorprendido.*)

ZAQUE. La Curra.

PIZPIERNO. ¡Qué contraste
siente mi corazón, y qué batalla
de afectos divididos! De aquí tira
el amor, de aquí afloja y me desarma

la sangre, el brazo: la naturaleza
me dita compasión: amor venganza...
Estoy borracho.

ZAQUE. No te precipites.

PIZPIERNO. Te aseguro que poco me faltaba;
mas valga la prudencia, y entre tanto
envainemos.

MUDO. Lo propio hizo Carranza.

PIZPIERNO. Quiero disimular hasta su tiempo.
Curra, Curra. (*Llama.*)

ZAQUE. No tienes que llamarla;
que salió con la Pepa á recibirte.

PIZPIERNO. ¿Luégo ya están en paz?

ZAQUE. Como cuñadas.

PIZPIERNO. ¿Y por qué puerta fueron?

ZAQUE. Por la puerta
que al presidio creían más cercana.

PIZPIERNO. ¿Pues no saben que siempre que podemos
por los portillos son nuestras entradas?

ZAQUE. ¿Y por qué?

PIZPIERNO. Por huir de cerimonias
con los registradores y los guardas.

MUDO. ¡Prudente reflexión!

PIZPIERNO. Pero entre tanto
que ellas vienen, ó vamos á buscarlas,
decid para tomar yo mis medidas,
de tal caso el catástrofe y la causa.

ZAQUE. Dígalo el Mudo.

MUDO. Dilo tú si puedes;
que yo no hablo de cosas atrasadas.

ZAQUE. Pues ya que renovar de aquel suceso
el pasivo dolor, amigo, mandas,
diré que era la tremenda noche
de los defuntos, en que las campanas
aturden más que avivan á las gentes,
aunque sean calaveras agraciadas,
que lo serán horribles con el tiempo:
noche que por costumbre inveterada
deben solemnizarse las tertulias
con puches, y muñuelos y castañas.

PIZPIERNO. ¿Y vino?
MUDO. Se supone; aunque echó el cielo
aquella noche á cántaros el agua.
ZAQUE. En casa de la tía Churumbela,
como la más rumbosa y más anciana
de las viejas, que fueron reales mozas
en este barrio...
MUDO. Añade: y no se hallan
ya.
ZAQUE. Cuando no se buscan. Como digo;
estaban ya las mesas preparadas,
aunque sin servilletas ni manteles;
con más de una docena de cucharas
de palo, platos hondos, y tres jarros
de vino moscatel, cuya fragancia
salía á recibir los convidados
á la escalera, y todos levantaban
el espíritu al techo y encogían
las narices, diciendo en alabanza
del que plantó las viñas, todo aquello
que merece un autor de tanta fama.
Había ménos sillas que personas,
y de las puches ya borboritaba
el enorme perol en la cocina,
y en el fragmento de una gran banasta
de los muñuelos curruscantes lleno,
el gusto de los ojos retozaba.
¡Pero qué azar! Érase allí un muñuelo
jefe por la grandura y por la traza
de lo bien modelado, de los otros,
que la atención de todos arrebata:
quiso la Curra, como más golosa,
tirarse á él. La Pepa, que se jacta
en piés y manos de la más ligera,
le coge, y de un bocado se le zampa.
Irrítase la Curra; se le quiere
de la boca sacar: Pepa afianza
los atrevidos dedos con los dientes:
empréndense primero á bofetadas;
sigue la lucha á brazo y zancadilla;

cae la Pepa debajo por desgracia,
cae sobre ella la otra por fortuna,
y escupiendo primero la manaza,
cuantos más ojos de jabon más negra,
ojeó todo el volumen de las faldas,
y descubrió...

PIZPIERNO. ¡ Qué imagen representas
(*Interrumpiendo con viveza.*)
á mi ilusión, tan formidable ! Tapa...
corre el velo al discurso, no profane
tu lengua y labio, lo que no profanan
el sol dorado ni la luna llena.

ZAQUE. Pues sólo diré que la azotó.

PIZPIERNO. Basta.

MUDO. Y sobra : callen Barquillo, Maravillas
y Rastro, no lo digo por jactancia,
donde está el Avapiés, que ha sido siempre
el *non pus* de azotados y azotadas.

ZAQUE. ¡ Qué afrenta para toda su familia
y la tuya, si en ella te ingertaras !

PIZPIERNO. ¡ Y que por un muñuelo miserable
se hayan de malograr las esperanzas
que en la unión de los Roñas y Pizpiernos
pudiera afianzar toda la España !

MUDO. ¡ Cosas del mundo !

PIZPIERNO. ¡ Y que en un barrio donde
han vivido la paz y la abundancia,
la honra y el honor como en su centro,
tal escándalo sufran los que maman
ó mamaron en él la primer leche !

ZAQUE. Tú ahora como parte interesada
debes desagraviarle.

MUDO. Ahí viene Roñas.

PIZPIERNO. Disimulemos.

ESCENA VII.

RONAS *y los dichos.*

ROÑAS. ¿ Viste ya á tu hermana
y dueño mío, compañero hermano,

que la mía y el tuyo no está en casa?
¡Hola! ¿Pero qué es esto? ¿Te retiras?
¿Y los torcidos ojos en mí clavas?

PIZPIERNO. Dame los brazos, como compañero,
y como hermano saca la navaja.

ROÑAS. ¿Para picar tabaco?

PIZPIERNO. Para darme
si me ganas la acción, cien puñaladas.

ROÑAS. ¿Y volver á presidio?

PIZPIERNO. Si te mato
á tí yo, te ahorrarás esa jornada.
Sácala.

ROÑAS. Es muy chiquita.

PIZPIERNO. Sea cuchillo
ó cualquier trasto de matar.

ROÑAS. Aguarda,
que el matar y el morir son dos asuntos,
á la verdad, un poco de importancia.
Sepamos la razón.

PIZPIERNO. Dempués de muerto,
y satisfecho yo, sabrás la causa.

ROÑAS. Ha de ser antes.

ZAQUE. Dice muy bien Roñas.

PIZPIERNO. Pues es que tu familia está infamada
con la nota de azotes, y no quiero
á tu Pepa que ha sido la azotada.

ROÑAS. También me han dicho á mí que tú lo fuiste,
antes de ir á Alhucemas, en Granada.

PIZPIERNO. Ese fué testimonio.

ROÑAS. También puede
serlo estotro.

PIZPIERNO. Eso no, que fué mi hermana
quien se los dió, y los dos fueron testigos.

MUDO. Yo no lo ví, que me golví de espaldas.

ZAQUE. Yo tampoco, que había muchas mujeres
delantre, pero oí cómo sonaban.

PIZPIERNO. Con que riñamos hoy esta pendencia,
sobre la boda, si ha de ser mañana.

ROÑAS. Me conformo; pero para que veas
soy más hombre que tú de mi palabra,

te mataré, daré la mano á Curra,
y dempués la daré cuatro patadas,
verbigracia donde ella dió á la Pepa;
la mandaré al hospicio á cardar lana,
y yo iré, si no me ahorcan, á las minas
del azogue, á bailar la zarabanda.

PIZPIERNO. Al arma, pues.

ROÑAS. Embiste.

ZAQUE. Poco á poco:
que cualquier duelo sin iguales armas,
es nulo.

MUDO. Dice bien.

LOS DOS. ¿Pues qué remedio?

ZAQUE. Veamos á ver. Por dos de la navaja
tiene el corte el cuchillo.

MUDO. Está compuesto
con que Roñas le dé cuatro mojadas
al Pizpierno por dos.

ZAQUE. ¡Justa sentencia!
No pudiera decir más SanchoPanza.

PIZPIERNO. Me convengo.

ZAQUE. Aguardad. Mudo, ya sabes
(Aparte, los dos.)
que las gentes de modo y bien criadas,
cuando ven que entre sí dos personajes
tienen que tratar cosas de importancia,
se deben separar.

MUDO. Y muchas leguas:
yo me voy al canal.

ZAQUE. Y yo á mi casa
á prevenir las redes, porque pienso
esta noche salir á pescar gangas.

ESCENA VIII.

PIZPIERNO *y* ROÑAS.

PIZPIERNO. Ya estamos solos.

ROÑAS. ¿Con que no hay remedio?

PIZPIERNO. ¿Me temes?

RoÑAS. ¿Yo temer?
(*Se van á embestir, y se detienen al oir la voz.*)
CASTAÑERA. Con las tenazas
(*Dentro.*)
te he de abrir la cabeza.
LOS DOS. ¿Qué es aquello?
PIZPIERNO. Gente se acerca.
ROÑAS. Pues envaina.
PIZPIERNO. Envaina.

ESCENA IX.

La CASTAÑERA, *el* MONAGUILLO *y dichos.*

CASTAÑERA. Detengan á ese pícaro.
(*Corriendo tras del Monaguillo.*)
MONAGUILLO. Sujeten
á esa mujer, que al público defrauda
dando pocas castañas y roñosas.
CASTAÑERA. Más roñoso es el cuarto que me dabas,
que no puede pasar.
ROÑAS. Huye, muchacho.
MONAGUILLO. La tengo de apedrear con las castañas.
Allá va una podrida; esta está cruda;
esta no se la tiro que está sana. (*Á la boca.*)
CASTAÑERA. ¡Lo ven ustedes, qué desvergonzado!
MONAGUILLO. Esta está hecha carbón.
PIZPIERNO. Monago, escapa.
MONAGUILLO. Eso no, mientras haya municiones,
para ver si escarmienta esa tirana,
y sepa los respetos que merecen
esta sobrepelliz y esta sotana. (*Vase.*)
PIZPIERNO. Déjele usté.
CASTAÑERA. ¿Dejar? Voy á decirle
al alcalde de barrio lo que pasa;
y sino, el sacristán es mi cortejo,
yo le haré que le pegue una sotana.

ESCENA X.

RОÑAS, PIZPIERNO *y el* MUDO.

MUDO. ¿Cuál ha muerto?
PIZPIERNO. Ninguno: ha sucedido
un azar que la vida nos alarga.
MUDO. Pues dejad la pendencia, porque vienen
las novias hacia aquí, desesperadas
porque no os encontraron, y han sabido
que entrasteis en Madrid sin esperarlas.
ROÑ. *y* PIZP. ¿Y dónde están?
MUDO. Muy cerca, sosegaos.
PIZPIERNO. ¿Yo ver á una mujer que está zurrada?
ROÑAS. ¿Yo dar los brazos á una zurradora
sin ver antes su sangre derramada?
PIZPIERNO. Sígueme, si eres hombre.
ROÑAS. Si lo eres,
sígueme tú.
LOS DOS. Verase en la campaña.
MUDO. Pues id hacia el Campillo de Manuela,
y si el valor de alguno se desmaya,
invocad á Manolo, que aún pulula
entre su estiércol, broza, polvo y malvas,
de aquel héroe la sangre esclarecida,
y su espíritu al más cobarde inflama.
ROÑAS. ¿Qué más Manolo que yo mismo?
PIZPIERNO. Vamos
á ver cómo sostienes esa planta.

ESCENA XI.

El MUDO, *y después* PEPA *y* CURRA.

MUDO. Arda en celos, en chismes y camorras
el Avapiés, y todo el mundo arda,
pues yo me abraso.
PEPA. Mudo, ¿acaso has visto
nuestros hermanos?

CURRA. ¿Sabes dónde andan?
MUDO. Los he visto: mas sólo sé de entrambos
que tuvieron noticia á su llegada
de aquella friolera que la noche
de los defuntos sucedió entre ambas:
que Roñas no te quiere, ni á tí el otro;
que sobre esto tuvieron sus palabras,
que se van á matar: yo siento mucho
el veros viudas, antes que casadas.
LAS DOS. ¿Y quién fué el hablador?
MUDO. La castañera
se lo contó á los dos.
CURRA. Por tí, malvada...
PEPA. Por tí desolladota....
MUDO. ¡Bueno! ¡lindo!
Voy á decirle todo lo que pasa
al alcalde de barrio, á ver si puedo
pescar á río revuelto alguna carpa. (*Vase.*)

ESCENA XII.

PEPA *y* CURRA.

PEPA. ¿Estás contenta? ¿Ves la tremolina
que anda en el Avapiés, por ser tú larga
de manos?
CURRA. ¿Por qué tú no la encogiste
al mirar el muñuelo en la banasta?
PEPA. ¿Y qué es lo mismo azotes que muñuelos?
CURRA. ¡Nadie me la hace á mí que no la paga!
PEPA. ¿Y cuando yo me atufo, te parece
que donde está la Pepa alguna campa?
CURRA. ¿Qué Pepa?
PEPA. Yo.
CURRA. ¿Y por qué no te atufaste
aquella noche?
PEPA. Estaba resfriada
y con una sangría en este brazo.
CURRA. ¿Y ahora, qué tal estás?
PEPA. Rebusta y sana;

y si lo quieres ver...
CURRA. Yo siempre quiero.
PEPA. ¿Qué has de querer, si toda eres fanfarria?
CURRA. No volvamos...
PEPA. Volvamos; y si alguna
echa la zancadilla, que no valga.
CURRA. También yo sé reñir de fuerza á fuerza.
PEPA. Y yo de puño á puño. Apara.
CURRA. Apara.
PEPA. ¡Fuerte brazo!
CURRA. ¡Terrible resistencia!
No me arañes. (*Luchan.*)
PEPA. Ahí va esa bofetada.
CURRA. ¡Este es mayor agravio que no el mío!
PEPA. Pues véngate.

ESCENA XIII.

ZAQUE *y las dos Majas.*

ZAQUE. ¿Mujeres desgraciadas,
de vuestros dos hermanos ó maridos,
el infeliz catástrofe no basta?
LAS DOS. ¿Murieron? (*Asustadas.*)
ZAQUE. ¡Mayor fué la desventura,
pues segunda vez dieron en las garras
de la justicia!
LAS DOS. ¿Cómo?
ZAQUE. Y por vosotras
contra de un duro no daré una blanca.
PEPA. ¿Pues qué ha habido?
ZAQUE. De suerte y de manera,
que yendo yo de aquí para mi casa,
á Roñas y Pizpierno ví á lo lejos
que cuerpo á cuerpo con valor luchaban.
CURRA. ¿Y no los separaste?
ZAQUE. El que es prudente
nunca se mete donde no le llaman.
PEPA. ¿Y en qué paró?
ZAQUE. Cansado ya el Pizpierno

de combatir, echó á Roñas la zanca,
y dió con él de bruces en la tierra;
se revuelve ligero, al otro agarra
de una pierna y le tira de costillas:
se irritan, se detestan, se levantan;
cuatro pasos detrás toman terreno;
cierran los puños bien, luégo los alzan,
y apuntando cada uno á las narices
de su contrario, se hacen la mostaza.
Corre la sangre, venlo unos muchachos
que en un portal al tángano jugaban,
se acercan, gritan, más de cien matronas
acuden luégo, crece la algazara;
el alcalde de barrio se aparece,
y así como por arte de la magia
suben los diablos por escotillones,
se aparecieron como dos fantasmas
dos alguaciles, que antes que les diera
la orden el alcalde, los agarran:
á vuestra vista presos los conducen,
y yo me quedo á ver en lo que pára.

PEPA. ¡Fatal Roñas!

CURRA. ¡Pizpierno desgraciado!

ZAQUE. ¡Oh muñuelo! ¡Oh tragedia inesperada!

ESCENA XIV.

El ALCALDE DE BARRIO, *el* MUDO, ROÑAS *y* PIZPIERNO *ensangrentados los hocicos, la ropa, manos, etc., y presos por dos* ALGUACILES *de capa y cofias.*

ALCALDE. Antes de conducirlos á la cárcel,
examinemos á las dos hermanas,
á ver si han de ir los cuatro.

PEPA. Yo fallezco.

CURRA. Zaque mío, sostenme no me caiga.

ROÑAS. ¡Pepa!

PIZPIERNO. ¡Curra!

CURRA. ¡Pizpierno!

PEPA. ¡Hermano mío!

ZAQUE. ¡ Espectáculo triste !
MUDO. ¡ Hora menguada !

ESCENA ÚLTIMA.

La CASTAÑERA *que trae al* MONAGUILLO *de una oreja y dichos.*

MONAGUILLO. ¡ Ay !
CASTAÑERA. Señor, el Monago me ha perdido
el respeto: Justicia.
MONAGUILLO. No os engaña
en eso; pero miente: la he apedreado
con cinco de las seis malas castañas
que me dió por un cuarto.
PEPA. ¿ Por qué antes que llegasen á sus casas,
(*Á la castañera.*)
fuistes á estos dos probes con el chisme
de cosas que era justo que ignoraran?
CASTAÑERA. Señor alcalde, que me lo hagan bueno.
¿Yo chismosa? Las locas mal habladas
son ellas: ¡y cuidado que yo á todas
se los planto, y ninguna me los planta !
ALCALDE. Poco á poco: ¿qué chisme ha sido ese?
CURRA. Que estábamos las dos ya como hermanas,
y ésta nos ha enredado.
CASTAÑERA. Señor, mienten:
porque yo ni las ví ni hablé palabra.
MUDO. ¿Señor alcalde, manda usté otra cosa,
que es tardecillo, y hay que hacer en casa?
ALCALDE. Aguárdense, que por lo que se ofrezca,
es bueno siempre que testigos haya.
PEPA. Si no lo has dicho, pega con el Mudo,
que el falso testimonio te levanta.
CASTAÑERA. Pues, gato... (*Embistiéndole.*)
ALCALDE. Chis: y todo el mundo quieto.
(*Deteniéndola.*)
Él ha ido á sacarme de mi casa
para contarme de los presidarios
el desafío, y de las dos muchachas
la camorra.

MUDO. Mas no dije el motivo,
ni á los recién venidos dije nada;
que el Zaque fué quien se lo contó todo.
ALCALDE. ¿Y qué es el todo?
CURRA. Pura patarata,
en la hora: si yo la casqué á ésta,
ésta me ha dado á mí una bofetada,
que es peor: me perdona, la perdono,
y se quedan las cosas como estaban.
ALCALDE. ¿Y era por este pique vuestra riña?
ROÑ. *y* PIZP. Sí señor.
ALCALDE. ¿Y ahora qué decís?
LOS DOS. Patas.
ROÑAS. Pizpierno, yo por mí, lo dicho dicho.
PIZPIERNO. Y por mí, mi palabra es mi palabra.
ALCALDE. Soltadlos; y agarrad á esos dos tunos,
irán á donde purguen la maraña
que han hurdido, por tres ó cuatro meses.
MUDO. ¿Y ellos que queden libres?
ZAQUE. Á la Sala
apelaremos.
ALCALDE. Interín apelan,
llevadlos y metedlos en la jaula.
ALGUACILES. Vamos.
MUDO. Reniego yo de las mujeres.
ZAQUE. Yo reniego de amigos de tu casta. (*Se los llevan.*)
ALCALDE. Ustedes cuatro miren cómo viven,
que no siempre se pueden hacer gracias:
y esta es atendiendo á que han sufrido
diez años de presidio, y que la causa
procedió de un enredo; y concluída
la razón de unas quejas chavacanas,
la Curra con su Roñas, y Pizpierno
con su Pepa se case, y santas pascuas. (*Vase.*)
MONAGUILLO. ¿Dos bodas? ¡Bueno, bueno! Dos propinas,
ni un cuarto has de llevarme de castañas.
CASTAÑERA. Sí, vé por ellas, vé, que por bonete
te he poner el tostador.
MONAGUILLO. ¡Zarazas!
CURRA. Esposo...

RONAS. Esposa...
PIZPIERNO. Pepa ..
PEPA. Dueño mío...
LOS CUATRO. Dichoso fin tuvieron nuestras ansias.
PIZPIERNO. ¿Concluyó la trajedia?
PEPA. No, hasta tanto
que os mudeis ropa, y os laveis las caras.
ROÑAS. Vámonos á lavar, y despejado
el teatro de gente sanguinaria
sostituya la alegre, y finalice
con un par de boleras resaladas.
PIZPIERNO. Y disipe el terror de la trajedia
el rasgueado placer de las guitarras.



El muñuelo.

LA PETRA Y LA JUANA

ó

EL BUEN CASERO

Este sainete es conocido generalmente con el título de

LA CASA DE TÓCAME ROQUE

PERSONAS

—

PETRA *y* } *Majas.*
JUANA. }

UNA CAPITANA.

UNA VIUDA.

AQUILINA, *criada de la capitana.*

CELIDONIA, *criada de la viuda.*

NICANORA, *costurera.*

JORGE, *sastre.*

LA SASTRA, *su mujer.*

EL MORENO, *novio de Petra.*

EL CASERO, *amigo de la Juana.*

UNA VIEJA.

UN ALGUACIL.

UN INVÁLIDO.

UN ALFÉREZ.

UN VALENCIANO.

GERVASIO, *bordador 1.º*

ARMENGOL, *Id. 2.º*

UNA CIEGA.

UN CIEGO.

OTRO VALENCIANO.

UN ABOGADO.

UNA PASIEGA.

MAJOS MÚSICOS.

La escena es en Madrid.

El teatro representa patio de una casa de muchas vecindades. En él habrá una fuente al foro, y tres puertas debajo de un corredor, que son de tres vecinos, y á cada lado del tablado habrá otras dos, con sus números, desde 1 hasta 7. Por un ángulo del patio se verá parte de la escalera que sube al corredor, que será usado, y en él se verán las puertas de otros cuatro vecinos, y sobre el tejado dos buhardillas, á que se asomarán después dos personas.

Las puertas todas estarán cerradas á excepción de la del número 1.º, á la que estará el MORENO, *de majo, sentado y de mal humor. Á la del número 7 estarán sentados* JORGE *y la* SASTRA *cosiendo de sastrería, y cantando cuando se prevenga. La del número 3 estará entre-abierta, etc.*—NICANORA *y* CELIDONIA *lavando a la fuente, y cantando las seguidillas siguientes, lo más alto que puedan, según su carácter.—De rato en rato se asomarán al corredor alguno de los bordadores, que viven al número 11, observando á las que lavan.*



Seguidilla manchega.

JORGE.

Vale una seguidilla
de las manchegas
por veinticinco pares
de las boleras.
Mal fuego queme
la moda que hasta en eso
también se mete.

MORENO. ¡Oh vísperas celebradas (*Declamando.*)
de san Juan y de san Pedro!
Todos cantan tales noches;
sólo suspira Moreno.

Canta la SASTRA *al aire de jota ó tirana. Interin canta, sale el* ALGUACIL *de golilla, y se entra en el número* 5.

SASTRA. Dijo una niña á su madre, (*Música.*)
porque la mandó coser:
ménos coser, madre mía,
de todas labores sé.
¡Cuántas niñas hay en este mundo
que presumen de todas labores,
y con esto escarmientan al bobo,
que se casa con ellas sin dote!
Esta sí que es tira-tirana; (*Á dúo con el Sastre.*)
ojo alerta, cuidado, señores,
que aunque tengan las caras de plata,
muchas tienen las manos de cobre.

PETRA, *que sale del número 1.*

PETRA. ¿Qué haces ahí fuera sentado? (*Declamando.*)
MORENO. Lo propio que en pié allá dentro:
rabiar.
PETRA. Pues antes que muerdas,
á saludarte.
MORENO. ¡Qué genio
tienes!
PETRA. ¿Dempués de dos años
ahora salimos con eso?
MORENO. Repudrido estoy.
PETRA. Pues antes
que apestes, al basurero
de las Vestillas.
MORENO. ¿Te estorbo
PETRA. Me calientas el asiento,
y hace calor. Ahupa y marcha. *Le levanta.*)
MORENO. Mira, Petra... (*Con sosiego.*)



Petra.

PETRA. No cansemos (*Resuelta.*)
al auditorio; ú orquesta
con todos los enstrumentos,
como le dió á la Juanilla
de arriba su macareno
la víspera de San Juan,
ó hacer cuenta que se han muerto
las manos y las palabras
que te dí de ser mi dueño.
(*Vase cerrando la puerta y llevándose la silla.*)

MORENO. ¡Qué perra es! Y cuanto más
(*Suspenso y arrimado á la tapia.*)
me enrita, más la requiero
y me encanija... ¡Ah, fortuna,
cuántos hombres de provecho
has perdido, y han perdido
sus gustos y sus aumentos,
sólo por la friolera
de que no tienen dinero!...
Adelante. (*Pensando.*

SASTRA. ¿Jorge, has visto?... (*Á media voz.*)

SASTRE. Abundia, canta y callemos.

MORENO. Adios, señores. (*Vase determinado.*)

SASTRES. Él vaya
con usted, señor Moreno.

Sale y pasa el INVÁLIDO, *con un pollo en la mano, que va á su buhardilla.*

SASTRE. Al amanecer, por seda (*Canta.*)
envió á su mujer un sastre,
y no la halló del color
hasta las tres de la tarde.
¡Qué dolor era ver á la sastra
por las lonjas, la plaza y las calles
con la muestra buscando una onza,
sin hallar quien la diera un adarme. (*Á dúo.*)
Esta sí que es tira-tirana.
esto sí que son duros afanes,
buscar uno lo que le hace falta,

y no hallarlo por bien que lo pague.

MORENO. ¿Petra? *(Sale.)*

PETRA. Perdone por Dios, *(Dentro.)*
hermano.

MORENO. No me chanceo.

PETRA. Ya lo oigo: ¿qué quieres? *(Dentro.)*

MORENO. Abre,
y lo sabrás.

PETRA. ¿Qué tenemos? *(Sale.)*

MORENO. Ya tienes música.

PETRA. ¿En forma?

MORENO. Mira, he topado al maestro
de capilla de los niños
dotrinos, que tiene un yerno
que toca la chirimía
como un clarinete.

PETRA. Bueno.

MORENO. Dice que él traerá un bajón
y un bajoncillo, lo mesmo
que un órgano. Que también
vendrá su vecino el ciego
con la gaita zamorana,
el lazarillo y el perro.

PETRA. Anda fuera. *(Dando con el pié.)*

MORENO. Y si me da
mi camarada el sargento
de Suizos el tamborón
de la retreta, yo apuesto
á que aturdimos el barrio:
y á que no se da en el reino
otra música como ella
esta noche de San Pedro.
Prevén confites y vino,
para que tome un refresco
la orquesta, y deja á mi cargo
lo demás del lucimiento
de la función. ¡Con qué envidia
oirá la Juana el estruendo!
¿Á qué hora vendrán?

PETRA. ¿Á qué hora

te vas tú á la...

MORENO. Ya.

PETRA. ¿Con ellos?
¡Pencado te vea yo amen,
y arrancando los cimientos
del Peñón de Gibraltar
con los dientes!...

MORENO. Ve diciendo:
(*Cantoneándose.*)
si quieres ver á los tuyos
bailar en tierra el bolero,
antes que venga la orquesta,
que todavía me acuerdo
de que soy hombre...

PETRA. ¿Qué?

MORENO. Hombre;
aunque no tenga dinero.

PETRA. ¿Sin plata y hombre? Tú solo
tendrás ese privilegio:
porque, como el otro dijo,
las gentes dan el aprecio
sigún su peso á la plata,
y al hombre sigún sus pesos.

MORENO. ¡Lo que sabes!

PETRA. Mas que tú;
que te metes en empeños
con mujeres tal cual de honra,
y no sabes salir de ellos.

MORENO. Si el hombre más alto... ¿Qué hombre?
Si el sol dende el quinto cielo
se atreviera á cortejar
el menor zapato viejo
que tú desechas, verías
el hombre que soy yo. Entremos,
y te diré lo demás.

PETRA. Si ya lo sé: además de eso,
que está mi madre en vesita
á vesitar un enfermo,
y aunque sabe lo que sabe
de nuestras cosas, no quiero

que sospeche mal. Dempués (*Torciendo el hocico.*)
de la música hablaremos
por la reja, que estaré
desvelada del estruendo
del tamborón, para darte
las gracias por el obsequio,
y á Dios... Hasta nunca. (*Enfadada.*)
¡Vaya,
que eres hombre de provecho!
(*Cierra la puerta.*)

MORENO. Esto se acabó á capazos.
¿Si no hay blanca, qué remedio?

SASTRES. Ji, ji. (*Riéndose.*)

MORENO. ¿Se rien ustedes?

SASTRE. ¡Pues si esta ha pegado medio
par de calzones en vez
de una manga á este chaleco!

MORENO. ¿Qué, no sabe pegar mangas
la señora?

SASTRE. No por cierto.

SASTRA. No mientas.

SASTRE. ¡Como soy sastre,
que es verdad!

SASTRA. ¡Ya eres tú bueno!

SASTRE. Aunque sea poco devoto,
bien sabes tú que en los tiempos
que hay más procesiones, es
cuando más pendones llevo.

MORENO. ¡Mal arbitrio!.. (*Pensativo.*)
pero no (*Resuelto y se va.*)
hay otro.

ALGUACIL. ¿Señor Moreno,
(*Sale de majo y le detiene.*)
dónde va usté?

MORENO. Aquí á un recado. (*Vase.*)

SASTRE. Amigo, va hecho un veneno, (*En tono de chisme.*)
porque la Pretona quiere
que la dé música, y creo
que no tiene un cuarto.

ALGUACIL. ¡Es lance!

SASTRE. Pues usté, á lo que sospecho,
alguno tiene de cuenta,
porque ha venido corriendo
á quitarse el uniforme,
y en un santiamén se ha puesto
de majo.
ALGUACIL. ¿Y lo extraña usted?
SASTRE. Sí.
ALGUACIL. ¡Pues algo será ello!..
(*Hace que se va y vuelve.*)
¡Ah! ¿Sabe usted para qué
me envía á llamar el casero?
SASTRE. Ni quiera Dios que lo sepa.
ALGUACIL. Á bien que no está muy lejos. (*Al irse.*)
VIEJA. ¡Qué infamia! Yo le aseguro (*Sale.*)
al bribón del carnicero!..
ALGUACIL. ¿Qué es eso, tía Celestina?
VIEJA. ¿Cuándo está usté de repeso,
señor don Trifón?
ALGUACIL. Mañana.
VIEJA. ¡Pues no me ha dado el perverso
en media libra de carne
más de una libra de hueso!
ALGUACIL. ¿Y sabe usted cuál ha sido?
VIEJA. Sí señor.
ALGUACIL. Pues yo la ofrezco
que la pagará: usté acuda
tempranito y nos veremos. (*Vase.*)
VIEJA. ¡Y como que acudiré!
SASTRE. ¿Nos da usté un polvo?
VIEJA. No quiero.
SASTRE. Si se le ha antojado á esta..!
VIEJA. No importa; que yo me acuerdo
que fuí... ¡ah, tristes memorias!
Antojadiza en extremo;
y el que pudre, á puro azote
me quitó el achaque presto
y de raíz. Haga usted
con mi vecina lo mesmo.
(*Vase muy aguda por hacia el foro á su buhardilla.*)

SASTRA. ¡El demonio de la vieja...
que si la cojo, de un vuelo
la he de echar!... (*Se levanta.*)

SASTRE. Mujer, no hagas
fuerza, ni aun de pensamiento; (*Sosegándola.*)
que hay pocos sastres, y puedes
malograr nuestro heredero.

ALFÉREZ. *Sale receloso.*

ALFÉREZ. Dios guarde á ustedes.

SASTRA. ¿Á quién
busca este oficial?

SASTRE. Veremos.

ALFÉREZ. Número diez me parece
que me dijo. (*Reconociendo.*) No le veo.

CELIDONIA. ¡Ay! Un oficial. Recoge,
chica, que si le ven nuestros
bordadores, mal estamos.

ALFÉREZ. Perdona el atrevimiento, (*Llega á Nicanora.*)
niña, y dime.

CELIDONIA. No respondas.

ALFÉREZ. El número diez.

NICANORA. No entiendo
de números.

GERVASIO. Nicanora, (*Desde el corredor.*)
despacha cuanto más presto
puedas, que tengo que hablarte.

NICANORA. Si estamos ya recogiendo...

GERVASIO. Que tú te recojas es
lo que importa y yo pretendo. (*Se entra.*)

ALFÉREZ. ¿El número diez? (*Llega al Sastre.*)

SASTRE. Arriba.
¿Busca usted á un estremeño
que vende chorizos?

ALFÉREZ. No
señor.

SASTRA. Si es el aposento
de Juanita. (*Gritando.*) Doña Juana,
que la buscan á usted.

ALFÉREZ. Quedo;
yo acertaré: muchas gracias.
«Mucha vecindad tenemos.» *(Aparte.)*
(Se entra corriendo.)

SASTRE. ¿Si traerá éste después la
música del regimiento?

SASTRA. Puede ser.

JUANA. *Sale del número 10.*

JUANA. ¿Quién me llamaba?

SASTRE. Allá va ya un caballero
oficial.

JUANA. Ya sé quién es.
Una prima donde suelo
verle, le envía sin duda
para ir juntas á paseo.

ALFÉREZ. Á los piés de usted, señora. *(En el corredor.)*

JUANA. Pase usté adelante.

ALFÉREZ. Vengo...

JUANA. Ya sé á lo que viene usted.
Ahora al instante saldremos.

GERVASIO. ¿Nicanora? *(Vuelve.)*

NICANORA. Ya me falta
poquito.

GERVASIO. Pues despachemos. *(Se entra.)*

Sale AQUILINA, *criada despilfarrada, con un talego de ropa sobre la cabeza.*

AQUILINA. ¡Reniego de mi fortuna,
que tan mala es; y reniego
de mi ama! ¿Ha preguntado
si he venido?

SASTRE. No por cierto.

AQUILINA. Pues que espere, ó que se muera,
que con el calor y el peso
no puedo más. *(Suelta el talego.)*

SASTRE. Pues descansa,
hija mía, y hablaremos
en tanto de tu señora.

SASTRA. Me han contado que ha supuesto
ser mujer de un capitán;
y como ha ya mes y medio
que ustedes viven arriba,
número nueve, y no vemos
entrar oficial alguno
de tropa... ni un mal sargento
siquiera; y es así maja...
AQUILINA. ¡Hay tanto que hablar en eso!
SASTRE. Pues cuéntalo, que si llama
los dos te disculparemos.

(Se sienta sobre el talego de la ropa que traia en la cabeza: los SASTRES *se la acercan: hablan con interés, etc., y en tanto recogen la ropa las que lavan, cantan la seguidilla que sigue: un poco antes de acabar se sube la* NICANORA *y entra en el número 8 del corredor, y la* CELIDONIA *se detiene un poco junto á su puerta número 3.)*

Seguidilla.

El dueño de mi vida
cuando enamora,
no tiene compañero,
porque lo borda.
Tiene mi peto
su corazón bordado,
y un *ay* en medio.

ARMENGOL. Chis. ¿Ha venido tu ama?
(Desde el corredor á Celidonia.)
CELIDONIA. Todavía no.
ARMENGOL. ¿Y hablaremos
á la noche?
CELIDONIA. Por la reja.
ARMENGOL. ¿Es muy ligera de sueño?
CELIDONIA. Á veces.
ARMENGOL. Ya viene allí. *(Se retiran.)*

VIUDA *gazmoña que sale.*

VIUDA. El Señor conserve nuestros
corazones en su santa

paz, y nos libre de genios
chismosos, que nos la quieran
perturbar. Amen. Muy buenos
días, señores.

SASTRE. Son tardes.

VIUDA. Como es vigilia, y yo creo
que ayunar es no comer,
y lo acostumbro, no cuento
las horas. Voy á tomar
tres pares de huevos frescos,
que serán mi colación
y comida al mismo tiempo.
La paz, repito, mi amada
paz, no se aparte del seno
de nuestro corazón.

SASTRE. Dios
se la dé en abundamiento,
señora doña Cleofé,

VIUDA. Amen... ¿ Pero qué estoy viendo ?
¿ No eres tú la criadilla
de la capitana ? ¡ Bueno !
¡ Tu ama te estará esperando,
y tú con tanto sosiego
en conversación ! *(Gritando.)*
¿ Vecina ?

AQUILINA. Calle usted, por Dios.

VIUDA. No quiero. *(Gritando.)*
¿ Mi sá doña Sinforiana ?

Sale la CAPITANA, *del número 9.*

CAPITANA. ¿ Qué sucede ?

VIUDA. Que al momento
despida usté á su criada,
ó la prive el chismoteo
con los sastres.

SASTRE. Poco á poco
con los sastres.

AQUILINA. Si yo vengo
del río...

CAPITANA. Desvergonzada,
sube la ropa.
AQUILINA. ¡Y que luégo
me casque usted!
CAPITANA. Subelá.
AQUILINA. Por usted... *(Á la viuda.)*
VIUDA. ¿Qué estás diciendo,
muchacha? ¡Pues soy yo amiga
de andar en chismes y cuentos!
CAPITANA. Si bajo te he de matar.
VIUDA. La paz de Dios... ¡Jesús, esto
no es para mí!... Celidonia,
abre, que me bamboleo.
(Abre Celidonia y se entra en el número 3.)
AQUILINA. ¡La gazmoña!
CAPITANA. Una estaca
te he de romper en el cuerpo.
SASTRE. Ya verá usted lo que se hace;
y basta que esté por medio
mi persona.
CAPITANA. ¡Puf! ¿Un sastre
podía quitarme el derecho
de reñir á mi familia?
SASTRE. ¡Qué familia! Un arrapiezo
de criada.
AQUILINA. Dice bien:
pues yo soy su cocinero,
lavandera, costurera,
su modista, yo la peino,
yo la pinto y si se ofrece
alguna vez papeleo.
SASTRE. ¿También eres secretaria?
AQUILINA. ¡Mucho! ¡Ya me echará ménos!
CAPITANA. ¿Yo á tí?
AQUILINA. ¿Lo quieren ustedes
ver? Pues la ropa me llevo
en prendas de mi salario:
y si no me echa un empeño,
ha de tener ocho días
más la camisa en el cuerpo. *(Vase.)*

CAPITANA. Tío Jorge, sígala usted.
SASTRE. Voy á ponerme al momento (*Despacio.*)
decente. Sácame medias,
mujer...

Sale JUANA *de basquiña y mantilla con el* ALFÉREZ.

JUANA. Oiga usté un secreto,
señor Jorge.
CAPITANA. Está ocupado.
JUANA. Soy su parroquiana, y creo
me atenderá.
SASTRE. Sí señora.
CAPITANA. Yo le tenía primero
empleado.
JUANA. Si usted calla,
le despacharé más presto.
¿Sabe usté si á doña Petra
la da música el Moreno
esta noche, á qué hora es,
y de cuántos estrumentos?
SASTRE. Quince había la otra noche
en la de usted.
JUANA. ¡Oh de aquello, (*Irónicamente.*)
hay poco! Pero habrá más
esta noche, y no lo quiero
perder, que voy á salir.
SASTRE. No sé.
JUANA. ¿Habrá repartimiento
de esquelas naturalmente?

Sale PETRA.

PETRA. Cuando convide al entierro
de alguna amiga, usaré
de todo ese cumplimiento.
JUANA. ¿Petra, y quién es esa amiga?
PETRA. Juana, la que me está oyendo.
JUANA. ¿La capitana?
CAPITANA. Pues calla (*Enfadada.*)
la capitana, callemos;
porque esa si la preguntan,

suele responder muy recio.
PETRA. La que yo digo, quisiera
ya ser capitana; pero
la ha dado una alferecía
hoy de repente, y recelo
que no llegue ni á tinienta.
JUANA. ¿Y tú á qué llegarás? que eso
ya es provocación: á mueble
de otro mueble, tan en cueros
naturales, que no tiene
la víspera de San Pedro
para pagar una mala
bandurria, ó un par de ciegos.
PETRA. Lo tiene, y lo gastaría,
si yo tuviera tu genio;
pero yo no quiero ruidos
en mi galán, sino afectos.
JUANA. ¡Agua va!
PETRA. Échate de golpe,
te apararé en un pañuelo,
para que no se nos quiebre,
ó se lastime ese cuerpo
de alfeñique.
JUANA. Como el tuyo:
hija, no nos engañemos,
que entre las dos no hay dos onzas
de diferencia en el peso.
PETRA. Pero esto es oro macizo.
JUANA. Podías prestarle al Moreno
un trozo de aquella parte
adonde te hiciera ménos
falta, tendrías orquesta,
y el barrio divertimiento.
PETRA. Bien dicen, que cada gallo
canta allá en su gallinero,
y empigorotao.
JUANA. Si
no me oyes, verás qué presto
estoy abajo.
ALFÉREZ. Señora... *(Se apartan para bajar.)*

JUANA. No se perderá el paseo:
siga usted.
SASTRE. Señora Petra,
métase usted allá adentro.
PETRA. ¿Yo?
SASTRE. Sí señora, yo como
amigo se lo aconsejo,
no haya lo que haya, y después...
VIUDA. ¿Y qué se mete él en eso?
¿Cuando la provocan, debe
callar? El toro más lerdo
respinga cuando le clavan
las banderillas de fuego.
Hija, nadie es más amante
de la paz, pero hay extremos
en que la lengua y las manos
deben usar de sus fueros,
que para algo nos dió ésta,
(Señala á lengua y manos.)
naturaleza sin hueso,
y estotras con tantas uñas
y tan flexibles de nervios.
PETRA. Quedo enterada.

Sale JUANA *por el patio terciando la mantilla.*

JUANA. Aquí estoy.
¿Qué la estaba usted diciendo? *(Al Sastre.)*
SASTRE. Que ya que esta noche no haya
música, que haya silencio.
VIUDA. La dije lo que conviene
hacer en casos como estos. *(Se retira.)*
PETRA. ¿Qué pudiera decir doña
Cleofé, que no fuera bueno?
SASTRE. Y muy conforme á la paz.
JUANA. Ya estoy aquí.
PETRA. Ya te veo.
JUANA. ¿Y qué quieres, pierna ó lomo?
PETRA. Suelo tirarme al pescuezo

á veces.

JUANA. Y yo á la falda.

PETRA. ¡Provocativa!

JUANA. Es incierto,
que yo hablaba con don Jorge.

SASTRE. Ese soy yo.

PETRA. No lo niego.
¿Pero qué hablabas?

JUANA. De tí...
que nos estás corrompiendo
con fanfarria, y eres una...
pobre.

PETRA. Podía no serlo:
que antes que tú te mudaras,
el sobrino del casero
me quiso á mí cortejar.

JUANA. ¿Y de eso á mí?... *(Contenida.)*

PETRA. Ya te entiendo.

SASTRE. Señor alférez, si gusta *(Con bufonada.)*
retirarse usted, bien creo
que le va á decir la Petra
algo del otro cortejo
á la Juana.

ALFÉREZ. Esa señora, *(Turbado.)*
de su voluntad es dueño,
y á mí no me importa. Doña
Juanita, allá fuera espero. *(Vase.)*

JUANA. Aguarde usted. *(Al Alférez.)*
(Poniéndose la mantilla.)
¡Vecinillas
por fin! La culpa me tengo
yo de vivir, sino en casas
de gentes de fundamento. *(Vase.)*

LAS MUJERES. ¡Cómo vecinilla! Es
una infamia aguantar esto.
Agarrarla.

SASTRE. Cuando vuelva
mejor es cogerla en medio,
y echarla á dormir al Prado.

TODAS. ¡Viva, viva el pensamiento!



Juana.

PETRA. Pues naide se niegue.
TODAS. ¡Viva!

Sale el ABOGADO *con golilla, muy serio.*

ABOGADO. Ahí detrás viene el casero
con don Trifón el ministro
y una mozuela que han preso.
TODOS. Chis, chis.

(Todos los vecinos que la curiosidad de la camorra sacó á las puertas, al oir al Abogado se encierran: los Sastres recogen; de suerte que se queda todo en el mayor silencio, y el Abogado solo y suspenso, y luégo va á llamar á la puerta número 6, mirando á todas partes.)

ABOGADO. ¡Hola! ¿Qué le ha dado á esta
gente? ¡Me han dejado fresco!
¿Si me juzgarán alcalde?
Prueba que todos son buenos,
cuando temen la justicia,
y huyen de ella por respeto.
¿Cuál de estos será el cuartito
de la ama de mi chicuelo?
Me parece que es aquí,
al seis, si mal no me acuerdo.
¿Ama? ¿Ama?

Sale el VALENCIANO.

VALENCIANO. Aquí no hay ama,
ni más amo que Noberto,
el comersiante de chufas
y yo, que soy esterero
de palma: si usted la quiere
barata y buena, la tengo.
ABOGADO. ¿No vive aquí una pasiega,
que cría un chiquillo?
VALENCIANO. Eso
es allí; al dos. ¡Y el muchacho,
qué encanijado y qué feo
es!

ABOGADO. ¿Cómo, si es hijo mío?
VALENCIANO. No puede ser.
ABOGADO. ¡Majadero!
¿Ama? ¿ama? *(Llamando.)*
PASIEGA. Poco á poco. *(Abre.)*
¡Oh, señor don Timoteo?
¿Me trae usted los siete ducados?
ABOGADO. ¿Y cómo está mi muñeco?
PASIEGA. Gordo está como una vaca
gallega.
ABOGADO. Vamos á verlo. *(Éntranse.)*
VALENCIANO. Ahora habrá allí camorra.
En todo caso cerremos. *(Cierra.)*

Sale el CASERO, *majo petimetre, y el* ALGUACIL *trayendo á* AQUILINA.

CASERO. Entra y no temas, que yo
lo compondré.
AQUILINA. Si no quiero
servirla más.
CASERO. No la sirvas;
pero da cuenta á lo menos
de tu persona.
AQUILINA. ¡Yo cuenta!
Mis padres no sé quién fueron:
parientes no los conozco:
tutores los aborrezco:
amos, mandan demasiado:
me fastidian los cortejos,
y por no tener marido
que me mande, tengo hecho
voto de castidad: vean
si tendré, fuera del cielo,
yo á quien dar cuentas de mí.
ALGUACIL. ¿Pues para qué estás sirviendo
aquí?
CASERO. Dice bien.
AQUILINA. ¡Hay tal
apretar! Porque no quiero

golver al Hespicio.
CASERO. Acaba
de decirlo y lo sabremos.
ALGUACIL. Pues volverás, si no quieres
sujetarte.
AQUILINA. ¡Ya lo huelo!
ALGUACIL. Vamos, agarra esa ropa,
y ven conmigo, veremos
si tu ama te perdona.
AQUILINA. ¡Ay, qué chiste! Ni yo tengo
qué me perdone, ni gana
de perdonarla dos pesos
que me debe de salario,
y algunas velas de sebo
y otras cosas, porque siempre
dice que no tiene suelto;
ni lo tendrá, porque nunca
trueca, no sé qué dinero
que la dejó el capitán
su esposo, no sé en qué reino...
Supongo que ella tampoco
lo sabe. ¡Ese es mucho cuento!
CASERO. ¡Qué lengua tienes!
AQUILINA. Pues cuando
digo la verdad, no miento.
CASERO. Don Trifón, vaya usted solo,
á ver si la componemos
con su ama mejor.
ALGUACIL. Cuidado...
CASERO. Usted suba, que yo quedo
de guardia aquí. ¿Señor Jorge?

Sale el SASTRE.

SASTRE. ¿Quién es quien llama? Me alegro *(Adulando.)*
de ver esa personita.
¿Y el tío?
CASERO. Tan gordo y bueno;
y me ha cedido esta casa
ya para mis alimentos;

conque aunque venzan los meses,
no hay porque angustiar el pecho.

SASTRE. Bien se conoce que el tío
es hombre de fundamento.
¡Ya sabe lo que se hace!
¿Y qué manda usted?

CASERO. Le ruego,
que mientras yo subo á ver
á la Juanita un momento,
me guarde á ésta.

AQUILINA. No soy
tan boba yo que me pierdo.

SASTRE. No suba usted. *(Con misterio.)*

CASERO. ¿Y por qué?

SASTRE. No suba usted.

CASERO. ¿Qué misterio
puede haber?

SASTRE. Porque ha salido.

CASERO. ¿Cuándo? ¿Sola? *(Vivo.)*

SASTRE. No me acuerdo.

CASERO. ¡Despéneme usted! Sepamos
con quién salió.

SASTRE. Mucho siento...

CASERO. ¿Qué?

SASTRE. Soy yo sastre de mucho *(Pausado.)*
modo para ser correo
de malas nuevas... Ahí vino
un alférez, estupendo
mozo á la verdad, subió
para sacarla á paseo.
Se puso ella aquel jubón
que ya usted sabe, y cosieron
estas manos: la basquiña
de moer con los dos flecos:
la cofia con aquel lazo
de varas de cintas ciento:
la rica mantilla de
labirinto, con el negro
pispunte en el fistonado...
¡Aseguro á usted por cierto,

que iba que daba las todas
la muchacha!

CASERO. Desde luégo
aseguro que es mentira
cuanto dices. Voy á verlo. *(Vase adentro.)*

AQUILINA. ¿Es buen mozo? *(Hablan los dos.)*

SASTRE. Mejor que ella
mil veces, con quinto y tercio.

En las buhardillas salen el INVÁLIDO *y la* VIEJA.

VIEJA. ¡Ay! Zape, zape. ¿Vecino?

INVÁLIDO. ¿Qué quiere?

VIEJA. ¡Que va corriendo
ahí un gato con el pollo,
(Pasará el gato efectivamente.)
que usted tenía al sereno!

INVÁLIDO. ¿Un gato? ¿Y por dónde va
el malvado? Ya le veo;
¡y es el de usted! *(Se entra.)*

VIEJA. Miz, miz, miz...
¡Si me le trajera entero,
los pollos están muy ricos
con tomate en este tiempo!

INVÁLIDO, *que sale con una escopeta.*

INVÁLIDO. Aguarda, ladrón... ¡Se fué!

VIEJA. ¿Cómo tiene atrevimiento
para sacar la escopeta
contra mí?

INVÁLIDO. Yo no me meto
con usté.

VIEJA. Pero se mete
con mi gato que es lo mesmo.

INVÁLIDO. Yo sabré lo que he de hacer.

VIEJA. Y yo le diré al casero
que usté es quien tiene la culpa
de estar siempre el portal puerco.

INVÁLIDO. Miente.

VIEJA. ¿Pues quién ha perdido
la llave del basurero?

INVÁLIDO. ¡Vaya la viejona!

VIEJA. ¡Vaya
el soldado de pan tierno! *(Se retiran.)*

CASERO. Ha salido su merced: *(Vuelve.)*
tienes razón con efecto.

SASTRE. ¡Cuando yo lo digo!...

CASERO. Jorge,
sáqueme usted un asiento,
y dejémosla venir.

SASTRE. ¿Qué piensa usted?

CASERO. Yo me entiendo.

Sale el MORENO *sin capa, hebilla, charreteras, ni relojes.*

MORENO. Chica, sal aquí al instante.

Sale PETRA.

PETRA. ¿Qué embolismo traes de nuevo?
Dí, porque estoy de muy buen
humor, y llegas á tiempo.

MORENO. Oye uno de los mayores
prodigios que amor ha hecho.
Ya tienes música, Petra:
pide cuantos estrumentos
quieras, y si quieres pide
la de los tres coliseos,
y en todas cuantas capillas
hay de música en el pueblo.

PETRA. ¿Te has hallado algún tesoro
que tan rico vienes?

MORENO. Tengo
una onza de oro, y dos duros,
que yo no me porto menos.

CASERO. Pero vienes mal portado,
hombre.

MORENO. Por usted me veo
en estos trabajos.

CASERO. ¿Cómo?
MORENO. La Petra tenía un genio,
en buena hora lo diga,
manso como los corderos
mochos por el mes de Mayo;
y há tres días que es lo mesmo
que un toro de Mercadillo.
CASERO. ¿Y tengo yo culpa de eso?
SASTRE. Toda: porque como usted
dió á la Juana aquel festejo
la víspera de su santo
tan heroico, se le ha puesto
en la cabeza que estotro
haga otro tanto, sabiendo
que está el pobre...
MORENO. Ya estoy rico:
que un amigo verdadero
me ha prestado sobre la
capa, reloj y mi juego
de hebillas de plata, una onza
de oro y dos duros. Pero esto
sin más interés que darle
cada mes un diez por ciento.
SASTRE. ¡Qué buen amigo!
MORENO. Es un hombre
de mucho garbo.
CASERO. En efecto
yo tengo la culpa, y yo
debo pagarla. Moreno,
ves á recoger tu capa,
y vuelve al punto.
MORENO. Primero
que vencido, ha de volver,
el hombre que es hombre, muerto
á los ojos de su dama.
PETRA. Si te has de morir por eso
haz cuenta que ya lo estás.
SASTRE. ¿Si la que se está muriendo *(Á la Petra.)*
por él es usté, á qué viene
el disimulo?

CASERO. Dejemos
historias, que es tarde: vé
por tu ropa y vuelve presto,
que yo le daré á la Petra
música, baile, refresco
y cena...
MORENO. ¿Cómo?
CASERO. En tu nombre.
MORENO. Lo estimo, mas no lo aceto,
señor.
CASERO. ¿Y por qué?
MORENO. Porque
me escama el entrar debiendo
yo á usted, que entre con deudas,
Petra, cuando nos casemos.
SASTRE. Dame un abrazo, que no
dijera más Gerineldos.
CASERO. Vé, que yo sé tu honradez,
y tú sabrás cómo pienso.
MORENO. ¿Qué me aconsejas?
PETRA. Que vayas.
MORENO. ¿Y el maestro Jorge?
SASTRE. Lo mesmo.
MORENO. Agur. Por fin, mal ó bien,
ya salimos de este empeño;
que dempués, si él piensa, á naide
le faltan sus pensamientos.
CASERO. Saquen ustedes ahí sillas
y siéntense un rato al fresco
conmigo.
PETRA. Basta que usted
lo mande, señor casero.
SASTRE. Y sobra... ¿Qué no haré yo
por pagar lo que le debo?
CASERO. ¿Gervasio? *(Mirando al corredor.)*
GERVASIO. ¿Qué manda usted?
CASERO. ¿Puedes bajar?
GERVASIO. Voy corriendo.

Salen los CIEGOS *con violin y pandereta de su cuarto.*

CIEGO. Chica, tuerce bien la llave
porque andan muchos rateros
en Madrid.

CIEGA. Segura queda.

SASTRE. ¿Dónde van ahora los ciegos?

CIEGO. Á la plaza á chupar unos
cuartos á los majaderos.

CASERO. ¿Y llevan para embobarlos
alguna cosa de nuevo?

CIEGO. Una satirilla propia
de esta noche.

CASERO. ¿Y no la oiremos
pagando?

CIEGA. «¡El casero es!» *(Ap. al ciego.)*

CIEGO. «Aunque no oigo, ya lo veo.»
Señor, y aunque sea de balde.
Críspula, templa el pandero.

GERVASIO. ¿Qué manda usted? *(Habiendo bajado.)*

CASERO. Dí que tome
la capa á tu compañero:
irá... mientras que tú...
Empiecen *(Á los ciegos.)*
ustedes, que ya atendemos.

(Interín cantan su juguete los ciegos, habla un rato el Casero con Gervasio, que luégo sube: hace tomar la capa al otro bordador, que baja, y después de hablarle al oído algunas palabras el mismo Casero, se va deprisa. Los valencianos del número 6 salen á la puerta: la criada del 3 á la suya: la costurera al corredor y á las buhardillas sus vecinos, etc.)

Cantan los ciegos según sus aires comunes, y se puede acompañar con poca orquesta, ó violín y pandereta solos.

Á solo.

De San Juan en las noches
y de San Pedro

no hace mal á las damas
nunca el sereno.

Á dúo.

Ni á los galanes
que andan como unos tontos
por esas calles,
sudando con pretexto
de refrescarse.
Y allá en el río
alternan las puñadas
y los respingos
entre las manolillas
y manolillos.

Á solo.

Una vieja una noche
de las presentes,
se enamoró en la plaza
de un petimetre.

Á dúo.

Llegó y le dijo
por entre las varillas
del abanico,
¿dónde va usté á paseo,
caballerito?
Y él, que era chusco,
haciéndola el reclamo
con disimulo,
la llevó hasta Vallecas,
y escurrió el bulto.

CASERO. Tomen ustedes, y Dios
(Dando dinero á los ciegos.)
les dé ventura.

CIEGOS. Hasta luégo.

¿Quién manda rezar los chistes
de la noche de San Pedro? *(Vanse entonando.)*

ALGUACIL. *Sale de arriba.*

ALGUACIL. ¿Aquilina? ¿Dónde está?
SASTRE. Con mi mujer allá dentro.
¡Abundia!

Sale la SASTRA *sacando á* AQUILINA *agarrada de la mano.*

SASTRA. No te me escapes.
ALGUACIL. ¿Y la ropa?
AQUILINA. ¿Y los dos pesos
por una parte, y por otra
los gastos que tengo hechos
extraordinarios?
CAPITANA. Ya bajo *(Desde arriba.)*
á dártelos, que no quiero
deberte nada.
AQUILINA. Ya no es *(Muy alegre.)*
mi ama, con que ya puedo
responderla pico á pico,
mano á mano, y cuerpo á cuerpo.
ALGUACIL. Tengamos la fiesta en paz;
y mira que es muy estrecho
el orden de San Fernando.
AQUILINA. ¡Bien remirado lo tengo,
como que estuve once meses!
Si llega á doce, profeso.
CAPITANA. ¡Picarona!... *(Baja.)*
SASTRE. Poco á poco
madama; venga el dinero
de la chica, y aquí está
toda su ropa y talego.
CAPITANA. Un sastre á una capitana...
SASTRE. No prosiga usted. Callemos.
CASERO. Si hay duda...
SASTRE. No queda duda.
CASERO. Que yo no he visto instrumento
donde conste á la verdad.

SASTRE. Yo si...
PETRA. ¡Qué ajo que se ha revuelto
aquí!
CAPITANA. Diga lo que sabe.
SASTRE. Si usted lo manda, direlo.
CAPITANA. ¿Mi marido, que Dios haya,
no fué capitán?
SASTRE. Es cierto:
fué capitán de ladrones,
el más famoso del reino:
le atraparon en Asturias,
y le ahorcaron en Oviedo.
CAPITANA. ¿Pues quién tal ha dicho?
AQUILINA. Yo:
y bien sabe que no miento,
porque usted me lo ha contado
varias veces en secreto.
CAPITANA. Yo haré constar...
CASERO. ¿Para qué?
Cuando todo está compuesto
con que se mude de casa,
en poniéndose de acuerdo
ama y criada.
SASTRE. Esta queda
por mi mujer de gobierno.
¡Gervasio!
GERVASIO. Ya ve usted cómo
ando, no se pierde tiempo.
(Anda de cuarto en cuarto.)

Sale ARMENGOL *con un* MOZO *que trae una banasta.*

ARMENGOL. Aquí están ya los faroles.
PETRA. ¿Son los mismos que sirvieron
en la noche de San Juan?
ARMENGOL. Mucho.
CASERO. Pues irlos poniendo.
ARMENGOL. Aquí tendrá usté una cena,
á las diez, de fundamento;
y la gente que es del caso

que ya se está disponiendo.
VIUDA. ¡Vaya, que los bordadores
(Observando á la puerta.)
son muchachos de provecho!

Sale la PASIEGA *detrás del* ABOGADO, *que saca un niño muy feo en brazos.*

PASIEGA. ¡Ay, hijo de mis entrañas!
ABOGADO. Agradece que no te echo
fuera el corazón á coces.
CASERO. ¿Pues, señor don Timoteo,
qué teneis?
ABOGADO. Que le entregué
un niño como un camello
para criar, y me vuelve
un gorrión en esqueleto
la bribona. ¡Vean ustedes!
¿Juraría el más experto
fisonomista, que yo
y mi hijo nos parecemos?
PASIEGA. Venga el muchacho.
ABOGADO. ¿El muchacho?
Á mi casa me le llevo
á ver si puedo criarle
yo; ó en la inclusa le meto
para que allí me lo críen:
que hijos de padres tan buenos
abogados como yo,
habrán pasado por ello. *(Vase.)*
PASIEGA. Vengan los siete ducados.
SASTRE. Coge en prendas el chicuelo.
PASIEGA. No valen tanto el rapaz
y su padre si los vendo. *(Vase.)*

Sale el MORENO.

MORENO. Ya estoy aquí. Muchas gracias.
CASERO. Petra, ya pareció aquello...
Siéntate á su lado.

MORENO. ¿Quieres?
PETRA. Si nos lo manda el casero... *(Con bufonada.)*
MORENO. Lo dices con una gracia,
que me asusta, y no me ofendo.
¡Bien hayan los padres que
tan salitrada te hicieron!
SASTRE. La Juanita viene.
CASERO. Chito.

Sale JUANA.

JUANA. ¡Hola! ¡hola! ¿Qué, tenemos
iluminación? Supongo
que la pagará...
CASERO. El Moreno.
JUANA. ¿Y usté qué hace aquí?
CASERO. Aguardarte.
(Con bufonada.)
¿Doña Juana, y cómo es esto
de venir casi de noche,
sin un soldado á lo ménos?
JUANA. Si estas chismosas han dicho... *(Alterada.)*
TODAS. ¡Cómo chismosas!
CASERO. Callemos,
que hay casos en que hablar debe
uno solo, poco y bueno.
SASTRE. Suplico á todos que presten
atención, que habla el Casero.
CASERO. Ya sabes, mi doña Juana,
que lo que empezó cortejo
casual, había torcido
por el camino derecho
de boda: que tu buen modo
pegará á cualquiera un perro.
Supe esta tarde que ayer
se fué tu tío á Toledo
á una diligencia. Vine
á ofrecerte mis obsequios
regulares en su ausencia,
más que en presencia lo fueron.



La casa de tócame Roque.

Supe que habías salido
con un oficial; dudelo.
Subí á tu cuarto, pedí
á la moza un papelejo
para fumar: la inocente
me dió varios, y entre ellos
me dió dos en que contestan
dos, que serán caballeros,
el uno, con tu palabra
de esposa, y con sentimientos
el otro de un buen amigo
de confianza. Contemos:
los dos, el alférez, tres,
y yo cuatro. Tu talento
te habrá declarado ya
mi resolución. Moreno,
mis bordadores, muchachas,
yo había de gastar mil pesos,
que gracias á Dios me sobran,
como novio majadero
de esta niña, y he pensado
en darles mejor empleo.
Vosotras no estais casadas,
vosotros no sois maestros
en vuestras artes ú oficios,
por la falta de dinero
para exámenes, materias,
y demás fines honestos:
pues, hijos míos, mañana
os haré el repartimiento
conforme á las circunstancias,
con preferencia al Moreno.
que es el amo de la fiesta,
y el origen á quien debo
un desengaño, que puede
ser á muchos de escarmiento.

TODOS. ¡Viva nuestro bienhechor!

SASTRE. ¡Viva! ¿Pero no sabremos
qué toca al sastre?

PETRA. Lo mismo

que á la viuda: un buen consejo;
que para no ser chismosos,
rezar y coser adentro.

CASERO. ¿Gervasio, te duermes?

GERVASIO. No
señor: todo está dispuesto,
y solamente aguardamos
á que usté levante el dedo.

CASERO. Pues levantaré los diez,
si sólo consiste en eso.

GERVASIO. La música prevenida:
los nombrados á los puestos.

ALGUACIL. Señores, á divertirse.

SASTRE. Y concluirá el argumento
de la Petra y de la Juana,
con el *Prudente Casero,*
que castiga falsedades
y da á las finezas premio.

Después de concluir la contradanza, y cuando estén todos bien parados de cara al público, romperá toda la orquesta con clarines, timbales, etc., acompañando el siguiente

CORO FINAL.

Vivan los que protegen
las artes y el ingenio,
que sólo se adelantan
con los auxilios, el honor y el premio.

EL SARAO

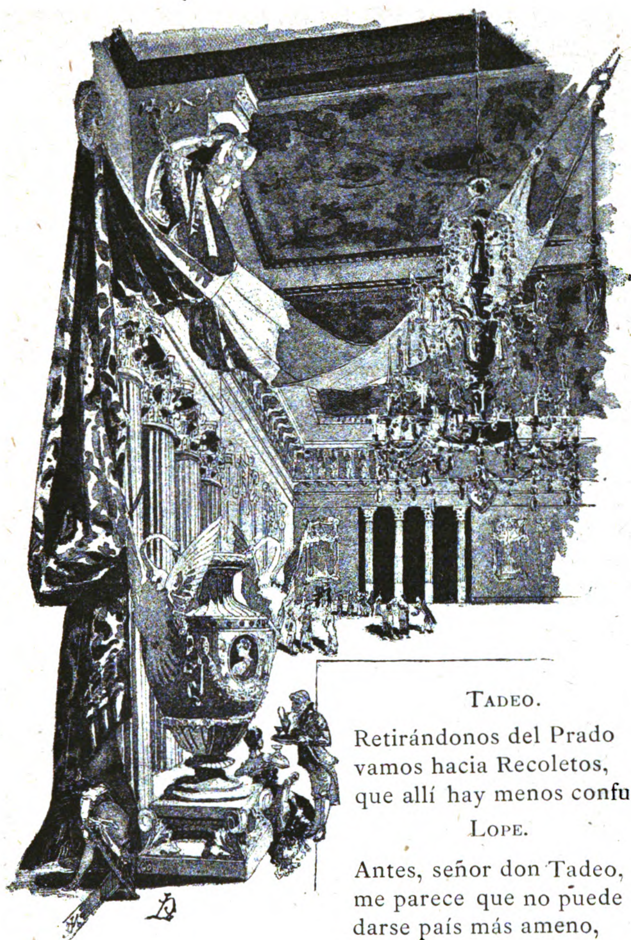
PERSONAS

D. ALEJO, *novio anciano.*
LA NOVIA, *joven petimetra.*
D. ANSELMO, *amo de la casa.*
DOÑA LAURA, *su esposa.*
CRIADA 1.ª
CRIADA 2.ª
PAJE 1.º
PAJE 2.º
D. TADEO. } *Caballeros.*
D. LOPE. }

D. BRAULIO. }
D. RUPERTO. } *Caballeros.*
D. DIONISIO. }
D. PEDRO, *joven petimetre.*
DOS OFICIALES MILITARES.
DOÑA MARIQUITA. }
DOÑA JOAQUINA. } *Visitas.*
DOÑA PETRA. }
DOÑA PAULA. }
TRES CIEGOS.

Selva corta.

Salen D. LOPE *y* D. TADEO *de capa y sombrero, por un lado y por otro* D. BRAULIO, D. DIONISIO *y* D. RUPERTO.



TADEO.

Retirándonos del Prado
vamos hacia Recoletos,
que allí hay menos confusión.

LOPE.

Antes, señor don Tadeo,
me parece que no puede
darse país más ameno,
más vario, más divertido,
más agradable y más fresco.

TADEO. Poco á poco, que probaros
todo lo contrario puedo.
¿Cómo ha de haber diversión
á donde anda tan ligero
el cuidado, y donde dan
á cada paso un tropiezo

	la curiosidad de algunos
	y de otros el devaneo?
	¿Qué viento, si no sacais
	de las cabezas el viento?..
LOPE.	Quede para otra ocasión
	apuntado este concepto;
	y reparad en don Braulio,
	don Dionisio y don Ruperto,
	qué galanes vienen.
TADEO.	¡Hola!
	Curiosos nos acerquemos
	á averiguar el motivo.

Salen D. BRAULIO, D. DIONISIO *y* D. RUPERTO.

RUPERTO.	Buena noche me prometo;
	pues la gente que decís
	toda es útil.
BRAULIO.	Ya podemos
	pensar en irnos allá.
DIONISIO.	Aún se están en el paseo
	muy despacio las señoras:
	siempre cuando comencemos
	á bailar serán las nueve.
LOPE.	Buenas tardes, caballeros.
LOS TRES.	Amigos, á la obediencia.
DIONISIO.	¿De capa? ¿Pues cómo es esto?
LOPE.	¿No parece extraño el traje
	de la hora, el sitio y el tiempo?
RUPERTO.	¿De capa un día de pascua?
TADEO.	¿Y usted, ahora que me acuerdo,
	no estaba de capa y cofia
	en misa en el Buen-Suceso
	á la una y media del día?
RUPERTO.	¿Y qué tiene que ver eso
	con esotro? Esta mañana
	me levanté con intento
	de no hacer visita alguna,
	y le dije al peluquero
	se volviese hasta la tarde,
	porque estuviera más bello

para esta noche el peinado.

LOPE. ¿ Pues qué, hay algo de provecho
que hacer ?

DIONISIO. Reciben de novia
en casa de don Anselmo
á la mujer de aquel hombre.

TADEO. ¿ Quién es aquel hombre ?

LOPE. Un viejo,
que casó con una niña
linda.

TADEO. ¡ Pobre caballero !

LOPE. El otro día madama
me convidó, mas protesto
que se me había olvidado.

DIONISIO. Aún teneis sobrado tiempo,
si quereis ir.

LOPE. He salido
con este amigo, y no quiero,
ni es razón dejarle solo.

TADEO. No, don Lope, yo os absuelvo
de ese escrúpulo: marchad
á bailar, y buen provecho.

RUPERTO. Poneos un peluquín,
una casaca, y marchemos
todos juntos.

TADEO. Yo, ni bailo,
ni enamoro, ni refresco,
conque no tengo á qué ir.

LOPE. Otro motivo hay más de esos
para ir á un baile.

TADEO. ¿ Cuál es ?

LOPE. Observar los movimientos
de todos, y murmurar
con el vecino.

TADEO. Ese es bello
rato ; pero es menester
tener un buen compañero,
y tela de que cortar.

LOPE. Nunca esa falta, y en siendo
uno buen sastre, murmura

de lo malo y de lo bueno.

RUPERTO. Sin duda don Periquito
va allá, pues viene tan puesto
de punta en blanco.

DIONISIO. ¡No ha de ir,
y está para bastonero
elegido!

RUPERTO. Pues, señores,
hagámosle mil obsequios,
y ganemos este amigo,
que es el poderoso medio
para aprovechar la noche.

LOPE. Él es grande majadero,
que apenas sabe leer,
incapaz de todo empleo
político y militar;
pero es hombre de talento
para dirigir un baile.

DIONISIO. ¿De modo que no hay sujeto
tan universal, que sea
capaz de todo manejo;
y es felicidad de un hombre
ser útil para un empleo,
que bailar es el más propio
oficio de los muñecos.

D. PEDRO. *Sale muy petimetre con un librito de música.*

D. PEDRO. Tan, lara, la, etc. *(Cantando.)*
Cadena con los costados: *(Declamado.)*
se retiran á sus puestos,
y después la diferencia.
¡Dudo yo que se haya puesto
contradanza más bonita
jamás!

TODOS. ¡Oh, señor don Pedro!

PEDRO. ¡Señores!

RUPERTO. ¿Tan divertido?

PEDRO. Aquí me iba entreteniendo
con unas contradancillas
nuevas, que inventadas llevo

para esta noche.

DIONISIO. ¡Cuidado
que no tengan mucho enredo,
y en explicarlas se pierda
media noche!

PEDRO. Yo las tengo
con las sillas de mi cuarto
bien ensayadas, y creo
no tengan dificultad.

RUPERTO. Vaya: ¿y qué gente tenemos?

PEDRO. Mucha y buena: van las hijas
de aquel francés...

LOPE. Ya lo entiendo:
serán grandes bailarinas,
porque al padre yo le tengo
por un gran danzante.

PEDRO. Á todos
le debe el propio concepto.
Va también doña Joaquina...

LOPE. ¡Muchacha de bello genio!

PEDRO. Doña Paula...

LOPE. Esa me dicen
que no le tiene tan bueno.

PEDRO. Va también la otra madama,
mujer del otro extranjero,
y no va el marido.

LOPE. ¡Es mucho,
porque la quiere en extremo!

PEDRO. Va la dueña de la casa...

TADEO. Esa no irá.

LOPE. ¿Si está dentro,
á qué ha de ir?

PEDRO. También usted
parece un poco chancero:
y yo también voy, y pues
aquí nada que hacer tengo,
y allá hago falta, señores,
buenas tardes, y hasta luégo.

RUPERTO. Cuidado, que á los amigos
en unos días como estos

se les sirve.

PEDRO. Muchas veces
no puede uno todo aquello
qué quiere; pero bien sé
que debe un buen bastonero
tener perfecta noticia
de personas y deseos,
tener cara de baqueta,
tener cabeza de hierro,
más paciencia que un casado,
y los piés algo ligeros,
memoria para guardar
abanicos y pañuelos:
sé que es de su obligación
prestar guantes y sombrero,
saber las genealogías,
para evitar parentescos:
ser autor de contradanzas,
aprovechador del tiempo,
atrasar mucho el reloj,
dar de beber á los ciegos,
despavilar las bujías,
procurar que estén contentos
los maridos y las madres;
y además de todo esto,
no ser nada escrupuloso,
y ser hombre de secreto.

LOPE. ¡No hay otro don Periquito!

TADEO. ¡Válgame Dios! ¡En los reinos
grandes, qué de habilidades
hay ocultas y sin premio!

PEDRO. Á leer y escribir me pueden
ganar todos; pero á esto,
á mentir, y á hacer cositas
de gasa, y á jugar juegos
de prendas no temo á nadie.
Hasta después, caballeros. *(Vase apriesa.)*

TADEO. ¡Qué paso lleva! Por ver
oficiar á este muñeco
solamente, estoy tentado

de ir yo también al festejo;
además que como soy
amigo de don Anselmo,
se holgará de verme entrar
sin convidarme.

LOPE. Pues si hemos
de ir, á ponernos vamos
decentes, que hay poco tiempo.

RUPERTO. ¿Y á dónde hemos de esperar
nosotros?

LOPE. Sin cumplimiento,
nosotros iremos solos:
ustedes vayan derechos,
y en esperar no se cansen.

LOS TRES. De ese modo obedecemos.
Hasta después. *(Vanse.)*

LOS DOS. Id seguros
de que iremos allá presto.

TADEO. ¡Vamos, que el don Periquito
me ha gustado por extremo!

Entranse por distintos lados, y descubriéndose el salón corto, se verá adornado de asientos, con algunas cornucopias y una araña, que estarán encendiendo 1.º y 2.º PAJES, *y salen la* AMA *de la casa y las dos* CRIADAS.

AMA. Pues ha dado la oración,
muchachas, id encendiendo
las luces, que es regular
se vengan desde el paseo
ú comedia las amigas.

CRIADA 1.ª Yo juzgo que ya los ciegos
están ahí.

AMA. ¿Bartolo mío,
en cuánto?

PAJE 1.º ¡Reniego de ellos!
No los pude hacer venir
en menos de doce pesos,
refrescar como señores,
y beber como tudescos.

AMA. ¿Pero vienen ajustados
hasta amanecer?
PAJE 1.º Es cierto.
AMA. Pues cuenta decirle á tu amo
la mitad, que yo pretendo
que no gruña, y supliré
de mi bolsillo secreto
la otra mitad.
CRIADA 1.ª Su merced
sale.
ANSELMO. ¿Ya están encendiendo,
(Sale en bata y gorro.)
y aún hay media hora de sol?
¡Haces bien, hija: gastemos
todo en un día, y después
se ayunarán los trescientos
y sesenta y cuatro más
del año!
PAJE 1.º Si no es bisiesto,
que entonces habremos de
ayunar un año entero.
AMA. Hijo, ¿por qué no te vistes?
¡Parece que haces empeño
en darme que sentir!
ANSELMO. ¡Vaya,
que es gente de gran respeto
para mí la que aguardamos!
AMA. Pero lo es de cumplimiento,
por ser la primer vez que
vienen á favorecernos.
ANSELMO. De esos favores, mujer,
diles nos hagan los menos
que puedan. ¡No es mal favor
tener un rato estupendo
hoy á mi costa, y mañana
burlarse de mi dinero!

Sale PEDRO.

PEDRO. Á los piés de usted, señora.
¡Oh compadre! ¿Gorro? ¡Cierto

que estais decente! ¿Decid:
os habeis al paso puesto
para recibir visitas,
ó para espantarlas?

ANSELMO. Quedo,
que ya me voy á poner
más guapo que un Gerineldos. *(Vase.)*

AMA. ¿Está decente la sala
y bastante clara? Hablemos
sin ceremonia: ved que en
vuestras manos encomiendo
la noche, don Periquito.

PEDRO. Quizá faltarán asientos,
y están algo separados;
supongo que no es defecto,
que después le arrimará
cada uno á su gusto.

AMA. Creo
que ha parado coche. Niños,
abrid la puerta, y si es cierto,
bajad á alumbrar.

PAJE 2.º ¿Con qué?

AMA. Con una vela de sebo,
que está en una palmatoria
prevenida.

PAJES. Voy corriendo. *(Vanse.)*

AMA. Don Pedro, como que sale
de vos, ireis previniendo
á todos, que se ha omitido
la molestia del refresco:
y después á los que quieran
tomar algo, que tenemos
prevenida una merienda
en una pieza de adentro.

PEDRO. Eso es lo mejor.

Salen DOÑA MARIQUITA *y* DOÑA JOAQUINA.

LAS DOS. ¿Amiga?

AMA. Queridas, la mano os beso.

MARIQUITA. Yo te beso á tí la cara,
que la tienes como un cielo.
AMA. Ya lo sé; ¡pero ay, amiga,
que no pasa un alma!
MARIQUITA. Bueno.
ya sabes que entre nosotras
no se atraviesan misterios.
AMA. Vamos, hijas, al estrado.
JOAQUINA. Bien estamos, que harto tiempo
nos queda de estar sentadas.
MARIQUITA. Sabe usted, señor don Pedro,
que estamos para servirle.
PEDRO. Yo soy el que me intereso
y me debiera ofrecer;
pero tengo igual respeto
en ausencia y en presencia
á mis amigos.
JOAQUINA. ¡Qué lerdos
son, hija, tus convidados!
MARIQUITA. No es tarde: nosotras hemos
sido demasiado vivas.
PEDRO. Si ustedes fueran de genios
dóciles, las suplicara
cansaran los instrumentos
cantando alguna cosilla.
AMA. Ha dicho bien: decid luégo
que entren, no se estén demás.
MARIQUITA. Ya estoy pronta á que cantemos
lo que tú quieras.
CRIADA. Aquí
están, señores, los ciegos.

Salen los tres CIEGOS, *que los saca la* CRIADA.

LOS CIEGOS. Dios les dé muy buenas noches.
AMO. ¡Qué indecentes y qué puercos!
Ponedlos á aquel rincón.
CIEGO 1.º ¡Temprano se empieza esto!
AMA. ¿Acompañan tonadillas?
CIEGO 1.º Cante usté, y no tenga miedo,

que al oído cualesquiera
cosa le acompañaremos.

AMA. Canta algo sola, amiguita.

MARIQUITA. Oye, que cuando el deseo
de servir es eficaz,
se responde con el hecho. *(Canta.)*

Salen DOÑA PAULA *y* DOÑA PETRA *con dos* OFICIALES.

PAULA. Eso me parece bien.

MARIQUITA. Hija, nos entretenemos
las dos á solas.

PEDRO. ¿Pues yo,
qué, soy algun estafermo?

AMA. ¡Jesús, qué tarde!

PAULA. No riñas,
que nosotras no tenemos
la culpa, los dos señores
la han tenido.

AMA. Yo lo creo,
que os tendrían divertidas.
Venid y nos sentaremos.

PAULA. Vamos: hasta que se enrede *(Aparte al Oficial.)*
el baile ponerse lejos.

OFICIAL 1.º ¿Por qué razón? ¡No, señora,
que yo con quien vengo, vengo!

PAULA. Parece mal.

OFICIAL 1.º Que más tenga
antes que después, no entiendo.

AMA. Ved que parece que llaman.

PEDRO. Señora, estos caballeros...

Salen DON BRAULIO, DON DIONISIO *y* DON RUPERTO.

LOS TRES. Á los piés de usted, señora.

AMA. Señores, sin cumplimiento,
y hasta que la novia venga,
no hay reservados asientos.

OFICIAL 2.º Así ha de ser: lo demás
es convidar á tormento,

y no á divertirse.

DIONISIO. Yo
lo que me dejen acepto.

AMA. Vaya, señor don Dionisio,
que aunque procureis atento
disimular, en la cara
se os conoce todo el fuego.

(Siéntanse alternados.)

MARIQUITA. «Á buena hora: ¿no me vísteis

(Aparte á D. Ruperto.)

»cuando salí del paseo?

RUPERTO. »No, señora.

MARIQUITA. No lo extraño,
»porque hay muchos embelesos
»en el Prado.»

(Saca la cabeza D. Anselmo por un bastidor, ya vestido.)

ANSELMO. Ya parece
que esto se va componiendo.
Baile y comedia casera
son unos ratos muy buenos
en casa de los amigos,
y en las propias un infierno.

Sale PAJE 1.º

PAJE 1.º La señora novia viene.

AMA. Fuerza es que nos levantemos
á recibirla.

Sale ANSELMO.

ANSELMO. Salgamos
ahora que hay bulla.

Sale la NOVIA *con* D. ALEJO, *que es el novio viejo, de la mano, muy bizarros, y* D. LOPE *y* D. TADEO *detrás.*

AMA. Lo bueno
siempre se ha de desear.

NOVIA. El feliz es mi deseo,
que se logra en vernos juntas.

LOPE Y TAD. Señoras, á vuestro obsequio,

ANSELMO. Señoras, bésoos los piés.
¿Qué hay, amigo don Alejo?
¿Cómo va de novio?
ALEJO. Amigo,
mejor que no de soltero:
algun flatillo acomete;
pero en lo demás me siento
admirable.
MARIQUITA. Ea, queridas,
las molestias evitemos,
y á sentarse.
ALEJO. Hazme un ladito, *(Á la Novia.)*
hija.
PAULA. Nosotras le haremos
á los demás.
AMA. Eso no,
que esto es sólo privilegio
del novio.
ANSELMO. Amigos, acá
todos los que somos ceros
en el baile.
TADEO. Ahí entro yo,
que sin convidar me vengo,
sólo para acompañaros.
ANSELMO. ¡Cuánto, amiguito, lo siento!
MARIQUITA. ¡Qué bien tocada que vienes! *(Á la Novia.)*
«Viste tocado más feo? *(Á Paula, aparte.)*
»ni más ordinario?
PAULA. «Embiste *(Aparte.)*
»la mujer.» ¡Está muy bueno!
¿quién te peina?
NOVIA. Una criada.
AMA. ¿Don Periquito, qué hacemos?
PEDRO. Aguardo el orden.
AMA. Pues vaya:
á los novios los primeros.
PEDRO. Présteme usted, y perdone,
ese bastón.
OFICIAL 1.° Es muy vuestro.
RUPERTO. Don Pedro, yo avisaré

cuando he de salir.

MARIQUITA. Don Pedro,
si yo tengo de bailar,
no me saqueis con don Diego.

LOPE. Don Pedro, cuenta que yo
nunca bailo si no llevo
buena compañera.

PAULA. Digo:
ya sabeis que yo no puedo
dar un paso, si no bailo
con oficiales.

AMA. ¿Don Pedro,
qué haceis?

PEDRO. ¡Si todos me llaman!
Ya voy. Se están disponiendo
las cosas.
Toquen ustedes *(Á los ciegos.)*
minuetes cortos y nuevos,
de claro compás. Señores
novios, que me honreis espero.

NOVIA. Vamos allá.

NOVIO. Ello es preciso
hacer un hombre su esfuerzo.

(Tocan de modo que se oigan los versos, piano siempre: el bastonero no cesa de andar sacando, y los minuetes se bailan cortos, midiendo la representación á los tiempos.)

JOAQUINA. «Qué frío que me ha dejado *(Aparte las dos.)*
»el novio el lado derecho!»

MARIQUITA. «Pues de ese modo, la novia
»tendrá helado todo el cuerpo.»

NOVIO. ¡Qué linda estás! *(Al pasar.)*

NOVIA. Calle usted.

NOVIO. ¡Ya te he dicho que no quiero
que me trates de ese modo!

LOPE. «¡El amigo don Alejo *(Aparte á Tadeo.)*
»cómo la obliga!»

TADEO. Bastante
se ayuda, pero le temo.

DIONISIO. ¡Lástima de primavera *(Á la Novia al pasar.)*
es que la siga el invierno!



El sarao.

NOVIA. ¡Jesús, qué vergüenza!
TODOS. ¡Vítor! *(Palmeando.)*
LOPE. ¡Mil días ha que apetezco *(Bailando.)*
esta dicha!
PAULA. Si es verdad,
mucho lo habeis encubierto.
MARIQUITA. «¡Bien baila, pero presume!» *(Aparte las dos.)*
AMA. «¿Tiene muy bonito el cuerpo,
»pero lo demás no es cosa!»
LOPE. ¡Qué bella!
PAULA. ¡Qué lisonjero!
TADEO. Anda, hijo. ¡Los apartes
son bonitos, pero serios!
¡En empezando á bailar
por mayor, allí te quiero!
MARIQUITA. Don Pedro, no me sacais
á bailar. ¡Mal bastonero
haceis!
PEDRO. Señora... es preciso
cumplir con todas.
MARIQUITA. No quiero
bailar: me he desazonado.
PEDRO. Salga usted ahora: ¡reniego *(Al Ama.)*
del oficio!
AMA. ¡Vaya usted,
y sáqueme con don Diego.
PEDRO. Está bien.
AMA. ¡Perfectamente *(Á Lope.)*
bailais!
LOPE. Es favor que os debo.
OFICIAL 2.º ¿Había de llegar la hora? *(Habla con Paula.)*
PAULA. Callad, que luégo hablaremos.
PEDRO. Ahora sigue usted.
JOAQUINA. No bailo.
PEDRO. Usted va después.
OFICIAL 1.º No quiero:
y sepa el chiquilicuatro,
que la tropa es lo primero
en todas partes.
PEDRO. ¡Amigo,

es mucho negocio esto
para un hombre solo!... Mas
esto se acaba: saquemos
á contradanza.

(Saca el libro, y habla á todos, como que los cita.)

CRIADA 2.ª Nosotras
creo que no cataremos
el baile.

CRIADA 1.ª ¡Qué sosería
de baile! Yo ya me duermo.

TADEO. No perder las esperanzas,
que luégo habrá taconeo.

PEDRO. Los nombrados, y unas luces
para que toquen los ciegos
por el papel.

CIEGO 2.º Diga el nombre,
que acá todas las sabemos.

PEDRO. La inimitable.

LOS CIEGOS. En buen hora.

PEDRO. Pues, señores, esto es esto:
zarcé, alemanda, arcos dobles,
cuatro caras y á sus puestos.

Salen DOÑA MARIQUITA, DOÑA PAULA, DOÑA JOAQUINA *y* DOÑA PETRA, *con* D. LOPE, D. RUPERTO, D. BRAULIO *y* D. DIONISIO.

(Bailan la contradanza, y acabada dice:)

PEDRO. Los nombrados, que la gracia
está en no perder el tiempo.

MARIQUITA. ¡Muy linda es la contradanza;
pero seria!

PEDRO. Suponiendo *(Á la Ama.)*
la gracia de usté, he sacado
á las muchachas, que quiero
poner una más alegre
y muy extraña.

AMA. Yo apruebo
cuanto haga usted.

PEDRO. Pues alón:

la *Chispa*, y yo también entro
en ella para guiarla.

EL AMO. ¡Todos nos calentaremos,
ya que la casa se quema!

TADEO. ¡Bien dicen! no hay hombre cuerdo
á caballo.

PEDRO. Poco á poco,
hasta que nos enteremos.

(Bailan las dos Criadas, la Novia y el Ama con los cuatro que parezca.)

TODOS. ¡Muy graciosa y muy extraña!

NOVIO. Si aquí mucho me detengo
me han de alborotar la niña.
Hija, bueno está lo bueno: *(La retira.)*
vamos á casa.

TODOS. Es temprano. *(Se levantan.)*

PAULA. Ya es hora de recogernos
también nosotras: agur,
amiguita.

AMA. Agradecemos
el buen rato.

UNOS. Adios, señoras.

AMA. Los que se quedan, adentro
á cenar alguna cosa:
y entre tanto dispondremos
cantar después un juguete.

TODOS. Eso ha de ser lo primero.

ANSELMO. Pues ya no bailan, las luces
están demás, apaguemos.

(Todos se van retirando con sus respectivas gentes, y los de la casa los despiden: los Pajes alumbran, el amo apaga las luces, etc.: todo esto con una marcha que toca la orquesta, y se da fin.)

EL REVERSO DEL SARAO.

PERSONAS

—

D. VENANCIO, *amo de la casa.*
DOÑA JUANA, *su mujer.*
D. PEDRO, *amigo de la casa.*
D. ROQUE.
D. PASCUAL BAILÓN.
D. ANSELMO.
D. LUÍS.
D. GIL.
D. JOAQUÍN.
} *Visitas.*
D. ALEJO, *novio anciano.*
LA NOVIA, *joven.*
DOÑA LEONOR, *visita.*
DOÑA IRENE.
DOÑA LUCÍA.
DOÑA PEPA.
} *Visitas.*
MARIQUITA.
TOMASA.
MANUELA.
} *Criadas.*
D. HERMÓGENES, *criado mayor, viejo.*
BENITO.
LUCIO.
} *Pajes.*
EL TÍO PÓ.
OTROS DOS CIEGOS.

La escena se finge en una casa particular de Madrid.

Salón largo.



Cerca del foro se verá una mesa con el tren de un refresco: estarán arrimadas á ella, la TOMASA *haciendo chocolate,* MANUELA *fregando vasos y jícaras en un barreño, y* MARIQUITA *sentada en el suelo llorando, y con el delantal limpiándose. Á un lado se verán en un banco sentados refrescando* TRES CIEGOS, *bien vestidos: los dos primeros, que tendrán al lado sus violines, y el* TÍO PÓ *su violón entre las piernas, é interin el coro canta, no cesarán de entrar y salir, sirviendo el refresco los dos* PAJES *y* D. HERMÓGENES.

CORO DE LOS CIEGOS.

Atención, madamitas,
atención, caballeros,

vaya de desengaños
en forma de festejo:
y calle alguno, si le coge el carro;
ó que chille, y así quién es sabremos.

LUCIO. ¡Muchachas, gracias á Dios,
que se concluyó el refresco!

MANUELA. ¿No falta más chocolate?

LUCIO. Nada.

MANUELA. Mejor y más bueno.

BENITO. Venga una salvilla de agua,
y despachemos con ello...
¿Qué tiene usted, Mariquita?

MARIQUITA. ¿Qué le importa á usted saberlo?

BENITO. De los desagradecidos
está atestado el infierno. *(Vase con la salvilla.)*

TÍO PÓ. ¿No habrá un par de jicaritas,
niñas, para un pobre ciego?

MANUELA. ¿Á pares han de ser?

TÍO PÓ. ¡Sobre
que ha un año que no lo pruebo!

PEDRO. Chicas, madama pregunta *(Sale.)*
si han acabado los ciegos
de beber.

CIEGO 1.º Nosotros sí:
vamos, tío Pó.

TÍO PÓ. En concluyendo
de comer esta corteza,
al instante templaremos.

PEDRO. Y que vengan dos criados
para sacar el brasero.

MANUELA. Ahí los tiene usted: ya lo oyen.

LUCIO. Diga usted que al punto iremos.

PEDRO. ¿Mariquita, por qué lloras?

MARIQUITA. Fuí á verter un barreño
en la igriega, y se cayó
un tenedor que había dentro.
¡Pobre de mí cuando mi amo
lo sepa!

PEDRO. ¡Si no hay remedio
de que tengais más cuidado!

MANUELA. Como está todo revuelto,
y la pobre tiene tantas
cosas que atender á un tiempo,
no lo pudo remediar.

MARIQUITA. Mire usted, señor don Pedro,
si usted quisiera prestarme
para comprar otro, luégo
se lo pagara, conforme
los meses fueran cayendo.

MANUELA. Y quizá tú le sirvieras
al señor en otro empeño
mañana, que en este mundo
todicos somos arrieros,
y solemos encontrarnos.

MARIQUITA. Actualmente estoy sirviendo
á su mercé en mucho.

PEDRO. ¿Á mí,
qué me hicieran cuatro pesos
que veis que puede costar?
Pero dártelos no quiero,
con eso tendrás cuidado
para otra vez. *(Vase.)*

MANUELA. ¡Qué consuelo!
¡Como yo fuera que tú
me había de vengar bien presto!

BENITO. ¿Acabóse con la prisa? *(Sale.)*

MARIQUITA. Da de refrescar á esos,
Manuela.

MANUELA. Vengan ustedes.
(Vuelve á la mesa, y da de beber á los pajes.)

MARIQUITA. ¿No va usted?

LUCIO. Me compadezco
yo tanto de ver trabajos
de mujeres, sin poderlos
remediar, que se me pone
un ñudo aquí en el pezcuezo,
que atravesar no me deja
bocado.

MARIQUITA. Yo lo agradezco;
pero si esta noche misma

lo sabe mi amo, al momento
me despedirá.

LUCIO. ¿Pues hay
más que no llegue á saberlo?

MARIQUITA. ¿Cómo ha de ignorarlo? ¡Vaya,
que es poquito cominero
y poquito miserable!

LUCIO. ¿Pues qué cuenta los cubiertos?

MARIQUITA. ¿Si cuenta? ¡Hasta los garbanzos
que se echan en el puchero;
y si alguno hay mal cocido,
le aparta, y saca otro menos
para la olla al otro día.

LUCIO. Y vaya, ¿qué tal, es bueno
el salario?

MARIQUITA. Veinte reales,
y sus dos cuartos de almuerzo.

LUCIO. Pues si te despiden, yo
tengo casa de dos pesos
y chocolate.

MARIQUITA. Es que aquí
me vienen muchos provechos
por mi ama, con que voy
tal cual mi cofre surtiendo;
y donde no dan las amas,
las criadas no podemos
subsistir, porque el salario
no alcanza para remiendos.

LUCIO. ¿Á que la sirves mejor
que al amo?

MARIQUITA. Suele ser eso
muy natural, y más yo,
que hago donde estoy sirviendo
lo que puedo por las amas,
y á veces lo que no puedo.

LUCIO. Pues, hija, si sirvo de algo,
puedes contar con aquello
que pueda.

MARIQUITA. Se estima, y
si se ofrece cansaremos.

Vaya usté á beber, don Lucio.
LUCIO. Si tú no bebes, no bebo.
MARIQUITA. No quiero ser desatenta,
ya que usted ha dado en eso.
CIEGO 1.º Vamos á templar, que están
esperándonos.
TÍO PÓ. Templemos.
CIEGO 2.º Yo tengo que poner prima
nueva.
CIEGO 1.º Pues vaya ligero.

Sale D. VENANCIO *de paisano, sin espada ni sombrero.*

VENANCIO. ¿Muchachos, no os han mandado
que sacaseis los braseros
de la sala?
LUCIO. No, señor.
VENANCIO. Pues id al punto, y traedlos
á este cuarto. ¡Á pocas de estas
funciones quedamos buenos!
BENITO. Vamos los tres, para que
traigamos los dos á un tiempo. *(Vanse.)*
VENANCIO. ¡Más importa el agasajo
de aquí fuera, que el de adentro!
¿Oyes, María?
MARIQUITA. ¡Señor!
VENANCIO. ¿Cuánto chocolate has hecho?
MARIQUITA. Dos libras.
VENANCIO. ¡Jesús mil veces!
¿Para setenta sujetos
dos libras de chocolate?
MARIQUITA. Pues no estaba muy espeso;
y si todos le tomaran,
hubiera habido que hacerlo.
VENANCIO. ¿Y á los pajes y criadas
por qué has de darles refresco?
MARIQUITA. Porque es un estilo antiguo.
VENANCIO. ¡Vea usté aquí lo que no puedo
tolerar! Porque es estilo
antiguo, se ha de hacer esto,
y otras cosas porque son

de estilo antiguo, aunque bueno,
se han de dejar por seguir
otros estilos perversos.

MARIQUITA. ¡Si yo no tengo otra cosa
que darles!

VENANCIO. Darles un... hueso
para mondarse los dientes.
Anda, anda, que ya te entiendo:
eso sí, ¡gran rebanada
del pan de mi compañero!

Salen los criados.

BENITO. ¿Á dónde se han de poner
estas copas?

(*Se ponen una de estrado y la otra á los piés de la sala.*)

LUCIO. En el suelo.

VENANCIO. El brasero en este lado,
y arrimadle unos asientos
para la gente de juicio:
y la copa al otro extremo
de la sala.

JUANA. Vamos, hijo: (*Sale.*)
¿has de ser tú bastonero,
ó no?

VENANCIO. Si todas me dais
facultades, en teniendo
el bastón, de bastonazos.
lo seré: sino, no quiero.
Además, ¿que quién le había
de hacer al señor don Pedro
un agravio en disputarle
las funciones de cortejo?

JUANA. Por no hacer un gusto, eres
capaz, si te dan mil pesos,
de no tomarlos.

VENANCIO. Sí tal:
¿á dónde está este dinero?

JUANA. ¡Que no escarmiente, ni acabe
yo de conocer tu genio!

VENANCIO. También conozco yo el tuyo.

¿qué quieres? y no escarmiento,
JUANA. Vaya, pues ya que te excusas
de ir á la sala, á lo menos
cuida de que estén servidos
los que vengan aquí dentro.
Poned ahí una mesita
con vasos limpios, diversos
vinos, y bizcochos muchos.
Hijo, por Dios, que quedemos
bien con todos.
VENANCIO. Ese encargo
házsele al señor don Pedro,
que sabe contemplar gaitas.
JUANA. ¿Por qué razón? ¿El es dueño
de la casa por ventura,
para echarle todo el peso?
VENANCIO. Pues yo no puedo con más
porque con la bulla tengo
una cabezota, que
no cabe en el aposento:
además que todo el año
estoy yo como un jumento
trabajando, y él está
sentadito en el brasero
en conversación contigo:
pues bien está, trabajemos
cada uno cuando le toque:
sino sentencie este pleito
un juez de piedra. ¿Señores,
pido yo algún adefesio?
JUANA. Pues ves, y díselo tú,
que el decírselo yo, creo
que es mucha satisfacción.
VENANCIO. Que tengas esa te ruego: (*Con fisga.*)
que como en esa se quede,
me daré por satisfecho.

Sale D. PEDRO.

PEDRO. Señora, que ya la noche
se va pasando: ¿qué hacemos?

JUANA. No hay forma de convencer
á éste á que sea bastonero,
y quiere que usted lo sea.

PEDRO. Jesús, señora, es tan dueño
mío el señor don Venancio,
que aunque inútil me contemplo
para el cargo, en testimonio
de mi obediencia lo acepto.

VENANCIO. Muchacha, da mi bastón
al señor, y buen provecho.

LUCIO. «¿Qué tienen de qué quejarse *(Aparte.)*
»los maridos poco cuerdos,
»cuando el bastón dan á otro,
»de que otro mande más que ellos?»

PEDRO. ¿Supongo que aunque parienta
vuestra, sacaré primero
á la novia?

JUANA. ¿Quién lo duda?

PEDRO. No lo erré, que para esto
tenemos los Periquitos
hechas pruebas del acierto.

CIEGOS. ¿Vamos ya?

PEDRO. Vengan tras mí
á la sala.

TÍO PÓ. Vaya, ciego,
tú que ves anda delante. *(Vase con ellos.)*

CIEGO 1.º Venidme los dos siguiendo.

JUANA. Cuidado con que esté todo
abundante, limpio y bueno. *(Vase.)*

VENANCIO. ¡Á mi mujer se le olvida
á veces, que sólo tengo
catorce reales de renta!

HERMÓG. ¡Cuántos olvidos hay de estos!

VENANCIO. ¿Don Hermógenes?

HERMÓG. ¿Señor?

VENANCIO. Usted que está, por ser viejo,
ya en la edad de la codicia,
ha de ser mi despensero,
y mi mayordomo: ahí van
las llaves, sacad con tiento

cuatro botellas de vino
vacías, y al mismo tiempo
una llena, y en las cinco
la cantidad repartiendo
del licor, partes iguales,
las llenareis de agua luégo,
y las traereis.

HERMÓG. ¿Tan aguado,
señor, cómo han de beberlo?

VENANCIO. ¿Cómo beben en sus casas
el que vende el tabernero?

HERMÓG. ¡Dirán que sois miserable!

VENANCIO. Ó dirán que soy discreto.
¿No beben para templar
de la agitación el fuego,
porque bailando se abrasan?
Pues, amigos, agua en ellos.

(Se oyen los minués, que se supone bailan en la sala.)

MARIQUITA. Pues, señor, sea lo que fuere,
lo que se ponga sea presto,
porque ya bailan, y pronto
querrán beber.

VENANCIO. No hayas miedo,
que mientras bailan minuetes
salga alguno. En concluyendo
los graves, y en empezando
la música los alegros,
que es cuando empiezan los brincos,
y la mudanza de asientos,
y cada uno á su negocio,
nadie repara el ageno;
entonces es cuando empiezan,
los cuatro humores revueltos,
á apetecer gollerías:
y cada uno va sintiendo
el semblante humedecido
y los paladares secos.

HERMÓG. Allá voy: pon entretanto,
niña, la mesa en su puesto.

Sale D. ROQUE *como cansado, con gorro y bastón.*

ROQUE. Adios, señor don Venancio:
disimulad si me siento
sin hablar otra palabra.
que esta fatiga en el pecho,
con su calentura al canto...
¡Ay, amigo, yo me muero!

VENANCIO. Y os está bien empleado.
¿En una noche de invierno,
quién sale así de su casa,
y no se está con sosiego
en la cama, procurando
para sus males remedio?

ROQUE. ¿Qué quereis? Por no quitar
á mi mujer el consuelo
de que vaya á las comedias,
los bailes y los paseos,
no puedo quedarme un día
en la cama, ni me atrevo
á quejarme, aunque el doctor
dice que me caeré muerto.

MANUELA. Los que sois, ó habeis de ser *(Á los pajes.)*
maridos, tomad ejemplo.

LUCIO. Ya tengo yo otro sabido,
para cuando llegue á serlo,
mejor.

MANUELA. ¿Mejor? ¿Y cuál es?

LUCIO. Querida, el de los cocheros:
hacer trabajar las mulas,
y cercenarles el pienso.

MANUELA. Eso no es de hombres de bien.

LUCIO. ¿Y son hombres de bien estos *(Sin señalar.)*
que consienten...? ¡Dejamé.
porque diré setecientos
disparates si me apuras!

Sale D. PASCUAL BAILÓN.

PASCUAL. ¡Buenas noches, caballeros.

VENANCIO. ¿Señor don Pascual Bailón,

cómo tan tarde?

PASCUAL. Es que vengo,
amigos, de merendar
y beber como un tudesco.

ROQUE. Gracias á Dios que os da ganas:
yo, aunque á la mesa me siento,
suelo no acabar un caldo:
es verdad que me divierto
en ver comer á mi esposa,
que tiene un diente estupendo.

PASCUAL. Dígala usted que si quiere
apostar, que comeremos,
y la haré ver que no sabe
cuál es su diente derecho.

VENANCIO. Pues ya que ustedes no bailan,
á la lumbre, caballeros,
y trátese de las cosas
que haya en el lugar de nuevo.

PASCUAL. Yo esta mañana, y cuidado
que no es bola, le oí á un ciego
decir, que había almanaques
y pronósticos.

VENANCIO. Pues eso,
aunque es verdad que los haya,
es embuste manifiesto.

LUCIO. Niñas, si ustedes nos dan
(Acercándose á la copa.)
lugar, nos calentaremos
las manos.

MARIQUITA. ¡Ojalá hubiera
tanto lugar en el cielo!

LUCIO. En verdad que dicen que hay
de Madrid allá buen trecho.

Sale HERMÓGENES.

HERMÓG. Aquí está el vino y bizcochos.

VENANCIO. ¿Don Hermógenes, qué es esto?
¿Cuántos traeis?

HERMÓG. Media libra.

VENANCIO. ¡Vos habeis perdido el seso!
Con un cuarterón sobraba.
¿Somos aquí confiteros?

Sale DOÑA LEONOR *sofocada, y* DOÑA JUANA *detrás.*

JUANA. ¿Quieres algo, Leonor mía?
LEONOR. Mujer, desahogarme quiero
de la risa que me oprime.
¿Viste tocado más feo,
ni bata de más mal gusto
que la de la novia? ¡Y luégo,
no es tan linda como dicen!
JUANA. ¿Qué quieres, hija? Hasta en eso
que está á la vista se yerran
los gustos y los conceptos;
y á veces en un concurso
las hermosuras nos vemos
desairadas, y las sierpes
están rodeadas de obsequios.
LEONOR. Lo que me ha escandalizado
es que ya tiene cortejo,
y ha nada que se casó.
JUANA. Es que con el novio ha hecho
lo que con el coco se hace
á los niños en creciendo.
LEONOR. ¿Qué es?
JUANA. Enseñarles el coco
para que pierdan el miedo.
LEONOR. Y él me parece un buen hombre.
JUANA. ¡Toma si es! Y más que bueno.
MARIQUITA. Tráiganos usté hacia acá
á la novia la veremos,
señora.
JUANA. Luégo: después
entrará.

Sale D. GIL *de redingot, mojado y lleno de lodo.*

GIL. ¡Jesús, cuál vengo!
JUANA. ¡Oh, señor don Gil, tan tarde

GIL. ¡Qué quereis, si está lloviendo
á cántaros, justamente
en una noche que tengo
precisión de ir á once bailes!
JUANA. ¿Pues por qué no os estais quieto
en uno?
GIL. Si en todas partes
me quieren, ¿cómo he de hacerlo?
(Saca zapatos del bolsillo, y se muda.)
Señores, con el permiso
de ustedes, me quitaré esto
aquí, para entrar decente.
JUANA. Sea en buen hora.
LEONOR. Lo que siento
es que no previne coche,
como estaba el día sereno,
y me he de poner perdida.
JUANA. Ahí tienes á don Anselmo,
que le busque.
LEONOR. No quisiera
meterle ahora en este empeño.
JUANA. Ven, que si tienes reparo,
yo lo haré, que no le tengo.

Sale PEDRO.

PEDRO. ¡Hay aquí alguno que quiera
bailar!
JUANA. ¿Se van concluyendo
los minuetes?
PEDRO. Sí, señora.
JUANA. Pues despachar, y empecemos
las contradanzas. ¿Don Gil,
quereis bailar ahora, ó luégo?
GIL. Que bailen cualquiera cosa
(Saca un espejo, le clava, y se pone á peinar.)
entretanto que me peino.
PEDRO. ¡Vaya, que igual confusión
no la he visto!
ANSELMO. ¿Bastonero? *(Dentro.)*

PEDRO. Ya voy, ya voy: ni le dejan
á un hombre tomar aliento. *(Vase.)*
LEONOR. Volvámonos al estrado.
JUANA. Vamos á componer eso. *(Vanse.)*
VENANCIO. ¡Lo que le ha caído que hacer
á mi amigo! ¡Buen provecho!
ROQUE. ¿Hay más noticias?
PASCUAL. Que vienen
los reyes á seis de enero.

Sale DOÑA IRENE.

IRENE. ¿Muchacha? *(Á Manuela.)*
MANUELA. ¿Qué manda usted?
IRENE. Buenas noches, caballeros. *(Á los del brasero.)*
LOS TRES. Á los piés de usted, madama.
IRENE. ¿Dijiste á don Luís aquello? *(Aparte las dos.)*
MANUELA. Sí, señora; pero dijo
que tenía que ir primero
á otra función.
IRENE. Pues si viene,
y entrase por aquí dentro,
dile que lo sé; y que estoy
contra él hecha un veneno;
pero oyes, en todo caso
no le dejes ir. *(Vase.)*
MANUELA. Ya entiendo.
MARIQUITA. ¿Qué regaña?
MANUELA. No es conmigo,
que es con el mismo dueño
de su voluntad, porque
se ha ido á otra parte á bureo.
LUCIO. ¡Qué guapa que viene!
MANUELA. Gracias
á un señor don Majadero,
que la ferió aquella rica
bata que trae.
TOMASA. Para eso
una ama que tuve yo,
que en la sala está por cierto,
echó una demanda en todas

sus tertulias, con pretexto
de una gran necesidad
que estaba á su cargo, y luégo
lo echó en una bata que
necesitaba su cuerpo.

LUCIO. Yo serví á otra, que rifaba
cuanto tenía, y me acuerdo
que se quedaban en casa
las alhajas y el dinero.

Sale DON JOAQUÍN, *sacando de la mano á la* NOVIA.

NOVIA. ¡Qué calor!

JOAQUÍN. ¡Si está la sala
echando bombas de fuego!
De mejor temple está aquí.

NOVIA. Arrimad unos asientos.
Dios guarde á ustedes: traed otro
aquí cerca, y hablaremos. *(Siéntanse.)*

LUCIO. ¡La novia, chicas, la novia!

TOMASA. No es malita, ¡y él es bello
mozo!

MARIQUITA. No es ese el marido.

TOMASA. ¿Pues quién es?

MARIQUITA. Otro don Pedro,
como el que viene á mi casa.

ROQUE. ¿Don Venancio, qué es aquello?

VENANCIO. Que haya algún casado que
pregunte lo que está viendo
por su casa, por la mía,
y por la de otros más huecos?

Llega GIL.

GIL. Señores, sea en buen hora:
y recibid mi deseo,
de que os goceis muchos años.

NOVIA. No es aqueste caballero
mi esposo.

GIL. La cercanía
me persuadió el parentesco:

perdonadme.

JOAQUÍN. No hay de qué.

NOVIA. ¡El hombre es muy majadero!

GIL. ¿Está el peinado tal cual?

CRIADAS. ¡Muy lindo!

GIL. Pues voy á dentro. *(Vase.)*

Sale el NOVIO.

NOVIO. ¿Te has indispuesto, hija mía?

NOVIA. No, hijo, no me he indispuesto:
he salido á desahogarme
aquí por un rato.

NOVIO. Has hecho
muy bien.
¿Y usted no ha bailado? *(A Joaquín.)*

JOAQUÍN. Eso le estaba diciendo
á madama: ¿por qué habían
de sacar á otros primero,
cuando no por ver que soy
el mayor amigo vuestro,
siquiera por ver que traigo
vestido de terciopelo?
Mas ya la pagará: vaya
á pasear el bastonero.

NOVIA. Cuando tengamos función
allá en casa, usté ha de serlo,
y nos hemos de vengar.

NOVIO. ¿Función? Veremos, veremos. *(Refunfuñando.)*
(Pascual y los otros que están al brasero dicen:)

PASCUAL. ¡Ah, señor novio!

NOVIO. Señores...

LOS TRES. Venga usté, que aquí hay asiento.
(Le hacen lugar.)

Sale PEDRO.

PEDRO. Pronto, pronto: lleven vino
y bizcochos á los ciegos.

VENANCIO. ¿Don Pedro?

PEDRO. ¿Qué manda usted?
VENANCIO. Sea en buen hora. *(Burlándose.)*
PEDRO. ¿Y para eso
llama usted? ¡Vaya que estamos *(Enfadado.)*
para malograr el tiempo!
¿Se ha llevado lo que he dicho? *(Vase.)*
BENITO. Ya vamos.
VENANCIO. Chicos, con tiento,
no sea que se emborrachen,
y se ahiten.
LUC. Y BEN. No haya miedo.
(Llevando el refresco.)

Sale ANSELMO.

ANSELMO. ¡Qué llueva esta noche para
ponerme en tan grave empeño!
¿Dónde habrá coche á estas horas?

Sale D. LUÍS.

LUÍS. ¡Qué humedo que está el invierno!
ANSELMO. ¿Traeis coche?
LUÍS. El Franciscano.
Ahí en un rincón he puesto
los zapatos, con más agua
que tres libras de abadejo.
ANSELMO. Pues prestadme vuestra capa,
que voy á ver si le encuentro
en algún alquilador.
LUÍS. Ahí va; pero volved presto. *(Vase.)*
MANUELA. ¿Señor don Luís?
LUÍS. ¿Qué hay, Manuela?
MANUELA. ¡Buena la hizo usted!
LUÍS. ¿Pues qué he hecho?
MANUELA. Poner á mi ama en peligro
de darle un encendimiento
de sangre, viendo que usted
se resiste á sus preceptos.
LUÍS. ¿Todo eso hay?

MANUELA. Y mucho más.
LUÍS. ¿Será cosa de ir corriendo
á llamar un sangrador?
MANUELA. No hagais burla, que yo temo,
según está sofocada,
que la cueste caro el cuento.
LUÍS. Sea por amor de Dios.
Buenas noches, caballeros. *(Á los del brasero.)*
PASCUAL. Tarde venís.
LUÍS. No he podido
más.
VENANCIO. ¿No vas á bailar?
LUÍS. Luégo
TOMASA. ¿Es ese el mueble de tu ama?
MANUELA. Sí.
BENITO. ¿Qué va que entra dentro,
porque no le riña?
MANUELA. Esotro
galantea con coleto;
amigas; y si le quieren
se alegra, si no lo mesmo.
LUCIO. De ese modo, puede un hombre
ser algunos ratos necio.
MARIQUITA. ¡Ah, pobres mujeres!
LUCIO. ¡Ah,
mujeres tontas, que de ellos
se fían, y que no aprenden
por leyes de buen comercio,
que quien mucho fía, cuando
no se pierda, gana ménos!
NOVIA. Llegaos y decidle al ama *(Á Joaquín.)*
de la casa, que la espero:
que se acerce aquí un instante.
JOAQUÍN. Voy, señora, voy corriendo. *(Vase.)*
LUÍS. «La novia está allí: veré *(Aparte.)*
»si haciéndola mis obsequios,
»puedo hacer rabiar á esotra.
»Señora, los piés os beso.»
NOVIA. ¿Señor don Luís?
LUÍS. Con licencia

de usted, tomaré este asiento.

NOVIA. Mientras vuelve el que se ha ido.

LUÍS. Sólo al pariente le cedo;
pero á otro no, porque
yo en sus ausencias espero
la plaza de gentilhombre.

NOVIA. Está ya dado el empleo.

LUÍS. «¡Lo que madrugan algunos!» *(Aparte.)*

NOVIA. Y aunque llegarais á tiempo,
no teneis, señor don Luís,
conducta para cortejo,
ni filis: para marido
me parece que sois bueno;
y así, al instante que enviude,
envidad, que yo os acepto.

LUÍS. Esta es palabra mayor: *(Levantándose.)*
¿á mí decirme que tengo
cara de marido? ¡Vaya,
que sin duda soy muy feo!

JOAQUÍN. Señora, al instante viene. *(Sale.)*

PEDRO. ¿Ha venido alguno nuevo *(Sale.)*
que baile? Vamos, Luisito:
y á todos ustedes ruego,
que no falten de la sala.

LUÍS. ¡Qué acalorado estás, Pedro!

PEDRO. Yo sé quien por culpa tuya
lo está más.

LUÍS. Que beba fresco.

PEDRO. ¿Vienes á la sala?

LUÍS. Voy
sólo por ver á un espejo
qué señales de marido
son las que adornan mi cuerpo. *(Vase.)*

DOÑA LUCÍA. ¿Ha venido mi pariente? *(Sale.)*

PASCUAL. ¿No me ves, tonta?

LUCÍA. Me alegro,
para decirte que vayas
á casa á que tengan puesto
el farol en la escalera.

PASCUAL. ¿Cómo tengo de ir lloviendo?

LUCÍA. ¡Qué lástima! Pues tampoco
puedes ir en coche luégo.
PASCUAL. ¿Por qué?
LUCÍA. Porque la berlina
sólo tiene dos asientos,
y don Blas trae medias blancas.
PASCUAL. ¿Pues qué, los tres no cabemos?
LUCÍA. Ahora iría el otro con esa
mortificación!
PASCUAL. Por eso
no haya pendencia: bien, bien,
ya iré.
LUCÍA. Pues cuenta con ello. *(Vase.)*

Sale DOÑA JUANA *con* DOÑA PEPA *de la mano.*

JUANA. Ya vengo á ver qué me mandas: *(Á la novia.)*
y porque te ha echado menos,
viene esta dama á buscarte.
NOVIA. Hijita, yo lo celebro;
pues quería suplicarte
la dijeses mis deseos
de oirla cantar y tocar
la vihuela.
JUANA. El propio intento
traía ella.
NOVIA. Canten ambas,
luégo que solos quedemos,
alguna cosa.
ROQUE. Canta, hija.
(Levantándose,—á Pepa.)
PEPA. ¡Toma! ¿Qué también tenemos
aquí este emplasto?
ROQUE. ¡Cuánto há!
Mira, hijita; canta aquello
que cantabais por la noche
el día que hice testamento.
JUANA. ¿Pues qué, tan malo os hallais
que ha llegado ya ese extremo?
ROQUE. Muy malo.

PEPA. No le creais,
que es sólo aprensión que ha hecho:
pues según el doctor dice,
no hay de que tener recelo,
porque aunque la calentura
es continua, está en los huesos,
y no le llega á la carne.
(Todos se ríen mirando á D. Roque.)
Mas por ver si le divierto,
cantaré unas seguidillas
de un duendecillo travieso.
JUANA. Pues cántalas, hija mía.
PEPA. Pues escúchalas, que empiezo.
(Aquí canta las seguidillas dichas.)
ROQUE. Viva, viva: te has portado.

Sale ANSELMO.

ANSELMO. ¡Jesús, qué noche de perros!

Sale LEONOR.

LEONOR. ¿Hallasteis el coche?
ANSELMO. No
se halla por ningún dinero.
LEONOR. Siempre me dejais airosa.
ANSELMO. «¡Estos sí que son aprietos!» *(Aparte.)*
¿Pues no hallareis entre tantas *(Recio.)*
amigas, algún asiento?
LEONOR. Diez hay para cada coche:
bien podeis marchar corriendo
á casa por la mantilla
gorda, y los zapatos negros.
NOVIA. «Hija, yo te llevaré.» *(Aparte á Leonor.)*
LEONOR. «Calla, déjale; que quiero
»que se refresque, y así
»será otra vez más atento.»
ANSELMO. Voy allá.
LUÍS. Venga mi capa. *(Se la quita.)*
ANSELMO. ¿Cómo tengo de ir en cuerpo?

LUÍS. Á lo militar.

ANSELMO. ¿Hay otra
por ahí? pero ya la veo.
(Coge la de D. Gil que está colgada.)

GIL. No es capa, que es capingot:
perdone usted, caballero. *(Se le quita.)*

ANSELMO. De la humedad de esta noche
malas resultas espero. *(Vase.)*

Sale PEDRO *sofocado.*

PEDRO. Luégo que esta contradanza
se concluya, á nadie tengo
que sacar, porque toditos
se han encajado aquí dentro.
¡Si no me da un tabardillo
esta noche, soy de acero! *(Vase.)*

JUANA. Tiene razón.

NOVIA. Pues que cante
esta dama, y nos iremos
á la sala.

PEPA. Si ha de ser,
cantaré; pero no tengo
vihuela.

MARIQUITA. ¿Cómo que no?
Aquí está la de los ciegos.

JUANA. «Ya sé lo del tenedor, *(Aparte las dos.)*
»Mariquita.»

MARIQUITA. «Harto lo siento,
»señora.»

JUANA. «Pues no te asustes,
»que ya está todo compuesto.»

PEPA. Vaya unas seguidillitas
de idea extraña.

TODOS. Silencio.

Canta y toca sentada unas seguidillas particulares Pepa, y todos los del baile van entrando á oirla, rodeando su silla, etc.)

TODOS. Lindamente. ¡Viva! ¡viva!

UN CIEGO. Entretanto que yo bebo.

JUANA. Ea, á bailar, que ya es tarde,
y la noche aprovechemos.
UNOS. Á bailar.
PEDRO. ¡Jesús mil veces! *(Dentro.)*
VOCES. ¡Qué desgracia! *(Dentro.)*
JUANA. ¿Qué ha sido eso?

Sale BENITO.

BENITO. Que le ha dado una congoja
tan grande al señor don Pedro,
y se ha caído redondo.
JUANA. Tú tienes la culpa de eso.
VENANCIO. ¿Yo, mujer?
JUANA. Sí, pues si hubieras
hecho tú de bastonero,
no le sucediera al otro,
sólo por verte contento.
VENANCIO. ¿Y si á mí me sucediera
no era más trágico el cuento?
JUANA. Tú en tu casa te quedabas,
aunque te cayeras muerto.

Sacan á D. PEDRO *desmayado entre algunas damas y caballeros de la función, y le sientan.*

IRENE. Presto, presto, un poco de agua.
VENANCIO. Aquí hay un vino estupendo
para los pulsos.
IRENE. Amiga,
no te asustes, que yo espero
que será sólo un vapor.
JUANA. Muchachas, id, y traed luégo
plumas de perdiz.
LUÍS. Humazos,
y que uno vaya corriendo
por agua de torongil
y cerdas de toro negro.
VENANCIO. Aflojarle la cotilla.
GIL. Ponerle un ladrillo ardiendo

en la tripa, y volverá.

PEDRO. ¡Dónde estoy, piadosos cielos!

(Volviendo con melindre.)

LAS DAMAS. Entre amigos.

LUÍS. ¿Cómo va?

PEDRO. Mejorcito.

LUÍS. Yo me alegro.

PEDRO. Esto no es nada, señoras,
más que desvanecimiento.

VENANCIO. ¡La primer verdad que he oído
en mi vida al tal don Pedro!

JUANA. Hijas, id á divertiros.

IRENE. No, amiga, que ya tenemos
mucho más de media noche.

HERMÓGENES. Y ya se van escurriendo
de la sala casi todos.

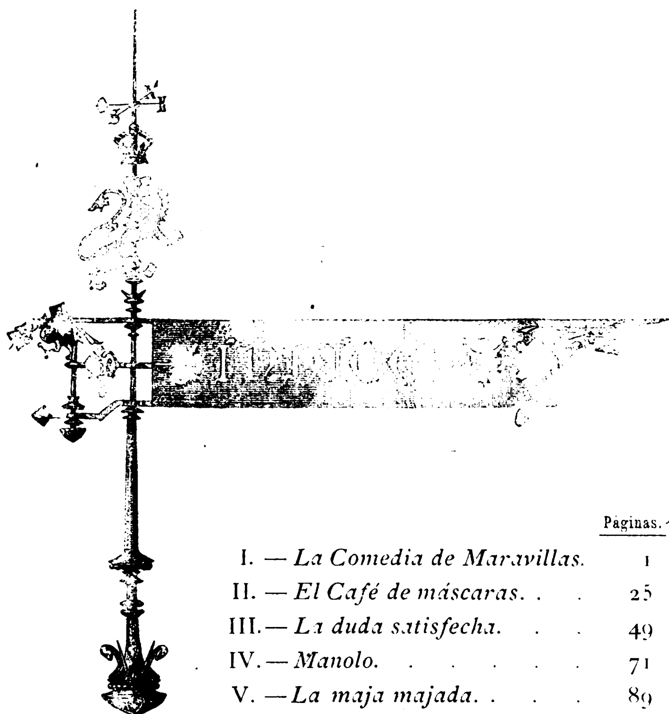
JUANA. Pues chicos, id previniendo
las hachas.

HERMÓGENES. Ya hay quien alumbre
allá en el recibimiento.

VENANCIO. ¿Con que esto se acabó?

PEDRO. Sí.
¿Teneis que añadir á eso?

VENANCIO. Nada: sólo declarar,
que esto es ver por el reverso
la medalla de un sarao:
que aunque se vea de aspecto
inocente por la cara
de la sala, al mismo tiempo
suele ser de otro semblante
en las piezas más adentro.



Octubre 1882


3 1175 00711 9186




PER ANGUSTA AD AUGUSTA

